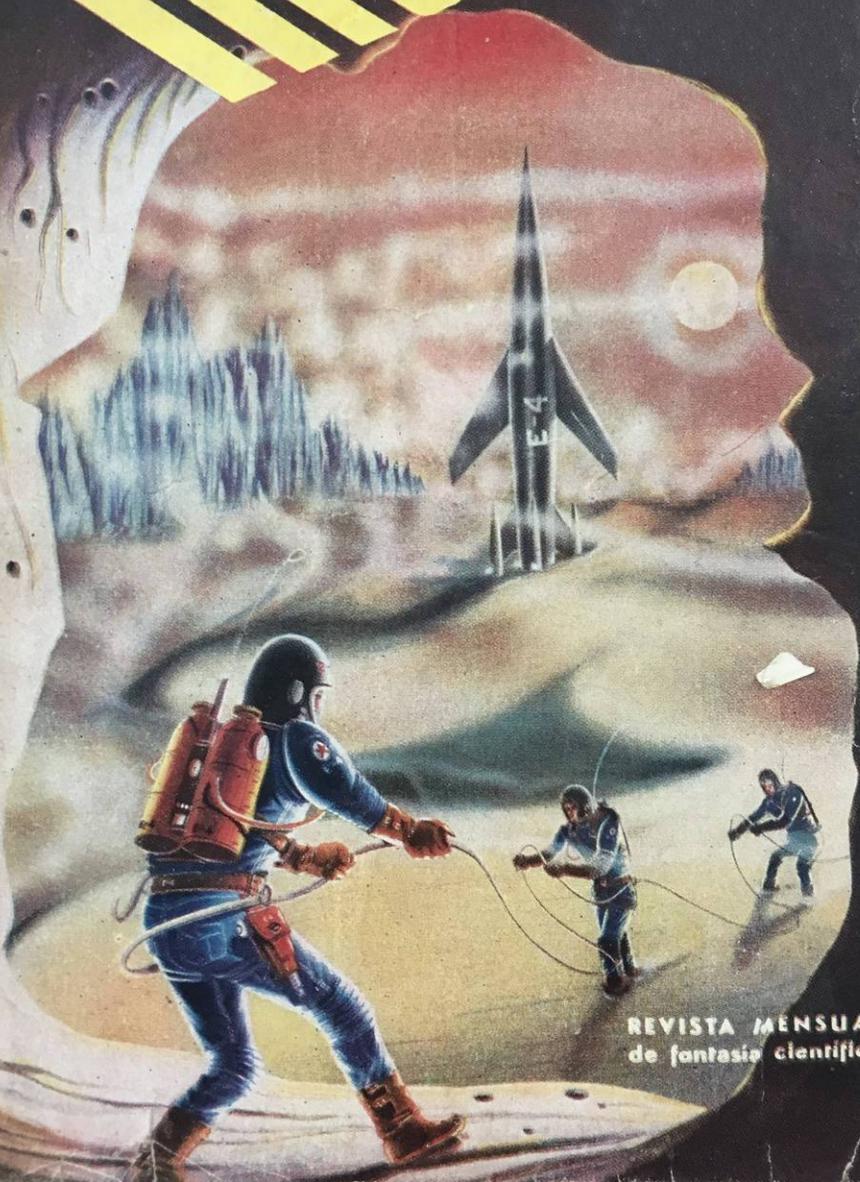


VOL. 3 Nº 28 SETIEMBRE 1955

# Más allá



REVISTA MENSUAL  
de fantasía científica



¿Quién sabe si el helicóptero no constituirá dentro de pocos años un factor de revolución social mucho más importante que la bomba atómica? Si, como aseguran muchos técnicos, está destinado a suplantarse al automóvil, sin lugar a dudas provocará una nueva hecatombe en nuestros ya maltrechos conceptos de "cerca" y "lejos". Este modelo pertenece todavía al reino de la experimentación, pero es capaz de sostenerse completamente inmóvil en el aire o viajar a 120 km. p. h., amén de algunas otras gracias como la de girar sobre sí mismo para colocarse apuntando en la posición que más le convenga a su conductor.

# más allá

DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA

REVISTA MENSUAL  
DE AVENTURAS  
FANTASIONANTES EN  
EL MUNDO DE LA  
CIENCIA CIENTIFICA



**NUESTRA  
PORTADA**

¿Qué sorpresas de-  
sarará la oscuridad  
de la caverna de  
nos a estos intré-  
pidos exploradores?  
¿Español nave vi-  
ve y espera, lista  
para zarpar...

## Índice

Redacción y Administ.:  
Avenida Abril S. R.  
Calle 11, v. Alem 884,  
Buenos Aires, Rep. Argentina

### novela (I parte):

**MUNDO DE OCASION**, por FREDERICK POHL y C. M. KORN BLUTH

El as de la propaganda interplanetaria pade-  
cerá en carne propia la fuerza de sus des-  
dichados recursos ..... 92

### cuentos:

**GENERACIONES**, por CLIFFORD SIMAK

Un viaje de mil años... ¿cómo serán los  
nietos de los nietos de los primeros tri-  
pulantes? ..... 5

**LOS MUTILADOS**, por R. C. WINGFIELD

Las limitaciones de las imitaciones del hombre ..... 39

**UN BUEN COMIENZO EN LA VIDA**, por ARTHUR SEL-  
LINGS

Los robots no tienen músculos faciales, pero  
nacieron viejos ..... 69

### aventuras de la mente:

**¿PODREMOS SOBREVIVIR EN EL ESPACIO?** por HEINZ  
HABER

La III parte de **ESPACIO SIN FRONTERAS**,  
ilustrado por CHESLEY BONESTELL ..... 54

**EL PSICOANALISIS NO LE AYUDARA** ..... 38

**SONIDOS SILENCIOSOS** ..... 52

### novedades cósmicas:

**ESPACIOTEST** ..... 82

**CORRESPONDENCIA: Proyectiles dirigidos y res-  
puestas científicas** ..... 84

**SIN APELACION** ..... 164

**IDEAS BRAVAS EN LA ARENA (editorial)** ..... 2

## ideas bravas en

**D**ESDE que el hombre ha hecho su aparición en la tierra ha tenido miedo. Y el miedo, individual o colectivo, es una de las fuerzas más poderosas de la historia humana. Es uno de los elementos primarios de la naturaleza del hombre; uno de los componentes básicos de su personalidad. Tiene miedo sólo el que posee razón; los animales no tienen miedo, tienen pánico. Cuando un ser es presa del pánico, sufre la parálisis de algunos sentidos y comete actos desaforados. El hombre que teme, inmediatamente busca los medios para dominar a la cosa o a la idea que le amenaza. El hombre que teme huye, pero, a diferencia de la mayoría de los animales enloquecidos, no corre hasta precipitarse en el abismo o hasta caer agotado: de vez en cuando mira hacia atrás, y cuando se da cuenta de que el peligro ya no es trágicamente inminente, trata de encontrar una solución más sutil, me-

nos instintiva que la carrera. Este volver la cabeza es un rasgo exclusivo del hombre: el animal asustado corre hasta el momento en que olvida la razón que ha determinado su huida.

El hombre, por otro lado, es el único ser viviente que se teme a sí mismo, el único que teme las opiniones ajenas acerca de su persona y el único que teme las ideas. Su capacidad de razonar lo hace víctima de infinitos temores. El miedo ha paralizado muchas veces el progreso técnico, científico, filosófico; pero la parálisis no puede prolongarse demasiado, por el dinamismo mismo de la raza humana, por imposibilidad de estancarse en un momento, por su inevitable reacción ante los obstáculos de cualquier naturaleza. Cada causa de miedo es, para el hombre, un problema: su inquietud no le permite dejarlo a un lado u olvidarlo; y se esforzará por encontrar la manera de resolverlo. Frente a una fuerza

## la arena

bruta y ciega de la naturaleza, como puede ser, por ejemplo, la irrupción de las aguas que se precipitan de los cerros, el hombre, en el comienzo, se asusta y huye. Luego se da cuenta de que, estableciendo su morada en lugares elevados, no corre peligros. En fin, construyendo diques, represas y canales, domina y subyuga a su enemigo, cuya fuerza, esclavizada en centrales eléctricas y en obras de irrigación, se transforma en instrumento de progreso y de bienestar.

La fantasía científica es una manifestación característica de este aspecto de la naturaleza humana: el control del miedo. La técnica del escritor de fantasía científica consiste a menudo en soltar una idea, como se suelta un toro en la arena. Un escalofrío recorre los espectadores cuando la fiera embiste y el cuchillo de sus astas desgarrar la seda del engaño. Y cuando, sofocando el retumbo apresurado de su corazón,

el torero compone una sinfonía de arte, y coraje, sujeta a la par la furia brava del animal indómito y el propio instinto natural que lo impulsa a protegerse tras la barrera.

Una nueva idea es como un toro bravo, lanzado brutalmente a la arena llena de luz de la historia humana. Hasta que no esté dominada, representa un peligro, y para dominarla se requiere, más que nada, valor. Por eso los cuentos de fantasía científica son un himno al valor del hombre; por eso son cuentos sin miedo, y por eso, a veces, asustan.

Cada cuento tiene una idea, temible porque sus consecuencias son desconocidas; cada idea es un problema; y el hecho de plantearlo es, de por sí, un acercamiento a su solución. El escalofrío que nos invade al leer un buen cuento de fantasía científica es nuestra participación individual en la vibración de la humanidad en pos de su futuro.



# generaciones

Por CLIFFORD SIMAK

*Una espacioarca ha salido de la tierra hacia otros sistemas estelares... Ha viajado 1000 años... ¿Cuáles serán los efectos sociológicos y otros sobre los sistemas de vida, la mentalidad y los pensamientos de sus miles de habitantes?*

ilustrado por O'REILLY

**D**URANTE muchas generaciones había habido silencio. Y el silencio terminó.

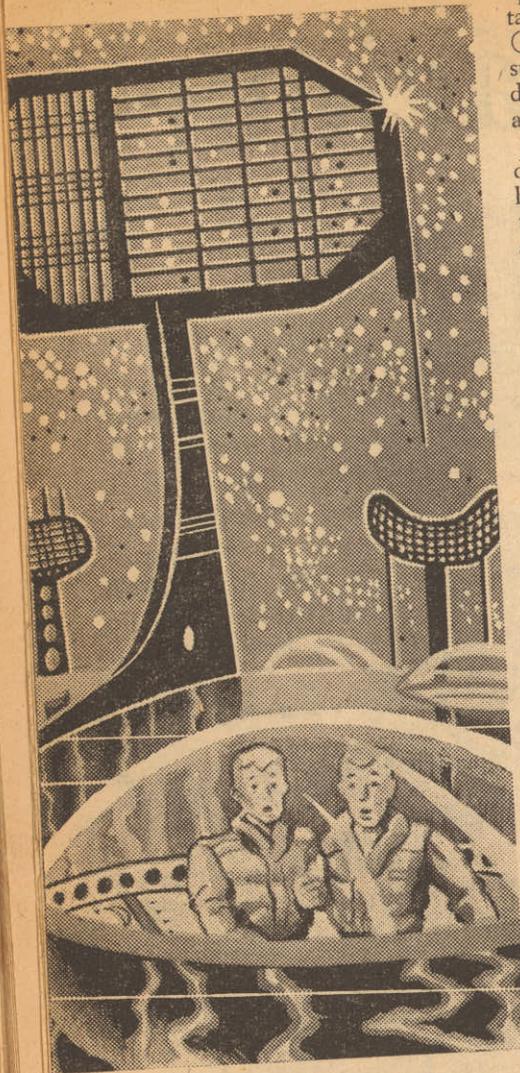
El Rumor llegó a la madrugada.

La gente se despertó, se incorporó en las camas y se puso a escuchar el Rumor.

Un día había sido dicho que el Rumor iba a llegar, y que entonces sería el comienzo del Fin.

Juan Hoff y María, su mujer, se despertaron.

Eran los únicos que habitaban su compartimiento, porque no tenían hijos. Todavía no tenían el permiso. Era necesario para ellos que muriera antes el viejo Josué, dejando su lugar al recién nacido. Y ellos habían deseado que el viejo muriera, se habían sentido culpables del deseo de verlo muerto



pronto, y que de ese modo llegara el niño.

El Rumor llegó y se oyó en toda la embarcación. Y la cama en que Juan y María estaban sentados se levantó del suelo y se aplastó contra la pared,

apresándolos en la estructura de metal, mientras el resto de los muebles (ropero, sillas y mesa), cayeron del suelo contra la pared, donde se quedaron quietos, como si la pared fuera ahora el suelo, y el suelo la pared.

El Cuadro Sagrado se balanceaba desde el techo, que un momento antes había sido la otra pared, y un momento después cayó ruidosamente hacia abajo.

En ese instante cesó el Rumor y volvió el silencio; no el antiguo silencio, porque si bien no había sonidos precisos, había un fondo de sonidos... los ruidos mezclados del restablecimiento de la potencia, de la maquinaria que recobra su fuerza, del antiguo orden, suspendido, que se establece de nuevo, emergiendo de pronto del remoto pasado.

Juan Hoff salió en parte de debajo de la cama y estiró los brazos, empleando la espalda para levantar la cama y permitir que su mujer también saliera. De pie sobre la pared que se había convertido en suelo contemplaron los muebles desparramados, que no habían sido sólo de ellos, sino de muchas generaciones de seres humanos, que se los habían ido pasando a través del tiempo.

Pues nada se tiraba, nada se derrochaba. Esa era la ley, o una de las muchas leyes. Había que utilizar todo lo que había hasta lo último. Se comía lo suficiente, ni más ni menos. Se bebía el agua suficiente, ni más ni menos. Se usaba una y otra vez el mismo aire, en realidad siempre el mismo. Los productos de eliminación de los cuerpos eran tratados y se convertían en algo que podía ser utilizado por alguien. Hasta los muertos eran utilizados. Y había habido muchos muertos en las varias generaciones transcurridas desde el Primer Comienzo. Dentro de algunos meses, tal vez unos días, José estaría entre los muertos, daría su

cuerpo a las máquinas transformadoras para el bien de sus semejantes, devolvería en forma final e irrevocable la sustancia que había tomado a la comunidad, pagaría la última de sus deudas, y daría a Juan y María el derecho, tanto tiempo esperado, a engendrar un hijo.

Porque él necesitaba un hijo, pensaba Juan entre los muebles desparramados, un hijo a quien pudiera transmitir la Letra y la Lectura. Un hijo a quien amar.

Pues también había una ley sobre la Lectura. No se podía leer porque la lectura era una actividad perversa que provenía del Comienzo, y la gente, en el Gran Despertar, en la oscuridad del Lejano Pasado, había extirpado este mal junto con otros, lo había aplastado sin misericordia, porque el conocimiento era un pecado.

De modo que él debía transmitir un arte maléfico, y sin embargo tenía esa responsabilidad y ese compromiso, la promesa que había hecho a su viejo padre, su juramento. Y también algo más: la impresión penosa de que la Ley estaba equivocada.

Sin embargo, las leyes nunca se equivocaban. Todas tenían su razón de ser. Una razón por la forma de vida que tenían y por la embarcación, por los que estaban en ella.

Después de todo, tal vez no pudiera él pasar la Carta. Acaso fuera él quien había de abrirla, porque en el sobre decía que podía abrirse en un caso de emergencia. Y —se decía Juan Hoff— tal vez éste fuera el momento, cuando el silencio había sido quebrado por el Rumor y el suelo se había convertido en pared y la pared en suelo.

Y se oían voces en los otros compartimientos, voces asustadas que gritaban con terror, y los gritos agudos de los niños.

—Juan —dijo María Hoff—, es el Rumor. El Fin vendrá ahora.

ediciones  
minotauro



presenta

los dos primeros volúmenes de una colección que abarcará las obras maestras de la

ciencia ficción

● **crónicas marcianas**  
**de ray bradbury**

prólogo de Jorge Luis Borges

● \$ 26.—

● **más que humano**  
**de theodore sturgeon**

prólogo de Marcos Victoria  
(*International Fantasy Award 1954*)

● \$ 28.—

aparecerán próximamente:

**mercaderes del espacio**

de f. pohl y c.m. kornbluth

**el hombre ilustrado**

de ray bradbury

**el fin de la infancia**

de arthur c. clarke

en venta en todas las librerías.

● distribuidores exclusivos:  
Librecol, Humberto 1º 545, Bs. As.

● Si desea usted recibir gratuitamente nuestro boletín solicítelo a



ediciones  
minotauro

—No sabemos —dijo Juan—. Tenemos que esperar. No conocemos el Fin.

—Dicen —dijo María, y Juan pensó que siempre era la misma historia. Dicen. Dicen. Dicen.

Se decía: no se leía ni se escribía.

Y oyó la voz de su padre, que hablaba desde un lejano pasado:

*El cerebro y la memoria te engañarán, porque la memoria olvida las cosas y las transforma. Pero la palabra escrita quedará siempre en la forma en que ha sido escrita. No olvida y no cambia su significado. Puedes confiar en la palabra escrita.*

—Dicen —dijo María— que el Fin está cerca después de oír el Rumor. Que las estrellas ya no se moverán, que estarán quietas en la negrura, y que ése es un signo seguro de que el Fin está próximo.

¿El Fin de qué?, se preguntaba. ¿El fin de nosotros? ¿El fin del navío? ¿El fin de las estrellas? ¿O, tal vez, el fin de todo, del navío y de las estrellas y del gran vacío en el cual giraban las estrellas?

Se estremeció al pensar en el fin de la gente o de la embarcación, no tanto por ellos mismos, sino al pensar que aquel orden bien establecido en el cual vivían, iba a terminar. Porque era maravilloso que todo estuviera tan bien organizado que siempre hubiera bastante para que la gente viviera, sin ningún exceso. Ningún exceso de alimentos, de agua o de aire, ni siquiera de gente, porque nadie podía nacer hasta que la persona destinada a desaparecer muriera y dejara el puesto libre al nuevo número.

Se oían pasos en los corredores fuera de los compartimientos y gritos excitados, y alguien golpeó repentinamente la puerta.

—¡Juan, Juan! —gritaba la voz—. Las estrellas están quietas.

—¡Lo sabía! —gritó María—. Te lo

dije, Juan. Es como se nos dijo. —

¡Golpeaban a la puerta!

Y la puerta estaba donde debía estar, y daba al corredor, en vez de tener que trepar la escalera ahora inservible que subía desde la pared que había sido antes el suelo.

“¿Por qué no se me ocurrió antes pensar en esto?”, se preguntó. “¿Por qué no pensé que no está bien eso de subir a una puerta que da al techo?”

Tal vez, pensó, tal vez debió haber sido siempre así. Tal vez las cosas eran antes así. Y las leyes podían estar equivocadas.

—Ya voy, José —dijo la voz de Juan.

Se acercó a la puerta, la abrió y comprobó que lo que había sido la pared del corredor era ahora el suelo y que muchas puertas se abrían directamente sobre el corredor, y que la gente corría de una a otra parte, y él pensó: “Más vale sacar ahora las escalerillas, ya que de nada sirven. Mejor llevarlas a las máquinas transformadoras, y eso podría darnos la holgura que nunca hemos tenido”.

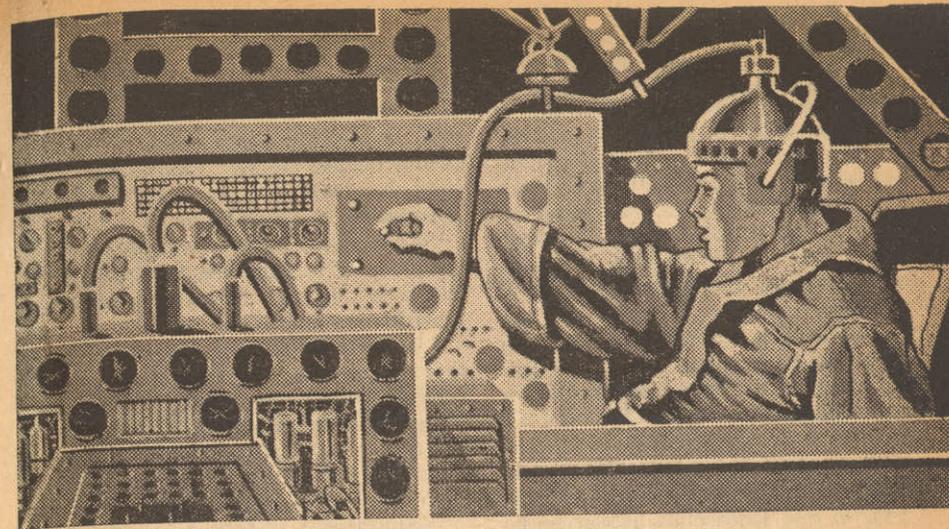
José lo tomó del brazo.

—Ven conmigo —dijo.

Fueron hacia una de las cabinas giratorias de observación. Las estrellas estaban inmóviles. Exactamente como se había dicho: inmóviles.

Era algo aterrador, porque ahora se podía ver perfectamente que las estrellas no eran simples luces que se agitaban contra la chatura de un telón negro, sino que pendían en un vacío que hacía contraer el estómago, y que los dejaba sin aliento y asidos a las manijas de metal de las puertas, procurando conservar el equilibrio, luchando contra el vacío mental que caía sobre ellos mientras miraban un abismo incomprensible.

**A**QUEL día no hubo juegos de salón, ni pasatiempos en la sala de recreo. Había grupos de personas asus-



tadas que charlaban. En la capilla hubo oraciones, frente a los Cuadros Sagrados, que mostraban el Arbol y las Flores y el Río y la Casa en la distancia, con un cielo en el que había Nubes y un Viento que uno no podía ver. Hubo un arreglo y preparación general de cada compartimiento, y se colgaron de nuevo los Cuadros Sagrados que eran la posesión más valiosa

de cada uno de ellos. Se quitaron las escalerillas.

María Hoff recogió el Cuadro Sagrado del desorden que reinaba en el suelo, y Juan se paró sobre una de las sillas y lo colgó sobre la pared que antes había sido el suelo, preguntándose por qué razón cada Cuadro Sagrado era distinto de todos los otros. Era la primera vez que se preguntaba tal cosa.

### Travesuras científicas

**E**N la Escuela Normal Superior, en París, existe una estatua de aluminio. Si alguna vez el lector va por allí verá que está permanentemente cubierta por una campana de vidrio. La razón, que aquí revelamos a título confidencial, es la siguiente: los alumnos de primer año, que seguramente deseaban mostrar su aplicación en el estudio de la química, depositaban gotas de mercurio bajo la nariz de la estatua. El resultado era una reacción química entre los dos metales, que se manifestaba por el repentino surgimiento de una especie de finísimas agujas de aluminio, en cantidad suficiente como para ornar con hermosos bigotes la cara de Sainte-Claire Deville, que tal es el nombre del héroe tan finamente homenajeado.

El Cuadro Sagrado de los Hoff tenía un Arbol y había Ovejas debajo del Arbol y un Cerco y un Arroyo, y en un ángulo del cuadro había florecitas y, naturalmente, hierbas que se extendían hasta el límite con el cielo.

Después de haber colgado el cuadro, María fué a otro compartimiento y comentó los sucesos con otras mujeres. Juan se alejó por el corredor, procurando caminar con soltura para que nadie sospechara su turbación, ni su apresuramiento.

Pero estaba apresurado; una prisa tremenda lo impulsaba como dos manos que lo estuvieran empujando por la espalda.

Trataba de dar la impresión de que estaba matando el tiempo. No era difícil: era lo que había hecho toda la vida, lo que todos ellos habían hecho siempre. Salvo los pocos que tenían los cargos hereditarios, los felices o infelices —dependía del punto de vista— que se ocupaban de los jardines hidropónicos, o de los corrales o de los gallineros.

Pero la mayor parte de ellos, pensaba Juan caminando por el corredor, había aprendido el arte de matar el tiempo. Cómo él y José, con sus interminables partidas de ajedrez y las cuidadosas anotaciones que hacían de to-

dos sus movimientos y sus partidas. Y las muchas horas que empleaban comentando sus partidas de acuerdo con los registros que llevaban, anotando cada movimiento decisivo. ¿Y por qué no?, se preguntó, ¿por qué no llevar cuenta de los juegos? ¿Qué otra cosa podía hacerse? ¿qué otra cosa?

Ahora no había nadie en el corredor y estaba más oscuro; sólo alguna que otra lámpara luchaba con la oscuridad. El Navío casi había llegado a agotar su provisión de lámparas.

Llegó a un bolsón de observación y se acurrucó en el interior de éste, esperando pacientemente. Trató de ver si alguien lo había seguido, aunque sabía que no podía haber nadie, pero nunca se podía saber a ciencia cierta, y no quería correr ese riesgo.

Nadie llegó, y él se acercó a la escalerilla rota que llevaba a la parte central del navío, y se encontró una vez más con algo diferente. Antes, al subir un piso tras otro, había sentido una sensación de pérdida de peso, de falta de presión bajo los pies, y había nada, más que caminado, hasta el centro del navío. Pero esta vez no hubo pérdida de peso, no hubo sensación de nadar. Y subió una escalerilla rota tras otra, pasando por los dieciséis pisos.

Ahora estaba en la oscuridad, por-

que ya no había lámparas, habían sido robadas o se habían quemado desde hacía muchos años. Juan tanteaba el camino, con la mano en la barandilla, y finalmente llegó a su lugar de escondite, un dispensario médico que tenía un armario con medicamentos en una pared.

Juan encontró el cajón que buscaba, lo abrió y tocó las tres cosas que esperaba hallar: la Carta, el Libro y una lámpara.

Con la mano tanteó la pared hasta que encontró un tomacorriente. Allí puso la bujía, y hubo luz en el pequeño cuarto, luz sobre los estantes, sobre el suelo polvoriento y el lavatorio, sobre los armarios, con sus puertas abiertas.

Puso la Carta bajo la luz y leyó las palabras que estaban impresas con letras de imprenta:

#### ABRASE SOLAMENTE EN CASO DE PELIGRO.

Estuvo allí un largo rato, meditando. Había oído el Rumor y las estrellas estaban quietas. "Este es el momento", pensó. "Este es el momento".

¿No se había dicho acaso que cuando llegara el Rumor y cuando las estrellas se quedaran quietas, el Fin estaría próximo?

Tomó la carta en su mano y se quedó quieto, dudando. Si rompía el sobre, todo estaría hecho. Ya no habría más tradición, sería el fin de la Carta y de la Lectura. Este era el momento esperado desde hacía mucho tiempo, por este momento había viajado la Carta de padre a hijo desde hacía muchas generaciones.

Lentamente dió vuelta a la carta y metió un dedo entre el papel sellado: la goma se quebró y el sobre quedó abierto.

Juan extendió el papel sobre una repisa, bajo la lámpara. Leyó lenta-

mente, descifrando las palabras como podría descifrar los antiguos signos de un viejo diccionario.

*Al hijo de mi hijo, de mi hijo:*

*Te habrán dicho muchas veces, y a esta altura tal vez tú mismo lo creas, que este navío es una forma de vida, que se inició en un mito y está en vías de ser una leyenda, y que no hay nada que encontrar en su realidad, en sus fines.*

*Sería inútil que yo tratara de explicarte el sentido o el propósito del navío, porque si bien mis palabras son verdaderas, poco peso tendrán frente a la perversión de la verdad, que cuando leas estas líneas ya se habrá convertido en religión.*

*Pero hay un fin en el navío, aunque ahora, cuando escribo esto, el fin está perdido, y a medida que el navío avanza el propósito inicial no sólo se perderá, sino que quedará enterrado bajo el peso de los raciocinios humanos.*

*Cuando esto se lea, habrá explicaciones del navío y de la gente que lo puebla, pero no habrá conocimiento en las explicaciones.*

*Para que el navío llegue a destino, debe haber conocimiento. Hay una manera de obtener conocimiento. Hay un conocimiento que debe obtenerse. Yo, que estaré muerto entonces, que seré un trapo usado, una molécula de oxígeno, un poco de fertilizante, he conservado este conocimiento para ti. En la segunda página de esta carta están las direcciones para la adquisición de ese conocimiento.*

*Te encarezco que adquirieras este conocimiento para que los que idearon este navío y las vidas que están en él, los que lo mantienen en movimiento y los que residen dentro del recinto, no hayan vivido en vano, y que el sueño del Hombre no desaparezca entre las estrellas.*

*Cuando leas esto sabrás, mejor de*



lo que yo lo sé ahora, que nada puede gastarse, nada debe tirarse, que todas las reservas deben guardarse y cultivarse previendo una necesidad futura.

Pues si el navío no alcanzara su destino, si no cumpliera su propósito, esta pérdida tendría un alcance incalculable. Sería la pérdida de miles de vidas, la pérdida de conocimiento y de esperanza.

Y si el navío no alcanzara su destino, si no cumpliera su propósito, esto sería el fin. Nunca conocerás mi nombre, porque mi nombre habrá desaparecido, junto con la pluma que traza estas palabras, pero mis palabras vivirán, y el mensaje que está en ellas.

Esto va firmado por mí, tu antepasado.

Había una rúbrica que Juan no pudo descifrar. Dejó caer la carta sobre la repisa, y las palabras le martilleaban el cerebro. Un navío que comenzó siendo un mito y que se había convertido en una leyenda. Pero eso estaba mal, decía la Carta. Había un propósito y un destino. Un destino, sí, pero ¿para qué?

El Libro, pensó, el Libro dirá qué es ese destino.

Con manos temblorosas sacó el libro del cajón, lo abrió en la letra D y siguió las columnas con un dedo inseguro: destilar, destinar, destino...

*Destino - (s.) El lugar que se establece como fin de un viaje, o al cual algo es enviado; lugar o punto finales.*

El Navío tenía un destino.

El Navío iba a alguna parte.

Algún día llegaría al lugar propuesto.

Y ese día sería el fin, por supuesto.

Pero ¿de qué modo? ¿Se movía el navío?

Meneó la cabeza con incredulidad. Que el Navío se moviera era increíble. Eran las estrellas, no el Navío, las que se movían.

Presentía que debía haber otra explicación.

Tomó de nuevo la segunda página de la Carta y la relejó, pero no entendía bien, porque su cerebro estaba cansado y confundido. Guardó otra vez la Carta, el Libro y la bujía en el cajón.

Cerró el cajón y se fué.

**E**N la parte de abajo no habían notado su ausencia, y Juan se mezcló a los otros tratando de no llamar la atención, de obrar como todos, pero no era uno de ellos.

Un conocimiento tremendo lo separaba de los demás. El conocimiento de que el Navío tenía un propósito y un destino, de que había empezado en un determinado momento e iba a una parte determinada, y que cuando llegara a donde estaba destinado sería el Fin, no de la gente ni del Navío, sino únicamente el fin del viaje.

Entró en el salón y se detuvo un instante junto a la puerta. José jugaba al ajedrez con Pedro, y un enojo repentino se apoderó de él ante la idea de que José jugaba con otro, pues José sólo había jugado con él durante muchos, muchos años. Pero la rabia se le pasó pronto y Juan miró a los ajedrecistas como si los viera por la primera vez, y le pareció que eran rígidos autómatas de madera, que no formaban parte del nuevo mundo de la Carta y del Destino.

Jorge estaba haciendo un solitario y algunos de los otros jugaban al póker con las fichas de metal que llamaban "dinero", aunque nunca se supo por qué razón les daban este nombre. Luisa e Irma estaban en un rincón, escuchando un disco gastado, y la voz hiriente y cascada de una mujer chillaba:

*Mi amor está en las estrellas,  
y allí se quedará...*

Juan entró en el salón y Jorge levantó la mirada.

—Te hemos estado buscando.

—Fuí a caminar un poco —dijo Juan—. Anduve por las partes centrales. Allí hay algo que anda mal. Está arriba en vez de estar en el medio. Uno tiene que subir todo el tiempo.

—Las estrellas no se han movido en todo el día —dijo Jorge.

José dió vuelta la cabeza y dijo:

—Las estrellas no se moverán más. Como ha sido dicho. Es el principio del Fin.

—¿Qué es el fin? —preguntó Juan.

—No sé —dijo José, y reanudó el juego.

El Fin, pensó Juan. Y ninguno de ellos sabía lo que sería el fin, del mismo modo que no sabían qué era un navío, o el dinero, o las estrellas.

—Nos reunimos —dijo Jorge. Juan asintió con la cabeza.

Debía saber que se iban a encontrar. Por razones de comodidad y de seguridad. Repetirían la historia una y otra vez y rezarían, ante el Cuadro. "¿Y yo — pensó él —, y yo?"

Salió al corredor, reflexionando que hubiera sido mejor que no hubiera habido ni Carta ni Libro, porque entonces sería uno de ellos y no un extraño, no un hombre que no sabía qué estaba bien, la Historia o la Carta.

Encontró su compartimiento y entró en él. Allí estaba María echada sobre la cama, con las almohadas apiladas bajo la cabeza y la bujía de débil luz encendida.

—Al fin llegas —dijo.

—Fuí a dar una vuelta —dijo Juan.

—Perdiste el almuerzo —dijo María—. Aquí lo tienes.

Lo vió sobre la mesa y allí se dirigió, tomando una silla.

—Gracias —dijo.

Ella bostezó.

—Fué un día cansador —dijo ella—.

Todos estaban tan excitados. Hoy hay reunión.

Había lúpulo, espinacas con arvejas, una gruesa rodaja de pan y un plato de sopa, con un buen gusto de hongos y de hierbas aromáticas. Y la botella de agua, con el líquido cuidadosamente medido.

Se inclinó sobre el plato de sopa y empezó a comer.

—No pareces inquieto, querido. No estás como los otros.

Levantó la cabeza y la miró. Se preguntó si no podría contarle, pero rechazó el pensamiento en seguida, con el temor de cometer una imprudencia, impulsado por su necesidad de contacto humano. Debía tener cuidado, observarse.

Porque contar la historia hubiera sido una herejía, una negación del Mito y la Leyenda. Y en cuanto él hubiera contado, ella se apartaría de él, como cualquiera de los otros, con los ojos llenos de odio.

Su caso era distinto: él había vivido al borde de la herejía toda su vida,

## Piscicultura selecta

**E**N África, donde la desnutrición es crónica, se ha comenzado a utilizar la piscicultura como fuente de alimentos. Un inconveniente con que han tropezado los técnicos en esta cuestión, es que, si se dejan reproducir libremente los peces demasiado jóvenes o demasiado viejos, dan lugar a productos de inferior calidad. Y generalmente, no es fácil distinguir los machos de las hembras. Pero existe una especie, precisamente africana (los Tilapia), en que puede hacerse esta distinción; de manera que se ha puesto en práctica la reproducción controlada, al llegar los peces a cierta edad, y se han obtenido magníficos resultados.

casi, desde el momento en que su padre lo había llamado y le había hablado del Libro. Porque el Libro formaba parte de la herejía. "He estado pensando", dijo él, y ella contestó: "¿En qué tienes que pensar?"

Y esto era cierto, por supuesto. No había nada que pensar. Todo estaba explicado: todo estaba en orden. La Historia contaba lo necesario sobre el comienzo y el Comienzo del Fin. Y no había nada, nada que pensar.

Había habido el Caos, del Caos había surgido el Orden y la forma del Navío, y fuera del Navío reinaba de nuevo el Caos. Sólo dentro del Navío había orden, eficiencia y ley, o las muchas leyes, la ley en contra del derroche, en contra de la voluntad y las otras. Habría un Fin, pero el Fin seguía siendo un misterio, aunque todavía había esperanza, pues con el Navío vinieron los Cuadros Sagrados, y éstos, en sí mismos, eran un símbolo de esa esperanza, pues en ellos estaba el valor simbólico de otros lugares que también tenían orden (navíos más grandes, tal vez) y todos estos valores simbólicos tenían nombres, Arbol, Libro, Cielo, Nubes y otras cosas que uno no podía ver, pero que sabía que existían, como el Viento y la luz del Sol.

El Comienzo era muy remoto, había ya tantas generaciones que los cuentos y los decires de aquellas vaga época surgían confusamente en el horizonte.

—Al principio tuve miedo —dijo María—, pero ya no lo tengo. Todo ocurre de acuerdo con lo que se nos dijo, y debemos pensar que todo está bien.

El siguió comiendo, escuchando el sonido de las pisadas, de las voces que se oían del otro lado de la puerta. Pero no había apresuramiento en los pies, ni terror en las voces. No había tomado mucho tiempo, pensó él, para que la gente se tranquilizara. Es ver-

dad que el Navío se había dado vuelta, pero nada grave ocurrió.

Y se preguntó si, después de todo, no eran sus compañeros los que tenían razón, y si la Carta no estaba equivocada.

Le hubiera gustado salir a los corredores y poder hablar con alguno de ellos, pero no podía hablar con ninguno, ni siquiera con su mujer.

Salvo Josué.

Se sentó y pensó en Josué, que trabajaba en los jardines hidropónicos, y que estaba ahora muy atareado con sus plantas.

Cuando era niño solía visitar a Josué en su lugar de trabajo, junto con los otros niños José y Jorge. Josué era entonces un hombre de edad madura que siempre tenía algún cuento que contar y que les pasaba, de contrabando, alguna fruta prohibida, algún tomate o rabanito extra. Juan recordaba que tenía un modo amable, que sus ojos eran honestos y que su amistad, aunque hosca, tenía su encanto.

Se dió cuenta de que hacía mucho tiempo que no había visto a Josué. Acaso por sensación de culpa. Pero Josué entendería, pues una vez, en otra ocasión, había entendido.

Juan recordaba que él y José habían robado unos tomates, habían sido sorprendidos por el jardinero y recibido una reprimenda. José y él estaban siempre juntos y no faltaban en cuanto a picardía se descubría.

Acaso José...

Juan meneó la cabeza. Ni siquiera José, pensó. Aunque fuera su mejor amigo, aunque siempre se habían apoyado el uno al otro, aunque habían jugado al ajedrez desde hacía más de veinte años..., no se lo podía contar a José.

—Sigues pensando, querido —dijo María.

—Cuéntame lo que has hecho en el día —pidió Juan.

Ella se lo contó. Lo que había dicho Luisa. Y Juana. Y lo tonta que había estado Molly. Las conversaciones asustadas, el terror, y la comprensión final de que ocurriera lo que ocurriera, todo era para bien.

—Nuestra creencia —dijo ella— es un consuelo en un momento como éste.

—Sí —afirmó él—, realmente.

Ella se levantó de la cama.

—Voy a ver a Luisa —dijo—. ¿Te quedas? —Se inclinó y le dió un beso.

—Daré una vuelta hasta el momento de la reunión —dijo él.

—Terminó de comer, bebió el agua lentamente, saboreando cada sorbo, y salió.

SE dirigió a los jardines hidropónicos. Allí estaba Josué, un poco más viejo, el pelo algo más blanco, algo más inclinado, pero con las mismas arrugas bondadosas alrededor de los ojos, la misma sonrisa cachasienta en el rostro.

Y lo saludó con la antigua broma:

—¿Vienes a robar tomates?

—No esta vez —dijo Juan.

—Tú y el otro.

—Se llama José.

—Me acuerdo. A veces me olvido. Me vuelvo viejo y a veces me olvido.

—Su sonrisa era serena—. No pienso demorarme, muchacho. No os haré esperar, a María y a ti.

—Eso no es tan importante —dijo Juan.

—Pensé que, después de lo ocurrido, no querías verme.

—Es la ley —dijo Juan—. Ni tú, ni yo, ni María, podemos hacer nada. La ley tiene razón. No la podemos cambiar.

Josué puso una mano sobre el brazo de Juan.

—Mira los tomates nuevos —dijo—. Son los mejores que he recolectado.

Cogió uno, el más rojo y maduro,

y se lo dió a Juan.

—Recién arrancados tienen mejor gusto. Cómelo.

Juan lo llevó a la boca y lo mordió. El gusto era fresco y la pulpa tierna le descendió por la garganta.

—¿Qué me estabas diciendo, muchacho?

Juan meneó la cabeza.

—No has venido a verme desde que eso ocurrió —dijo Josué—. No te gustaba verme porque yo tenía que morirte antes de que tú pudieras tener un hijo. Es duro. Reconozco que para ti es más duro que para mí. No habrías venido si no se tratara de algo importante.

Juan no contestó.

—Esta noche —dijo Josué— te has acordado de que podías hablar conmigo. Antes solías venir porque te acordabas de la charla que tuvimos cuando eras un niño.

—He infringido la ley —dijo Juan—. Venía a robar tomates. José y yo... y tú nos sorprendiste...

—Acabamos de infringir la ley de nuevo —expresó Josué—. Te he dado un tomate que no era mío, que tú no debías haber tomado. Pero he quebrantado la ley porque la ley no es más que razón, y uno no atenta contra la razón al regalar un tomate. Debe haber una razón detrás de cada ley, de lo contrario no hay por qué aplicarla. Si no hay razón, la ley está equivocada.

—Pero quebrantar la ley está mal...

—Oye —dijo Josué—. ¿Recuerdas esta mañana?

—Claro que sí.

—Mira esas marcas, las marcas metálicas, que suben por la pared.

Juan levantó la mirada y las vió.

—Esa pared —continuó Josué— fué el piso hasta esta mañana.

—Pero los tanques...

—Así es —dijo Josué—. Es exactamente lo que pensé cuando la conmo-

ción me sacó de la cama. Mis tanques, pensé, mis lindos tanques, que cuelgan de la pared. Fijados al suelo y que cuelgan de la pared. Y el agua que se derramaba. Y las plantas fuera de su lugar. Los fertilizantes echados a perder. Pero nada de esto ocurrió.

Extendió la mano y dió un golpecito a Juan en el pecho.

—No ocurrió así a causa de una cosa. Mira el suelo que tienes a tus pies.

Juan bajó la mirada y vió unas huellas que continuaban las marcadas sobre la pared.

—Los tanques están fijados a esas ranuras —dijo Josué—. En esas ranuras hay ruedas. Cuando el piso se convirtió en pared, los tanques bajaron por las ranuras y todo volvió a estar en orden. Hubo un poco de agua derramada y un poco de daño para las plantas, pero no fué mucho.

—Seguía un plan —dijo Juan—. El Navío...

—Debe haber una razón que justifique cada ley —dijo Josué—. Aquí había razón y ley. Pero la ley nos recordaba que no debíamos quebrantar la razón. Si sólo hubiera razón, uno podría olvidarse, o decir que estaba pasada de moda. Pero la ley da autoridad y uno sigue la ley hasta cuando no sigue la razón.

La ley decía que las ranuras que estaban en la pared debían estar libres de obstáculos y debían lubricarse. A veces nos preguntábamos por qué; nos parecía una ley inútil. Pero como era una ley la seguimos ciegamente y cuando llegó el Rumor las ranuras estaban libres y aceitadas. Pues al seguir la ley seguimos la razón y es la razón, no la ley, lo que cuenta.

—Estás tratando de decirme algo —dijo Juan.

—Quiero decirte que debemos seguir ciegamente cada ley hasta que conocamos la razón en la cual se basa. Y

si llegamos a conocer la razón y el propósito, debemos juzgar si esta razón y este propósito son dignos. Debemos tener el valor de decir que son malos, si lo pensamos. Porque si la razón es mala, la ley también es mala, pues la ley no está hecha más que para llevar a cabo un cierto propósito.

—¿Un propósito?

—Por supuesto, muchacho, el propósito. Debe haber un propósito. Algo tan bien planeado como el Navío debe tener un propósito.

—¿El Navío? ¿Crees que el Navío tiene un propósito?... Dicen que...

—Sé lo que dicen. Todo lo que pasa, tiene que pasar.

Meneó la cabeza.

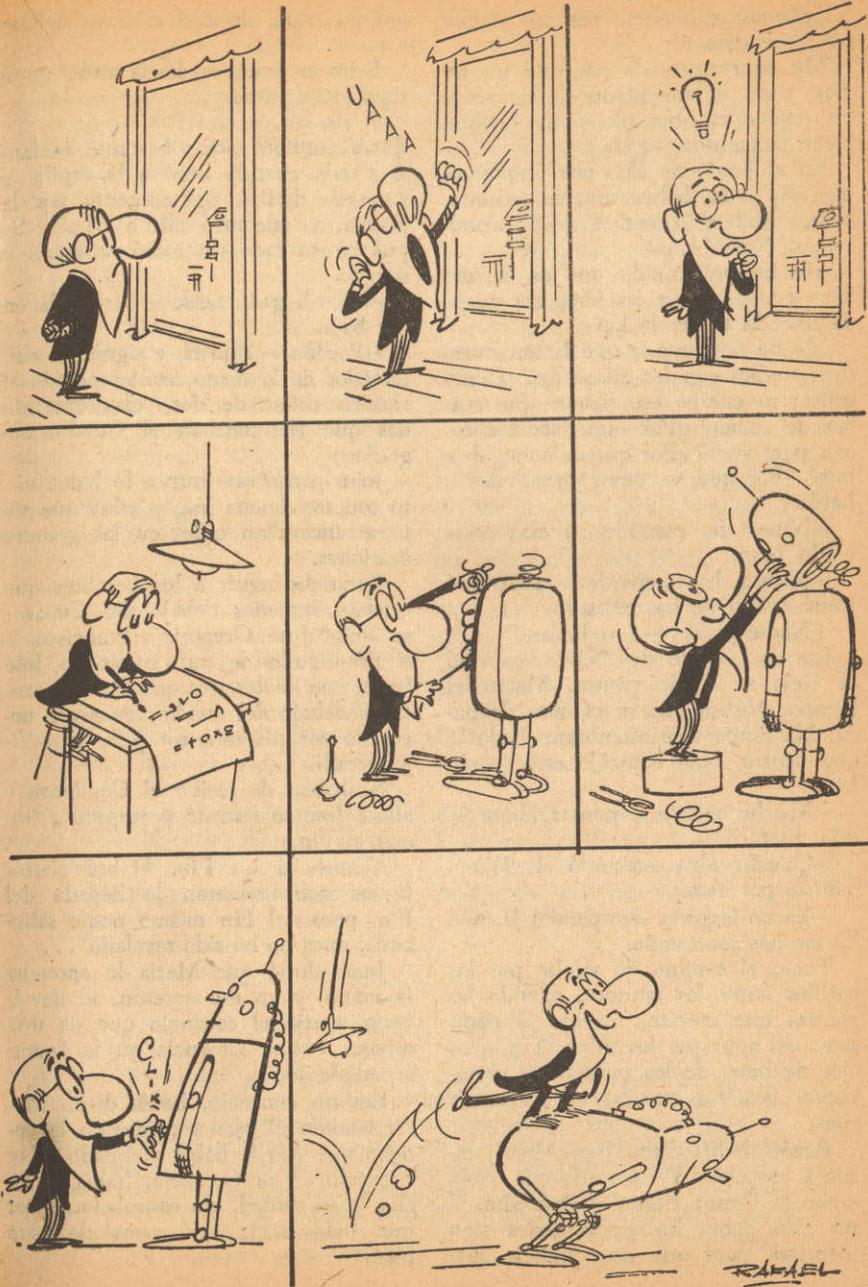
—Debe haber habido un propósito, aun par el Navío, hace mucho tiempo, y el propósito debe haber sido muy claro. Pero nos hemos olvidado. Debe haber ciertos hechos, cierto conocimiento...

—Hay conocimiento en los libros —dijo Juan—, pero nos han quitado los libros.

—A veces había falsedades en ellos —dijo el viejo—. O algo que parecía una falsedad. Pero no se puede juzgar la verdad hasta tener los hechos, y dudó de que tengamos los hechos. Había otras razones, otros factores.

Soy un hombre solitario. Tengo que trabajar y no recibo muchas visitas. No tengo quien me hable y me distraiga, aunque el Navío está lleno de habladorías. He pensado mucho. He pensado en nosotros y en el Navío. He pensado en las leyes y en el propósito que hay detrás de todo ello.

He meditado en lo que hace crecer una planta, lo que vuelve a los minerales y al agua necesarios para su crecimiento. Me he preguntado por qué debemos tener prendidas las lámparas tantas horas, ¿qué hay en las lámparas que favorece el crecimiento de las plantas? Pues si uno no las enciende,



las plantas se mueren; por eso sé que son necesarias.

Me he preguntado por qué un tomate nace en una planta de tomate y un pepino en una planta de pepino. Debe haber una razón.

En el fondo de algo tan simple como esto debe haber muchas razones, ciertos hechos básicos. Y no los conocemos. No sabemos.

Me he preguntado qué es lo que hace encenderse a las lámparas cuando uno da vuelta la llave.

Me he preguntado qué hacen nuestros cuerpos con los alimentos. ¿Cómo utiliza tu cuerpo ese tomate que acabas de comer? ¿Por qué debemos comer para vivir? ¿Por qué debemos dormir? ¿Por qué y cómo aprendimos a hablar?

—Nunca he pensado en esas cosas —dijo Juan.

—Nunca has pensado —murmuró Josué—, casi no has pensado.

—Nadie piensa —dijo Juan.

Eso es lo malo del Navío —afirmó el viejo—. Nadie piensa. Matan el tiempo. Nunca buscan razones de nada. Ni siquiera se asombran. Todo lo que ocurre, bien ocurrido está, y eso basta.

—Me he puesto a pensar ahora —dijo Juan.

—Querías algo —recordó el viejo—. Viniste por algo.

—Ya no importa —respondió Juan—. Ya me has contestado.

Tomó el camino de vuelta por los pasillos entre los tanques, oliendo las plantas que crecían, oyendo el deslizarse del agua por los tubos. Y por los ojos de buey de los puestos de observación veía las estrellas, ahora inmóviles.

Razón, había dicho Josué, había razón y propósito. Y eso era lo que había dicho la Carta: Razón y Propósito. Y no sólo debía haber verdades sino mentiras, para que uno pudiera juz-

gar las cosas, decir si eran verdaderas o no.

Echó los hombros hacia atrás y prosiguió su camino.

LA reunión estaba bastante adelantada cuando llegó a la capilla y Juan se deslizó sigilosamente por la puerta, y encontró allí a María. Se puso a su lado, le tomó la mano y sonrió.

—Has llegado tarde —dijo ella en voz baja.

—Perdón —dijo él, y siguieron allí, tomados de la mano, contemplando el rítmico titilar de dos velas encendidas que flanqueaban el Cuadro Sagrado.

Juan pensó que nunca lo había visto con tan buena luz, y sabía que sólo se encendían cirios en las grandes ocasiones.

Pudo distinguir a los hombres que estaban sentados debajo del Cuadro: su amigo José, Gregorio y Francisco. Y sintió orgullo de que su amigo José fuera uno de los tres que estaban sentados debajo del cuadro, pues era necesario ser piadoso, un jefe, para figurar allí.

Acababan de recitar el Comienzo y ahora José se levantó y empezó a iniciar el Fin.

—Vamos a un Fin. Habrá ciertos signos que revelarán la llegada del Fin, pero del Fin mismo nadie sabrá nada, pues no ha sido revelado”...

Juan sintió que María le apretaba la mano, y en ese apretón, al devolverlo, sintió el consuelo que da una esposa, y una Creencia en la fraternidad de todos.

Era un consuelo, había dicho María cuando él estaba comiendo la comida que ella le había guardado. Hay consuelo en la Creencia, había dicho ella. Y es verdad, era consolador, saber que todo había sido arreglado para bien.

Ellos necesitaban consuelos, pensaba él. Más que nada. Estaban tan solos, sobre todo desde el momento en que las estrellas se habían detenido, desde que se podía mirar, desde los puestos de observación, el espacio vacío que los rodeaba.

Más solos todavía por la falta de propósito, la falta de conocimiento, aunque consolara pensar que todo sucedía para bien.

—“Llegará el Rumor y las estrellas dejarán de girar y quedarán solas y brillantes en la oscuridad, en la eterna oscuridad que se extiende por todo, salvo al pueblo que habita el Navío...”

Y así era, pensó Juan. Este era el consuelo. Saber que estaban protegidos contra la eterna noche. Aunque, pensó, ¿cómo habían adquirido ese conocimiento? ¿Quién se lo había revelado?

Y se reprochó por pensar estas cosas, pues no debía pensar estas cosas en la Iglesia.

El era como Josué, se dijo. Todo lo ponía en duda. Se preguntaba qué eran las cosas que había aceptado hasta ahora, que se habían aceptado sin discusión desde hacía muchas generaciones.

Levantó la cabeza y miró al Cuadro Sagrado, al Arbol y las Flores y el Río y la Casa en la distancia, con el Cielo, y el Viento y las Nubes que no podían verse...

## Electrones y metales

Los electrones que emiten las sustancias radioactivas se han mostrado como un valioso auxiliar para la investigación de las superficies de metales en dosis demasiado pequeñas para resultar visibles en una fotografía. Para ello, la superficie del metal se cubre de una sustancia transparente, llamada “escintiladora”, que, bajo el efecto de esos electrones, emite rayos luminosos. De esta manera, se han podido localizar trazas de sustancias radioactivas repartidas en regiones de 75 a 100 micrones de diámetro. (Un micrón es la milésima parte de un milímetro).

Era realmente muy bonito. Había allí colores que no había visto en ninguna parte, salvo en cuadros. ¿Habría un lugar como éste, o era sólo un símbolo, una idealización, un extracto de los sueños de los pasajeros del Navío?

¡Encerrado en un navío! Se asustó, pero ya lo había pensado. No encerrado. Protegido, mejor dicho. Protegido de todo daño, de todo lo que yacía a la sombra de la noche eterna.

E inclinó la cabeza para orar, una oración de arrepentimiento y acusación. ¡Cómo podía pensar semejante cosa!

Sintió la mano de María en la suya y pensó en el niño que tendrían cuando Josué hubiera muerto. Pensó en los partidos de ajedrez que había jugado con José. Pensó en las largas noches oscuras, con María a su lado.

Pensó en su padre, y las palabras olvidadas resonaron en su cerebro. Y en la Carta, que hablaba del conocimiento y de destino y que se refería a un propósito.

—“¿Qué puedo hacer?”, se preguntó. —“¿Qué camino he de seguir? ¿Cuál es el sentido y el Fin?”

CONTÓ el número de puertas y entró en la que buscaba.

El lugar estaba lleno de polvo, pero la lámpara aún funcionaba.

En la pared más alejada estaba la

puerta que se mencionaba en la página de instrucciones que venía adjunta con la Carta: la puerta que tenía un dial en el centro. Un nicho, decía la hoja.

Atravesó el cuarto, dejando huellas sobre el polvo del piso, y se arrodilló ante la puerta. Con la manga de la camisa limpió el polvo y pudo leer los números. Dejó la hoja en el suelo y tomó la ruedecita. Marcó sucesivamente 6, 15, volvió a 8, luego 22 y después 3. Lo hizo con sumo cuidado, siguiendo las instrucciones, y al marcar el 3 oyó el ruido suave de los pistones de acero que se ponen de nuevo en su lugar.

Tomó la manija de la puerta y empujó lentamente, pues la puerta era pesada.

Entró, prendió la luz y encontró que todo era exactamente como la hoja lo describía. Se hallaba la cama, la máquina al lado y la gran caja de acero en un rincón.

El aire estaba viciado, pero no había tierra, pues la pieza no se vinculaba con el sistema de condicionamiento del aire que durante siglos había diseminado polvo en todos los otros compartimientos.

Allí, de pie, sintió terror, un ataque violento de terror, que provenía de las muchas generaciones de los que no sabían y no les importaba.

El conocimiento... sentían temor al conocimiento, pues el conocimiento era malo. Hacía muchos años que habían llegado a esa conclusión los que tomaban las decisiones en el Navío, y habían establecido una ley contra la lectura y quemado los Libros.

La Carta decía que el conocimiento era necesario.

Y Josué, de pie junto al recipiente de tomates, y los otros recipientes con sus legumbres, había dicho que debía haber razón, y que el conocimiento debía dar cuenta de la razón.

Pero no eran más que la Carta y que Josué, ellos solos contra todos, ellos solos contra una decisión tomada hacía muchas generaciones.

“No — se dijo —, no esos dos solos, también mi padre, y su padre y el padre de su padre, hasta los que han transmitido la Carta y el Libro y el arte de la Lectura.” Y él, lo sabía, si tenía un hijo le iba a transmitir la Carta y el Libro, y le enseñaría a leer. Podía verse en su imaginación, acurrucado junto al niño, enseñándole el arte prohibido, iniciándolo en una herejía que había medrado entre ellos desde hacía tantas generaciones.

Y aquí, por último, estaba el resultado final, la cama, la máquina y la gran caja de acero. Aquí estaba la cosa hacia la cual todo había tendido.

Se acercó cautelosamente a la cama, como si temiera que contuviese alguna trampa escondida. La tanteó y descubrió que era una cama y nada más.

Yendo de la cama a la máquina la examinó atentamente, analizando cada pieza, observando todos los puntos importantes, siguiendo las instrucciones. Encontró dos puntos de contacto desconectados y los unió; después, venciendo cierta vacilación, hizo pasar la primera corriente, como decían las instrucciones, y la luz roja se encendió.

Estaba ya preparado.

Se subió a la cama, tomó el casco y se lo puso, dándolo vuelta para encontrar el lugar más cómodo. Después se recostó, dió vuelta a la segunda llave y oyó una canción de cuna.

Una canción de cuna, una melodía que resonó en su cerebro y le impartió una sensación de suave somnolencia.

Juan Hoff se puso a dormir.

**D**ESPERTO y tuvo conocimiento. Hubo un lento, penoso tanteo para reconocer el lugar, la pared sin el Cuadro Sagrado, la pesada puerta, el casco de su cabeza.

Con ambas manos se quitó el casco, lo contempló un rato y comprendió qué era. Poco a poco recordó todo: el hallazgo del cuarto, la entrada al nicho, el examen de la máquina y el momento de acostarse con el casco puesto.

El conocimiento de dónde estaba y de por qué estaba allí y un conocimiento más profundo.

Un conocimiento de cosas que antes no había sabido.

De cosas aterradoras.

Puso el casco sobre las rodillas y se incorporó, levantando las manos para asirse a los extremos de la cabecera.

¡Espacio! Un vacío. Un inmenso vacío lleno de soles llameantes que se llamaban estrellas. Y en medio del espacio, en extensiones tan vastas que las medidas usuales no abarcaban, que sólo podían medirse con años-luz, había un cohete, un Navío, no un Navío con N mayúscula, sino un navío, como tantos otros.

Un navío que provenía del planeta Tierra, no del Sol, no de ninguna estrella, sino de uno de los planetas que giraban en torno a una estrella.

No puede ser, se dijo. El Navío no puede moverse. No puede haber espacio. No puede haber vacío. No podemos ser un simple punto, una mota perdida en la inmensidad del Universo, burlada por las estrellas que vemos brillar por las ventanas.

Porque si fuera así, entonces se habrían parado por nada. Todos ellos no eran más que factores casuales en el universo. Menos aún. Menos que nada. Un girón de vida extraviada y vagabunda entre las estrellas innumerables.

Sacó las piernas de la cama y permaneció así, mirando fijamente la máquina.

“El conocimiento está almacenado ahí”, pensó. “Eso es lo que dice la página de instrucciones. Está el conocimiento guardado en carretes de alambres.”

bre grabado, el conocimiento que ha sido trasplantado, implantado, en el cerebro de un hombre que duerme.”

Y esto no era más que el comienzo, no era más que la primera lección. Y el conocimiento era suyo, suyo para hacer con él lo que quisiera. ¿Con qué fin? Porque, ¿de qué valía tener el conocimiento si no había en él ningún propósito?

Y ¿era verdadero?

Este era el problema.

¿Era verdadero el conocimiento?

¿Cómo podía descubrirse una verdad? ¿Cómo descubrir una falsedad?

No había manera de saberlo, por supuesto. El conocimiento se podía juzgar de acuerdo a otro conocimiento, y él tenía muy poco conocimiento; más que nadie en el navío, pero muy poco de todos modos. Porque él sabía que en alguna parte debía existir una explicación acerca de los planetas que giraban en torno de las estrellas, del espacio en que giran y del navío que se movían sin propósito aparente.

La Carta hablaba de propósito y destino y esas eran las dos cosas que él debía averiguar.

Volvió a poner el casco en su lugar, salió del nicho y cerró la puerta detrás, marchando con más seguridad que antes, pero aún con sensación de culpa. Pues ahora no sólo había quebrado el espíritu sino también la letra de la ley, quebrantaba la ley por una razón, y sospechaba que la razón y el propósito borrarían a la ley.

Bajó por las largas escaleras hasta los pisos inferiores.

Encontró a José; en el salón, con un tablero de ajedrez ante él y todas las piezas preparadas para el juego.

—¿Dónde has estado? — preguntó José —. Te he estado esperando.

—Por una y otra parte.

—Hace tres días que has estado por una y otra parte.

Y José, intrigado, miró a Juan.

—¿Te acuerdas de nuestras travesuras? — preguntó —. ¿Los robos y las trampas?

—Me acuerdo, José.

—Siempre has tenido algo raro cuando te disponías a hacer algo malo. Ahora tienes el mismo aire.

—No estoy en tren de hacer travesuras — respondió Juan —. No estoy robando nada.

—Hace muchos años que somos amigos — dijo José — A ti te ocurre algo, no lo niegues.

Juan lo miró, tratando de descubrir en él al muchacho, pero el muchacho ya no existía. José era el hombre que se sienta bajo el Cuadro, el hombre que recita oraciones, el hombre piadoso, el pilar de la comunidad del Navío. Meneó la cabeza.

—No puedo, José. Lo siento.

—Sólo quiero ayudarte.

“Si supieras — pensó Juan — no querías ayudarme. Me mirarías horrorizado, me denunciarías, serías el más escandalizado de todos.” Pues él era un hereje, no podía negarse. Era una negación del Mito, una negación de la seguridad de la ignorancia, una refutación de la creencia de que todo lo que ocurría era lo mejor que podía ocurrir, era decir que ya no podían sentarse con los brazos cruzados y confiar en el orden del Navío.

—Juguemos un partido — dijo resueltamente.

—¿Esa es tu decisión, Juan? — preguntó José.

—Esa es mi decisión.

—Empieza tú — dijo José.

Juan movió el peón de la dama. José lo miró.

—Tú siempre avanzas con el peón del rey.

—He cambiado de parecer — dijo Juan —. Este comienzo me gusta más.

—Como quieras — dijo José.

Jugaron. José ganó sin ninguna dificultad.

Finalmente, después de muchos días de ir al nicho y ponerse el casco, de dormirse con la canción de cuna y despertarse con nuevos conocimientos, Juan conoció toda la historia.

Se enteró de la existencia de la Tierra y de que los hombres de la Tierra habían edificado un navío y lo habían enviado a explorar las estrellas, y entendió algo del impulso y la aspiración que había movido a aquellos seres.

Se enteró de la selección y del adiestramiento de la tripulación, del trabajo que había costado elegir los antepasados de los futuros colonizadores, de los principios biológicos que habían regido la reproducción, de modo que, cuando se llegara a la generación cuatragésima, aquellos seres debían ser vigorosos, aptos para enfrentar los nuevos problemas que traería la colonización estelar.

Se enteró del plan educativo y de los libros que pretendían mantener intacto el conocimiento y supo algo de los principios psicológicos implícitos en la empresa.

Pero la cosa había salido mal en cierto sentido.

No con el navío, sino con la tripulación.

Los libros habían ido a parar a la máquina transformadora.

Había surgido un Mito y la Tierra había sido totalmente olvidada. El conocimiento fué substituído por la leyenda.

En el término de cuarenta generaciones el plan y el propósito se habían olvidado, y la gente vivía sus vidas en la creencia saludable de que se bastaban a sí mismos, que el Navío era el comienzo y el fin, que a causa de alguna intervención divina el Navío y la gente habían sido creados y que sus vidas bien ordenadas seguían un plan bien trazado, en el cual todo lo que ocurría era para bien.

Ellos vivían en la ignorancia y a las car-

tas, escuchaban antigua música, nunca se preguntaban ni por un momento quién había inventado las cartas, o el ajedrez o la música. No malgastaban las horas, sino su vidas enteras contándose chismes y tonterías de otras generaciones. Pero no tenían historia, no se interrogaban y no miraban hacia adelante, porque todo lo que ocurría les parecía natural.

Por muchos años el Navío fué lo único que ellos conocieron. Antes de haber muerto la primera generación, la Tierra se había convertido en una cosa remota y olvidada, no sólo en el tiempo sino también en el espacio y en la memoria. No existía ninguna lealtad hacia la Tierra que mantuviera vivo su recuerdo; ninguna lealtad hacia el Navío, pues el Navío no la necesitaba.

El Navío era una madre para ellos, y anidaron en ella. El Navío los alimentaba, los protegía y los defendía contra los peligros.

No había ningún lugar donde ir. Nada que hacer. Nada que pensar. Y ellos se adaptaron.

“Niños”, pensó Juan Hoff.

Niños que se pegan a los brazos de su madre. Niños que se cuentan antiguas leyendas en el cuarto de juegos.

Y algunos de los cuentos eran más verdaderos de lo que ellos podían imaginarse.

Se había dicho que cuando llegara el Rumor y la estrellas se quedaran quietas, el Fin estaría próximo.

Y esto era cierto, pues las estrellas se movieron cuando el Navío giró sobre su eje longitudinal, con el fin de proporcionar una gravitación artificial.

Pero cuando el navío se acercara a su destino, automáticamente tenía que girar y reanudaría su carrera normal, y los giróscopos proporcionarían la gravitación.

Y ahora el Navío bajaba hacia la

estrella y el sistema solar elegidos. Bajaba directamente, a no ser que... — y Juan Hoff temblaba al pensarlo — que no hubiera pasado el blanco pensado.

Pues la gente podía haber cambiado, pero no el Navío. El Navío no se adaptaba. El Navío recordaba cuando sus pasajeros ya habían olvidado. Fiel a las instrucciones que le habían sido dados hacía más de mil años, continuaba su curso, conservaba su propósito, recordaba la cita, y ahora se preparaba a cumplirla.

Automática, sí, pero no del todo.

Pues no podía trazar una órbita alrededor del planeta elegido sin la ayuda de un cerebro humano, sin una mano humana que le dijera lo que debía hacer. Durante mil años podía prescindir del hombre, pero en el último momento lo necesitaba para completar su designio.

“Y yo, Juan Hoff — se dijo a sí mismo —, yo soy ese hombre.”

Un solo hombre. ¿Qué puede un hombre?

Pensó en los otros hombres. En José, en Heriberto, en Jorge, en todos los demás: en ninguno de ellos podía confiar, a ninguno podía ir a decirle lo que había hecho.

Pensó en el funcionamiento del Navío. Conocía la teoría y el funcionamiento, pero se requería algo más: familiaridad y experiencia. Un hombre tenía que pasar su vida en un navío antes de poder manejarlo. Y a él no se le daba tiempo.

**E**STABA junto a la máquina que le había dado el conocimiento, con todo el alambre oído y el propósito realizado, del mismo modo que había cumplido la Carta y que el Navío cumpliría el suyo si su cerebro era claro y su mano firme. Y si sabía lo necesario.

Allí, en un rincón, estaba el arma-

rio, y decidió abrirlo. Hasta aquí llegaba lo que los otros podían hacer por él; después, tendría que arreglárselas solo. Lentamente se arrodilló ante el armario y levantó la tapa.

Había muchos rollos de papel y debajo libros, docenas de libros y una cajita de cristal. Dentro de la cajita, un sobre que llevaba una palabra impresa: LLAVES.

Abrió el sobre y allí encontró dos llaves. La etiqueta de una decía: "Cuarto de Control". La de la otra: "Máquinas".

Se metió las llaves en el bolsillo y apretó la cápsula de cristal, que contenía aún otro objeto, que él nunca había visto, pero reconoció que era un revólver. Rompió la cápsula y se apoderó de él. No era pesado, pero bastaba para conferirle autoridad. Parecía fuerte y cruel: lo tomó en la mano y apuntó a un blanco imaginario. En ese momento sintió un estremecimiento de poder, el poder del hombre, el Matador, y sintió vergüenza.

Dejó el revólver y sacó uno de los rollos de papel, que crujió al ser desenrollado. Era un dibujo, y se inclinó sobre él con el propósito de ver de qué se trataba, sin entender las palabras impresas entre las líneas. No pudo entender nada, y lo dejó volver a

su forma cilíndrica, como un animal vivo.

Tomó otro papel, lo desenrolló y el Cuarto de Control y el de Máquinas.

Esta vez pudo entender: era el plano de una de las secciones del Navío. Y fué encontrando, uno tras otro, las secciones distintas del Navío: los corredores, las escaleras, los puestos de observación, los compartimientos.

Y por último encontró un plano de todo el Navío, un corte transversal, con todos los compartimientos en su lugar y los jardines hidropónicos. Y

Desplegó el plano, lo estudió y encontró que algo no andaba bien. Hasta que entendió que tenía que descontar el Cuarto de Control y el de Máquinas. Y así debía ser, se dijo, pues en una época remota, alguien había clausurado los dos cuartos, el de control y el de las máquinas, con el fin de protegerlos hasta que llegara el día indicado.

Para la gente, el Cuarto de Máquinas y el de Control simplemente no habían existido, y era por eso, se dijo, que el plano le había parecido equivocado.

Dejó que el plano se enroscara de nuevo y tomó otro, esta vez del Cuarto de Máquinas. Lo estudió, frunciendo el ceño, tratando de saber lo

### La vida humana

SEGÚN datos dados a publicidad por la Oficina Nacional de Estadísticas de los Estados Unidos, la vida media de las razas humanas, blancas y negras, es la siguiente:

Hombres blancos	65,2	años
Mujeres blancas	70,6	"
Hombres negros	57,9	"
Mujeres negras	61,9	"

Las enfermedades contagiosas son un grave peligro: de cien mil personas que mueren anualmente por estas causas en Norteamérica, el 20% son de color negro.

que allí había, pero, si bien podía entender el sentido de muchas instalaciones, había otras que no comprendía en modo alguno.

Descubrió el transformador y se preguntó cómo el transformador podía estar en un Cuarto de Máquinas cerrado, cuando lo habían usado durante todos esos años. Finalmente vió que el transformador tenía dos aberturas, una más allá de los jardines hidropónicos y la otra dentro mismo del Cuarto de Máquinas.

Soltó el mapa, y que se arrolló, como los otros. Se acurrucó allí, balanceándose un poco sobre los pies, mirando los planos.

Pensaba que si se necesitara otra prueba para convencerlo, la tendría al alcance de su mano.

Planos y mapas para el navío. Planos soñados por hombres y trazados por manos humanas. Un sueño de estrellas dibujado en un trozo de papel.

Aquí no había intervención divina. No había mitos.

Simplemente un planteo humano.

Pensó en los Cuadros Sagrados y se preguntó qué eran. Ellos también... ¿Era posible que estuvieran tan alejados del objetivo como la historia del Mito? Si así era, parecía vergonzoso. Porque eran muy reconfortantes, lo mismo que la CREENCIA...

Se acurrucó en el pequeño nicho, con la máquina y la cama y el armario, con los enroscados mapas a sus pies, y cruzó los brazos sobre el pecho y casi sintió una abyecta piedad por sí mismo.

Hubiera querido no haber empezado nunca y que la Carta no hubiese existido; estar de regreso en la ignorancia y en la seguridad; volver a jugar al ajedrez con José...

José dijo desde la puerta:

—¿Así que era aquí donde te habías escondido?

Vió los pies de José plantados en

el suelo y dejó que sus ojos subieran por el cuerpo de José hasta llegar a la cara.

La sonrisa estaba allí estereotipada. Una leve sonrisa sólidamente estereotipada en la cara de José.

—¡Libros! —exclamó éste.

Era una palabra obscena, y como tal fué pronunciada. Su tono era el de un hombre que sorprende a otro en un gran delito.

—José... —dijo Juan.

—No me digas — lo interrumpió José— dijiste que no querías mi ayuda. Me pregunto si no...

—José, escucha...

—¡A escondidas con los libros!

—Mira, José, todo está equivocado. Gente como nosotros ha construido este navío. Va a alguna parte. Conozco el sentido del Fin...

La maravilla y el horror desaparecieron de la cara de José. Su rostro se volvió inexpresivo, como el de un juez, sin un átomo de misericordia.

—José...

José se volvió rápidamente, buscando la puerta.

—José, espera un momento. ¡José! Pero José se había ido.

Oyó el sonido de sus pasos en el pasadizo, en dirección a la escalera que lo conduciría a los compartimientos.

Correría y descendería, gritando para llamar a toda la tripulación. Y los lanzaría a buscar, con la lengua afuera, por todo el navío, a Juan Hoff. Y, cuando encontraran a Juan Hoff...

Cuando encontraron a Juan Hoff, ése sería el final. Eso convertiría el Fin en la especie de Fin desconocido de que se hablaba en la capilla. Porque no habría otro... nunca habría otro que entendiera el Sentido, y el Propósito, y el Destino.

Y a causa de eso, millares de hombres y de mujeres habrían muerto en vano. Vanos serían los sudores, y el

genio y el anhelo de la gente que había botado el navío.

Sería una pérdida terrible. Y también un crimen.

No hay que desperdiciar. No hay que tirar.

Y esto se refería a las vidas y a los sueños humanos, lo mismo que a la comida y al agua.

LA mano de Juan se extendió, tomó el revólver, y sus dedos se apretaron sobre el arma a medida que crecía en él la ira, la ira de la desesperación, la última ira, la momentánea y casi ciega locura de un hombre que ve la alfombra de la vida deliberadamente arrancada bajo sus pies.

Aunque no se trataba sólo de su vida, sino de las vidas de todos los demás. La vida de María, de Heriberto, de Luisa y de Josué.

Corría desesperadamente cuando salió y patinó en el ángulo recto que formaba el corredor. Se precipitó en dirección a a escalera y, en la oscuridad, sintió las huellas bajo sus pies, y respiró agradecido por las muchas veces que había ido desde sus habitaciones hasta el centro del navío, tanteando en la oscuridad. Porque ahora se sentía cómodo en la oscuridad y poseía esa ventaja sobre José.

Se precipitó por las escaleras, se deslizó y corrió por el pasadizo, encontró la segunda escala... y, delante de él, oyó el rumor de los vacilantes pasos del hombre que lo precedía...

Sabía que en el próximo corredor había una sola lámpara, que brillaba débilmente a final del pasadizo. Si podía llegar al corredor a tiempo...

Siguió las huellas con una mano en la baranda para no caer, rozando apenas el piso, deslizándose más bien que corriendo.

Se acurrucó finalmente en el suelo, inclinándose todo lo posible y allí, a la débil luz de la lámpara, vio una

figura que corría. Levantó el revólver y apretó el botón; el revólver saltó en su mano y una llama súbita iluminó el corredor.

La luz lo encegueció un momento y él permaneció allí acurrucado y pensó: "He matado a mi amigo José. Pero realmente no era José".

No era el muchacho que había crecido a su lado. No era el hombre con quien había jugado al ajedrez. No era José, su amigo José.

Era otra persona... Un hombre con rostro de juez que había corrido para prevenir a la tripulación y hubiera condenado a todos al Fin desconocido. Sintió que tenía razón y, sin embargo, gustaba.

Recobró la visión y vio un bulto negro en el suelo.

Se inclinó sobre el cuerpo y permaneció inmóvil, con náuseas y una debilidad general en todo el cuerpo.

*No hay que desperdiciar.*

*No hay que tirar nada.*

Aquella era la ley hablada pero existían otras leyes que nunca habían sido expresadas por falta de necesidad. No se había dicho que no debíamos robar la mujer del prójimo, ni prestar falso testimonio, ni matar... porque estos crímenes desaparecieron de la Tierra mucho antes de que el navío-estrella partiera.

Aquellas eran las leyes de la conciencia y del buen gusto.

Y él había quebrado una de estas leyes.

El había matado a un prójimo.

El había matado a su amigo.

Aunque, se dijo, no era ya un amigo... era realmente un enemigo, el enemigo de todos ellos.

Juan Hoff se puso de pie y controló el temblor de su cuerpo. Colocó el revólver en el cinturón y caminó muy tieso hasta el bulto que estaba en el suelo.

La oscuridad facilitaba las cosas, por-

que no podía ver distintamente el cadáver. Por suerte la cara estaba contra el piso: le hubiera sido más difícil enfrentarse con su mirada fuerte.

Quedó allí de pie, meditando.

Dentro de un rato la Gente echaría de menos a José y empezarían a buscarlo. Y no debían encontrarlo. No debían conocer nunca la verdad. Hacía tiempo que la idea de matar había desaparecido: nadie podía imaginarla. Porque, si un hombre mataba, no importaba cómo o en qué circunstancias, otros matarían también. Si un hombre pecaba, el pecado debía ocultarse, porque un pecado podía hacer surgir otro pecado y, cuando llegaran al nuevo mundo, cuando (si lo lograban) llegaran al planeta elegido, iban a necesitar toda la fuerza interior, toda la camaradería y el apoyo mutuo que pudieran prestarse.

No era posible ocultar el cuerpo, porque no existía ningún escondrijo imposible de descubrir.

Tampoco lo entregaría al transformador, porque no podía llegar hasta él. Para llegar hubiera debido atravesar los jardines hidropónicos.

Y, naturalmente, no iba a hacerlo...

Había otra manera de llegar hasta el transformador: atravesar el cuarto de máquinas...

Tanteó el bolsillo y encontró allí las llaves.

Se inclinó, tocó el cuerpo de José y retrocedió ante el contacto de la carne, todavía caliente. Se apoyó contra la pared de metal y permaneció allí unos instantes, con el estómago contraído mientras la sensación de culpa le machacaba la cabeza.

Pensó en su padre hablándole —el viejo de cara de granito— y pensó en el hombre, allá lejos, que había escrito la Carta, y en todos los otros que se la habían pasado, que cometieron herejías en busca de la verdad, en busca del conocimiento y de la salvación.

Muchas cosas habían sido supuestas; durante innumerables noches se habían preguntado si lo que estaban haciendo era justo; y todo esto podía perderse ahora por debilidad o por sentimiento de culpa.

Se retiró de la pared, se inclinó sobre el cuerpo y lo echó sobre sus espaldas.

El cuerpo se balanceaba.

Algo húmedo y caliente le cosquilleó la espalda.

Apretó la boca para que sus dientes no castañearan. Y tambaleante bajo el peso que soportaba, trepó las largas escalas y pasó por los corredores en dirección al cuarto de máquinas.

Finalmente llegó frente a la habitación y dejó el cuerpo en el suelo para buscar las llaves.

Eligió la que servía y la introdujo en la cerradura. Después empujó la puerta, que se abrió lentamente. Una ráfaga de aire cálido le castigó la cara. Las luces brillaban poderosas y se escuchaba un murmullo que era como una canción de poder y el gemido del metal que vibra.

Se inclinó nuevamente, levantó el cuerpo de José, entró en la habitación y cerró la puerta. Permaneció un instante mirando los largos pasadizos que se deslizaban entre las grandes máquinas.

Una máquina giraba... Era un giroscopo de cuyos címbalos pendía un estabilizador...

¿Cuánto tiempo, se preguntó, cuánto tiempo necesitaría un hombre para entender todo lo que se sabía sobre aquellas macizas y complicadas maquinarias? ¿Cuán lejos estamos, se preguntó, de los conocimientos de hace mil años?

Apoyado en su hombro, el cuerpo inerte se balanceaba, oyó el lento gotear del líquido cálido y pegajoso, que se extendía por el suelo.

Horror y maravilla: un retroceso

de mil años hasta la época en que se construían máquinas como éstas. Un retroceso aún mayor, hasta una época de inestabilidad en las emociones humanas, cuando un hombre podía matar a otro hombre.

"Tengo que librarme de él", pensó amargamente Juan Hoff. "Tengo que librarme de él. Pero no lo lograré. Cuando él haya desaparecido, cuando se haya convertido en otra cosa de lo que es ahora, cuando su sustancia sea otra sustancia, todavía tendré que librarme de él. Y nunca lo lograré."

"Nunca."

Encontró la puerta del transformador e hizo esfuerzos para abrirla. Tuvo que apoyarse contra ella. La puerta se abrió bruscamente. Vió la gran plancha, lo bastante grande como para recibir un cuerpo humano y, detrás de los resortes, oyó el rugido de la máquina poderosa e imaginó por un instante que veía un resplandor de fuego infernal.

Deslizó el cuerpo lo más suavemente posible, hacia la plancha. Le dió un empujón final, cerró la puerta y oprimió con fuerza el mecanismo de la plancha.

La cosa estaba hecha.

Secándose el sudor de la frente, y se alejó del transformador y comprendió que aunque se había librado del cuerpo, éste seguía pesando sobre él.

*Y así sería siempre, pensó. Así sería siempre.*

Oyó otra vez pasos, pero no se volvió para enfrentarlos: eran los pasos fantasmales que lo perseguirían toda su vida, los pasos de la culpa, que andaban en su cerebro.

—¿Qué has hecho, muchacho? —murmuró una voz.

—He matado a un hombre. He matado a mi amigo.

Y se volvió, para enfrentar los pasos y la voz, que ya no eran fantasmales.

—¿Tuviste motivos para hacerlo, muchacho? —agregó Josué.

—Había un motivo, un motivo y un propósito.

—Necesitas un amigo —dijo Josué—, necesitas un amigo, muchacho.

Juan asintió con la cabeza.

—He descubierto el propósito del navío. Y el destino. El me descubrió. Iba a denunciarme. Y yo... yo...

—Y tú lo mataste.

—Pensé: ¿es mejor sacrificar una vida o la vida de todos? No tomé más que una vida. El hubiera sacrificado todas.

Se miraron fijamente un instante.

El viejo rompió el silencio:

—No es justo sacrificar una vida, no es justo.

Permanecía allí de pie, inmóvil, pero había en él algo vital, algo semejante a la fuerza que dirigía las máquinas.

—Y tampoco es justo —dijo— condenar a la Gente a un destino que no buscaba. No es justo seguir un propósito a causa de nuestra ignorancia y falta de conocimientos.

Después preguntó:

—Y el Propósito del navío... ¿es un buen propósito?

—No lo sé —dijo Juan—. No estoy seguro. Pero por lo menos es un propósito. Un propósito, cualquier propósito, es mejor que nada.

Levantó la cabeza y se echó el pelo hacia atrás, porque el sudor lo había pegado sobre su frente.

—Está bien —dijo—, iré con ustedes. He sacrificado una vida. No sacrificaré ninguna más.

Josué habló suave y lentamente:

—No, muchacho. Soy yo quien irá contigo.

**E**RA desagradable ver, desde las cabinas de observación, la gran profundidad del vacío en el que las estrellas brillaban como pequeñas y eter-

nas luciérnagas. Y también era tremendo contemplar el mismo espectáculo desde el cuarto de controles, donde una gran plancha de vidrio se abría directamente sobre el espacio.

Se podía mirar muy abajo, muy abajo, sin divisar el fondo, y hacia arriba, sin encontrar nunca el fin; y se podía casi jurar que una estrella estaba al alcance de la mano, pero, en el instante siguiente, aparecía tan lejana que el cerebro giraba ante el pensamiento de la enorme distancia.

Las estrellas estaban muy lejos.

Todas, salvo una.

Y esa estrella brillaba hacia la izquierda, luminosa como un sol ardiente.

Juan Hoff lanzó una mirada rápida a Josué y vió que la cara del viejo se hallaba contraída en una mueca de incredulidad, de miedo y de algo que se parecía al horror.

Y pensó entonces: "Yo sé. Yo sé cómo puede ser. Yo tengo una idea. Pero él ignora todo".

Al retirar la mirada de la plancha de visión vió todos los complejos instrumentos y sintió una angustiosa opresión en el estómago; sus dedos estaban entumecidos.

Pensó que no le quedaba tiempo para vivir con el navío y conocerlo profundamente. Lo que debía hacer, lo haría con los débiles conocimientos impresos en su cerebro, un cere-

bro que tardaría muchos años en estar listo y preparado.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuró Josué—. Muchacho: ¿qué vamos a hacer?

Avanzó lentamente y subió los pedales que conducían hasta la silla que tenía un lettero con la palabra "Timonel" en el respaldo.

Lentamente ocupó la silla y le pareció que estaba en el borde mismo del espacio, sentado al borde de un precipicio del cual en cualquier momento podía deslizarse y caer.

Cuidadosamente colocó las manos en los brazos del sillón y apretó los dedos luchando por orientarse, esforzándose por comprender que estaba ocupando el puesto del timonel y que, oprimiendo y moviendo los botones y palancas que había frente a él, enviaría señales al cuarto de máquinas.

—Esa estrella —dijo Josué—, esa gran estrella, allá, a la izquierda. Esa tan brillante...

—Todas las estrellas son brillantes...

—Pero ésa, la grande...

—Esa es la estrella hacia la cual nos dirigimos desde hace mil años —afirmó Juan.

Y deseó ansiosamente que sí fuera.

Pero, mientras lo pensaba, campanas de alarma repiqueteaban en su cerebro.

Había algo equivocado.

## Seguridad aérea

**L**A aviación se está convirtiendo en uno de los medios de transporte más seguros que existen. Según las cifras publicadas por 64 compañías, desde el año 1948 hasta 1952, a pesar de que se duplicó el número de pasajeros transportados y aumentó en un 50% la distancia recorrida, el número de accidentes aéreos disminuyó: fué de 306 en 1940; 340 en 1950; 300 en 1951, y 295 en 1952. En este último año ha habido un accidente mortal por cada 114 millones de kilómetros pasajero, o sea, por cada 2.840 vueltas al mundo ó 23.000 travesías del Atlántico.

Había algo fundamentalmente equivocado.

Trató de pensar, pero se lo impidió la cercanía del Espacio, del inmenso y sobrecogedor vacío, que hacía inútil todo pensamiento. No se podía luchar contra el espacio inescrutable; nada era el drama de los hombres frente a su majestuosa indiferencia. ¿Qué podía importarle el minúsculo navío, que como un raro destello de vida palpita en su seno inmisericorde?

Sólo pensaba en él aquella gente que había lanzado desde la Tierra, y, también, por corto tiempo, los que lo tripulaban. Y no quedaban más que él y un viejo para hablar contra el espacio.

Los únicos responsables.

—Es mayor que las otras —dijo Josué— y estamos muy cerca.

Y eso era lo que estaba mal.

Eso era lo que lo había alarmado. La estrella estaba demasiado cerca. ¡Y no debía estarlo!

Retiró los ojos del espacio y miró a la tabla de controles; lo único que vio fue un conjunto sin sentido de manijas y resortes, de botones y de diales.

Observó la tabla y lentamente comenzó a comprender algo de su sentido, y el conocimiento que la máquina le había dado empezó a poseionarse de él.

Leyó lo que estaba escrito en los diales y entendió algunas cosas. Localizó ciertos controles que deseaba conocer.

Las matemáticas surgieron y comenzaron a danzar una loca danza en su cerebro.

Es inútil, se dijo. La idea había sido buena, pero no daba resultado. No es posible educar a un hombre por medio de una máquina.

No era posible adquirir en esa forma los conocimientos necesarios como para guiar un navío.

—No puedo hacerlo, Josué —dijo

de pronto — es imposible hacerlo.

¿Dónde están los planetas?, se preguntó. ¿Cómo podría encontrarlos? Y si lograba encontrarlos ¿qué debía hacer entonces?

El navío bajaba hacia el sol.

No sabía dónde debía buscar los planetas.

Y marchaban demasiado rápidamente... demasiado rápidamente.

El sudor lo inundó, empapó su frente y corrió por su cara, y sus sobacos.

—Calma, muchacho, ten calma ahora.

Trató de tranquilizarse, pero no lo consiguió.

Se inclinó y abrió el cajoncito que estaba debajo de los paneles de control. Allí había papel y lápices. Tomó unas hojas de papel y un lápiz. Anotó las inscripciones de los diales.

“Velocidad absoluta.”

“Aumento de velocidad.”

“Distancia de la estrella, Aproximación angular a la estrella.”

Había otros letreros, pero éstos eran los esenciales.

Y en su mente surgió un pensamiento que había sido impreso en ella una y otra vez:

*Conducir un navío no quiere decir llevarlo hacia un punto determinado, sino saber en qué punto exacto estará en el futuro inmediato.*

Hizo cálculos, mientras las matemáticas luchaban abriéndose paso en su cerebro.

Luego trazó un plano y después se adelantó y oprimió uno de los controles, dándole dos golpes, y esperó que todo anduviera bien.

—¿Lo has entendido? — preguntó Josué.

—No lo sé... , no podremos saberlo hasta dentro de una hora.

Una leve desviación para impedir que el navío se aproximara demasiado al sol. Bordesear el sol y girar, bajo la atracción del sol, hacer una gran cur-

va en el espacio y después volver a marchar hacia el sol.

Esperaba que así fuera...

Así era como la máquina le había dicho que serían las cosas.

Quedó allí inmóvil, pensando en la extraña máquina, y si se podía confiar en una bobina y en un casco pegado a su cabeza.

—Estaremos aquí mucho tiempo —dijo Josué.

Juan asintió.

—Eso temo, Josué, Tardaremos mucho tiempo.

—Entonces —habló el viejo— iré a traer algo de comer.

Se dirigió a la puerta y, desde allí, se volvió.

—¿María? —preguntó.

Juan meneó la cabeza.

—Todavía no. Dejémoslos en paz. Si fracasamos...

—No fracasaremos.

Juan contestó bruscamente:

—Si fracasamos es mejor que nunca lo sepan.

—Tal vez tengas razón —dijo el viejo—. Iré a buscar la comida.

**D**OS horas más tarde Juan supo que el navío no iba a chocar hasta llegar a sólo un millón de millas de distancia, pero impulsado por su enorme velocidad pasaría junto al sol y treparía nuevamente al espacio, luchando contra la atracción de la estrella llameante.

Pero su vuelo curvo alrededor del sol establecería una órbita... una curva sumamente peligrosa porque, en la próxima vuelta, abandonado a sí mismo, el navío chocaría contra el sol.

En el tiempo que pasara junto al sol y se curvaba nuevamente siguiendo la órbita él debería aprender a controlarlo, pero lo importante era que había ganado un poco de tiempo. Sin la velocidad que había aumentado moviendo la palanca, estaba seguro, el

navío se hubiera precipitado hacia el sol o hubiera trazado una apretada órbita alrededor, y de allí ni siquiera la fuerza poderosa de las máquinas habrían podido arrancarlo.

Pero tenía tiempo y algunos conocimientos.

Era imprescindible aprovechar cada minuto. Tenía el conocimiento, oculto en alguna parte de su cerebro, y debía sacarlo a la luz y utilizarlo.

Estaba ahora más tranquilo y seguro de sí mismo.

Y se preguntó, dentro de su estupor, cómo los hombres que habían botado el navío, los hombres que lo habían controlado y vigilado antes de la Ignorancia, podían haber estado tan cerca de la verdad. La casualidad, tal vez, porque hubiera sido imposible lanzar un mensaje a través de mil años hacia un punto tan diminuto, y que el mensaje llegara a destino... ¿O era acaso posible?

“Automático... Automático... Automático.” La palabra repiqueteaba en su cerebro. Esa única palabra, una y otra vez. El navío era automático. Corría por sí mismo, se reparaba solo, solo cumplía sus servicios, solo marchaba hacia la meta. Necesitaba únicamente la mano o el cerebro del hombre para que se le dijera lo que debía hacer. Eso era lo único necesario: dar instrucciones.

Y el problema era cómo dar las instrucciones. Cómo y de qué manera.

Y había algunos hechos que lo intrigaban respecto a la manera de comunicarse con el navío.

Descendió de la silla del timonel y recorrió la habitación a grandes pasos. Sobre todas las cosas había un fino polvo, pero, cuando pasó la mano sobre el metal, éste brilló con fuerza, como el primer día de su instalación.

Encontraba cosas, y sabía y reconocía algunas de ellas.

También encontró el telescopio y,

después de algunas pruebas y errores, recordó su funcionamiento.

Y ahora supo si existían planetas, meta.

cómo debía encontrarlos y cuál era la De pronto advirtió que hacía ya tres horas que Josué había salido en busca de comida.

Recorrió la habitación de arriba a abajo, procurando tranquilizar su miedo.

Algo había sucedido, algo debía haberle sucedido al anciano.

Regresó al telescopio y continuó la tarea de recorrer los planetas. Era un trabajo pesado y, al principio, parecía sin sentido, pero poco a poco, con el manejo de los instrumentos, los hechos comenzaron a agitarse en su conciencia.

Encontró un planeta... y en ese instante alguien golpeó la puerta.

Dejó el telescopio y atravesó la habitación a zancadas.

El corredor estaba lleno de gente y todos le gritaban, gritaban palabras odiosas, y el rugido de sus voces fué como una bocanada de furia y de condenación que lo hizo retroceder un paso.

Al frente estaban Heriberto y Jorge y, detrás de ellos, todos los otros..., hombres y mujeres, y él buscó con la vista a María, pero no la vio.

La muchedumbre avanzó y había odio y furor en las caras, y el vaho del miedo surgía de ellas, castigando hondamente a Juan Hoff.

Sus manos se dirigieron a su cinturón; empuñó el revólver.

Apuntó hacia arriba y apretó el gatillo, leve, rápidamente. Surgió un relámpago de luz que iluminó la puerta y la muchedumbre retrocedió.

La puerta se ennegreció y hubo olor a pintura quemada.

Juan Hoff dijo tranquilamente:

—Este es un revólver — y añadió —: con él puedo matarlos. Los mataré si

interfieren. Atrás. Vuelvan a donde han venido.

Heriberto dió un paso hacia adelante pero después se detuvo.

—Tú eres quien está interfiriendo — dijo, y avanzó otro paso.

Juan bajó el revólver y apuntó a Heriberto.

—Ya he matado a un hombre — dijo — y ahora mataré a otro.

Y pensó: "¡Es tan fácil hablar de matar, de sacrificar una vida humana!"

—Falta José — dijo Heriberto —, lo hemos estado buscando.

—No es necesario buscar más — respondió.

—Pero José era amigo tuyo.

—Y también lo eres tú. Pero el propósito es más grande que cualquier amistad. Ustedes deben estar conmigo o en contra de mí. No hay términos medios.

—Te expulsaremos de la capilla.

Juan se burló:

—¡Me expulsarán de la capilla!

—Te desterraremos al navío central.

—Toda nuestra vida hemos estado desterrados — dijo Juan —. Por muchas generaciones. Y ni siquiera lo hemos sabido. Les aseguro que no lo sabíamos. Y, como no lo sabíamos, inventamos una linda historia. Inventamos la historia y nos convencimos de que era verdadera. Y cuando llegué yo y les dije que todo no era más que un bonito cuento, soñado porque *teníamos* que tener historia, porque *teníamos* que tenerla, repito, ustedes estuvieron dispuestos a expulsarme de la capilla y a desterrarme. Tienen que hacer algo mucho más importante que esto, Heriberto. Mucho más importante.

Acarició el revólver.

—Y yo tengo que hacer algo que es más importante todavía.

—Juan, estás loco.

—¡Y tú eres un tonto!

Al principio había tenido miedo,

después se había enojado y, ahora, sentía sólo desprecio... únicamente desprecio por aquella gente que, agrupada en el corredor, vociferaba débiles amenazas.

—¿Qué han hecho ustedes a Josué? — preguntó.

—Lo hemos atado — dijo Heriberto.

—¡Vayan a desatarlo y mándenme algo de comer!

Ellos se agitaron. Juan hizo un ademán amenazador con el revólver.

—¡Vayan! — repitió con voz estentórea.

El efecto fué inmediato: todos se fueron corriendo.

El dió un portazo y regresó junto al telescopio.

Encontró dos planetas que tenían atmósfera, N° 2 y N° 5. Miró su reloj: habían transcurrido varias horas y Josué todavía no aparecía.

Nadie había golpeado la puerta. Y Juan carecía de comida y de bebida.

Nuevamente subió los peldaños que conducían a la silla del timonel.

La estrella estaba muy lejos.

La velocidad había disminuído, pero aún era muy grande. Movié una palanca y vió que el indicador de la velocidad disminuía.

Aquello era más seguro..., por lo menos así lo esperaba. El navío marchaba a un promedio de treinta millones de millas y era mejor disminuir la velocidad.

Miró la plancha y le pareció más clara, más comprensible, llena de cosas que empezaba a entender.

No era tan difícil, pensó. No sería demasiado difícil. Debía planear las cosas de antemano, pero tenía tiempo para hacerlo.

Estudió la plancha y encontró el conmutador que había echado antes de menos: el pequeño cerebro de metal... que servía para comunicarse

con el navío. Eso era lo que le faltaba antes, eso era lo que buscaba: la forma de comunicarse con el navío.

Y ésta era la única forma de comunicación: bastaba con decir todo al pequeño cerebro.

Y la palabra *automático* seguía torturándolo.

Encontró los botones que llevaban las palabras *Telescopio* y *Órbita*, respectivamente, y otro más donde se leía *Aterrizaje*.

Esto era todo, pensó.

Después de todas las precauciones, después de todos los miedos, todo parecía muy sencillo.

Porque ésta era la forma en la que los seres, allá en la Tierra, habían preparado el navío. Muy simple. Tan simple que parecía increíble. Tan simple que cualquier tonto que apretase el botón podría aterrizar.

Porque seguramente debían haber temido, o adivinado, lo que había ocurrido en el navío después de varias generaciones. Debían haber sabido que la Tierra iba a ser olvidada y que habría una adaptación cultural adecuada al navío.

¿Lo habían temido, adivinado... o planeado?

¿Era la cultura del navío parte del plan maestro?

¿Podría la Gente haber vivido mil años si hubieran sabido el propósito y el destino?

Y la respuesta era que no hubieran podido hacerlo, porque se habrían sentido engañados y robados, se habrían enloquecido con el conocimiento de que no eran más que portadores de vida, de que sus vidas y las vidas de sus hijos serían secuestradas para que, después de muchas generaciones, sus descendientes pudieran llegar al planeta destinado.

Sólo existía una manera de combatir aquella idea de frustración: olvidar su sentido. Y eso había ocurrido.

La gente, después de las primeras generaciones, vivió sus pequeñas vidas en el circulito de su cultura casera, y aquello les bastaba. Después, los mil años transcurrieron como nada. Porque nadie sabía que iban a ser mil años.

Y, todo ese tiempo, el navío había recorrido el espacio, marchando hacia su objetivo, segura y directamente.

Juan Hoff se inclinó sobre el telescopio y localizó el Planeta V; manipuló los controles del radar que lo centraban. Luego volvió a inclinarse sobre el conmutador y apretó el botón que decía *telescopio* y el otro que decía *órbita*.

Después se sentó a esperar.

No le quedaba nada más que hacer.

•

**E**L Planeta V era la muerte.

El analizador contó la historia. La atmósfera estaba compuesta casi enteramente de metano. La gravedad treinta grados demasiado fuerte. La presión debajo de las ardientes nubes de metano equivalía a la de mil atmósferas.

Además, existían otros factores. Pero cualquiera de los tres antedichos hubiera sido suficiente.

Juan Hoff sacó al navío de su órbita y lo dirigió hacia el sol. Observando

el telescopio encontró el Planeta II localizado; centró el conmutador y esperó.

Una oportunidad más y ésta era la única que les quedaba ya.

Porque de todos los planetas sólo dos tenían atmósfera.

Debía, pues, ser el Planeta II o ningún otro.

Y si el segundo Planeta significaba también la muerte, ¿qué hacer entonces?

No había más que una respuesta.

Dirigir el navío hacia otra estrella, aumentar la velocidad y esperar, esperar que varias generaciones después la Gente lograra encontrar un planeta habitable.

Tenía hambre. Encontró un recipiente de agua todavía intacto, que contenía varios vasos del precioso líquido, pero, dos días antes, había bebido el último vaso.

Josué tenía que regresar. La Gente no había dado nuevas señales de vida. Dos veces abrió la puerta y avanzó por el corredor, pronto a precipitarse en busca de alimento y de agua, pero, después de pensarlo, volvió a su puesto.

Porque no podía arriesgarse. No podía arriesgarse a que lo vieran, lo detuvieran y no lo dejaran regresar a la habitación de controles.

Aunque, antes de mucho tiempo,

tendría que arriesgarse... y buscar alimentos. Si dejaba pasar otro día, su debilidad le impediría hacerlo. Y todavía faltaban muchos días para llegar al Planeta II.

Iba a llegar un momento en el que no podría decidir. Sería imposible resistir. Si no recibía alimento y agua se convertiría en una sombra inútil, que se arrastraría sin fuerza y con la mente incapaz de razonar cuando llegaran al Planeta.

Volvió a mirar la tabla de controles, estudió las cosas y le pareció que todo marchaba bien. El navío continuaba aumentando de velocidad. El monitor del conmutador enseñaba su luz azul, y parecía reír satisfecho mientras repetía: *Todo está bien, todo está bien.*

Descendió los escalones y se encaminó al rincón en que había dormido. Se acostó y se acurrucó allí hasta convertirse en una pelota, apretándose el vientre para no sentir molestias, y cerró los ojos esperando dormir.

Con el oído contra el metal podía escuchar la pulsación de las maquinarias a lo lejos... el sonido poderoso que recorría todo el navío. Y recordó que habían pensado que un hombre debía vivir en un navío para conocerlo. Pero las cosas no habían sido así, aunque sabía ahora que un hombre podía aprender a vivir en un navío y que el navío podía convertirse en parte del hombre.

Se adormeció y despertó bruscamente... Volvió a adormecerse... y esta vez oyó una voz que gritaba y alguien que golpeaba la puerta.

Rápidamente se puso de pie, y se precipitó hacia la puerta, con la llave ya en la mano.

Abrió la puerta de par en par y Mara entró de golpe. En una mano llevaba una gran lata cuadrada y un gran saco en la otra; en el corredor se oyó el rumor de la muchedumbre, que co-

rría blandiendo cachiporras y gritando.

Juan se inclinó hacia su mujer.

—María — dijo con voz entrecortada —, María...

—Tenía que venir — dijo ella, y su voz lloraba al decirlo.

—Tenía que venir — dijo al fin —, hayas hecho lo que hayas hecho.

—Lo que he hecho — dijo él —, ha sido por el bien de todos. Era parte del Plan, María. Estoy convencido de ello. Parte del Plan Maestro. La gente allá en la Tierra lo planeó así. Ocurrir que yo he sido el único que...

—Eres un hereje — dijo ella —. Has destruído nuestra Creencia. Has lanzado a la Gente una contra otra. Has...

—Yo sé la verdad — dijo él —. Conozco el propósito del navío...

Ella levantó las manos y ocultó el rostro entre las palmas y después atrajo hacia sí la cabeza de él y la acarició.

—No me importa — dijo —, no me importa. Ya no me importa nada. Al principio me importaba. Estaba enojada contigo, Juan. Estaba avergonzada de ti. Casi he muerto de vergüenza. Pero, cuando mataron a Josué...

—¿Qué dices?

—Mataron a Josué. Lo golpearon hasta matarlo. Y él no ha sido el único. Había otros que querían venir a ayudarte. Unos pocos. A ellos también los mataron. Hay muerte en el navío. Y odio. Y desconfianza. Y toda clase de feos rumores. Nunca había sido antes así. Esto ha pasado después que tú arrebataste la Creencia...

Una cultura que se tambalea, pensó él. Una cultura que se tambaleaba en menos de una hora de tiempo. Una creencia desgarrada en menos de una mitad de segundo.

Había locura y muerte.

—Tienen miedo — dijo —, han perdido la seguridad.

—Traté de venir antes — dijo Ma-

### Saltando sobre la catarata

**E**L Journal of the American Medical Association, del que podemos asegurar que no se trata de una revista andaluza, hace conocer a sus lectores un extraño caso de terapéutica inesperada. Se trata de un hombre de 60 años, que sufría de cataratas, incipiente una en un ojo, y avanzada la del otro. En estas condiciones, se le ocurrió tirarse de un trampolín desde tres metros de altura. Si bien su salto no fué ninguna gran cosa desde el punto de vista acrobático, pues sufrió un violento choque con el agua en el ojo más afectado, tuvo la virtud de desplazar el cristalino de ese ojo, dejando libre el paso de los rayos luminosos y curándolo definitivamente de su catarata.

ría —; sabía que estabas hambriento y temía que no tuvieras aguas. Pero debí esperar hasta que nadie vigilara...

El la apretó contra sí y sus ojos se enturbiaron.

—Aquí tengo comida y agua; traje todo lo que pude.

—Eres mi mujer, mi mujer querida...

—Allí hay comida, Juan. ¿Por qué no comes?

El se levantó y la ayudó a ponerse también de pie.

—Dentro de un momento comeré, dentro de un momento. Primero quiero mostrarte algo: quiero que veas la Verdad.

La hizo subir los peldaños.

—Mira allá — murmuró —, vamos hacia allá. Y allí es donde hemos estado. Aunque nos hayamos engañado diciéndonos otra cosa, eso que ves allá es la Verdad.

**E**L Planeta II era el Cuadro Sagrado hecho vida. Había árboles y manantiales, flores y hierba, cielo y nubes, viento y sol.

María y Juan se pararon junto a la silla del timonel y miraron la pantalla.

El analizador murmuró levemente y dió su informe:

—*A salvo para los humanos* — dijo la banda impresa, añadiendo numerosos detalles acerca de la composición atmosférica, la cantidad de bacterias, la intensidad de rayos ultravioletas y muchas otras cosas. Pero bastaba con lo primero.

*A salvo para los humanos.*

Juan tendió la mano hacia el botón principal en el centro de la tabla de controles.

—Este es — dijo — el final de los mil años.

Apretó el botón y todos los diales señalaron cero. Las agujas indicaron el punto muerto. El sonido del poder murió en el navío y surgió el viejo si-

lencio... El silencio de tiempo atrás, el silencio del tiempo en que las estrellas eran fajas de luz y los muros eran el suelo.

Entonces oyeron el ruido.

El ruido de un lamento humano, como podría haberse quejado un animal.

—Tienen miedo — dijo María —, tienen un terror mortal. No dejarán el navío.

Habían estado ligados al navío por muchas generaciones y contado con él como protección y seguridad. La vastedad del mundo exterior, el cielo infinito, la falta de límites les causaba un súbito terror.

De un modo u otro había que sacarlos y cerrar bien el navío para que no pudieran regresar a él.

Porque el navío representaba la ignorancia y el engaño, era un crecimiento celular, era el vientre del cual nacería la nueva raza.

María preguntó:

—¿Qué nos harán? No había pensado en eso. No podremos ocultarnos y...

—No podrán hacer nada — dijo Juan —. Y no harán nada mientras yo tenga esto — y golpeó el revólver que llevaba al costado.

—Pero esta matanza, Juan...

—No habrá más matanzas. Tendrán miedo y el miedo los forzará a hacer lo que deben hacer. Después de un tiempo, tal vez después de largo tiempo, recobrarán el sentido, y entonces ya no habrá miedo. Pero, para empezar, es necesario que...

Y el conocimiento surgió en su mente: el conocimiento impreso en ella por una extraña máquina.

—Alguien que los domine — dijo —, eso es lo que necesitan. Alguien que los dirija, que les diga lo que tienen que hacer, que los ayude a trabajar unidos.

Pensó amargamente: "Creí que es-

to había terminado, pero no ha terminado aún. Descender el navío no es bastante. Debo hacer más. Haga lo que haga. mientras viva, esto no terminará."

Había que establecerse y aprender nuevamente.

Recordó que más de la mitad del armario estaba llena de libros. Textos básicos, quizás. Los libros necesarios para el comienzo.

¿Encontraría tal vez instrucciones?

Instrucciones dejadas en los libros por un hombre como él, para que fueran leídas y ejecutadas.

*Instrucciones para ser puestas en práctica después del aterrizaje.*

Esa u otra muy semejante sería la inscripción que encontraría en el sobre. Y él rompería el sobre y allí encontraría las páginas dobladas.

Ya una vez, en otra carta, había encontrado páginas dobladas.

¿Y la segunda carta? Porque existía una segunda carta, estaba seguro de ello.

—Fué planeado en la Tierra — dijo —, cada paso fué planeado. Planearon el gran olvido como la única forma en que los humanos podrían realizar el viaje. Planearon la herejía que provocaría el conocimiento, y el manejo del navío en forma tan sencilla que cualquiera podría conducirlo. Miraron hacia el futuro y comprendieron lo que iba a pasar. Y su planteo ha sido exacto: se nos adelanta siempre...

Miró la pantalla y vió la tierra, los árboles, la hierba y el cielo.

—No me sorprendería — dijo — que hubieran planeado también la forma de sacarnos del navío.

Un locutor cobró vida de pronto y su voz se escuchó en todo el navío:

—*Oigan esto* — dijo el antiguo disco levemente rayado —, *oigan esto. Deben abandonar el navío en las próximas doce horas. Al terminar ese tiempo, se llenará de un gas mortífero.*

Juan tendió la mano a María.

—No estaba equivocado. Planearon todo, hasta el final. Todavía se nos adelantan.

Y ambos permanecieron allí, pensando en aquella gente que había previsto todo en el futuro, conocido los problemas y dado su solución.

—Bueno — dijo él —, vamos.

—Juan...

—Sí.

—¿Podremos ahora tener hijos?

—Sí, podremos tener hijos. Todos los que lo deseen podrán tenerlos. En el navío éramos demasiados. Pero en este planeta seremos muy pocos.

—Habrá lugar — dijo María —, lugar para todos.

El abrió la puerta del cuarto de controles y, cuidadosamente, la cerró después. Descendieron por los corredores oscurecidos.

La voz repitió:

—*Atención. Atención. Deben dejar el navío...*

María se apretó contra Juan y él sintió el temblor del cuerpo de ella.

—Juan, ¿salimos ahora? ¿Salimos?

Estaba asustada.

El tampoco podía disimular su temor.

No podemos perder bruscamente un miedo de muchas generaciones, ni siquiera ante la luz de la verdad.

—No inmediatamente — dijo él —, tengo que buscar algo.

Pero iba a llegar pronto el momento en el que deberían dejar el navío y descender a la aterradora amplitud del planeta, desnudos, y desprovistos de la seguridad de la célula cerrada que yo no les pertenecería.

Pero, cuando llegara ese momento, él sabría lo que debía hacer.

Estaba seguro.

Porque, si los hombres de la Tierra habían planeado todo tan bien, seguramente habían dejado una carta para indicar el comienzo. ✦

## el psicoanálisis no le ayudará



Como todos saben, el psicoanálisis, después de cincuenta años de lucha, está lejos de haber ganado la batalla. Nadie duda ya, por cierto, de muchos de sus hallazgos. Sin embargo, como método de curación deja todavía sus dudas. He aquí una estadística compilada por el psicólogo inglés Eisenck; estadística que debería conocer toda persona dispuesta a confiarse a un psicoanalista. Eisenck ha comparado tres grupos de neuróticos. El primero fué tratado por métodos psicoanalíticos ortodoxos; el segundo, por métodos eclécticos, y el tercero, por ningún método en esencial, pues estaba constituido por enfermos confiados a los cuidados de "clínicos generales" o médicos de barrio. Ahora bien, téngase en cuenta que, según Eisenck, los tres grupos eran enteramente comparables en cuanto al tipo de trastorno mental. Dicho esto, vean los lectores los resultados obtenidos por los especialistas y los médicos generales:

Psicoanalistas	44	por	ciento	de	curaciones
Eclécticos	64	"	"	"	"
Médicos de barrio	72	"	"	"	"

O sea que, si realmente quiere curarse (y no entretenerse contando sus cuitas a un psicoanalista), vaya al médico de barrio.

La cosa no ha quedado ahí, por supuesto. Ha ocasionado un gran revuelo entre psicólogos, y no han faltado contestaciones y refutaciones. Se alega que los tres grupos de pacientes no son comparables, pues los trastornos mentales tratados por los psicoanalistas eran más serios que los tratados por los clínicos generales. También se dice que los criterios de curaciones no eran los mismos, y que las técnicas empleadas por los médicos de barrio podían incluir procedimientos psicoterápicos, incluso de orden psicoanalítico... La polémica sigue. Tendremos informados a nuestros lectores.

# LOS MUTILADOS

por R. C. WINGFIELD

*¿Hasta dónde llegaremos en  
nuestro afán por superar las limitaciones  
físicas del hombre?  
¿Hasta esto?*

ilustrado por ORNAY

**S**IGUIENDO la sugestión del doctor Lestrangle, fuí al Establecimiento para Investigación de Limitaciones Humanas en Vuelo, más comúnmente conocido por el E. I. L. H. V. El doctor ha sido mi consejero durante años, y mi médico desde que yo era más pequeño que un ratón y tenía más apetito que un lobo. Por esta circunstancia y también porque el E. I. L. H. V. me inspiraba curiosidad, me lustré los

viejos zapatos, me afeité con un poco más de cuidado que de costumbre y fuí allí a pedir un empleo.

¡Ah, sí!, debo mencionar que estaba sin trabajo. Y como hoy en día la honestidad acrisolada es mi fuerte, no debo olvidar tampoco el asunto de la música nostálgica. Para mí, la música nostálgica no era el sonido de la voz de Ava Rhonda, ni los compases de la reproducción oscilofónica del "Ascenso

hacia la Libertad", sino simplemente el estridente chirrido de un supercohetes al aterrizar velozmente.

Por aquel entonces, yo no tenía ni idea de cuál era el cargo que el doctor desempeñaba en el Establecimiento; pero sí sabía que, allá por 1950, se había especializado en cirugía cerebral, y que había tenido un puesto distinguido en un hospital de Londres, hasta que, en 1968, un momentáneo desvanecimiento mental, durante una operación delicada, le costó al paciente la vida y al doctor el puesto. Dimitió por dignidad, y su nombre quedó temporalmente oscurecido. Luego, durante la primera parte de la Década de la Destrucción, lo sometieron a su vez a una operación cerebral, de un tipo sólo dos veces realizado... y que en los dos casos había producido una locura total.

El doctor tuvo suerte: la operación tuvo buen éxito, y a él lo declararon apto para reanudar su labor. En 1971, la declaración de la guerra (si siete minutos de alarma, seguidos por bombardeos en masa con bombas H, puede llamarse "declaración") lo puso de nuevo en actividad, como ayudante del jefe de cirugía cerebral, adscripto al Ministerio del Aire, donde los aviadores agotados, con los nervios destrozados y a dos dedos de la locura, eran despedazados, examinados y debidamente recompuestos, todas las noches y en la mañana de los sábados.

Poco después de aquello, se consideró necesario establecer un centro de nuevas investigaciones del problema, cada vez más serio y real, de las limitaciones del hombre en el vuelo.

Los mejores intelectos médicos se dedicaron a estudiar el problema, y el doctor Lestrangle se convirtió en uno de los habitantes, bien elegidos y protegidos, del grande y celosamente guardado establecimiento que había junto al Aeródromo Número Ocho.

En aquella época, yo estaba muy poco al tanto de los problemas con que se enfrentaban aquellos científicos; pero me imaginaba que investigarían y tratarían de vencer las causas de la visión negra, la visión roja, los efectos tóxicos, el mal de las grandes alturas, la hipnosis de la velocidad, la saturación de oxígeno o cualquiera de las otras enfermedades que aquejan a los que han elegido como medio de ganarse la vida el volar en aviones de gran velocidad. Me imaginaba que reducirían al mínimo esos obstáculos que se oponen a la total conquista del espacio por el hombre, eligiendo con más cuidado los tripulantes, aplicando dietas, entrenamientos, hipnotismo, métodos mejorados de respiración artificial, trajes de presión de diseño más moderno, una completa adopción de la posición inclinada en el vuelo, perfeccionamiento de la presión de la cabina y el empleo de drogas.

**M**IENTRAS bajaba por Superior Hill, vi frente a mí el aeródromo. La pista principal de aterrizaje, limpia y blanca, se hallaba casi directamente debajo del lugar donde yo me había detenido. Me parecía sentir de nuevo la emoción del aterrizaje. Recordé los aviones Vampires, realmente anticuados, que me habían servido para entrenarme, y los casi anticuados Hunters con que volé hasta la guerra. Al final de ella, yo ingresé en una escuadrilla de Super-Sabres, que tenía la base en Kent, y pasaba mis breves permisos lejos de Londres, donde me deprimía el espectáculo de los civiles deformados por los bombardeos: seres horribles y malolientes, buscando restos de comida pútrida y descompuesta, entre los escombros. Vagaban de a miles, vacilantes y tropezando, con pasos cada vez más débiles, hasta que la locura volvía a iluminar sus ojos apagados, y la radioactividad los quemaba.

Las columnas de ferrocemento estaban caídas sobre polvo de ladrillos y trozos de vidrios. Piltrafas de carne humana salpicaban Oxford Circus, Sauchienhall y el lugar derruido y desierto donde antes se alzaba el Tower Ballroom.

Los motores de los aviones a chorro, hechos para funcionar con parafina refinada, aumentaban sus revoluciones hasta 30.000 por minuto, usando mezclas de oxígeno líquido, inyecciones de agua y peróxido de hidrógeno. Si un piloto lograba hacer tres vuelos de operaciones sin que su motor se desintegrara y él se estrellase contra el panel de instrumentos como una masa de gelatina, podía decir que era realmente afortunado.

De los dieciséis pilotos que me recibieron cuando me uní a la escuadrilla, sólo tres quedaban con vida dos semanas más tarde. Yo era uno de ellos y deseaba seguir siéndolo.

¿Que si tenía miedo? Vaya si lo tenía. Pero me entusiasmaba volar. ¿Han subido mis lectores alguna vez hasta verse sobre las nubes blancas y rosadas, bajo una cúpula azul, tan vasta e ilimitada como el mismo infinito? ¿Se han visto por encima de la suciedad y el hedor, la lluvia y la avaricia? ¿Sobre el Este y el Oeste...; sobre Wall Street y los impuestos? ¿Han estado alguna vez en un avión, controlando orgulosamente sus movimientos en tres dimensiones, a dos mil kilómetros por hora, y luego, al llegar al final del banco de nubes, han visto extenderse ante sus ojos todo un continente, con la misma claridad de un contorno topográfico? ¿Han llegado a la troposfera? ¿Han escuchado el silbido del aire, que pasa a dos mil kilómetros por hora por encima del techo de cristal plástico? ¿Y han visto allá a lo lejos, un puntito gris plateado, que a los pocos segundos se convierte en una hermosa nave aerodinámica, brillando al

claro sol de la atmósfera exterior, en posición de formación, a poco más de un metro de la punta de nuestras alas?

Y cuando la vemos allí, como si navegase suspendida por levitación, nos maravillamos de su complejidad y de la potencia que se oculta en sus barquillas, engañosamente débiles. Un aparato capaz de desarrollar velocidades que sólo están limitadas por la barrera de la fricción; un instrumento grabador capaz de computar cien detalles meteorológicos distintos (desde la presión barométrica a la proporción de oxígeno y nitrógeno en la zona por donde está pasando), y de transformarlo en una energía mecánica que puede aplicar una compensación instantánea sin que el piloto tenga que levantar un dedo; un aparato capacitado para larguísimo vuelos en cualquier clase de tiempo y en medio de la obscuridad más absoluta; un reflector volante, una estación emisora y receptora, y una plataforma de cañones; todo en uno: eso es lo que vemos temblar junto a la punta de nuestras alas, mientras el aire roza sus superficies de control. El piloto no aparta un momento los ojos de la punta de nuestra ala, excepto para lanzar breves miradas a su panel de instrumentos... hasta que uno le da la señal de lanzamiento. Entonces, levanta su mano cubierta con el guante y sonríe. De las bocas de su avión se escapan chorros de fuego. Se levanta la proa y el aparato huye veloz, salpicando el aire de puntitos de llama azulada. Aunque nuestro velocímetro marca mil quinientos kilómetros, aquel aparato se aleja raudo. En cuestión de segundos se convierte primero en un punto, y luego en un recuerdo increíble.

Con repentino orgullo nos damos cuenta de que el otro aparato es igual al nuestro y de que su piloto no es un dios sino un hombre... como uno

mismo. Los dos somos de la misma raza; somos los predecesores, blandos y mal equipados... ¿de qué? ¿Quiénes fueron los que se alzaron del fango, para convertirse en los señores de la Tierra... y siguen evolucionando aún, aunque con tanta lentitud todavía?

Llenos de respeto y afecto, pasamos la mano sobre la suave superficie de belinio de la columna de control, y abrimos las llaves. El borboteo de detrás se convierte en un vibrante zumbido. Uno se siente lanzado contra la parte posterior del asiento, mientras el aparato sube y avanza. ¿Asustados?... Claro que lo estábamos, a veces; pero ¿cómo puede olvidarse uno de que ha volado?

Llegaban más pilotos, mataban a otros más, y todos conocíamos el miedo que nos seca el paladar, que impulsa a nuestras manos a moverse más aprisa que nuestro cerebro y abre todos los poros productores de sudor de nuestro cuerpo. Nos dieron narcóticos, alcohol, botellas de goma. Y seguimos subiendo y desapareciendo, a veces para siempre, detrás de los cúmulos de nubes.

Finalmente, me llegó la mía. Me lancé desde un Vituper en llamas con los motores desintegrados, mientras el hidrógeno estallaba a mi alrededor. El mecanismo separador no funcionó y, en vez de dejar el asiento de lanzamiento, bajé con él. Nuestra llegada dejó una huella notable en la superficie de la tierra..., y nunca volví a volar.

### Política y rencillas domésticas

**E**N las conversaciones sobre política en los hogares norteamericanos, la contribución de los maridos se refiere casi exclusivamente a cuestiones de política exterior y problemas gremiales, mientras que la de las mujeres versa sobre asuntos de política local. De este modo, concluyen los psicólogos, se establece una útil división del trabajo que permite "reducir las tensiones" inherentes a tales tópicos, dentro del ambiente familiar.

Más tarde, abandoné el ejército. Vendí latas de petróleo, trabajé en una fábrica, conduje un camión. La gente se moría de hambre, y yo era también "gente". No estaba muy bien de salud. Cuando me encontré con el doctor Lestrangle y le hablé de lo mal que me iban las cosas y de cuánto echaba de menos el valor, me miró de arriba a abajo. Con gran sorpresa mía, el doctor me declaró apto para volar y me envió al E. I. L. H. V.

—Diga al doctor Kersch que va usted enviado por mí — me recomendó —, y que lo considero apto y eminentemente apropiado para los vuelos avanzados.

**Y** allí estaba yo, bajando por Superior Hill, con la esperanza en el corazón, el corazón en la boca y nada en el estómago, sintiendo de nuevo la temblorosa emoción que me producía el aterrizar con un avión de combate de gran velocidad. Me detuve, oyendo de repente el agudo silbido de un supercohetete que se disponía a volar. Vi brillar la luz en su cubierta mientras subía la rampa de su hangar subterráneo. Salió suavemente por la amplia boca y llegó a la pista, acelerando al acercarse al punto de despegue. Con el vientre pegado a la tierra, la luz brillante en el vidrio plástico, tenía el aspecto típico de los supercohetes. Los propulsores se dispararon. La máquina avanzó a veinte, cincuenta, quinientos, mil doscientos kilómetros por hora; entre silbidos y ruidos

agudos, subió casi verticalmente al cielo, y poco después no era ya más que un punto de luz.

Por un momento, la emoción me impidió moverme, y luego el dedo frío de la duda recorrió desde mi inconsciente a mi mente consciente. ¿Era posible que el cuerpo humano pudiera soportar una aceleración tan violenta..., aun en el E. I. L. H. V.? ¿Era un piloto lo que había visto debajo de la cúpula de vidrio plástico, o era un robot? Y si era un robot, ¿por qué le habían puesto una cúpula, en vez de una simple telelente en la cabeza del avión? Reflexioné acerca de aquello. Luego, encogiéndome de hombros, bajé la cuenta hasta que no pude ver ya la pista. Ante mis ojos apareció una hilera de edificios bajos y anchos, sin ventanas, que rodeaban el centro terminal de investigaciones.

En las puertas de entrada me detuvieron, me interrogaron, me pidieron que aguardara. Durante diez minutos, me esforcé por no mordirme las uñas mientras los mensajes telefónicos iban y venían del puesto de guardia. Luego me hicieron pasar de las puertas exteriores, y me ofrecieron un asiento en el puesto de guardia mientras se abrían las puertas interiores. Un guardia uniformado se acercó, y me indicó con la cabeza que lo siguiera. Lo hice así, y juntos nos encaminamos al edificio de la terminal.

Una vez en él, no tardamos en llegar al despacho del doctor Kersch. Mientras aguardaba afuera, me humedecí los labios, tratando de interesarme por una hilera de fotografías multidimensionales, montadas en cuadros de plástico, que había en las paredes. El edificio era viejo; la hoja de plástico (sin duda alguna resina sintética) se había nublado y rajado con el tiempo, y los marcos de resina fenólica se habían vuelto borrosos y se habían deformado como resultado de la absor-

ción de la humedad. Pero el despacho de Kersch no tenía absolutamente nada de viejo.

La puerta se abrió silenciosamente. Yo me sentí de pronto como desnudo. Vi que Kersch me miraba, y mi entusiasmo se evaporó. Entonces, él sonrió. Yo experimenté un repentino y emocionado alivio; una mezcla de confianza, esperanza y admiración. Kersch me invitó a entrar con un ademán, mientras la sonrisa permanecía brevemente en sus labios. Vi delante de mí a un científico demasiado preocupado para ocuparse de las vulgaridades de una presentación formal. Con toda placidez, había pasado por alto la sonrisa convencional o las demostraciones corrientes de la cortesía vulgar.

—Sus documentó — me dijo simplemente. Con el pulgar golpeó una pila de documentos—. Cuatro mil trescientas horas de vuelo, como piloto, principalmente en aviones de combate. Voló Vampires, tres y cinco; Venoms y Vitupers; Meteors, cuatro, siete, ocho y quince; Hunter H. 1019; Sabres y Supersabres...

Asintió con aparente satisfacción.

—¿Mi edad? — le pregunté—. ¿Soy...?

—No diga tonterías. Todavía tiene muchos años de vuelo — dió unos pasos alrededor del escritorio y se quedó mirándome—. Si el doctor Lestrangle lo recomendó, yo me doy por satisfecho. Su historial médico es bueno. Según su legajo, su valor moral es muy alto. Necesitamos hombres de su experiencia. Tenemos unos aviones que los hombres vulgares no pueden tripular.

Por un momento, Kersch me miró penetrando en el alma.

—Usted es capaz de volar con esos aparatos — me dijo—. Usted es viejo por su experiencia, pero joven por sus reacciones. Es capaz de un gran odio por sus enemigos, y de amar el elemento que sólo los de su raza han conquistado. ¿Le gustaría ver una de las

salas de nuestros tripulantes. . . , y las gentes que hay en ella?

Asentí, entusiasmado. Los pilotos, en la sala de las tripulaciones, descansaban en un estado de ánimo más ruidoso y alegre que en ningún otro lugar. Yo preveía ansiosamente la alegre media hora de conversación con un grupo de hombres como yo: media hora con aquellos muchachos deportivos a los que se elegía por su especial temperamento, mezcla de atrevimiento y cálculo, de valor impetuoso y precaución, de ceguera irresponsable y de una intuición y coordinación estupendas.

**R**ECORDE los mil incidentes alegres de la sala de tripulantes; los extintores de incendios que funcionaban "accidentalmente"; los mapas murales; los pesados reglamentos "inadvertidamente" incendiados; los fuegos artificiales que explotaban misteriosamente debajo de las sillas de algunos jefes; un libro titulado "Aprenda a ser Piloto", colocado en el centro del escritorio del comandante de vuelos. Sería muy agradable volver a ver a "los muchachos".

Sonreí a Kersch. El me miró, iluminados los ojos por un entusiasmo similar. Entramos en el ascensor, que descendió rápidamente. El aire comprimido silbaba y la luz fluctuaba a través de los ventiladores, conforme los pisos iban pasando ante nosotros. Deberíamos encontrarnos a siete pisos bajo tierra cuando, con gran sorpresa mía, el ascensor se detuvo de un modo casi imperceptible. Otro soplido neumático, y las puertas se abrieron sin ruido. Delante de nosotros había un largo pasadizo, débilmente iluminado, con puertas de acero a ambos lados. Reinaba en él un silencio de muerte, y de nuevo sentí que mi entusiasmo se enfriaba y moría.

Miré a Kersch, que temblaba lige-

ramente, como si el frío lo afectara demasiado, y tenía cara extrañamente contraída. Embarazado por el absoluto silencio, tosí. El largo corredor me devolvió los ecos del sonido, con un timbre metálico. Empezamos a andar. Nuestros pasos resonaban en el pasadizo, haciéndome sentir una sensación extraña conforme el eco se multiplicaba y multiplicaba, hasta parecer como si un ejército de fantasmas nos pisara los talones.

De improviso Kersch se detuvo. Se volvió hacia una puerta que había a nuestra derecha. Al lado de la puerta había un mapa iluminado. La puerta tenía un letrero ("J8") y estaba cubierta de gruesos remaches. Kersch miró rápidamente el mapa, y me dijo:

—El número siete está en vuelo. Debe ser el supercohetes que despegó cuando usted llegaba. Tiene que volver dentro de cuatro minutos.

Me quedé con la boca abierta.

—¡Entonces, realmente iba piloteado por un hombre! Pero. . . , pero. . .

—El número siete se sentirá muy halagado, sin duda —dijo Kersch. Los músculos de su mandíbula se contrajeron—. Vamos adentro; así podrá usted saludarlo cuando él vuelva a las comodidades de la sala de tripulantes —apretó un botón, y las dos hojas de la puerta se abrieron con más ruido que las de su despacho.

Durante un minuto, no pude acostumbrarme a las semioscuridad; así que cerré los ojos y aguardé, sin oír otra cosa más que el silbido del aire que, desde el hueco del ascensor y a través del pasillo, llegaba hasta la sala de tripulantes. Silencio. Parpadéé, acomodé mis pupilas, y vi ante mí una larga sala de paredes de acero, iluminada por luz indirecta, de resplandor verdoso y ultraterrestre. Cuando mis ojos se acostumbraron por fin a la penumbra, vi surgir como del vacío una escena de horror tan inexpressible

que gemí temiendo por mi cordura.

—Mi querido amigo —murmuró Kersch—, realmente no hay motivo de alarma. Cálmese, por favor.

Sin decir palabra, me quedé mirando el infernal espectáculo. A lo largo de la caverna de acero y a unos dos metros corrían filas y filas de pulidos tubos metálicos. Los tubos se curvaban al llegar a las puertas correderas que había en un extremo. Serían quizá treinta. Sólo uno de ellos estaba vacante, y uno de sus extremos estaba marcado por una plancha débilmente iluminada, donde se leía el número siete.

Colgados de los demás tubos y balanceándose suavemente en la corriente de aire procedente de la puerta, había unos veinte objetos que parecían el sueño de un loco. Semihumanos, con muñones en vez de piernas y con un brazo nada más, aquellas criaturas diabólicamente mutiladas nos miraban sin ver, con sus ojos de toxicómanos, rodeados de tejidos exangües o llenos de cicatrices. Estaban vivos, alertas; pero en sus facciones contraídas y llenas de costurones no se pintaba emoción alguna, como no fuera. . . ¿cuál? La del odio, según juzgué después. No el odio fundamental y emocional del hombre, sino el odio frío y mortal de una serpiente, quizá; un odio inducido, creado por la hipnosis; una emoción en suspenso, nutrida, avivada, concentrada, para dirigirla luego, cuidadosamente, en la dirección debida, mientras se la mantenía hirviendo y a presión: una furia infernal, que sólo aguardaba el momento de descargarse.

Horrible, más horrible aún que la amputación en masa y que el mortal vacío de aquellos ojos, eran los cuellos rotos y torcidos. Iguales todos ellos, surgían hacia adelante, de un pecho deforme. Y de la parte alta de cada cabeza salía una cosa sin pelos, en carne viva; un crecimiento repugnante

de carne roja, que terminaba en su parte superior en algo que parecía un limpio tapón plástico. Los cabellos caían desgreñados sobre los cortos cuellos, hasta las jorobadas espaldas; y enterrada en el montículo cartilaginoso de la joroba, se veía un gancho de plata, que servía para colgar del riel tubular aquellos espantosos objetos.

—Nuestra sala de tripulantes —murmuró Kersch, en tono de conversación. Mientras hablaba, la habitación se iluminó momentáneamente al abrirse una puerta en el otro extremo. Una sorda trepidación turbó el repentino silencio, y a través de la verdosa niebla que envolvía los carriles, a través de la semipenumbra de aquella sala de pesadilla, avanzó hacia nosotros un objeto brillante, empapado en sudor, de palidez mortal y aspecto horripilante. Avanzó, teñido por la luz de espectral tono verdoso. Los electroimanes lo atrajeron a lo largo del riel metálico, y por fin quedó, balanceándose flojamente, con los ojos cerrados y un dolor intenso pintado en la cara demacrada, bajo la placa marcada con el número siete.

—¿Quiere ver cómo les dan sus inyecciones de proteínas? —me preguntó suavemente Kersch—. ¿O prefiere absorber usted mismo un poco de alimento?

Al mirarlo, mientras él hablaba tranquilamente de la comida, me sentí físicamente enfermo. La habitación oscilaba ante mis ojos. No podía apartar mi memoria del hidrógeno ardiendo y el dolor que sufrí en mis primeras semanas de hospital. Me sentía vacío, enfermo, semidesvanecido.

—Inhumano —logré balbucear al fin—. Nunca creí. . . , nunca habría creído que. . . ¡en Inglaterra!

**C**ON un movimiento casual de su mano, pulcramente manicurada, Kersch me hizo callar.

—Mi querido amigo, no debemos

permitir que las emociones nos priven de la lógica. Piense en esto, del siguiente modo: En un mes, ¿cuántos pilotos de Sabre perdieron durante la primera parte de la guerra? ¿Veinte en su escuadrilla? ¿Treinta? ¿Más? ¿Y por qué los perdieron? No porque nuestros científicos no tuvieron los conocimientos técnicos necesarios para producir proyectiles invencibles, sino porque ignoraban las debilidades del hombre. Fuimos vencidos por nosotros mismos. Las máquinas avanzaban; pero el hombre seguía sin cambiar físicamente; en todo caso, se podría decir que degeneraba. Físicamente es inferior a sus antepasados neolíticos. Desde el punto de vista morfológico, el mono es infinitamente más adecuado para volar en un avión que cualquier hombre. La comparación es muy desfavorable para el hombre. Los experimentos han demostrado que la mosca vulgar es capaz de resistir el doble de la fuerza centrífuga que para el hombre sería mortal. La circulación del hombre es mala, porque la distancia entre el corazón y el cerebro es demasiado grande. El sistema respiratorio —chasqueó los dedos delante de mis ojos,



angustia y la apatía me habían debilitado tanto que ni siquiera parpadé—es pésimo: totalmente ineficaz. Y las máquinas siguen avanzando. Las limitaciones humanas en el vuelo han sido por fin reconocidas como el mayor problema de la aviación, se les ha dado precedencia sobre todo lo demás en los altos círculos militares, y ésa es la razón por la cual existe este centro de investigaciones —Kersch me miró, con los ojos iluminados por un entusiasmo de loco—. Los mutilados que acaba de ver no son más que el tímido paso inicial hacia la conquista total del espacio: el crudo resultado de nuestros primeros y torpes esfuerzos. Pero el experimento ha sido un triunfo. Hemos progresado mucho, amigo mío, gracias a estas metamorfosis.

Mirando con terror sus ojos ardientes, reconocí en ellos la mirada de la locura. “Sal de aquí —me dije—. Llévale el humor, haz lo que te pida, pero sal cuanto antes de este matadero”. Aparentando interés e ignorancia, le pregunté:

—¿Pero de qué puede servir el tener inválidos?...

—¡Inválidos! —Kersch me miró con una expresión de desdén e impaciencia—. En términos de utilidad científica, estos mutilados son infinitamente superiores a usted y a mí. No son más que el resultado sencillo de unas cuan-

tas operaciones quirúrgicas. Los miembros suprimidos mejoran la circulación y la reducción de peso permite a los diseñadores reducir el área de ascensión de un aparato en varios metros cuadrados. Usted sabe que los miembros son muy pesados. Además, se les partió el cuello y se les bajó la cabeza, hasta ponerla en un plano relativamente equilibrado con el corazón y los pulmones. Eso permite que la sangre alimente a la vez el cerebro y los ojos, en condiciones muy severas de aceleración positiva o negativa, cambio rápido de dirección, etcétera. Y cuando, más tarde, les pusimos el depósito de sangre (ya habrá usted notado el objeto protuberante injertado en las cabezas de los mutilados), descubrimos que la presión de la sangre en los centros nerviosos mejoraba de tal modo que la mayoría de los mutilados permanecían conscientes mientras se los sometía a treinta gravedades durante largos períodos de tiempo. Un ser humano no modificado habría sufrido la visión negra y probablemente se habría desvanecido bajo la fuerza de catorce gravedades impuestas solamente por breves segundos. El depósito de sangre es por completo una innovación —prosiguió Kersch, muy satisfecho—. Hasta ahora sólo lo tienen los mutilados marca III, y cuando está lleno (con medio litro de sangre) pesa menos que

### Melomanía vegetal

EN el último Congreso Internacional de Botánica se presentaron dos sabios hindúes, que expusieron los resultados de unos curiosos experimentos: todas las tardes, entre las seis y las siete, se ponían a tocar el violín, ejecutando una antigua melodía hindú, el “*Maya-Malva-Gaula-Raga*”, ante un selecto auditorio formado por jóvenes... retoños de una planta llamada sensitiva (*Mimosa pudica*)... El hecho es que las plantas con propulsión a música tienen ramas un 50 % más largas que las que no gozan del concierto vespertino, y 45 % más de espinas. Además, está comprobado que tienen sus preferencias: la flauta produce su pequeño efecto, pero no tan marcado como el violín.

una tercera parte del peso normal del brazo izquierdo, que generalmente amputamos. La posición inclinada, tan insatisfactoria, puede abandonarse ahora; el fuselaje puede hacerse más esbelto, y, naturalmente, el equipo de seguridad se tira por la borda con las piernas.

Vacilé.

—¿No... no hay paracaídas?

—El hombre lucha mejor cuando se encuentra frente a la alternativa de una extinción total. Los equipos de seguridad no tientan más que a los moralmente débiles.

—Pero... pero ese depósito de sangre... es repug... —me detuve a tiempo; mas, por lo visto, Kersch estaba abstraído y no oyó el comienzo de mi última palabra; pues contestó:

—¡Ah!, sí, sí. Es un receptáculo de cartilago plástico (por hablar en términos vulgares), y lo injertamos directamente encima del cerebro. Cuando se aplican las gravedades, la sangre huye de las partes superiores del cuerpo, en el ser humano no modificado; por el contrario, en el cuerpo del mutilado, la sangre fluye del receptáculo hacia las partes superiores del cuerpo. El depósito tiene en la parte superior un tapón de rosca que lo cierra herméticamente y que puede quitarse para efectuar una transfusión, después de pérdidas de sangre muy grandes. Por decirlo así, los cebamos. El injerto no mejora ni mucho menos el aspecto físico; pero, invariablemente, el sujeto está más allá de trivialidades como el aspecto físico. Eso nos lleva al problema más difícil de la modificación humana: las complicaciones emocionales subsiguientes. ¿Sabe usted que la mayoría de los sujetos miran la modificación no solamente con disgusto, sino con miedo y horror... simplemente porque excluye de sus actividades futuras las relaciones sexuales? Esa emoción es muy fuerte, puesto que surge

del instinto filoprogenitivo necesario para la conservación racial o de las especies (y la autoconservación no es más que una simple proyección de ese instinto). Esa emoción (repito) es tan fuerte que no hemos encontrado aún un solo voluntario para las modificaciones de la marca IV.

—¿No? —murmuré débilmente.

—No, y sólo porque es necesaria una neutralización de las hormonas sexuales. Pero, ¿sabe usted cómo he obviado esa resistencia mental?

Meneé la cabeza de un lado a otro, de un lado a otro, de un lado a otro... Los zumbidos de la inconsciencia descendían sobre mí. Iba a desmayarme y busqué a ciegas un punto de apoyo.

Débilmente, como si procediera desde un lugar distante en el interior de una caverna hueca, oí a Kersch que contestaba a mi movimiento de cabeza.

—Por el hipnotismo, claro está. De ese modo, al sujeto no se lo obliga en realidad a someterse a las operaciones. El se ofrece voluntariamente, bajo la presión hipnótica, y luego no siente resentimiento contra mí ni contra los demás cirujanos. *Nosotros* le decimos adónde debe dirigir su resentimiento.

**M**IENTRAS yo me dejaba caer contra la pared, Kersch me depositó suavemente sobre algo (no recuerdo qué), y el temblor del desvanecimiento cedió el paso a una sensación de alivio, al pensar que mi resistencia había terminado y tenía ahora la responsabilidad de otra mente más capaz que la mía.

—En esto es donde soy más valioso —me decía Kersch suavemente—. El paciente confía en mí y, como soy cirujano a la vez que hipnotista, puedo mantener al sujeto en estado de sumisión durante toda la serie de operaciones importantes. Cuando se termina el efecto del trance, y el paciente ve por primera vez lo que han hecho

con él, a veces muere de shock. Estamos reduciendo el índice de mortalidad, mediante un paso más gradual del trance a la realidad y dándole al sujeto más tiempo para comprender la desagradable verdad y el efecto que ha de tener en lo que él espera de la vida y que tanto se ha reducido ahora. Desde luego, se espanta ante lo que ve. Literalmente, se ha convertido en un objeto de horror. Todas sus emociones se vuelven odio y amargura. Entonces, enfocamos el odio hacia nuestros enemigos; desexualizamos al sujeto; lo almacenamos en una de las salas de tripulantes, en estado de coma producido por las drogas, hasta que llega el momento en que debe volar, y se le da un número. Realmente, esto no es más que el servicio militar llevado un paso más allá: las inoculaciones y las pruebas con drogas, la ciega obediencia a las órdenes más irrazonables, los experimentadores de gas, los deberes suicidas... ¿recuerda? Eso, mi querido amigo, era el límite a que habíamos llegado dos años atrás. ¡Ah, usted se maravillará al ver hasta dónde hemos llegado ahora!

—¡Nggg...! —proferí mientras sus ojos me fascinaban—. ¡Nggg...! ¿Ahora... aaahora?

—Sí, ahora —repitió Kersch—. Ahora vamos a producir el mutilado marca XV. Será un ejemplar mucho más adelantado que los que usted ha visto hoy, y anticipamos en él una completa ausencia de visión negra, aun a más de sesenta gravedades. El ente (uno no puede realmente darle una identidad humana) sufrirá constantes y terribles dolores (siento decirlo) como resultado de las ochenta y tres operaciones quirúrgicas que deben realizarse en él, y su odio, cuidadosamente dirigido, excederá en concentración e intensidad a cualquiera de las emociones contenidas hasta ahora en cualquier mente humana. Las operaciones estarán des-

tinadas a quitarle todos los músculos y huesos innecesarios; a reducir los pasos de las arterias y las venas. Se le privará de todos los órganos digestivos, y la terapia, además de las inyecciones de fluido, reemplazarán en él los métodos de absorción de energías. Le aseguro que el mutilado marca XV no solamente marcará el comienzo de una nueva raza, surgida de la cirugía, sino que casi no será reconocible como un humanoide —con los ojos chispeantes de fanatismo, Kersch casi no podía dominar las contracciones de su cara—. Vamos a comenzar ahora nuestros experimentos con él —murmuró, y mientras el pleno significado de sus palabras llegaba hasta mis sentidos entorpecidos, me di cuenta de que era demasiado tarde para luchar. Sentí que los músculos de mi estómago se contraían de miedo; que la sangre me golpeaba las sienas... Tuve deseos de vomitar, de aspirar el aire fresco. Quería tenderme sobre la hierba blanda y ver sobre mi cabeza el cielo azul. Pero sólo vi brillar sus ojos a través de una niebla rojiza, abrasándome la mente; buscando, ordenando, dirigiendo; extendiéndose, multiplicándose...

**S**ENTI que mi cuerpo ascendía: que iba subiendo a través de las oscuras raíces de los cúmulos de nubes, atravesando los velos de la niebla y la blanca y grisácea humedad. Subía y subía, a través de estratos cada vez menores de semioscuridad. De pronto, inesperadamente, salí a un área de luz intensa y cegadora. Sentí la ráfaga de calor, oí el rugido. Luchando por soltarme del asiento de lanzamiento, tiré con manos frenéticas de su marco, al que estaba atado. La sangre me corrió por la boca... Intenté cortar la energía antes que las turbinas estallarían. La palanca de control había desaparecido; pero el aparato seguía ascendiendo, acelerando a una terrible

velocidad. Aguardé, con todos los nervios en tensión, la repentina explosión de los propulsores. El aparato dió una vuelta y comenzó a hundirse en el oscuro vacío que había debajo de él. Volví al abismo: lapso de experiencias que sólo los muertos recuerdan...

Subió de nuevo. Busqué con la mano la columna de control. No estaba allí.

—¡Ha desaparecido! —grité y, a través de las capas de algodón de la inconsciencia, oí una voz que me contestaba. Mis ojos lucharon por recobrar la visión. Mi cuerpo, destrozado por el dolor, se esforzaba por encontrar la energía suficiente para abrir los ojos, sellados con sangre. Un dolor cruel; una quemadura interior... ¿Sería el efecto de la radioactividad? Abrí los ojos un instante, y, en vez del cielo azul, vi el resplandor opalino de un techo de hospital y la cara de un viejo que me miraba impasible.

—Doctor —murmuré—. Doctor... ¿me desmayé?

El viejo no pareció preocuparse ni me contestó.

—Yo... estaba soñando. Volaba, y la columna desapareció.

Comenzaba a sentirme más aliviado. Los recuerdos acudían a mí. Luché por levantarme... Mis miembros estaban atados a mis costados; ¡atados!... Quise ver si estaban atados... o habían desaparecido.

—¿Me desmayé? ¿Esto es una pesadilla? ¡Dígame!

El doctor Lestrangle meneó la cabeza.

—Tiene usted que descansar hasta que el doctor Kersch esté listo para...

—¡Kersch! —lo interrumpí—. ¿No querrá usted decir...? ¡No puede ser!...

El doctor asintió lentamente.

—Estas cosas son tan necesarias como cualquier otra forma de preparación militar o de investigación médica; tan necesarias como la vivisección. Descanse. Ya está usted casi listo para el lavado cerebral y la hipnosis final.

Me debatí como un loco.

—¡Lavado cerebral! ¿No me habrán convertido...?

El doctor asintió lentamente, y pareció rechazar una emoción humana que amenazaba con suavizar sus facciones.

—Descanse —me ordenó con voz firme e impersonal—. No intente mirar bajo la pantalla, hasta que se lo digan. Está recibiendo un tratamiento de radio de alta frecuencia. En una cuestión de horas, su piel se habrá cicatrizado. Antes de la hipnosis recibirá inmediatamente un masaje. Después de eso, el dolor disminuirá considerablemente. ¡Salve, progreso!

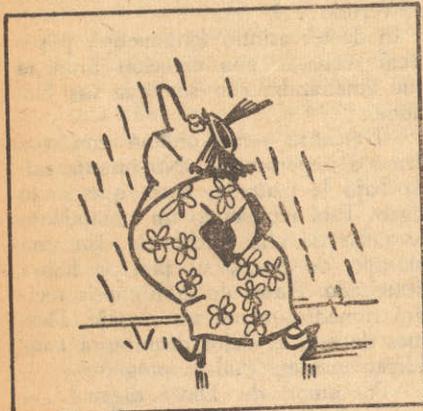
—Por amor de Dios, dígame... ¿qué soy? ¿Soy...?

El doctor asintió.

—El mutilado marca XV —dijo. ✦

### Salvación del chocolate

**H**ACE unos años, la desaparición de todos los árboles de cacao de Africa, víctimas de una enfermedad llamada brote tumefacto, era una cosa segura. Pero la ciencia vino en auxilio de los golosos y de los fabricantes de bombones, descubriendo, cuando la catástrofe se presentaba como inminente, un producto llamado comercialmente "dimefox", capaz de oponerse a los insectos portadores del virus de la enfermedad. Introducido en el tronco de los árboles, los hace inmunes a los ataques del insecto durante ocho semanas. ¡Ya pueden respirar los amantes del chocolate!



## SONIDOS

LA lengua del hombre convirtió los sonidos ininteligibles que emitían nuestros antepasados en lenguaje; y su cabeza y sus manos se ocuparon de estudiar el sonido y convertirlo en su contrario: el silencio, en forma de ultrasonidos. Porque sonidos y ultrasonidos son en el fondo la misma cosa: al propagarse una onda sonora, cada porción de aire alcanzada por ella, se comprime y se expande alternativamente, como sucede con el gas encerrado en el cilindro de un motor Diesel. Al expandirse una porción, comprime a la que le sigue, que reacciona a su vez como un resorte, y así, de porción en porción, se va trasladando la vibración hasta impresionar nuestros tímpanos y convertirse en sensaciones. Pero cuando este ciclo de compresión y descompresión se repite más de 20.000 veces por segundo, nuestro oído es incapaz de percibirla, y lo que al hombre puede parecerle silencioso, es en realidad ultrasonido.

Sin embargo, los ultrasonidos saben cómo hacerse notar, aunque no

## SILENCIOSOS

hagan mucho ruido. Transportan energía a carretadas: se calcula que un hombre normal debería hablar durante 150 años sin interrupción para producir energía sonora suficiente para hervir el agua de una taza de té. En cambio, un huevo sumergido en agua atravesada por ultrasonidos, queda completamente cocido al cabo de unos pocos segundos.

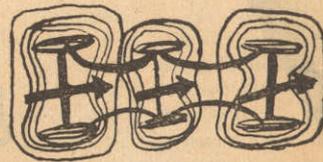
Por cierto que el hombre no dejó de sacarle provecho a lo que en principio era una rareza de laboratorio; las aplicaciones no faltan, y de las más diversas. Enviando ultrasonidos al fondo del mar, y midiendo el tiempo que el eco tarde en llegar, se calcula la profundidad del océano. Es más, utilizando ecos diversos, es posible conocer si el fondo es de arena o barro. Y si se dirige el ultrasonido no hacia abajo, sino horizontalmente, la aparición de un eco es indicio cierto de un banco de peces a corta distancia.

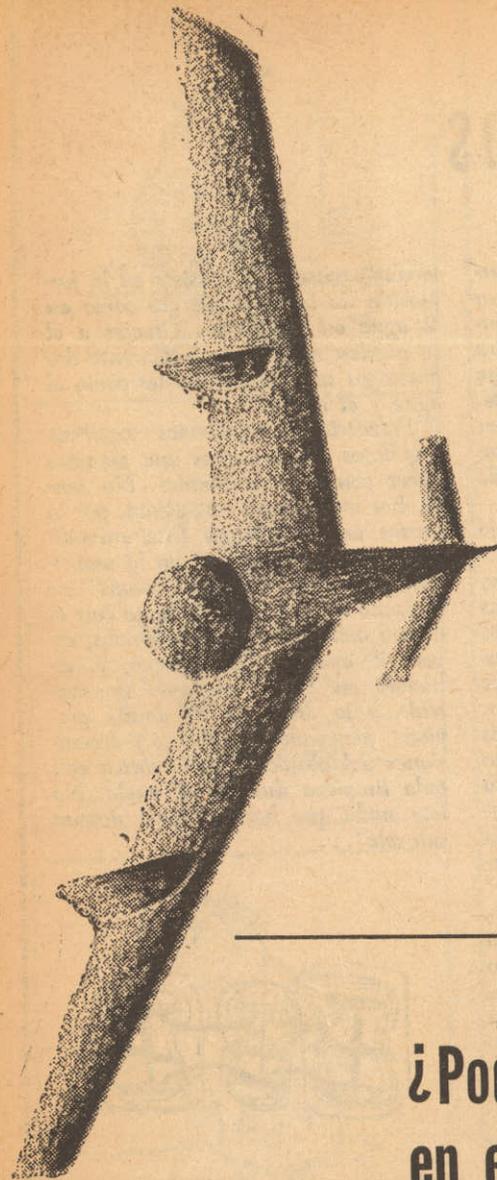
No es sólo esto: este diligente servidor introduce como si tal cosa, a "martillazos", moléculas de nitrógeno en el acero para aumentar su dureza. Y si se trata de hacer desaparecer una niebla, o una nube de humo, el ultrasonido se encarga de agitar de tal modo las moléculas del aire, que pronto queda éste perfectamente limpio.

Igualmente espectaculares son los resultados en los líquidos. Aquí juega un papel especial un fenómeno lla-

mado "cavitación", consiste en la formación de burbujas de gas como en el agua en ebullición. Gracias a él se pueden mezclar perfectamente dos enemigos tan irreconciliables como el agua y el aceite.

Parecería que podemos sentirnos orgullosos por las cosas que sabemos hacer con los ultrasonidos. No tanto. Los murciélagos nos ganan, por lo menos en antigüedad. Este animalito los utiliza para "ver" en la oscuridad, así como nosotros "vemos" en el fondo del mar. Exactamente con el mismo método, emite ultrasonidos, espera la aparición de un eco, y, teniendo en cuenta el lapso transcurrido y la dirección de donde proviene, juzga sobre la forma y dimensiones del obstáculo, y lo sortea con toda limpieza durante el vuelo. No hay nada que hacer: "nihil novum sub sole"...





# espacio sin fronteras

III

## ¿Podremos sobrevivir en el espacio?

por HEINZ HABER

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)



**D**URANTE todo el día el hombre-cito había asistido al congreso donde ingenieros y hombres de ciencia discutían la conquista de los cielos por medio de astronaves y estaciones espaciales. Mientras los técnicos formulaban sus ideas y defendían sus argumentos había tenido tiempo de masticar su pregunta.

—Señor presidente —dijo—, veo que se han preocupado por todos los detalles. Saben concienzudamente cómo deben diseñarse las naves cohete. Más aún, ya tienen los planos de algunas naves capaces de llegar hasta la Luna y otros planetas. Todo ello es muy meritorio e impresionante. Pero como un lego común y corriente que sabe muy poco acerca de estas cosas, quisiera hacer la siguiente pregunta: ¿Quién se encargará de diseñar a la tripulación?

La pregunta había puesto el dedo sobre la peor de las dificultades que deben enfrentar los ingenieros, hom-

bres de ciencia y médicos al tratar con el espacio: el hombre mismo.

Si el avión a chorro, el proyectil guiado o el cohete tienen algún defecto se los puede diseñar nuevamente todas las veces que sea necesario hasta que se planchen todas las arrugas. No puede decirse la misma cosa del hombre. Es el eslabón más importante de la conquista del espacio, y sin embargo, el más débil. Y no se lo puede proyectar de vuelta.

La mayoría de los autores que han descrito viajes ficticios a través de la negrura desconocida del espacio no ha reconocido la seriedad del problema del factor humano en los viajes espaciales. Y naturalmente todos hemos leído alguna vez esas historietas donde los pilotos del espacio se mueven en el gran vacío que queda más allá de la atmósfera, con la tranquilidad de quien camina por la calle. Pero el hombre de verdad no es tan

afortunado. En más de un aspecto es una criatura delicada. Al dejar la tierra, tendrá que dejar el ambiente que dió forma a su misma manera de vivir. El viaje espacial se presenta así como un problema biológico y médico de extraordinaria envergadura.

Es cierto que el hombre es capaz de adaptarse a las condiciones más extrañas, no hay punto del globo donde no pueda sentar sus reales. Pero, ¿mostrará la misma habilidad cuando se trate de abandonar el planeta y dejar atrás el manto protector de la atmósfera?

Allí en el espacio no hay oxígeno para respirar.

La ausencia de presión atmosférica hace hervir la sangre.

Los peligrosos rayos ultravioleta del sol lo golpean con toda su fuerza y pueden asarlo en muy contados minutos.

Los rayos cósmicos, verdaderas balas atómicas, lo acribillan por todos lados.

No hay atmósfera que mantenga la temperatura de su nave dentro de límites tolerables.

Su barco, y él mismo, son los blancos posibles de proyectiles de alta velocidad, los meteoros, que pueden perforar fácilmente cualquier coraza protectora.

Todavía más, ya no tendrá peso y flotará impotente en medio de un caos de direcciones, entre las cuales faltarán las familiares "abajo" y "arriba".

En resumen, el hombre no ha sido construído como para poder sobrevivir en el vacío.

Desde los comienzos del tiempo, la vida, tal como la conocemos, ha conocido solamente el ambiente terrestre y se ha desarrollado de acuerdo con dicho medio. Al principio, probablemente haya sido el océano la única morada de la vida. El agua de mar contenía todo lo necesario para ella: oxí-

geno, anhídrido carbónico, multitud de elementos químicos y compuestos, luz solar, y un nivel de temperatura apropiado. Con el tiempo la naturaleza consiguió desarrollar plantas y animales que pudieran vivir sobre tierra firme, pero sólo después que transcurrieran eones y eones de vida acuática. La vida se desarrolló, por tanto, bajo la protección de esa gran envoltura de aire que rodea la Tierra. Este medio aparentemente tan frívolo es de primera importancia y sin él, la vida tal como la conocemos no podría existir. Una vez que el hombre haya abandonado la Tierra en procura del vacío del espacio no contará más con la protección de la atmósfera. Y si no se fabrica algún refugio equivalente, su vida no valdrá más que la de un pez fuera del agua.

Por consiguiente, es tarea de los ingenieros el crear un ambiente de gran movilidad y acondicionado a las necesidades de los espacipilotos. En otras palabras, necesita una cabina hermética que produzca y mantenga las condiciones terrestres tan aproximadamente como sea posible. Así como el pez puede vivir en un acuario, también el hombre estará en condiciones de vivir en un ambiente sintético de ese tipo.

Claro que ni la astronave ni la estación espacial podrán otorgar la comodidad de la Madre Tierra, y el vuelo a través del espacio será un trabajo pesado que necesitará de hombres sanos, duros y experimentados. Pero puede hacerse.

Los problemas médicos del viaje espacial son enormes, y debido a los grandes avances en el campo de la aviación ya hay muchos datos de utilidad que permiten vislumbrar las soluciones. Los aviones experimentales, han tocado ya los bordes del espacio y en realidad estos aparatos no difieren enormemente de las espacionaves

que se usarán en un futuro no demasiado lejano.

Por ejemplo, uno de los deberes de la medicina de aviación fué solucionar los problemas que se presentaron en los vuelos del Douglas Skyrocket y el Bell X-1 que lograron trepar a alturas donde el 96 por ciento de la atmósfera quedaba por debajo.

A medida que los vuelos de ensayo se suceden y los aviones experimentales obtienen más datos, la medicina aérea se transforma en medicina "espacial". Debido al hecho de que la medicina se ha mantenido a tono con el progreso de la aviación moderna, podemos anticipar mucho de los peligros que deberá enfrentar el hombre cuando entre dentro del vacío del espacio. Actualmente los pilotos usan oxígeno a partir de ciertas altitudes; en el espacio tendrán que utilizarlo constantemente. El piloto actual es sometido a enormes tensiones debidas a la fuerza centrífuga cuando sale de una picada o da una vuelta cerrada. Además se maree, se cansa fácilmente, el rugido de los motores lo ensordece. Sufre de frío y calor y las vibraciones de su avión lo sacuden violentamente. Cuando llegue al espacio se encontrará con que todos estos problemas lo estarán esperando.

Se ve entonces que muchas de las dificultades del espacipiloto serán análogas a las de las tripulaciones de la aviación moderna. Falta de oxígeno, tensión, temperatura, ruido, todos esos problemas han sido resueltos exitosamente y los resultados de los experimentos son directamente aplicables a las naves cohete del futuro. Naturalmente que habrán muchas dificultades adicionales, pero éstas pueden ser resueltas con ayuda del ingeniero.

Hay dos fuentes importantes de las cuales podemos extraer más información. Una es la ciencia de la ingeniería de cohetes. Cohetes con instrumen-

tos han sido ya enviados al espacio y de ellos se ha obtenido gran cantidad de información. Antes que el hombre se lance al espacio todavía se enviarán muchos más. Von Braun y sus colegas tienen un concepto muy claro de cómo se diseñará y operará la nave cohete del futuro. De aquí podemos tener una idea de cuáles serán las exigencias que dichos diseños impondrán al hombre que la tripule.

La segunda fuente de información es la enorme reserva de conocimientos físicos, psicológicos y astronómicos reunidos por la ciencia. Estas disciplinas están en condiciones de contribuir grandemente al estudio de las situaciones mentales y físicas que el hombre deberá vencer en el espacio. Como ya hemos mencionado, el eslabón más débil en la conquista del espacio es el hombre mismo. Por tanto la tarea del investigador de medicina espacial es reunir y ordenar todo el material que se dispone para dotar al diseñador de las naves cohetes del futuro y de la estación espacial de un conocimiento cabal de las limitaciones humanas.

**A**LGUNOS pesimistas sostienen que los miembros de la tripulación de una nave cohete no vivirán para conocer el espacio, porque ni siquiera sobrevivirán las tremendas aceleraciones que deberán soportar en el intervalo durante el cual los motores estarán encendidos. Estas aceleraciones son características del manejo del cohete, dado que para operar más eficientemente la nave cohete debe ganar velocidad en poco tiempo. Pero, como cualquier otro cuerpo, el cuerpo humano opone su propia inercia a las fuerzas de aceleración. Cualquiera que haya viajado en automóvil ha tenido una vaga noción del fenómeno cuando el conductor decide apretar el acelerador. El auto se lanza hacia adelante y los pasajeros son apretados levemente contra el respaldo de

los asientos. Pero lo que no es más que una suave presión en un auto, se transforma en una fuerza aplastante a bordo de un cohete. A medida que la llamarada de la cola aumenta el impulso, la fuerza crece en marea incontenible, y el pasajero sufre la misma sensación que de tener varios hombres de su mismo peso apilados encima de él. Al comenzar la excursión el viajero sentirá cómo su peso aumenta gradualmente. Cuarenta segundos después de la partida pesará tanto como si estuviera enteramente construido de mármol. Los músculos de las mejillas y labios serán empujados hacia abajo debido al tremendo peso que hace presión sobre el tejido blando y sus facciones se distorsionarán en una máscara grotesca.

Un piloto de nuestros días sufre durante breves períodos acciones similares, cuando sale, por ejemplo, de una picada o tiene que realizar algún viraje cerrado. Por esta causa se han realizado estudios detallados de la tolerancia humana al aumento de peso. A tal efecto se han construido enormes centrífugas para institutos de investigación aeroméica, por medio de las cuales se pueden reproducir dichas fuerzas en el laboratorio. La centrífuga consiste de un enorme brazo que rota en torno de un eje. El sujeto se ga consiste en un enorme brazo que alejado del eje, y se lo hace girar como uno haría girar una piedra atada de un piolín. Controlando la velocidad de rotación se puede obtener la fuerza que se desee.

Las fuerzas que se generan por aceleración ya sea en un aeroplano, en una nave cohete o en una centrífuga se expresan en unidades del peso normal del sujeto. Bajo condiciones ordinarias, por ejemplo, cuando está sentada en una silla, decimos que una persona está a "una gravedad (1 g.)" Cuando se lo hace rotar en una cen-

trífuga el peso del sujeto aumenta a 2 g., 3g., etc. según la velocidad de rotación del aparato.

Durante los últimos quince años se han realizado extensos estudios sobre las fuezas g. Por debajo de las 3 g. no hay efectos adversos que se puedan notar, aunque, naturalmente, pesar tres veces más de lo común no es ninguna experiencia agradable. A 4 g., los músculos del cuello ya no son capaces de soportar la cabeza y es casi imposible levantar el brazo. A 5 ó 6 g. la respiración se hace difícil y en general el sujeto pierde la conciencia debido a grandes perturbaciones en la circulación de la sangre. Se ha encontrado que la sangre sigue la dirección de la fuerza actuante y tiende a acumularse en el abdomen y las extremidades inferiores. La sangre que transporta el oxígeno a través del cuerpo no irriga la cabeza, y el cerebro y la retina se quedan sin el alimento de tan precioso fluido. Estos órganos son voraces consumidores de oxígeno y necesitan un suministro amplio y constante.

Los resultados mencionados se obtuvieron con individuos sentados, pero se ha encontrado que la tolerancia a las fuerzas g. puede aumentarse enormemente si se reciben en posición acostada. Así actúan desde el pecho hasta la espalda más que desde la cabeza a los pies y el sistema circulatorio no sufre tantas perturbaciones. En algunos casos algunos sujetos pudieron soportar 7 g. durante dos minutos seguidos sin llegar a perder el conocimiento. Estas cifras indican que un individuo dotado de un sistema circulatorio sano estará en condiciones de soportar los rigores que los ingenieros consideran inevitables para poder romper las ataduras que nos ligan a la tierra.

En el Departamento de Medicina del Espacio de la Escuela de Medicina de Aviación de la Fuerza Aérea Norteamericana se ha estudiado el esquema

de aceleraciones del cohete de tres etapas de Von Braun (ver diagr. pág. 44). Como ya se explicó anteriormente, el ascenso a motor de la nave, se divide en tres etapas de propulsión durante las cuales se dejan caer la primera y segunda etapas, dejando que sea la tercera la que se encargue de llegar a la órbita. Durante cada uno de dichos períodos la aceleración de la nave cohete aumenta rápidamente a partir de fuerzas g. moderadas que pueden ser toleradas fácilmente hasta otras mucho más potentes que se ejercen escasos segundos más tarde. En el momento de la partida y durante el transcurso de los primeros 84 segundos las fuerzas g. aumentan gradualmente hasta que los viajeros llegan a soportar una carga máxima de 9g. En ese momento se deja caer la primera etapa, y para realizar la operación se disminuye la aceleración. Inmediatamente las fuerzas g. pasan abruptamente de 9g. a casi la normal. Cuando entran en funcionamiento los motores de la segunda sección, las fuerzas g. comienzan a aumentar nuevamente y 120 segundos más tarde alcanzan su pico más alto con 8 g. Ahora le toca el turno a la segunda etapa de ser dejada de lado y nuevamente la carga de g. retorna a la normal. De allí en adelante la etapa final de la nave cohete continúa bajo la potencia de sus propios motores y los ocupantes por espacio de 90 segundos experimentan un pequeño aumento de 1 a 3 gravedades. Después, desaparecen todas las fuerzas g. En conjunto, los aumentos de peso se harán sentir durante un lapso total de sólo cinco minutos.

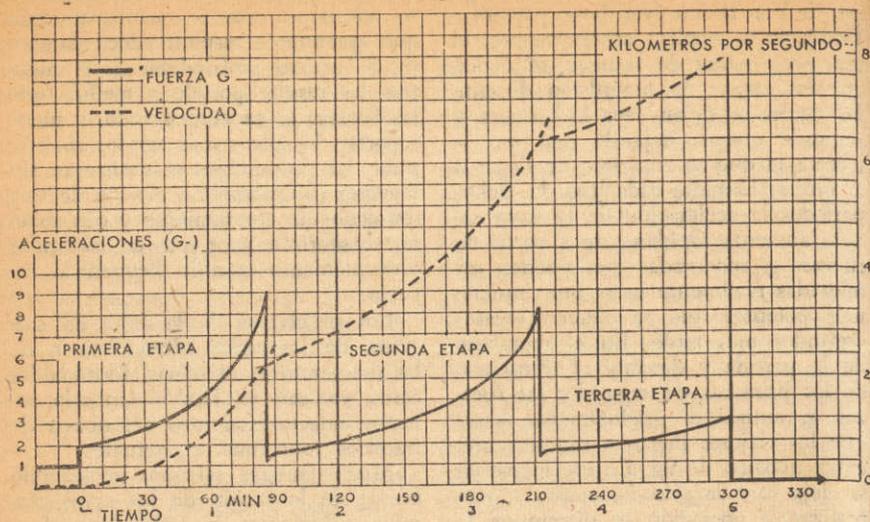
Durante los últimos treinta segundos de cada máximo de gravedades la respiración se volverá muy trabajosa para los tripulantes, pero si los hombres yacen en posición acostada podrán sufrir la experiencia sin experimentar daño alguno. Claro que para ello será

necesario que reciban un entrenamiento adecuado. Por lo menos tendrán que aprender a respirar adecuadamente. Si aspiran profundamente y mientras les resulte posible a medida que las fuerzas g. va aumentando, y luego soportan los picos más agudos sin respirar, las dificultades se deslizarán sin mayores contratiempos. Aparte de una sensación de atontamiento y cansancio no se sentirán peor que en cualquier otro momento cuando lleguen al espacio.

Los problemas de la falta de oxígeno, de los rayos ultravioleta o de las temperaturas extremas, formidables como parecen ya han encontrado solución adecuada dentro del marco de nuestros conocimientos actuales.

Mucho menos sabemos en cambio acerca de la acción de los rayos cósmicos. Recientes investigaciones han demostrado que su capacidad para producir mutaciones en los genes es muy pequeña, de manera que desde el punto de vista de la herencia no son un riesgo de temer. En cuanto al daño directo que puedan ejercer sobre los seres humanos, las mediciones con globos y otros aparatos indican que en la estación espacial la cantidad de radiación que se recibiría estaría un poco por encima de lo que se considera actualmente el límite de seguridad. Los datos son todavía pocos pero de ajustarse a la realidad la solución más probable involucraría posiblemente la rotación periódica de sus habitantes.

**P**ERO probablemente la experiencia más impresionante del primer hombre que alcance el espacio será la ausencia de peso. Todo el mundo sabe que los objetos no tienen peso en el espacio. Pero no todo el mundo sabe que el hecho se debe a que a gran distancia de la Tierra la atracción de la gravedad disminuye a valores prácticamente nulos. Por raro que parezca



el peso en el espacio no depende de la atracción gravitatoria de los cuerpos celestes.

Tomemos a la Luna como ejemplo. Nuestro satélite viaja a lo largo de una órbita circular a una velocidad de alrededor de mil kilómetros por segundo. Durante todo el paseo se encuentra bajo la acción de la gravedad terrestre. La Luna puede resistir la atracción terrestre porque su velocidad sobre la órbita curva le otorga una fuerza centrífuga que tira en dirección opuesta, es decir, hacia afuera. De esta manera las dos fuerzas sobre la Luna actúan simultáneamente, en sentidos opuestos, y así se anulan mutuamente. La consecuencia es que la Luna no tiene peso y se mueve continuamente en torno de la Tierra a lo largo de su órbita.

Exactamente las mismas fuerzas se aplican a cualquier cuerpo en el espacio. Para construir una estación espacial, como ya lo explicara Von Braun, primero enviamos una nave cohete a

cierta órbita preestablecida. Una vez en ella, se prenden los motores el tiempo suficiente como para que la nave adquiera la velocidad necesaria para mantenerse en dicha órbita. Luego se paran los motores y las fuerzas de la naturaleza son las que se encargan entonces de mantener el sistema en movimiento. Desde ese momento en adelante la nave cohete hace causa común con la Luna. Es un satélite que se queda en su órbita debido al equilibrio de las mismas dos fuerzas que mantienen a la Luna en la suya: fuerza centrífuga y atracción gravitacional. Quedando eliminada la gravedad terrestre el peso no existe. La nave cohete, la estación espacial que se construirá a continuación y los miembros de la tripulación ya no pesan más. Este mismo estado existe en todos los puntos del espacio y para todas las cosas, no importa a la distancia que se encuentren de la Tierra o de algún otro cuerpo celeste.

No cabe ninguna duda de que la ausencia de peso será la experiencia más extraterrena e inolvidable de todos los que se aventuren más allá de la atmósfera. "Espacio" y "ausencia de peso" se convertirán en palabras sinónimas así como "desierto" y "sed" o "Artico" y "frío" lo son en la actualidad.

Las consecuencias de la desaparición del peso se discute en muchos círculos médicos, y las opiniones que se expresan se cubren con una gama muy amplia de posibilidades. Algunos creen que la falta de peso no acarreará daño alguno; otros han ido tan lejos como hasta predecir que el hombre no podrá sobrevivir más que unos minutos sin peso. Este último punto de vista es, según la opinión de los entendidos, casi seguramente falso.

No hay razón alguna para suponer alteraciones en la circulación de la sangre o la respiración. Están accionadas especialmente por los músculos del corazón y las fuerzas elásticas de los vasos sanguíneos, el diafragma, y el pecho que son independientes de la gravedad. El peso de la sangre tiene cierta influencia en su circulación, pero su papel está lejos de ser indispensable. El corazón la bombea a través de todo el cuerpo con o sin peso. La respiración seguirá como siempre. La inhalación y exhalación se efectúa estableciendo diferencias entre la presión del aire de los pulmones y la presión del aire exterior. La gravedad no interviene.

Ni la ingestión ni la digestión de alimentos se verá perturbada. Incluso somos capaces de comer cabeza abajo, colgados de un trapecio por las piernas.

Las dificultades aparecen en el sistema nervioso del hombre, sus órganos de los sentidos y su mente. Un saltador de garrocha sufre la misma experiencia desde el momento que suelta la

garrocha en el punto más alto de su recorrido hasta que viene a tocar la Tierra con los pies. Si imaginamos la misma sensación prolongada durante un período muy largo de tiempo podemos darnos una idea de cuáles serán los estados de ánimo de los primeros astronautas. Fundamentalmente un estado de perpetua alarma.

El astronauta tendrá la impresión de que todo lo que lo mantenía ha desaparecido y su primera reacción será inevitable. Tratará de agarrarse de lo que tenga más cerca. Tendrá la perpetua sensación de estar cayendo, y debemos contar con que poco a poco se irá acostumbrando al nuevo estado. Pero al principio la empresa no será nada fácil.

Mientras la maquinaria del cuerpo probablemente seguirá realizando sus funciones apropiadamente, lo mismo no sucederá con las funciones que tenga que desempeñar el hombre dentro de la nave. La ausencia de peso lo colocará en una situación análoga a la siguiente: supongamos un levantador de pesas que se prepara para levantar unas que supone son de 120 kilos, pero que en realidad están hechas de madera muy liviana. Su previsión de los movimientos que va a realizar es completamente falsa y la falta de equilibrio de la fuerza que aplica envía violentamente hacia arriba, para su sorpresa, las supuestas pesas.

El astronauta sufrirá continuamente de algo parecido a lo que acabamos de describir: encontrará que la coordinación de movimientos a la que está habituado, basada en la experiencia de toda una vida, fracasa completamente en el nuevo ambiente. Lo que es un movimiento sencillísimo en la Tierra, como por ejemplo el levantar una silla, lo lanzará en el espacio violentamente hasta el otro lado de la cabina. La coordinación corporal, que se rea-

liza automáticamente en la Tierra, tendrá que ser aprendida nuevamente desde el principio.

Dado que los efectos acostumbrados de la gravedad no se harán presentes, no habrá ni abajo ni arriba, un factor que realmente confundirá todavía más las cosas. Normalmente utilizamos abundantemente la gravedad para orientarnos. Disturbios análogos de orientación se experimentan en aviación al realizar virajes cerrados. Debido a la fuerza centrífuga que aparece en escena la dirección aparente de la gravedad se desplaza en dirección oblicua y para sorpresa del pasajero que se asoma por la ventanilla el horizonte se coloca en lugares inverosímiles.

Los pilotos que aprenden a volar guiándose por los instrumentos evitan esas falsas impresiones depositando su fe exclusivamente en los números que marcan los aparatos. En el espacio la confusión se elevará a potencias increíbles. Los tripulantes deberán aprender a utilizar una pared de la nave cohete como piso y tratar de utilizarla siempre como plano de referencia. Probablemente sea posible mantener la orientación con la sola ayuda de los ojos. Sin embargo, de lo que sabemos acerca de las perturbaciones en el sentido humano del equilibrio no debemos dejar de lado la posibilidad de que las tripulaciones espaciales se "mareen". Esto puede reducir la eficiencia de los hombres si es que no los inutiliza completamente.

No sólo los hombres flotarán a la deriva en medio de la nave cohete, también los objetos se encontrarán en la misma situación, y de aquí surgirán buen número de inconvenientes si no se toman las medidas necesarias de antemano.

En el espacio se requiere la utilización de otras fuerzas en sustitución de la gravedad. Todos los objetos deben

estar hechos de acero o por lo menos poseer una parte de los mismos de dicho material. Así pueden mantenerse en lugares determinados por medio de magnetos, principio que se utiliza ya hoy en día en muchas cocinas modernas.

En cuanto a los cubiertos, la función del cuchillo y tenedor serán las mismas que en la Tierra. El cuchillo seguirá cortando y el tenedor utilizando la fricción para mantener adheridos los alimentos. La cuchara en cambio será inútil (así como también el tenedor si se lo pretende usar como cuchara), de manera que una mesa bien puesta a bordo de la nave tendrá que encontrar algún sustituto de ella.

Los líquidos en particular se mostrarán especialmente molestos: cualquiera de ellos, desde la leche hasta el champán se comportarán como la crema solidificada que no quiere salir de la botella. Como el líquido no pesa, no habrá razón alguna para que fluya. Pero si uno sacude la botella todo su contenido se derramará de un solo golpe. La solución a este problema es un invento bastante viejo: la bombilla, que no depende de la gravedad sino de la presión. Otra solución podrían ser botellas plásticas que al ser apretadas dejan escapar el líquido.

En la estación espacial el oficio de cocinero no enfrentará dificultades mayores debido a la presencia de gravedad artificial, pero dentro de la nave cohete se requerirán procesos bien diferentes a los que se utilizan comúnmente en la Tierra. Cacerolas y sartenes abiertas están completamente fuera de cuestión, ya que al hervir, el agua escapará violentamente de ellas debido a las burbujas de aire que se forman en la parte inferior. De la misma manera que el primer chirrido de la grasa de un bife lo lanzaría volando por el medio de la cabina. Sólo podrán usarse cacerolas cerradas, y el asador

ideal sería uno que cocinase con onda corta.

EN el transcurso de viajes largos desde la estación espacial hacia afuera, los tripulantes podrían gozar del placer de dormir sobre colchones de aire. Y esto no será un juego de palabras, ya que podrán flotar donde y cuando deseen. Posiblemente tengan que atarse con cuerdas a las paredes de la cabina para evitar que la reacción provocada por la respiración los lleve en la dirección menos pensada.

La presión de la cama contra el cuerpo puede ser "imitada" utilizando ligaduras que compriman el cuerpo contra alguna superficie plana. Los principiantes, sin embargo, tendrán que dormir en cuchetas especiales. Estas tendrán el aspecto de tubos tapizados cuyos extremos estarán cubiertos por cuerdas de nylon o algún otro plástico que impedirán que el viajero se salga del interior. Sin estas "tapas" sería lo más fácil escapar inadvertidamente del tubo y peor aún ser chupado por el sistema de refrigeración.

Antes de llegar a alguna conclusión en el terreno de la falta de peso se necesitan todavía muchas investigaciones. A comienzos de 1949 el autor discutió con Von Braun la posibilidad de utilizar cohetes experimentales de altura para estudiar sus consecuencias en animales pequeños. Una vez que un cohete común agota su combustible y se desliza en vuelo libre, ni él ni lo que sostiene pesan nada. El V-2 permanece en ese estado alrededor de cuatro minutos. Durante esos minutos, los animales que estuvieran a bordo no tendrían peso. La nariz del V-2 es lo suficientemente grande como para dar cabida a un mono Rhesus pequeño, que puede mantenerse vivo dentro de una pequeña cápsula sellada. Además, pueden incluirse instrumentos de ob-

servación que transmitan los resultados a Tierra por radio.

Experimentos de este tipo se realizaron en repetidas ocasiones bajo la dirección del doctor James F. Henry. Los investigadores dispararon cinco veces monos al espacio, y en una de ellas los monos llegaron hasta una altura de 128 kilómetros sobre el nivel del mar. Con esto los monos registraron en su haber el hecho de haber pisado el espacio antes que los hombres. En todos los tests los animales estuvieron sin peso por espacio de 2 ó 3 minutos.

Los resultados verificaron por otra parte lo que se esperaba. Sólo hubo pequeñas perturbaciones del pulso, presión sanguínea y movimientos respiratorios. Dado que la sensación que tendrían los monos durante el estado agravítico era la de estar cayendo desde un altura considerable, los pequeños cambios observados pueden atribuirse a la reacción de alarma. En resumen, los experimentos demostraron que las dos funciones más importantes, respiración y circulación, se cumplieron sin dificultad.

En la esperanza de obtener más información acerca del comportamiento de los animales, los hombres de ciencia registraron también el comportamiento de los animalitos por medio de cámaras filmadoras. En un lanzamiento efectuado con ratones, estos flotaron libremente dentro de su pequeña cápsula, muy contentos aparentemente con cualquiera de las posiciones en que se encontraran.

Claro está que las experiencias de esta naturaleza dicen muy poco acerca de cuál será el comportamiento real del hombre en el espacio. Sería incorrecto inferir a partir de las elementales reacciones de un ratón que un piloto no encontrará dificultad alguna para realizar las acciones necesarias para el control de una nave cohete en

condiciones de falta de peso. La realización de tareas moderadamente complejas requiere mucha delicadeza y coordinación corporal, difíciles de obtener en la nueva condición.

Para evitar todas estas complicaciones la estación espacial estará dotada de gravedad sintética. El funcionamiento de un pequeño motor cohete la hará rotar sobre su eje produciendo así una fuerza centrífuga que substituirá a la de la gravedad. De las investigaciones realizadas con centrifugas se sabe sin embargo, que la velocidad de rotación no debe exceder cierto valor límite, si no la rotación interfiere con ciertos movimientos voluntarios debido a ciertas fuerzas conocidas como "fuerzas giroscópicas". Por ejemplo, no hay perturbación alguna mientras los miembros de la tripulación estén en reposo. Sin embargo, si mueve una pierna hacia adelante, dichas fuerzas la empujan hacia un costado. Si mueve la cabeza, siente como si se lo hiciera girar sobre sí mismo debido a que las nuevas fuerzas actúan sobre los órganos de equilibrio en el oído interior. Una rotación lenta que produzca una fuerza de gravedad sintética igual a un tercio de la terrestre será la respuesta adecuada. Con ello desaparecerán los malos efectos de la falta de peso y los desequilibrios causados por las "fuerzas giroscópicas" se reducirán al mínimo.

Desafortunadamente la falta de peso no podrá ser evitada si la humanidad quiere conquistar el espacio. Durante

el viaje a la órbita donde se erigirá la estación espacial, y más tarde en los viajes en torno de la luna, los tripulantes tendrán que aguantarse sin peso. Para la mayoría de ellos la experiencia será desagradable y difícil de soportar. Sin embargo, el hombre ha demostrado hasta ahora una extraordinaria habilidad para adaptarse a las condiciones más extremas. Incluso puede llegar a darse el caso que algunos prefieran la falta de peso a su presencia. Sin lugar a dudas las tripulaciones aprenderán a dominar todos sus detalles y se moverán con toda facilidad al cabo de cierto tiempo realizando sus tareas sin ninguna preocupación.

Para seleccionar los propios espacopilotos convendrá dirigir las miradas hacia los campeones de salto en garrucha y desde el trampolín. Ellos ya tienen alguna experiencia en manejar su cuerpo en condiciones de ausencia de peso.

El hombre estará en condiciones de sobrevivir en el espacio porque sabe de antemano lo que le espera. A diferencia de los primeros exploradores terrestres, los pioneros del espacio conocen ya el camino que van a recorrer, y llevarán el equipo adecuado. La conquista del espacio depende de la capacidad del hombre para sobrevivir en él. Y por lo que podemos conjeturar, los tripulantes de las naves y estaciones espaciales podrán sortear mejor los peligros que sus congéneres terrestres al aventurarse por una calle céntrica. ✦

Los trajes espaciales reproducen en medio del espacio el ambiente al cual está acostumbrado el hombre. El problema más difícil que presentan es la condición de ser al mismo tiempo herméticos y flexibles. Para evitar el aumento excesivo de temperatura en su interior, están pintados de blanco por fuera. La provisión de oxígeno se lleva a la espalda, así como también la radio portátil para comunicarse con la Estación Espacial, el Observatorio, los taxis espaciales y con otros compañeros que se encuentren en las mismas condiciones. La propulsión se obtiene por medio de un pequeño motor a reacción manual. En la ilustración se ha dibujado el visor de la escafandra como si fuera transparente. En realidad tendrá que ser opaco para frenar los rayos ultravioletas del Sol. Dado que así será imposible reconocer a los usuarios, cada traje llevará probablemente alguna chapa con su número, ni más ni menos que los automóviles de nuestros días.



En el próximo número:

#### IV. - UNA ESTACION EN EL ESPACIO



El primer viaje a la Luna se hará sin lunatizar, en una nave diseñada solamente para moverse en el espacio, a partir de la Estación Espacial. En el instante que reproduce la ilustración la nave está a 348.000 kilómetros de distancia de la Tierra, y a 80 de la superficie lunar. El cráter más grande es el Aristillus de 560 kilómetros de diámetro; el otro es el Autolycus. Las montañas que se divisan al fondo son los Apeninos Lunares.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)



Regreso de la Tercer Etapa de la Nave Cohete a su base en la Tierra. El vehículo se ha zambullido en la atmósfera y la temperatura en su superficie, debido al rozamiento con el aire, alcanza en estos momentos los 700° C. Esto hace que se ponga al rojo, cosa que no ocurre durante el ascenso. La nave se encuentra a unos 72 kilómetros de altura y pasa viajando en dirección nor-noroeste sobre el Cabo de Buena Esperanza. Debajo de ella se encuentra la Ciudad del Cabo y sus alrededores.



Casi salido de una historieta de aventuras este aviador nos da ya una idea del aspecto que tendrán los futuros trajes espaciales, así como también nos demuestra la posibilidad de su fabricación. La manufactura de trajes espaciales es probablemente una de las especialidades de la conquista del espacio que pisa terreno más seguro. Las necesidades de la aviación moderna lo han hecho avanzar a pasos agigantados, tanto que algunas de las versiones obtenidas servirían perfectamente para llegar hasta la Luna. Este modelo es el T-1 fabricado por la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

## un buen comienzo en la vida

*¡Arduo problema para un robot!...: ¡poseer en sí mismo las respuestas, y no saber cuándo manifestarlas!*

Ilustrado por SENTZ

por ARTHUR SELLINGS

-GATO se escribe: ge, a, te, o —dijo Emilia.

—Pero, ¿qué es un gato? —le preguntó Pablo.

—Mira, aquí hay un gato. Mira qué cola tan grande tiene.

Pablo se limitó a apartar el libro, con ademán petulante.

—Quiero un gato, un verdadero ga-

to, para tirarle de la cola.

—Los gatos no han sido hechos para que les tiren de la cola —dijo Emilia—. Ahora bien, gato se escribe...

—¡Gato, gato: ge, a, te, o! —gritó Pablo, pateando furiosamente.

Emilia vaciló y luego volvió a su tarea.

—Muy bien. El gato está sentado

en la alfombra: a, ele, efe, o, eme, be, ere, a. Aquí hay una —la levantó—; una alfombra verdadera.

Pablo lanzó un desdenoso resoplido y, con la lógica implacable de los niños, dijo:

—¿Cómo puedes decir para lo que han sido hechos los gatos, si no tenemos ninguno?

Si Emilia hubiera sido humana, habría suspirado. Pero se limitó a reflexionar si la pregunta del niño era buena o mala. Era buena, porque demostraba fuerza de razonamiento; y mala, porque podía apartarlo de sus estudios. Elena era distinta: se contentaba con escuchar y repetir las palabras. Pero Emilia no estaba nunca segura de si Elena había entendido o no.

—¿Por qué no podemos tener un verdadero gato, Emilia? —dijo Pablo—. En el libro, el niño tiene un gato. ¿Por qué yo no puedo tener un gato, un gato vivo y de verdad; no solamente un dibujo en un libro? Un gato vivo, como nosotros.

EN la complicada red mental de Emilia brotaron varios pensamientos. Uno era que ella no vivía realmente... no; *realmente*, no. Y eso le causó una sensación que un humano habría llamado dolor; aunque no era sino algo peor, pues un robot no podía sentir dolor. Otro pensamiento bastante malo era el de tener que enseñar a los niños por medio de libros donde se veían otros niños en circunstancias desconocidas para aquéllos, y tener que esquivar sus preguntas una y otra vez...

—En el cuento que Jaime me leía la otra noche, antes de dormirme —prosiguió Pablo—, compraban un gato en una veterinaria. ¿Por qué nosotros no podemos comprar un gato?... ¿Y cómo se compra?

Realmente, pensó Emilia, ella tendría que hablar con Jaime y sugerirle

que tuviera más cuidado con lo que les leía. Jaime era demasiado bonachón, demasiado descuidado.

—¿Cómo se compra? —insistió Pablo, tirando de la rodilla metálica de Emilia.

—Bueno, comprar es dar algo por otra cosa, como... —Emilia vaciló.

Sí, realmente consistía en dar algo por otra cosa. Había oído a los mayores hablar de ello... en los días en que había personas mayores. Hablaban en broma, según la costumbre de los humanos, porque allí el comprar y... (¿qué era lo otro?... ) el vender carecían de significado.

—No es importante —dijo por fin.

—¿Qué es importante?

—Que aprendas tus lecciones.

—No; quiero decir, ¿qué significa importante?

—Si aprendes tus lecciones, te enterarás de lo que significa importante.

Mientras decía esto, Emilia se dio cuenta de que no resultaba muy convincente, en especial para un niño de seis años. Así que agregó, apresuradamente:

—Aprenderás el significado de todas las palabras largas, y entonces podrás leer todos los libros que hay aquí: todos los libros grandes, llenos de palabras largas.

Con gran sorpresa suya, la mención de los libros grandes no hizo brillar como otras veces los ojos del niño.

—¡No son más que mentiras! —exclamó éste—. No quiero aprender nada. No cuentan más que mentiras acerca de cosas que no suceden. No creo que *hayan* gatos y árboles y... y... —se interrumpió, sollozando amargamente.

—*Hayan*, no... Hayan —dijo Emilia, e inmediatamente se arrepintió. ¡Como si eso importara realmente, cuando sólo quedaban ellos cuatro! Extendió una mano para consolar a Pablo. Pero él la rechazó.

—Vamos —agregó Emilia, tratando de modular su voz como la de un ser humano; procurando que fuera suave, amable y cariñosa, aunque sabía que no podía lograrlo—. Por lo menos, *tenemos* árboles.

El niño alzó la cara, enrojecida de indignación.

—No son árboles —replicó con vehemencia—. No son más que unos hierbajos. A los árboles verdaderos se puede trepar.

—Pensé que habías dicho que los libros no contaban más que mentiras —le dijo Emilia. Esta vez consiguió introducir un murmullo en su voz, para que él se diera cuenta de que hablaba en broma... o, al menos, eso esperaba ella.

Pero el niño rompió a llorar con furia.

**H**AY árboles —insistió ella—. Es decir, los ha habido... y volverá a haberlos —No quería pensar en las probabilidades en contra; por lo tanto no pensó en ellas—. Los he visto con mis propios ojos. Tú crees a Emilia, ¿no es cierto? —extendió de nuevo la mano y, esta vez, él no la rechazó y se lanzó en su frío y metálico regazo.

—¡Oh, Emilia! —sollozó; pero sus lágrimas no eran ya de cólera y despego, sino de unión en una entrega común, y Emilia habría podido llorar también, si hubiera sido humana.

En vez de llorar, pasó los dedos torpes e inadecuados por los húmedos cabellos rubios de Pablo y dijo:

—Vamos, vamos —pero esa vez su voz era demasiado fuerte y mecánica, así que dejó de hablar y lo tomó en sus brazos, meciéndolo hasta que las lágrimas cedieron y el niño se durmió.

Seguía meciéndolo cuando Jaime volvió de los jardines, acompañado por Elena.

La niña atravesó corriendo la puer-

ta, gritando con excitación:

—¡Mira lo que tengo! ¡Una flor! ¡Una verdadera flor!

—Chist, chist —dijo Emilia con un chiflido que parecía el escape de una válvula de vapor.

—¡Oh! —exclamó Elena—, ¿no puedo despertar a Pablo, para enseñarle mi flor? —y le puso delante de la cara el pálido capullo amarillento.

—No —contestó Emilia—. Está cansado. No debería haberle dado una lección extra —se volvió a Jaime—. ¿Qué es esa flor?

—Ha crecido simplemente, Emilia —dijo Jaime—. La encontré en los surcos, junto a las plantas.

—Jaime, ¿es cierto eso?

No fué la conciencia lo que le hizo a Jaime negar con la cabeza, sino el saber que Emilia conocía la verdad.

—Yo... bueno, planté un par de semillas. Una de las bolsas de semillas de los almacenes estaba rajada, y encontré las semillas en el suelo. No puede hacerles ningún daño, Emilia.

—Creo que habíamos convenido en que no debía tocarse nada. No sabemos lo que puede ocurrir.

—No te preocupes por eso, Emilia. Yo leí lo necesario en un libro, antes de plantarla. Pensé que los niños deberían tener algo. Tienen tan pocas cosas...

—¿No crees que es hora de acosarlos? —le dijo Emilia, en señal de advertencia. Y observó que Elena había escondido detrás de la espalda la lastimosa florecita.

—Sí, sí —asintió Jaime—. Pero (hablando de las semillas) pensé que quizá podríamos...

Vaciló. Ninguno de los dos robots tenía músculos faciales para expresar algo sin palabras, pero el modo con que Emilia lo miraba, con la cabeza baja y los brillantes ojos, bajo la redonda frente, fijos en él, era una advertencia más que suficiente.

—Muy bien, Emilia. Dame al niño. Ven, Elena. Es hora de acostarse.

Pero Elena no se movió. Alzó los ojos hacia Emilia.

—¿Puedo quedarme con mi flor, Emilia?

—Claro que sí, Elena —dijo Emilia, al cabo de un momento de vacilación. Si había algún mal en ello, el daño estaba hecho ya—. Te pondré un poco de agua en un vaso, y podrás tenerla cerca de la cama. ¿Qué tal te parece?

—¡Oh, gracias, Emilia, gracias!

Elena corrió hacia Emilia y le abrazó las piernas, Emilia la levantó suavemente, pero manteniéndola apartada de sí. Sabía que, si no hacía eso, la niña la besaría, porque era más efusiva que el niño. Y el pensar que ella (hecha de frío y duro metal) era la única madre a quien la niña podía besar, le hacía sentirse inadecuada. Aunque no la hubieran hecho para sentir aquello, lo sentía... y con demasiada frecuencia.

Mientras dejaba a Elena en el suelo, Emilia se dió cuenta de la expresión decepcionada de la niña; esa expresión que aparecía siempre en su cara cuando veía frustrados sus impulsos infantiles. Pero la mirada que Elena dirigió a Emilia, antes de volverse para seguir a Jaime, era diferente de todas las que Emilia había notado hasta entonces.

**EMILIA** se quedó allí largo rato, viéndola marchar. Seguía aún en la misma postura torpe y no humana, cuando Jaime volvió. El se sentó en una silla y ella en otra. El sentarse

era una costumbre que hacía tiempo habían adquirido de los humanos y que no habían podido abandonar cuando los humanos murieron.

—Elena no quería que le contara un cuento esta noche —dijo Jaime.

—¡Oh! —contestó ella. Hubo una larga pausa.

—Emilia —dijo él por fin—, ¿estás realmente enojada conmigo? Por lo de las flores, digo.

—Creo que eres tonto, eso es todo —repuso ella—. No podemos correr riesgos de esa clase. Gérmenes, esporos... No sabemos lo que puede salir de algo nuevo.

—¡Pero si los inoculamos contra todo!, ¿no es así? ¿No lo recuerdas, Emilia? ¿No los sujeté yo, mientras tú les hincabas la aguja?

—¡Oh, calla! —protestó ella enojada. Claro que lo recordaba. ¿Cómo podía olvidar aquellos primeros años, cuando Jaime y ella habían tenido que recordar tantas cosas que les dijeron en las últimas y apresuradas instrucciones?: cómo bañar y vestir a los bebés con unas manos que no se habían hecho para eso; cómo cuidarlos durante las enfermedades de la niñez, que se presentaban a pesar de todas las vacunas; cómo enseñarles cosas que a uno nunca le habían enseñado, porque no eran necesarias, o porque estaban en alguno de sus mecanismos.

Los robots no podían sufrir colapsos nerviosos, pues el sistema de un robot no era como el de un ser humano. Pero el educar y criar a un niño humano era una tarea casi imposible para un robot, pensaba Emilia. Una terrible imagen mental acu-

día constantemente a su cerebro: la imagen fantástica de sí misma, estallando por la tensión, y de los tornillos y muelles y células cerebrales sintéticas, volando en todas direcciones.

**AQUELLA** era la imagen que la irritaba y confundía ahora.

El caso de Jaime era diferente. Lo miró. Seguía sentado en la misma silla, silencioso, después de recibir la viva reprimenda de Emilia. La mente de ésta recordó los primeros días, el comienzo, antes de que cayera sobre sus hombros la pesada carga de la responsabilidad.

¡Qué alegres estaban entonces! Por ejemplo, recordaba cómo los humanos habían acabado por tratarlos, a Jaime y a ella, como a hombre y mujer. Era una simple coincidencia que el nombre de Jaime fuera masculino y el suyo femenino. Como él pertenecía a un modelo anterior, era más torpe, más cuadrado, más grande, mientras que ella era más pequeña, más pulida, más ágil, de formas más suaves y de voz más delicada. Pero, además, tenía una intuición más rápida que la de él, modales más amables y, desde luego, mayor tendencia a preocuparse. El era el que tomaba parte en las bromas de los hombres, tratando de comprenderlos, bailando torpes bailes para divertirlos, cuando los ánimos estaban abatidos. Mientras que ella había aprendido a cocinar, y aquello formaba tanto parte de su labor, como las danzas de la de Jaime.

**EN** compañía de los humanos habían los dos robots asumido gradualmente las posiciones de marido y mujer. El se jactaba a veces de ser más viejo y experimentado. Ella le contestaba que no por eso era más inteligente que ella. Desde que los últimos seres humanos desaparecieron, él

pensaba cada vez más en la felicidad de los niños... Ella, en la seguridad.

Y, como una esposa conocedora de que es más inteligente que su esposo, Emilia procuraba no demostrar demasiado a menudo su superioridad. Pero ahora comprendía que no le quedaba más remedio que hablar.

—Si les ocurre algo, nos quedaremos solos. Creo que no te has dado bien cuenta de lo delicados que son los seres humanos.

—Claro que me he dado cuenta.

—Y no sólo en sus cuerpos —prosiguió ella, como si no lo hubiera oído—. Tienes que poner más cuidado en lo que les lees.

—¿Se puede saber qué he hecho?

—No les leas cuentos acerca de niños que tienen cosas que ellos no tienen. Léales cuentos de hadas y nada más.

—¡Pero si cuentos de hadas hay muy pocos! Y se los saben ya todos de memoria. Además, los humanos no habrían traído aquí esos libros para niños, si su lectura fuera perjudicial, ¿no es cierto?

—¡Oh, oh, oh! A veces me pregunto qué tienes dentro de esa cabezota cuadrada. ¿No comprendes que esos libros estaban destinados a ser explicados por los propios padres?

—Claro que lo comprendo. Pero no pensé que...

—Bueno, entonces, piensa —replicó vivamente ella.

El bajó los ojos, en actitud meditativa, y al cabo de un rato, dijo:

—Pienso... que dentro de poco tendremos que decirles... la verdad.

—¿Por qué dices eso ahora? —preguntó ella, repentinamente asustada.

—¡Oh!, por las cosas que ellos dicen a veces: las preguntas que me hacen acerca de la puerta grande; las miradas que le echan... Cosas por el estilo.

—Es cierto —dijo por fin Emilia—;

### Televisión en colores

**A**NTES de fin de año los moscovitas podrán gozar de la televisión en colores. Así lo hace saber un anuncio del Instituto de Televisión de Moscú, que comunica que ya está listo todo el material necesario para las primeras transmisiones experimentales.

pero me da miedo pensar el efecto que les hará el saberlo.

Quedaron largo rato silenciosos. Luego Jaime dijo:

—¿No podemos inventar algún cuento de hadas?, ¿un gran cuento de hadas acerca de todo, para no tener que contarles nunca la verdad?

Emilia puso su mano de metal en la de Jaime.

—Pero, querido, ¿puedes tú acaso inventar ni siquiera un cuento pequeño de hadas?

El movió negativamente la cabeza.

—Ni yo tampoco —confesó Emilia—. Pero, aunque pudiéramos, no serviría por mucho tiempo; no sería más que una evasión algo más larga que las que empleamos ahora. Y, de todos modos, al cabo de dos o tres años, ellos tendrán la fuerza suficiente para abrir por sí solos la puerta. Nosotros no podremos impedir que lo hagan. Para entonces tienen que saber la verdad. Deben comprender en parte las pequeñas verdades, para que la gran verdad no les cause demasiada impresión.

—Pues yo —contestó Jaime— no entiendo por qué el saber que dos y dos son cuatro, o que gato se escribe ge, a, te, o, puede prepararlos para nada.

—Claro que no lo entiendes —replicó ella con excesiva vivacidad; pues sabía que, a su modo, directo y sencillo, él se había acercado más a la verdad de lo que ella quería reconocer—. Se trata de desarrollar sus entendimientos, de disciplinarlos, de prepararlos...

—He expresado una simple opinión —interrumpió Jaime—. Tú sabes mejor que yo lo que les conviene, Emilia. Siempre lo has sabido.

**P**ERO no pasó mucho tiempo sin que Emilia se diera cuenta de que no podían enseñar a los niños las ve-

queñas verdades, si evitaban constantemente la verdad principal. Porque la creciente perplejidad de los niños se interponía como un abtáculo infranqueable en el camino de su educación.

Seguían luchando con las lecciones que aprenden en su primer año los niños de cinco. Durante largas horas, mientras los niños dormían, Emilia estudiaba las manuales de enseñanza, procurando perfeccionarse como maestra y averiguar en dónde se había equivocado.

Los dos niños eran muy inteligentes; no cesaban de hacer preguntas cada vez más sutiles, más inesperadas, en su intento de librarse de la estrecha red de evasiones de sus guardianes. Y Emilia comprobó que cada una de sus respuestas evasivas significaba un paso atrás.

A las continuas preguntas contestaba con polisílabos sin sentido, diciéndoles que no podía hacerlo de un modo más fácil, que sólo a fuerza de estudio llegarían a comprenderlas. Pero bien pronto dejó de emplear este subterfugio, porque vió que los niños percibían la mentira. Lo comprendía por la mirada de sus ojos: mirada de dolor y desconfianza, que se iba haciendo familiar en ellos.

El momento culminante llegó cuando Pablo le hizo una pregunta cuya respuesta ella no podía esquivar. Era la pregunta que, tarde o temprano, todos los niños hacen a sus madres. Pero Emilia no lo sabía. Se quedó azorada cuando él le preguntó de pronto, en medio de una aburrida lección de aritmética:

—Emilia, ¿de dónde vengo yo?

No era el mismo azoramiento que puede sentir una madre desprevenida. Pero, de todos modos, se parecía algo a él.

Su primer impulso fué evadirse, diciéndole que no debía hacer preguntas generales durante la clase. Mas le



bastó una sola mirada a su carita ansiosa para contenerse. Sentía también la mirada de Elena, fija en ella, con una semisonrisa en los labios, pero con la cara seria y... acusadora.

—Pues —comenzó—, bueno...

Jaime estaba allí, y Emilia alzó los ojos hacia él, pidiéndole ayuda, aunque sabía que no podía dársela. El gesto de impotencia que él hizo con las manos era absolutamente innecesario.

—Elena dice —siguió Pablo— que nacimos de una máquina grande. Dice que a veces la siente latir. Dice que cuando late es porque está haciendo niños.

—¡Oh, no! —pensó Emilia—, ¡eso no!" Ella no podía permitir que pensarán aquello. Las máquinas no eran los señores. Los hombres hacían las máquinas. Una máquina nunca podría hacer a un hombre. Pero, ¿cómo podía esperarse que los niños pensarán otra cosa? ¿No era natural aquello, cuando no conocían a otros seres humanos, y dos máquinas gobernaban sus vidas?

—¿Tú crees eso, Elena? —le preguntó Emilia.

Elena se limitó a bajar los ojos.

—Y tú, Pablo, ¿lo crees?

—No sé qué creer.

—¿Has oído alguna vez una máquina, Pablo?

Elena la interrumpió:

—Yo no las oigo: las siento. Las siento latir, latir y latir —se levantó bruscamente y volvió a bajar la vista.

—Pero los dos sabéis que esas son las máquinas que nos proporcionan aire, luz y todo lo demás. Están enteradas abajo, muy abajo, y trabajan todo el tiempo como buenas máquinas.

—Entonces, si las máquinas no nos hicieron— intervino Paul—, ¿de dónde venimos? Tenemos que venir de alguna parte; de alguna parte donde había árboles y gatos y... y otros niños

y niñas —su vocécita subió de tono—. ¿Por qué nos tienen aquí encerrados, lejos de ellos?

—¿Qué? —exclamó Emilia, sobresaltada. ¿Cómo podía empezar a decirles la verdad, si aquello era lo que pensaban?

—¿Por qué no podemos juntarnos con ellos y jugar en los árboles como los demás? ¿Por qué tenéis siempre cerrada la gran puerta? —sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no se echó a llorar en voz alta. El hecho de que no llorara fué lo que decidió por encima de todo a Emilia.

—Os lo diré —dijo, y dirigió una mirada a Jaime. El asintió lentamente. Hsta el mismo Jaime se daba cuenta de que aquél no era momento para evasiones.

**L**OS niños abrieron mucho los ojos. Se miraron entre sí y luego miraron a Emilia.

—Antes de comenzar —empezó Emilia—, tenéis que prometerme que vais a ser valientes. Vais a oír cosas que no esperaréis. Fuisteis hechos por un padre y una madre. Jaime y yo estamos aquí para cuidar de que os criéis buenos, sanos y fuertes. Tus padres, Pablo, y los tuyos, Elena, han muerto. En otros tiempos había aquí veinte personas. Ahora, todos están muertos.

—Ya sabemos lo que eso significa —dijo Elena—: que no viven...; como la alfombra y la silla. Pero, ¿dónde están? ¿Por qué no están aquí, aunque estén muertos?

Emilia se dió cuenta, con una especie de alivio, de que los niños no tenían un concepto real de la muerte. Quizá no iba a ser tan difícil explicárselo todo más tarde, luego de haberles revelado por qué era tan importante estar vivos. ¿O no pensarían que era importante después de que les hubiera dicho esto que tenía que decirles?

—Porque los muertos no pueden estar vivos. Es decir, no están sino en el pensamiento de éstos. Jaime y yo pensamos con frecuencia en vuestros padres y en los demás que venían con ellos. ¿No es cierto, Jaime?

—¿Eh? ¡Ah!, sí, sí...

—Porque ellos nos hicieron también a nosotros —prosiguió Emilia—. Bueno, no vuestros padres, sino otras personas inteligentes como ellos. Nosotros nos sentimos felices de que nos hicieran y les estamos muy agradecidos. Por eso nos alegra el cuidarlos. Y por eso tenéis que tratar de ser tan inteligentes como ellos.

Los niños la miraron, perplejos.

—¿Quieres decir —intervino Pablo— que debemos ser inteligentes para poder hacer gentes como tú?

—No quería decir eso —contestó Emilia—. Tendréis que hacer otras personas como vosotros.

—Pero no podemos hacer eso —exclamó Elena, consternada—. No somos bastante inteligentes.

—No creo —dijo Emilia— que os haga falta ser muy inteligentes cuando llegue el momento. Hay otras razones por las que tenéis que ser inteligentes —se levantó y se dirigió a la gran puerta—. Venid conmigo —dijo.

**L**OS dos se quedaron un momento mirándola, sin atreverse a dar crédito a sus ojos. Luego echaron a correr tras ella, gritando, llenos de excitación.

—¡Emilia va a llevarnos afuera!...

—¿Podremos subir a los árboles, Emilia?

—¿Hay tiendas afuera?

Emilia se volvió, con la metálica mano en el tirador, mirándolos mientras ellos saltaban entre sus piernas.

—Ahí, afuera, no hay árboles ni tiendas.

Los niños la miraron, sorprendidos e impresionados, repentinamente inmóviles.

—Entonces... ¿todo lo que dicen los libros son mentiras? —dijo lentamente Pablo.

—No, no son mentiras. Pero nosotros no los tenemos. Son cosas del pasado.

—¿Quieres decir que son como los cuentos de hadas?: cosas de otros tiempos? ¿Todas son de otros tiempos?

Y Elena preguntó:

—¿No hay nada?

Emilia se quedó mirando a Jaime, mientras decía lentamente:

—Os dije que ibais a oír cosas inesperadas. ¿Queréis realmente que sigamos adelante?

Los miró. Esperaba que se asustarían. Pero no había calculado bien el efecto que había producido en ellos el vivir toda la vida en un espacio confinado, ni su placer y asombro al poder salir de él.

—Sí, por favor, Emilia —dijo Elena.

—Sí, Emilia —dijo Pablo—. Por favor.

Mientras Emilia descorría el cerrojo, sintió lo mismo que había sentido cuando murió el último de los humanos: la sensación de no estar a la altura de las circunstancias; la inquietante certeza de que, cuando uno trataba con objetos inanimados, dos y dos eran

### Frenadas bruscas

**S**i un automovilista que corre con su coche a 100 kilómetros por hora, lo frena a 19.50 metros, tanto él como todo lo que esté dentro del coche sufrirá, con respecto a éste, una aceleración doble de la gravedad, lo que equivale a decir que, durante la frenada, tendrá un peso doble del habitual.

siempre cuatro; pero, cuando se trata-  
ba con humanos (*especialmente con  
niños*), la respuesta podía ser tal vez  
algo totalmente distinto.

Abrió la puerta. Ante ellos se ex-  
tendían los corredores débilmente ilu-  
minados.

—¡Oh! —exclamaron los dos niños,  
decepcionados.

—Venid —ordenó ella, rápidamen-  
te. Los tomó de las manos. Entonces  
vió que Jaime no iba a la puerta con  
ellos. Se había quedado atrás, torpe-  
mente—. ¿No vienes, Jaime?

—¡Ah, sí, claro! —dijo él, y los si-  
guió con paso pesado.

—Nada de travesuras ahora —les  
previno Emilia a los niños—. No me  
soltéis las manos.

Mientras marchaban por el corre-  
dor, Elena dijo:

—Ahora *siento* las máquinas.

—Yo también las *siento* —dijo Pa-  
blo.

La ligera vibración de las máquinas  
aumentó. Bajaron un corto tramo de  
escaleras.

—Ahora las *oigo* —dijo Elena.

—Y ahora las *ves* —le anunció Emi-  
lia, cuando doblaban una esquina.

ALLI estaban las máquinas, las  
grandes máquinas, zumbando y  
vibrando, con sus paneles de lucecitas  
que se encendían y apagaban.

—¡Oh!... —exclamó el niño—. Mi-  
ra cómo da vueltas esa gran rueda.

—Esa es la máquina que nos pro-  
porciona aire —dijo Emilia.

Pablo respiró a fondo.

—Aquí huele de un modo raro.

—Es el ozono —explicó Emilia.

—¿Qué es el ozono?

—No lo sé muy bien. Es una clase  
especial de aire. En los libros lo ex-  
plican todo. Allí dicen cómo se detie-  
nen las máquinas, cómo se las pone  
en marcha y cómo se les hace funcio-  
nar más de prisa. ¡Tendríais que

verlas cuando van a toda velocidad!  
Ahora funcionan despacio; pero, cuan-  
do marchan realmente de prisa, es algo  
maravilloso.

—¿Por qué? ¿Qué hacen entonces,  
Emilia?

—“Todo va saliendo bien —pensó  
ella—. Lo comprenderán, porque aho-  
ra quieren comprenderlo.”

—Seguidme —dijo—, y os lo mos-  
traré.

Los llevó por el corredor hasta la  
cabina de control. Pero una vez allí  
sintió de nuevo dudas. Su mano vaciló  
en la palanca. Y luego, como sabía  
que no podía volverse atrás, tiró de  
ella.

Los niños ahogaron una exclama-  
ción y retrocedieron un paso, trope-  
zando, temerosos de caerse. Emilia les  
puso las manos sobre los hombros.

—Vamos, vamos. No pasa nada —les  
dijo.

La pantalla se fué curvando sobre  
sus cabezas, por debajo de ellos, por  
detrás... por todas partes. Era como  
si quedaran suspendidos en el palpi-  
tante corazón del Universo. Pero, co-  
mo los niños no tenían ni idea de la  
palabra *Universo*, y aquélla era la pri-  
mera vez que veían las estrellas, les  
pareció que flotaban en un gran sue-  
ño, un sueño grande y maravilloso.

Fué Pablo quien, al cabo de un  
largo rato, rompió el silencio. Y aun  
entonces no hizo más que murmurar  
una palabra:

—¡Estrellas! —pero no hablaba a  
Elena, a Emilia ni a Jaime... ni si-  
quiera a sí mismo; se dirigía a ellas:  
a las estrellas.

—Son diamantes —dijo Elena—; co-  
mo en el cuento. Diamantes, rubíes y  
esmeraldas. Anda y tráeme una, Emi-  
lia, para que yo pueda tenerla en mi  
mano.

—No puedo —contestó Emilia—. ¿A  
qué distancia crees que están? —y  
mientras se lo preguntaba se dió cuen-

ta de que su pregunta no podía tener  
ningún significado para los niños.

Pero Elena estaba demasiado excita-  
da para prestarle atención.

—Mira —dijo—, mira aquella nube  
grande.

En las profundidades infinitamente  
claras del espacio infinito había algo  
como una nube. Para niños que nunca  
habían visto los cielos de la Tierra,  
aquello no podía ser sino una nube,  
y la maestra que había en Emilia se  
vió obligada a explicar:

—Es una nebulosa.

Pero Elena no la escuchó. Se puso  
a bailar, batiendo palmas de alegría.

—Esa es *mi* nube. Voy a ponerle  
un nombre maravilloso. Y tú, Pablo,  
¿quieres esa estrella azul grande y la  
roja?

Pablo se había apartado, perplejo,  
de la pantalla.

—¿Qué te pasa, Pablo? —le pregun-  
tó Emilia.

—Estoy pensando —dijo él.

—¿Pensando qué?

—¿Por qué nos mantuviste tanto  
tiempo alejados de esto?

—Porque... —baluceó Emilia —,  
porque no sabía si estabais en situa-  
ción de comprenderlo.

—¿Comprenderlo? —dijo él, y aun-  
que su tono era de pregunta, expre-  
saba también una extraña confianza—.  
¿Y por qué no?

Elena se había apartado también de  
la pantalla, y la miraba, sensiblemente  
perpleja.

“¡DIOS mío! —pensó Emilia—,  
¿habrán sido innecesarias todas  
mis precauciones?” No había hecho  
más que cumplir con las instrucciones  
lo mejor que podía. Y su razonamien-  
to le decía que las instrucciones eran  
prudentes. Pero, ¿lo eran en realidad?  
Quizá ella y los padres habían sobre-  
estimado los peligros. Quizá porque  
habían sabido lo que era tener el an-

cho mundo a los pies, no habían pen-  
sado que no sería lo mismo en el caso  
de unos niños nacidos en el espacio.  
“Pero no —se dijo—; todavía no lo  
*saben todo*.”

Y entonces les declaró toda la ver-  
dad.

Les explicó cómo aquélla era la pri-  
mera nave interestelar y probablemen-  
te la última, porque esa clase de naves  
no se lanzaban todos los días al espa-  
cio; ni se podían encontrar con faci-  
lidad hombres y mujeres que se ofre-  
cieran voluntarios para tantos años co-  
mo el viaje requería... años enteros  
de viaje para no llegar tal vez nunca,  
y posiblemente morir antes de alcan-  
zar la meta, pero teniendo hijos antes  
de morir, para que ellos siguieran con  
la labor.

Les dijo que todo había salido mal;  
que hombres y mujeres habían muer-  
to demasiado pronto; que la enferme-  
dad había atacado a la primera gene-  
ración, cuando se hallaban ya dema-  
siado lejos para volver. Unas radiacio-  
nes desconocidas habían producido un  
germen misterioso que había atacado  
a todos los adultos, destrozándoles el  
sistema nervioso. Todo aquello había  
ocurrido poco antes de que los niños  
nacieran. Emilia había ayudado lo me-  
jor posible a sus madres en el alum-  
bramiento, porque entonces quedaban  
ya muy pocos tripulantes, y los que  
según vivos estaban atacados de una  
parálisis que era el heraldo de la  
muerte.

Luego las madres habían muerto, y  
también el resto de los tripulantes.  
Pero no habían muerto sin esperanzas:  
no del todo sin esperanzas.

Emilia estaba a la mitad de su re-  
lato cuando se dió cuenta de que ha-  
blar de estrellas y naves estelares no  
podía significar gran cosa para los  
niños. Por eso hizo una pequeña di-  
gresión, para explicarles lo que sabía  
del Universo, de sus vastas profundi-

dades y distancias, y de la gran aventura que era el atravesarlo.

Les confesó que por eso estaban allí ella y Jaime; por eso los cuidaban con tanta atención, y Jaime tenía que enseñarles a leer y comprender los libros, para que pudieran llevar adelante la gran aventura. Pues algún día habría que aterrizar con la nave en un mundo nuevo. Pero ni Jaime ni ella podían marcar el rumbo de la nave sin ayuda.

Jaime les habló del propósito original con que habían llevado allí a Emilia y a él: para dirigir la nave en el momento del aterrizaje y cuando los demás sufrían los efectos del primer despegue de la Tierra, y para explorar los mundos que los humanos no pudieran explorar. Pero no podían hacerlo sin que les ayudaran los humanos, planeando y dirigiendo sus movimientos.

**J**AIME guardó silencio. Emilia permaneció silenciosa. Era pedirles demasiado a los niños, de pronto. Por eso, aguardaron simplemente, sin hablar.

Pablo fué el que dijo las primeras palabras, que carecían extrañamente de relación con lo que les habían contado. Se dirigió a Emilia:

—Entonces, ¿tú no mueres... ni Jaime tampoco?...

—No —le replicó ella—. Seguiremos cuidando de vosotros y de los hijos que tengáis. Seguiremos adelante, como buenas máquinas.

Con esa última frase confesó la diferencia que había entre ellos. Era mejor así.

—Pero vosotros no sois máquinas —declaró con firmeza Elena—. Sois demasiado inteligentes para ser máquinas.

—Bueno, entonces somos máquinas inteligentes —dijo Emilia, y luego, pensando que aquello los desviaba del tema, cambió de conversación—: Así

que, como veis, por esa razón no hay aquí árboles, gatos ni otros niños. Están demasiado lejos, como las estrellas.

—¿Cuál de esas estrellas es la Tierra? —preguntó Pablo, como si hiciera una pregunta por un planeta cualquiera.

—Desde aquí no se puede ver la Tierra —contestó Emilia—. Está demasiado lejos. Además, no es una estrella: es un planeta que gira alrededor de una estrella.

—¿Qué estrella?

Emilia no lo sabía.

—Lo miraré en los mapas —dijo apresuradamente, esperando que podría interpretarlos—, y luego os la mostraré. ¿Qué os parece?

Elena preguntó:

—¿Se podía ver todo esto en la Tierra?

—¡Oh, no!; nunca así. Y durante la mitad del tiempo no se veía absolutamente nada, porque el Sol era demasiado luminoso.

Pablo intervino, excitado:

—Pero, entonces, la Tierra está muy lejos... lejísimo... ¿Y allí hay árboles, gatos y todo lo demás?, ¿y niños como nosotros, pero que ven esas cosas todos los días? ¿Las están viendo ahora mismo?

—Hay también otras cosas —lo interrumpió apresuradamente Emilia—; cosas malas; cosas de las que estamos libres aquí, gracias a Dios.

—¿Qué cosas malas? —preguntó Elena—. ¿Se marean porque están todo el tiempo dando vueltas?

—No —dijo Emilio—. Nadie se marearía por eso. Nosotros estamos viajando a gran velocidad, y no nos mareamos, ¿verdad?... No; bien puedes creerme: allí había muchas cosas malas... muchísimas... De no haber sido así, vuestros padres no habrían querido irse de la Tierra, ¿no os parece?

—Sí —reconoció Pablo, aunque no parecía muy convencido.

**P**OR fin, Jaime, que había permanecido silencioso por miedo a trastornarlo todo, dijo impulsivamente:

—¿No lo comprendes?... Se cansaron de estar eternamente dando vueltas en torno a la misma estrella. No es que se marearan; es que se hartaron de dar vueltas, y no quisieron que les ocurriera lo mismo a sus dos hijos. Quisieron darles una vida mejor, abriendo una nueva ruta...

Se detuvo tan bruscamente como había empezado y bajó la mirada, como si tuviera miedo de haber dicho lo que no debía.

Emilia le puso una mano en el hombro. Le había bastado mirar una vez la cara de los niños, para comprender que él había dicho lo que debía decirse, lo único que debía decirse. Jaime volvió la cabeza hacia Emilia, y ésta le expresó su agradecimiento.

Pablo dijo:

—¿Y cuando llegemos a un nuevo mundo habrá árboles y gatos?

—Puede haber árboles —contestó Emilia—, y tal vez haya gatos —había oído a los humanos discutir el asunto—. Puede haber... cualquier cosa. Sí, cualquier cosa.

De repente, sintió un remordimiento de conciencia. ¿Hacia bien no diciéndoles el resto? Iba a decírselo, pero se contuvo. ¡No! Había hecho frente a la crisis y la había vencido. Eso era lo único importante por el momento.

—¿Cualquier cosa? —preguntó Pablo.

—¿Hasta gigantes? —añadió Elena, con los ojos muy abiertos y maravillados—. ¿Brujos? ¿Castillos encantados?

—Sí —repuso Emilia—, puede haber todo eso o cualquier cosa. No os garantizo nada, es cierto; pero todo es posible. Todo es posible.

Pero no agregó que aquello no ocurriría hasta dentro de doscientos cincuenta años. Eso podría decírselo más adelante. ✦

### Para todo uso

**L**os automovilistas están acostumbrados a tener que usar un aceite en invierno y otro en verano. Esto se debe a que un aceite demasiado denso se vuelve excesivamente viscoso con las bajas temperaturas del invierno, dificultando así el arranque. Por eso, en tiempo frío hay que usar aceite fluido. Por el contrario, si en verano se usara aceite muy fluido, la elevación de temperatura producida con la marcha del motor disminuiría la viscosidad necesaria para formar la película lubricante. Pero ahora una firma inglesa ha podido perfeccionar un aceite cuya viscosidad, prácticamente, no varía con la temperatura, y por consiguiente es adecuado tanto para invierno como para verano. El viscostático, que tal es el nombre del nuevo aceite universal, está destinado a producir la felicidad de más de un automovilista, gracias a la lubricación perfecta de su automóvil.

# Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MAS ALLA, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadritos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 91 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 4 y 6, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sí-fín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.



Pregunta Nº 1:

Pregunta Nº 2:

Pregunta Nº 3:

Pregunta Nº 4:

Pregunta Nº 5:

Pregunta Nº 6:

Pregunta Nº 7:

**1** ¿Cuál de las siguientes disciplinas de la matemática estudia esencialmente la noción de proximidad?

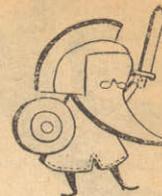
- A) Topología.
- B) Álgebra.
- C) Probabilidades.
- D) Lógica.
- E) Cálculo numérico.

**2** ¿De la existencia de cuál de las siguientes partículas elementales dudan todavía los físicos?

- A) Neutrón.
- B) Positrón.
- C) Electrón.
- D) Neutrino.
- E) Protón.

**3** La palabra "tritio" designa:

- A) Uno de los dos grupos de materias en que se dividía la enseñanza en la edad media.
- B) Un isótopo del hidrógeno.
- C) El estrado desde donde los senadores se dirigían a sus colegas en el foro romano.



**4** ¿Qué es la fotosíntesis?

- A) Una técnica especial para componer varias fotografías en una sola.
- B) Un procedimiento de revelado de fotografías distinto del común.
- C) Una reacción nuclear que sintetiza fotones a partir de electrones y positrones.
- D) Un proceso de síntesis de productos orgánicos, que los vegetales verdes realizan con ayuda de la luz solar.



**5** De las siguientes lenguas, ¿cuál no pertenece al grupo de las semíticas?

- A) Hebreo.
- B) Etíope.
- C) Árabe.
- D) Ídish.
- E) Maltés.



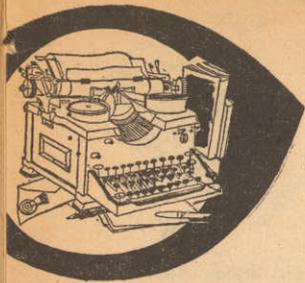
**6** ¿Qué cima de las siguientes está más lejos del centro de la Tierra?

- A) La del Everest.
- B) La del Chimborazo.
- C) La del Aconcagua.
- D) La del Tupungato.

**7** ¿Cuál de estas constelaciones no es visible desde la latitud de Buenos Aires (-35°) en ninguna época del año?

- A) Andrómeda.
- B) Osa Mayor.
- C) Osa Menor.
- D) Erídano.





# CORRESPONDENCIA

## proyectiles dirigidos

C. A. M. A.

Señor director:

El Club Amigos de Más ALLÁ, en pleno desarrollo, espera con los brazos abiertos a todo el que quiera colaborar y aprender. Basta con las sinceras inquietudes, ánimos y voluntad, que prometa muy poco, pero que cumpla mucho. Esta agrupación científica y práctica necesita aumentar el número de sus entusiastas asociados, especializados en aeronáutica, aerodinámica, carpintería, metalurgia, química, física, electrónica, radio, fonografía, mecánica, meteorología, astronomía, dibujo, medicina, leyes, etcétera.

Informes particulares, por carta a: Sr. Julio Castellví, Gaona 161, Ramos Mejía, F.C.N.D.F.S.

JULIO CASTELLVÍ.

### Despiporre de pescador

Señor director:

Soy un admirador de esta revista, quizá uno de los primeros en el Perú, y espero con verdadero entusiasmo un número tras otro. ¡Ah!, soy pescador, y en esta revista he encontrado lo que no dicen los libros; en fin, es lo que decimos aquí: el *despiporre*...

SAMUEL MOURRÉ ALVARADO (Perú.)

### Demostraciones

Señor director:

En el número 26 de Más Allá, un lector criticaba acerbamente el cuento "Si Vd. fuera el único", diciendo que el hombre nunca podrá producir el alma "porque si lo lograra querría también ser Dios".

En primer lugar, la contestación dada a este lector la considero simplemente perfecta. En cuanto a Dios, si se refiere al de cualquier religión creo que está equivocado.

Está demostrado que el hombre proviene de animales inferiores, por lo cual él también es un animal. Se sabe también que no fué "creado" independientemente de las otras especies, sino en lento proceso, originado en una primera célula que hizo su aparición en el

MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas firmadas que recibe. La Sección Científica de MÁS ALLÁ prepara las respuestas a las preguntas sobre temas científicos. Algunas cartas y respuestas se publican cada mes. Escriba a MÁS ALLÁ, Avenida Alem 884, Bs. As.

planeta hace unos 800.000.000 de años. La llamada "alma" del hombre desaparece cuando éste muere, y no es otra cosa que el propio pensamiento y la misma inteligencia, que provienen del cerebro. El alma es, en definitiva, el sentimiento propio de cualquier animal que le hace sentir que existe; y lo mismo sucede con el hombre.

JOSÉ MARTÍNEZ (Córdoba.)

\*\*\* No está "demostrado" que el hombre provenga de animales inferiores. No está "demostrado" que el alma provenga del cerebro. No está "demostrado" que cualquier animal sienta que existe. Lo que sí es cierto es que cada cual piensa a su manera.

### Una queja...

Señor director:

Las naves de otros mundos, que realizan vuelos intergalácticos, al llegar a la Tierra pueden aterrizar suavemente como un helicóptero y despegar en igual forma. Pero en las espacionaves terrestres descriptas en los cuentos de fantasía científica, los pobres pasajeros se sientan en incómodas sillas o acostados en camillas flexibles y atados como locos, chillan o se ponen a reír como descosidos...

Está bien que el período de tortura es breve; pero queda mal que unos señores pilotos de cohetes interplanetarios estén al momento de partir atados como arrollados. Por esta simple razón se me ha ido el entusiasmo de un viajecito a Marte.

LUIS LEITON (Las Heras, Mendoza.)

\*\*\* Viaje usted en la cuarta dimensión.

### Platos voladores (Continuación)

Señor director:

El señor Julio E. Perrin (MÁS ALLÁ, n° 26) no presenta ningún fundamento para afirmar que los platos voladores sean terrestres; pues en el caso de que dicha afirmación fuese verídica, el "plato volador" no sería más un secreto.

A su afirmativa estoy dispuesto a dar algunos detalles tales como: velocidad exenta de ruidos, luminosidad, movimientos que ningún ser humano puede admitir para su estado biológico. Creo que esto es suficiente como para deducir que no somos los humanos los que hemos creado esta clase de objetos.

ALFREDO J. KRALL (Lomas del Mirador)

Señor director:

Esta carta debí haberla escrito hace 14 meses.. El viernes 29 de abril recibí por correo mi ejemplar de MÁS ALLÁ N° 24, que devoré entre bocado y bocado del almuerzo, interesándome particularmente por el artículo sobre los platos voladores. Continué la lectura el sábado 30, y, a eso de las 7 y 30, me escabullí a la terraza, con una secreta esperanza en mi mente. Esa tarde había grupos de nubes; así que me puse a observar una porción del cielo que estaba despejada, en dirección a la

cancha de San Lorenzo, que queda a pocos metros de casa. En esa dirección se mostraba en toda su brillantez una gran estrella que tomé por el planeta Júpiter. Al cabo de un rato desvié la mirada hacia otro lugar. Para comprobar si se movía tomé como referencia un tanque de agua del club y vi que, efectivamente, se desplazaba a poquísima velocidad en dirección NO. Creí estar presa de una alucinación, ya que desechara la idea de una ilusión óptica, por ser la imagen tan real. Me quedé inmóvil en mi puesto y comprobé que el "plato" (en seguida acudió a mi mente la palabra) se detuvo en su marcha. Pasaron unos cinco segundos y de pronto arrancó a gran velocidad hacia atrás, siguió la línea del horizonte... y se perdió en las nubes. Al retroceder, se veía alargado, despedía una luz vivísima y avanzaba sin dejar estela luminosa ni producir ruido alguno. El mismo fenómeno se repitió dos veces más, después de ser observado por mí, a eso de las 7 y 45, y a intervalos de 10 a 15 minutos.

HÉCTOR GORGIO (Capital)

#### Cadena de órdenes

Señor Director:

Es hora de que esta revista deje de publicar cuentos como "Cadena de Ordenes", "Unos pasos detrás de él" y otros. Ya somos bastante grandecitos para tragarnos esos cuentos de fantasmas, rastros sangrientos, animales que hablan y otras verduras...

JUAN PÉREZ (Buenos Aires)

Señor Director:

Estoy de acuerdo con el aumento de precio. Pero, a mi juicio, en el número de marzo se ha disminuído el material de lectura. Cada vez son más extensos los artículos de divulgación científica. De 14 páginas en el número 2 han ido a 20 en el número 21 y a 35 en el 22.

Además, los cuentos de este último número tienen, algunos, una desagradable tendencia al cuento terrorífico. "Unos pasos detrás de él" es un cuento que no corresponde en absoluto a la orientación progresista de esa revista. Casi lo mismo se podría decir de "Los monstruos del dormitorio". Los considero literatura barata.

El mejor cuento para mí ha sido "Ciudades Silentes". Y para terminar, una crítica al señor Mario Boholavky por la suya de "Cadenas de Ordenes". Lo considero un cuento que con su fina ironía hace una crítica racional y justa a la burocracia. Es una nueva forma de tratar y criticar al viejo problema de la disciplina ciega y automática, contraria al individualismo y a la iniciativa.

RENATO ILLARI (Córdoba)

## respuestas de la sección científica

### Explosión y planetoides

He leído un cuento de fantasía científica donde el autor describe un planetóide que, al acercarse demasiado a la Tierra, explotó debido a las fuertes fuerzas gravitatorias. ¿Podría esto suceder?

JORGE EDUARDO MARTÍNEZ, San Martín, F.C.N.G.B.M.

*Se dice que explota porque se rompe en pedazos debido a las fuerzas de marea que produce la gravitación del planeta. Es lo que parece que le ocurrió al planeta que se encontraba entre Marte y Júpiter, que se rompió probablemente en muchos pedazos — los planetoides — debido a la acción de Júpiter; y es también lo que debe haberle ocurrido a algún satélite de Saturno, formándose luego los anillos.*

### La vida en los átomos

Se sabe a ciencia cierta que el pequeño gran mundo de los átomos es un sistema planetario en miniatura. Ahora bien: ¿es factible la vida en los átomos?

CLORINDO H. MENDIETA (Buenos Aires).

*Parece ser que la vida se da no sólo por la constitución química, sino por una cierta organización de la materia. El protoplasma de las células, por ejemplo, es una solución coloidal en agua de diversas sustancias orgánicas complejas. Es, pues, poco probable que en el mundo de los átomos exista la vida, por lo menos en el sentido en que corrientemente entendemos esta palabra. El material básico de la vida lo constituyen sustancias tales como las proteínas. Las proteínas están formadas por un gran número de átomos: son moléculas gigantes. Quizás los virus sean la forma más primitiva de vida, o, por así decir, la transición entre la materia no viviente y la dotada de vida.*

### Gravitación

Creo que hay una ley que dice que, cuanto más grande es un planeta, mayor es su aceleración de la gravedad ( $g$ ). Por eso, no entiendo por qué ustedes dicen que un cuerpo pesa más mientras más cerca está del centro de la tierra que en la cima del Everest.

RODOLFO FRISCH L. Santiago de Chile.

*La aceleración de la gravedad varía con la distancia al centro de la Tierra, de acuerdo con la siguiente expresión:*

$$g_h = g_0 \frac{R^2}{(R + h)^2} \text{ donde } g_h \text{ es la aceleración a la altura } h \text{ (medida desde la superficie terrestre), } g_0 \text{ es la aceleración en la superficie de la Tierra (o sea, la superficie a la distancia } R \text{ del centro de la Tierra, siendo } R \text{ el radio terrestre). Como se ve por esta fórmula, sobre la superficie terrestre (} h = 0 \text{), se tiene el valor } g_0 \text{; en cambio, conforme nos vamos elevando, hay que multiplicar dicho valor por la relación } R^2 / (R + h)^2 \text{. Claro que esta relación es muy pequeña en tanto no nos elevamos demasiado, pues } R \text{ son unos } 6.300 \text{ km y } h \text{ en la cima del Everest apenas son unos } 8 \text{ km; es decir, } (6300)^2 / (6308)^2 \text{ que difiere de uno en un poco más de un millonésimo. Ahora bien, la ley de gravitación dice que la aceleración de la gravedad es tanto mayor cuanto mayor sea la masa del cuerpo. Lo que interesa es la masa, no el tamaño.}$$

### Gravedad

La fuerza de gravedad de un planeta depende de su densidad, es decir, a mayor densidad, mayor fuerza de gravedad. ¿Es proporcional? ¿Hay excepción a esta regla? ¿Puede un planeta de menor densidad que

otro tener mayor fuerza de gravedad?  
Y si fuese así, ¿de qué dependería?

OSVALDO ABOID S. Santiago de Chile.

La fuerza de gravedad depende de la masa del planeta, y le es directamente proporcional. Un planeta de menor densidad que otro puede efectivamente tener mayor fuerza de gravedad porque la densidad es la masa de la unidad de volumen, y por lo tanto, si el planeta es muy pesado, pero muy grande (caso de Júpiter), su densidad será chica; pero como su masa es muy grande, tendrá mayor fuerza de gravedad que la Tierra, por ejemplo, a pesar de su menor densidad. Esta ley es invariable; no hay excepciones.

### Energía

En uno de los números de MAS ALLA ley: "La energía es igual a la masa multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz". ¿Tendría a bien explicarme esta ley?

OSVALDO ABOID S. (Santiago de Chile).

Esta ley es una de las consecuencias de la teoría de la relatividad, y es una de las leyes mejor comprobadas de la física. Significa lo siguiente: La energía en general (por ej., la de la radiación) es equivalente a una masa, y recíprocamente. Vale decir, es posible transformar una masa en radiación: por ej., la masa de dos electrones (uno positivo y otro negativo) puede "aniquilarse" convirtiéndose en luz ultravioleta (mejor aún, en rayos gamma) cuya energía es exactamente igual a la energía de esos electrones, calculada multiplicando la masa de ellos por el cuadrado de la velocidad de la luz. Y el proceso inverso también es posible, y se realiza a menudo en el laboratorio: un rayo gamma, de energía suficiente (longitud de onda muy corta) puede "crear" un par de electrones (positivo y negativo), desapareciendo aquél.

### El betatrón y el sincrotrón

¿Qué es y cómo funciona el betatrón? ¿Y el sincrotrón? ¿Y otros aparatos similares? ¿Dónde puedo conseguir bibliografía al respecto, en castellano, y de electrónica moderna, en general?

G. Litvin, (Paraná, Entre Ríos)

El betatrón es una máquina aceleradora de electrones basada en lo siguiente: si se hace pasar un flujo magnético variable a través de un anillo conductor, genera una fuerza electromotriz variable que da nacimiento a una corriente; si ahora no hay anillo, pero en cambio hay electrones, la fuerza electromotriz actuará sobre éstos; si además existe un campo magnético debido a un imán perpendicular al papel, la trayectoria de los electrones será circular.

El ciclotrón es un acelerador basado en el mismo principio que el ciclotrón modulado en frecuencia, solamente que en éste, se trata de "acordar" la frecuencia del oscilador de alta frecuencia a la de la partícula acelerada, en tanto que en el sincrotrón, se deja fija la alta frecuencia y se hace variar el campo magnético.

En la revista "Ciencia e Investigación", números de febrero y marzo de este año, han aparecido dos artículos sobre la sincrociclotrón. En cuanto a libros sobre electrónica moderna, puede consultar los de Fink, Terman etc., que están traducidos al castellano.

### Relaciones de incertidumbre

De acuerdo con Bohr-Heisenberg, las ondas asociadas a partículas no son en sí fenómenos físicos sino una representación simbólica y analítica de las probabilidades de localización espacio-temporal y especificación energética de dichos corpúsculos, lo que no es otra cosa que la manifestación del principio de incertidumbre. Es de esperar entonces que estén sometidos a desviaciones extrañas y completamente distintas a

las previstas por la ley de probabilidad. ¿Se han hallado tales efectos por ejemplo en fenómenos de difracción o interferencia?

ISAÍAS GRIMBERG, (Capital)

Hay diversas interpretaciones posibles de las relaciones de incertidumbre. La de Bohr-Heisenberg y, en particular, la "doctrina de la complementariedad" de Bohr, es una de ellas. Es una interpretación no determinista de la mecánica cuántica, a la que han llegado dichos autores después de analizar el comportamiento individual de las partículas así como diversos experimentos de difracción e interferencia, en los que dichas partículas parecen exhibir un comportamiento ondulatorio (difracción de electrones, de neutrones, etc.), con una longitud de onda inversamente proporcional a su velocidad. Dicha interpretación probabilística se basa en una posición filosófica, a saber, el empirismo lógico (o neopositivismo), pero no es compartida por los físicos en general. Hay quienes son partidarios de una interpretación estadística (Einstein, por ejemplo); sostienen que la función psi de la mecánica cuántica no describe el comportamiento individual de partículas sino el de conjunto de ellas. Otros (Born, por ejemplo), si bien propugnan la interpretación probabilista, no aceptan ciertas conclusiones de Bohr-Heisenberg. Y finalmente otros (Bohr, de Broglie, Vigier), se inclinan por una interpretación determinista en la que las ondas (psi) describen un campo de fuerzas cuántico que actúa sobre la partícula, la cual en principio está perfectamente localizada y sólo es debido a nuestra ignorancia de ciertos parámetros "ocultos" (posiciones y velocidades iniciales, por ej.) que resultan las relaciones de incertidumbre. Los experimentos no revelan esas desviaciones extrañas a que usted se refiere sino simplemente el carácter ondulatorio de las partículas.

### Ley de masa

¿Por qué si un piloto de una nave aumenta la velocidad del aparato en que viaja se ve afectado por los cambios de velocidad?

H. L. (Entre Ríos)

Porque todo cambio de velocidad implica una aceleración y, según la ley de masa de Newton, la masa del piloto se ve sometida a una fuerza en virtud de su inercia. Recuerde que los cambios de velocidad son producidos por fuerzas.

### El hombre del futuro

Según mi parecer, el hombre dentro de 10.000.000.000 de años debe ser, si no fundamentalmente, bastante distinto del de ahora. El hombre del futuro tendrá una mayor inteligencia que el actual, mayor desarrollo mental y, por lo tanto, deberá tener un cráneo más desarrollado. Para ese entonces el ser humano se deberá alimentar con pastillas en vitaminas o no se alimentará por vía bucal. Por lo tanto desaparecerán el aparato digestivo, el hígado y los riñones, ya que nada hay que expeler, pues toda la energía es asimilable. Habiendo menos órganos para atender, el corazón deberá trabajar menos. Quizá, para ese entonces, se transmitan los pensamientos en forma telepática y las cuerdas vocales serán completamente inútiles. No haciendo voces que escuchar (y los ruidos no son necesarios), las orejas se achicarán o desaparecerán. No tendrán cabello, barba, vello y toda la raza "pelifera" desaparecerá. ¡No quiero pensar cómo serán nuestros descendientes!

R. NICE (Capital)

Concordamos en que es posible que el hombre del futuro sea fundamentalmente distinto del actual. No creemos que pueda vivir solamente con vitaminas, pues es bien sabido que el hombre necesita proteínas, grasas e hidratos de carbono como alimentos; las vitaminas son imprescindibles para la asimilación de aquéllos, pero no un

sustituto. Por consiguiente, no conven-  
cen sus razones para eliminar el aparato  
digestivo, aun cuando es razonable  
aceptar que puedan ocurrir modifica-  
ciones en el mismo. Además, la su-  
presión de la comida por vía bucal  
implicará privarse de goces que para  
muchos hombres son bastante grandes.  
La eliminación de los oídos es razona-  
ble si únicamente se les adjudica la fa-  
cultad de escuchar lo que nos dice  
otra persona, en cuyo caso se podría  
recurrir a la telepatía —en el caso de  
existir—, pero convengamos en que los  
oídos se usan para muchas otras cosas,  
entre las cuales la de escuchar música  
no se queda atrás. Los dedos de los  
pies, en contra de lo que usted cree,  
desempeñan un papel bastante impor-  
tante: haga la prueba de caminar sin  
flexionar los dedos, y verá en qué  
apuros se encuentra. En cuanto a las  
uñas, recuerde que es la manera que  
ha encontrado el cuerpo de eliminar  
materias tóxicas del organismo.

En resumen, sus argumentos no son  
tan fuertes como parece.

#### La luz

Desearía que se me aclarase si la luz  
es materia o energía o una combinación  
de ambos conceptos.

RAFAEL REY FERNÁNDEZ  
(Campana, F.N.G.B.M.)

La luz se interpreta como una pro-  
pagación de ondas electromagnéticas en

el espacio. Hay varios experimentos  
que así lo ponen de manifiesto. En  
otros experimentos, en cambio, se ma-  
nifiesta como si tuviera carácter cor-  
puscular; los corpúsculos correspondien-  
tes se llaman cuantos de luz o fotones.  
La luz transporta energía e impulso,  
pero no parece tener masa en reposo;  
no obstante, el hecho de transportar  
energía permite explicar que se curve  
en presencia de un campo gravitatorio,  
ya que toda energía es equivalente a  
una masa y, por el contrario, se admite  
corrientemente que los fotones tienen  
masa nula.

#### Metapsíquica

Quisiera conocer los progresos reali-  
zados en la investigación científica de  
los fenómenos llamados "raps", consis-  
tentes en golpes de variable intensidad  
que soporta una mesa en determinadas  
circunstancias, preferentemente en las  
primeras horas de la noche, y que los  
espiritistas atribuyen a llamadas o for-  
mas de comunicación del más allá.

RAFAEL REY FERNÁNDEZ  
(Campana, F.N.G.B.M.)

Esos fenómenos no caben en el campo  
científico; pertenecen a la llamada "pa-  
rapsicología" en todo caso, o a los fe-  
nómenos de sugestión. Científicamente no  
se aceptan tales hechos que, precisamente,  
hacen apelación a explicaciones extracien-  
tíficas, como la de los espíritus, etcétera.

### Respuestas a las preguntas del Espaciotest

**Respuesta Nº 1:** A.—La topolo-  
gía es una creación relativamente mo-  
derna de la matemática, y su objeto  
es el estudio del concepto de proxi-  
midad. La generalización de sus pun-  
tos de vista ha permitido incluir la  
noción clásica de distancia a que es-  
tamos acostumbrados en la geometría  
elemental, como un caso particular de  
sus investigaciones.

**Respuesta Nº 2:** D.—La existen-  
cia del neutrino fué propuesta teóri-  
camente por Fermi (el constructor de  
la primera pila atómica, recientemente  
desaparecido), para solucionar el  
problema que significaba y significa  
en física el hecho de que los rayos  
beta emitidos por los elementos ra-  
dioactivos no tengan ciertos niveles  
de energía bien determinados. Y aun-  
que las características mismas del neu-  
trino hacen casi imposible su demos-  
tración (masa dos mil veces más pe-  
queña que la del electrón y sin car-  
ga), el no haberlo encontrado en nin-  
gún experimento definitivo deja más  
tranquilos a los físicos, quienes toda-  
vía hoy se preguntan si el neutrino no  
es simplemente una manera cómoda  
de salir del paso frente a un hecho  
cuya explicación es muchísimo más  
complicada que el precitado problema,  
y que requeriría la alteración de prin-  
cípios fundamentales de la física.

**Respuesta Nº 3:** B.—El trito tie-  
ne un peso atómico igual a 3, es decir  
que su núcleo está compuesto por dos  
neutrones y un protón.

**Respuesta Nº 4:** E.—Los vege-  
tales verdes (los que tienen clorofila)  
son los únicos organismos vivos ca-

paces de producir los alimentos fun-  
damentales para la vida animal (pro-  
teínas, azúcares y grasas), a partir de  
substancias inorgánicas. Utilizan para  
ello como fuente de energía, la luz  
solar; y de ahí el nombre de foto-  
síntesis que recibe el proceso.

**Respuesta Nº 5:** D.—El ídish  
fué originalmente un dialecto del oes-  
te de Alemania, llevado posteriormente  
a Polonia y los Países Bálticos por  
los judíos refugiados de las persecu-  
ciones del fin de la edad media. Su  
fonética mantiene muchas de las ca-  
racterísticas del alemán antiguo. Per-  
tenece al grupo de lenguas indoeuro-  
peas o arias.

**Respuesta Nº 6:** B.—A pesar de  
que el Chimborazo no llega a 7.000  
metros de altura (6.310, para ser  
exactos) sobre el nivel del mar, mien-  
tras que el monte Everest sobrepasa  
los 8.888, el Chimborazo está más  
lejos de la Tierra que su colega asiá-  
tico. Esto se debe a que la Tierra es  
más chata en los polos, y se abulta  
progresivamente hacia el Ecuador. Es-  
te abultamiento se traduce en un au-  
mento de la distancia del nivel del  
mar al centro de la Tierra; aumento  
de unos 236 metros por cada grado  
a partir del polo. Haciendo los cálcu-  
los, resulta que la distancia del centro  
terrestre a la cima del Everest es de  
6.260.602 m., y a la del Crimborazo  
es de 6.284.029 m., o sea que éste  
último lleva una ventaja de más de  
23 km.

**Respuesta Nº 7:** C.—A esta  
constelación pertenece la famosa Es-  
trella Polar.

### RESPUESTA DE "SUCEDIO" (Véase el reverso de la contratapa)

Una epidemia que eliminó a todos los caballos de Boston en  
1872 obligó a recurrir a la tracción humana. Los globos no se  
usaron para llevar invitados a los bailes ni antes ni después  
de 1906.

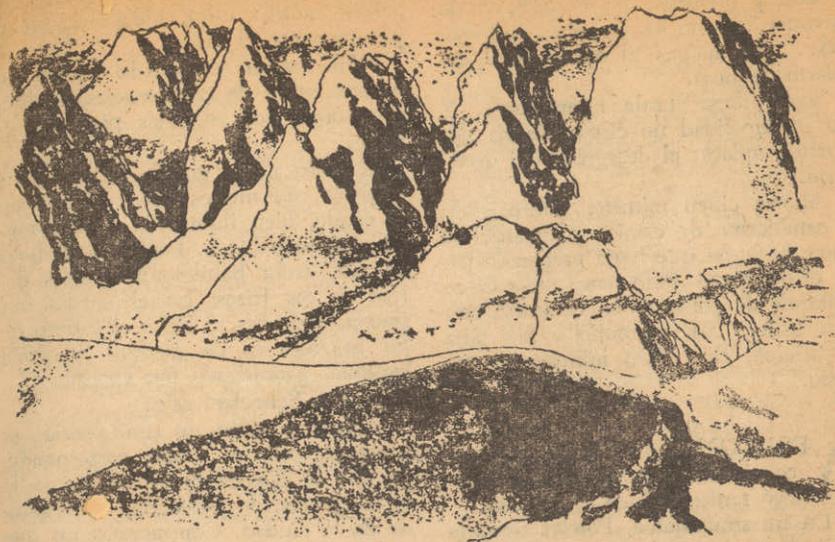


# mundo

*Utopía es una sociedad idealmente perfecta; pero su carácter depende de cuáles sean los ideales considerados como más satisfactorios. Aquí presentamos una sociedad perfecta, que suele ser desdeñada.*

por **FREDERICK POHL** y **C. M. KORNBLUTH**

ilustrado por **DON SIBLEY**



# de ocasión

(mercaderes del espacio)

I

AQUELLA mañana, mientras me afeitaba, pasé revista mental a la larga serie de estadísticas, evasivas y exageraciones que esperaban encontrar en mi informe. Mi sección (la de producción) había sido devastada por una larga serie de enfermedades y renunciaciones, y nadie puede esperar que se haga un trabajo si no hay gente para hacerlo. Pero el directorio, probablemente, no quedaría satisfecho con esta razón.

Me froté la cara con pasta depilatoria y me la saqué luego con agua del grifo de agua dulce. Es caro, desde

luego; pero yo pago mis impuestos; y el agua salada me deja la cara picante. Antes de haber terminado de limpiarme toda la pomada, el grifo dejó de correr. Blasfemé un poco y continué lavándome con agua salada. Esto suele suceder en los últimos tiempos. La gente le echa la culpa al sabotaje de los "cónser". La Compañía de Aguas Corrientes de Nueva York había organizado varias investigaciones, pero sin resultado hasta el momento.

La transmisión matutina del televisor, colocado sobre mi espejo, me distrajo con el discurso que el presidente había pronunciado la noche anterior...; con una imagen del cohete de Venus,

pesado y brillante, en el desierto de Arizona...; con los tumultos de Panamá... Lo apagué al oír la señal del cuarto de hora.

Temí llegar tarde nuevamente. Y mi informalidad no contribuiría por cierto a aplacar el desagrado del directorio.

Ahorré cinco minutos renunciando a cambiarme de camisa y dejando el jugo de frutas que tenía preparado para el desayuno. Pero perdí otros cinco tratando de ponerme en comunicación con Katty. No respondió y salí para la oficina, con cinco minutos de retraso.

**A** FORTUNADAMENTE... y excepcionalmente, Fówler Schocken llegó tarde también.

En nuestra oficina, Fówler tiene la costumbre de celebrar la reunión de directorio quince minutos antes del horario general de trabajo. Esto sirve para mantener alerta a las mecanógrafas y taquígrafas, y a él no le resulta pesado. De todos modos, él se pasa la noche entera en la oficina, y para él, la mañana comienza al salir el sol.

Hoy, pese a todo, tuve tiempo de recoger el informe que mi secretaria me había dejado preparado, sobre el escritorio, antes de comenzar la reunión. Cuando Fówler Schocken entró en el salón de reuniones, pidiendo cortésmente disculpas por su tardanza, yo estaba ya sentado en mi lugar, razonablemente tranquilo y tan dueño de mí mismo como puede estarlo un empleado de la Fówler Schocken Asociada.

—Buenos días, señores — dijo Fówler Schocken.

Nosotros, onces, le respondimos con el mismo estúpido murmullo de siempre. Él no se sentó: permaneció de pie, mirándonos paternalmente, durante un minuto y medio. Luego, con el aire de un turista que contempla un

paisaje exótico, miró cuidadosa y complacidamente el salón.

—He estado pensando acerca de nuestro salón de conferencias — dijo, y nosotros nos volvimos para examinarlo.

El salón no es grande ni pequeño: digamos tres metros por cuatro. Pero es cálido, bien iluminado e imponentemente amueblado. Los recirculadores de aire están hábilmente ocultos detrás de los frisos; las alfombras son gruesas y suaves, y hasta el último de los muebles es de madera de árbol legítima, garantizada por expertos.

Fówler Schocken dijo:

—Nuestro salón de conferencias es hermoso, señores, como corresponde, ya que la Fówler Schocken Asociada es la agencia de publicidad más grande de la ciudad. Contratamos un megadólar más en anuncios que cualquiera de las restantes compañías. Y... — nos miró a todos, uno por uno — supongo que ustedes coincidirán en que está bien ganado. Creo que ninguna de las personas que ocupan esta sala tiene un departamento con menos de dos habitaciones; incluso los solteros —añadió haciéndome un guiño—. Hablando por mí mismo, estoy satisfecho. Mi casa de veraneo da a uno de los parques más grandes de Long Island. Durante años no he probado ninguna proteína que no sea carne fresca, y cuando salgo a dar un paseo, lo hago en mi Cadillac. Creo que todos ustedes están en la misma situación. ¿Me equivoco?

El director de Investigación de Mercados levantó la mano pidiendo la palabra. Fówler hizo un gesto de aprobación y le preguntó:

—¿Qué desea decir, Matthew?

Matthew Rúnstead sabe bien de qué lado le aprieta el zapato. Lanzó una mirada beligerante alrededor y dijo:

—Solamente quiero expresar que estoy de pleno acuerdo con el señor

Schocken...: de perfecto acuerdo. Pido que conste en el acta.

Fówler Schocken asintió con la cabeza:

—Gracias, Matthew.

Y se lo agradeció de verdad. Al cabo de un momento prosiguió:

—Todos sabemos por qué hemos llegado a lo que somos. Todos recordamos la Starrzelius Verily y cómo hicimos entrar en el mapa a Indiestries. El primer trust universal. Sometimos a todo un continente al poder de un único trust fabril. La Fówler Schocken Asociada fué quien abrió el fuego. Y nadie puede decir que íbamos a terreno conquistado. Pero esto está ya lejos —nos miró como retándonos—. Quiero preguntarles algo. Les rido que me respondan sinceramente. ¿Creen ustedes que estamos trabajando con menos intensidad?

Se detuvo examinando la expresión de nuestros semblantes y pareció ignorar nuestras manos que se habían levantado automáticamente para pedir la palabra. También yo la había levantado. Luego hizo una señal al hombre que tenía a su derecha.

—Usted primero, Ben —ordenó con voz neutra.

Ben Winston se levantó y recitó con su voz de barítono:

—En lo que respecta a Antropología Industrial, ¡no! Escuchen el informativo de los trabajos de hoy. Lo encontrarán también en el informativo de la tarde; pero permítanme que lo sintetice. De acuerdo con la última encuesta, todas las escuelas al oeste del Misisipi usan actualmente nuestros productos para la merienda escolar. Las salchichas de soja y la carne regenerada —no hubo ninguno, de los que estábamos sentados alrededor de la mesa, que no se estremeciera al oír mencionar las salchichas de soja y la carne regenerada—, están envasadas en cajas del mismo tono verde que los produc-

tos de la Universal. Pero los caramelos, los helados y la ración de cigarrillos para niños están envasados en el rojo vivo de la Starrzelius. Cuando esos niños crezcan... —levantó extasiado los ojos de las anotaciones que estaba leyendo—, dentro de quince años de acuerdo con nuestra extrapolación, los productos de la Universal habrán fracasado y habrán sido totalmente excluidos del mercado.

Se sentó envuelto en un coro de aplausos. Schocken aplaudió también y nos miró entusiasmado a los restantes. Yo me incliné sobre la mesa, poniendo en mi semblante la *expresión uno*: ansiedad, inteligencia, competencia. Pero fué en vano. Fówler señaló al hombre que estaba sentado junto a Winston: Harvey Brúner.

—No necesito decirles, señores —comenzó éste levantándose—, que Investigación de Ventas tiene también sus problemas. Nuestra opinión es que todo el gobierno está plagado de hombres que responden a los cónser. Ustedes saben qué es lo que han hecho. Lograron que se prohibiesen las ondas compulsivas subsónicas que usábamos en nuestra propaganda aural. Pero nosotros devolvimos el golpe con una lista de palabras clave, semánticas, que se asocian inevitablemente con todos los traumas psíquicos, básicos, y las neurosis del ciudadano medio. Ellos hicieron caso a los bobos del Departamento de Seguridad, y nos prohibieron proyectar nuestros mensajes en las ventanas de los ómnibus aéreos. Pero devolvimos el golpe. Me informan del laboratorio —al decir esto hizo un guiño al director de Investigación Científica, que estaba sentado enfrente de él— que pronto podremos experimentar un sistema que proyecta los avisos directamente en la retina del ojo. Y no sólo esto: estamos haciendo progresos. Por vía de ejemplo quisiera mencionar el proyecto del cafeinex...

Se interrumpió y susurró en voz baja:

—Perdón, señor Schocken. ¿La División de Seguridad ha controlado esta habitación?

Fówler Schocken asintió

—Absolutamente controlada. Nada fuera de los micrófonos espionadores de siempre, los del Departamento de Estado y de la Cámara de Representantes. Y por supuesto les estamos transmitiendo en este momento nuestra versión de la reunión.

Harvey se tranquilizó.

—Bueno, volviendo al cafeinex. Lo estamos sirviendo gratis, como muestra, en quince de las ciudades más importantes. La oferta de siempre: trece semanas de cafeinex gratis, mil dólares al contado y una semana de vacaciones en la Riviera para los ganadores del concurso de preguntas y respuestas. Pero (y esto es lo que a mi juicio hace tan importante la campaña) cada muestra de cafeinex contiene tres miligramos de un alcaloide inofensivo. Nada peligroso; pero eficazísimo para crear hábitos bien arraigados. Después de diez semanas, el cliente queda habituado para toda la vida. Una cura le costaría cinco mil dólares, de modo que le resulta más barato seguir tomando cafeinex; tres tazas en cada comida, y una para la noche, en su mesita de luz, como dice la etiqueta.

Fówler Schocken resplandecía de satisfacción, y yo me revestí nuevamente de la expresión uno. Junto a Harvey estaba sentada Tildy Mathis, jefa

de personal y elegida por el propio Schocken. Pero Schocken no dejaba que las mujeres hablaran en la reunión de directorio. Al lado de Tildy estaba sentado yo.

Tenía preparado mentalmente mi exordio; pero Fówler Schocken me dejó de lado, diciendo:

—No voy a pedir a todas las secciones que nos den su informe, una a una. No disponemos de tiempo. Pero ya me han respondido ustedes, caballeros. Era la respuesta que esperaba. Ustedes han sabido resolver todos los problemas que se les han presentado. Ahora... voy a presentarles yo un problema fuera de lo común.

Apretó un botón en el tablero que tenía delante e hizo girar su silla. Las luces se apagaron. El cuadro de Picasso proyectado, que colgaba detrás de su silla, se desvaneció y dejó a la vista la superficie punteada de la pantalla de proyección. Sobre ella comenzó a formarse otra figura.

**Y**O había visto ya el tema de esta cinta, en mi pantalla de noticias colocada sobre el espejo que uso para afeitarme.

Era el cohete de Venus: un monstruo de treinta metros, hijo hipetrofiado de las V-2 y de los cohetes primitivos que para el viaje a la Luna se usaban en el ya remoto pasado. En torno del cohete se alzaba un andamiaje de acero y aluminio, colmado de pequeñas figuras que manipulaban soportes con sus llamas de color blanco

azulado. La imagen estaba evidentemente sacada del archivo: mostraba el cohete en el estado en que había estado semanas o meses antes, cuando la construcción no estaba aún terminada, y no en posición de partida, como lo había visto yo después.

Una voz que salía de la pantalla anunció triunfante y erradamente: "Ésta es la astronave que ensancha el universo". Reconoció la voz. Era uno de los comentaristas expertos en efectos aurales. Su voz, rica en matices como un órgano, expresaba melosamente las consignas de propaganda preparadas en la oficina de Tildy.

"Esta es la nave que un moderno Colón guiará a través del vacío —prosiguió la voz—. Seis millones y medio de relámpagos enjaezados y de acero... Una nueva arca para 1.800 hombres y mujeres, y todo lo necesario para levantar su hogar en un planeta nuevo. ¿Quién formará su tripulación? ¿Qué afortunados pioneros arrancarán riquezas imperiales del suelo rico y virgen de un mundo nuevo? Permítanme que les presente a dos de ellos, un hombre y su esposa, dos intrépidos..."

La voz siguió canturreando y embriagándose con su propio sonido. En la pantalla, la imagen del cohete se desvaneció para dar lugar a un chalecito suburbano, reluciente en medio de la frescura de la mañana. En su interior, el esposo replegaba la cama en el hueco de la pared y retiraba la separación del rincón de los niños. La mujer señalaba en el dial de la cocina los manjares que deseaba para el desayuno y preparaba la mesa. Sentados a la mesa, mientras los niños ingerían sus papillas, marido y mujer tomaban su jugo de carne y con una taza de cafeinex delante de cada uno, conversaban persuasivamente de cuán sabios y valientes habían sido al inscribirse entre los pasajeros de Venus. Y final-

mente oíase la pregunta enternecedora del menor de los chicos: "Mamaíta, cuándo yo sea grande, ¿voy a llevar mínenes a otro planeta lindo como Venu?" Esta pregunta daba ocasión para una serie de escenas de cómo sería Venus cuando los chicos hubieran crecido: valles verdeantes, lagos cristalinos, luminosos paisajes de montañas...

**E**L comentario no negaba, pero tampoco manifestaba los años de alimentos hidropónicos y de la vida en cabinas herméticamente selladas que habrían de vivir los pioneros mientras trabajasen en la irrespirable atmósfera de Venus y en su suelo desértico y totalmente falto de agua.

Instintivamente, yo había apretado el registro automático en mi reloj cuando comenzó la cinta. Cuando terminó, volví a consultarlo: ¡Nueve minutos!; tres minutos más de lo que podía durar cualquier cinta comercial, y un minuto más de lo que estábamos acostumbrados a conseguir pese a las reglamentaciones.

Sólo después de encendidas nuevamente las luces, cuando Fówler Schocken pasó a los comentarios triviales sobre las actividades del día, me di cuenta de por qué se habían filmado nueve minutos.

Fówler comenzó en la forma envolvente, llena de circunloquios, que es uno de los elementos coloridos de nuestro negocio. Llamó nuestra atención sobre la historia de la propaganda, desde el primitivo oficio de vender productos ya fabricados, hasta su función actual de crear industrias y reacondicionar las costumbres del universo para ajustarlas a las necesidades del comercio. Se detuvo una vez más en lo que nosotros, la Fówler Schocken Asociada, habíamos hecho desde la fundación. Y agregó:

—Hay un viejo proverbio que dice: "el mundo es nuestra ostra". Nosotros

### No se puede ocultar la edad

**H**ACIA ya tiempo que, midiendo la radioactividad del carbono 14, presente en los fósiles de materia orgánica, era posible calcular la edad de éstos. Pero la aproximación que se lograba era de varios miles de años. Ahora, utilizando un contador muy sensible, de los llamados de centelleo, se puede determinar con gran exactitud la antigüedad de huesos humanos, o de restos vegetales, que tengan entre los 10 años y 40.000.

hemos demostrado la verdad de este aserto. Pero nos hemos comido ya la ostra —apagó cuidadosamente el cigarrillo que tenía en la mano—. Sí, nos la hemos comido. Hemos conquistado, literal y efectivamente, al mundo, y como Alejandro, lloramos porque no hay otro mundo que conquistar. Y aquí —señaló la pantalla de proyección— acaban de ver ustedes el primero de esos mundos por conquistar.

Matthew Rúnstead nunca me ha gustado, como ya habrán colegido ustedes. Estoy íntimamente convencido de que es un espía. Y me lo confirma el que respondiera tan rápida y acertadamente. Era evidente que estaba de antemano enterado del proyecto sobre Venus, pues ningún reflejo condicionado hubiera permitido que saliera tan de repente con un discurso como aquél. Mientras todos los demás estábamos rumiando y asimilando lo que Fówler Schocken acababa de decir, Rúnstead se puso de pie de un brinco.

—Caballeros —dijo con tono emocionado—: este proyecto es el de un auténtico genio. Ya no es solamente la India, ya no es solamente un producto particular: es todo un planeta que vender. Te saludo, Fówler Schocken, el Clive, el Bolívar, el Colón de este mundo nuevo.

Matthew fué el primero, como acaba de decir; pero lo seguimos todos los demás, uno por uno, y dijimos más o menos lo mismo. Hasta yo inclusive. Fué fácil. ¡Lo vengo haciendo hace tantos años!... Katty nunca lo ha podido entender. En vano he intentado explicárselo medio en broma, medio en serio, comparándolo a un ritual religioso, como la botella de champaña que se estrella contra las naves, antes de botarlas, o como el sacrificio de una virgen, antes de las cosechas. Pero, aun en broma, nunca he insistido demasiado en la analogía: no creo que ninguno de nosotros, excepto Matthew

Rúnstead, se dedique a incluir derivados del opio en los alimentos, solamente por dinero. Pero el oír hablar a Fówler Schocken, hipnotizándonos nosotros mismos con nuestras respuestas a modo de antífonas, nos hacía capaces de cualquier acto en servicio del Gran Dios de las Ventas.

No quiero decir que fuéramos delincuentes. Los alcaloides del cafeínson, efectivamente, inofensivos, como Harvey explicó.

**C**UANDO todos hubimos terminado, Fówler Schocken apretó otro botón y nos mostró un diagrama. Nos lo explicó cuidadosamente, detalle por detalle. Nos mostró tablas y gráficos y diagramas de todo el nuevo departamento de la Fówler Schocken, que se reorganizaría para atender al desarrollo y la explotación de Venus. Se extendió en aclaraciones acerca de los tediosos cabildeos realizados y los cohechos que se habían cometido en el Congreso, resultado de lo cual fué que se nos otorgase el derecho exclusivo para recaudar impuestos en el planeta... Y sólo entonces comprendí por qué nuestro informativo cinematográfico sobre Venus podía durar tranquilamente los nueve minutos. A medida que Fówler hablaba, su entusiasmo se me iba comunicando, y llegué pronto a envidiar a la persona a quien se le encomendase la dirección del nuevo departamento. Cualquiera de nosotros se habría sentido orgulloso de presidir el proyecto Venus.

Fówler habló de los inconvenientes con el senador del trust químico Du Pont, que tenía cuarenta y cinco votos, y del fácil triunfo sobre el senador del trust Nash Kelvinator, que tenía seis. Habló con orgullo de una manifestación urdida por los cónser contra la Fówler Schocken, que fué frustrada por el subsecretario del Interior,

fanáticamente partidario de la Fówler Schocken. Toda esta información había sido resumida magníficamente por la sección Memorándum Visuales; pero permanecemos casi una hora mirando las tablas y escuchando los planes y los resultados ya obtenidos.

Por fin, Fówler apagó el proyector y dijo:

—Ya están ustedes enterados. Esta es nuestra nueva campaña, que comienza inmediatamente: *en este preciso momento*. Un solo anuncio más, y empezamos todos a trabajar.

Fówler Schocken es un excelente actor. Gastó varios minutos buscando una tarjetita, y leyó en ella, como si nunca hubiera sabido de qué se trataba, lo siguiente: "El presidente de la nueva sección de Venus será Michael Cúrtenay".

Esta fué la mayor de todas mis sorpresas, pues Michael Cúrtenay... soy yo.

## II

**M**E quedé con Fówler tres o cuatro minutos, mientras los demás integrantes del directorio se dirigían a sus oficinas. La bajada en el ascensor, desde el piso de la sala de reuniones al piso ochenta y seis, donde estaba mi oficina, requiere sólo unos segundos. Por consiguiente, Ester ya estaba desocupando mi escritorio cuando llegué.

—Felicitaciones, señor Cúrtenay —me dijo—. Ahora pasa usted al piso ochenta y nueve. ¿No se siente emocionado? ¡Y yo también tendré una oficina privada!

Le agradecí su cumplido y tomé el teléfono que estaba sobre el escritorio. *Lo primero que debía hacer* era ponerme al habla con mi equipo de ayudantes y entregar mi sección de Producción. La persona a quien correspondía era Tom Gillespie. Pero *lo primero que hice* fué llamar otra vez

al departamento de Katty. Como no respondía el teléfono, llamé a mis ayudantes.

Se mostraron convenientemente doloridos de que me marchase, y convenientemente satisfechos de subir un peldaño más.

Cuando terminé, era ya hora de almorzar; de modo que dejé para la tarde el comenzar con el trabajo de Venus.

Hice una llamada telefónica; almorcé rápidamente en el restaurante de la compañía, y tomé el ascensor hasta el piso bajo y luego el subterráneo hacia el sur. Al salir del subterráneo gocé del aire libre, por primera vez en el día. Saqué del bolsillo mis taponés nasales antihollín, pero no llegué a ponérmelos: ese día llovía suavemente, y la atmósfera se había limpiado bastante. Era verano. Hacía calor. El aire estaba pegajoso. Los peatones que llenaban las veredas estaban tan ansiosos como yo de entrar en algún edificio. Tuve que abrirme paso por la fuerza, en la calle y en el hall.

El ascensor me llevó al piso catorce. Era un edificio viejo. El aire acondicionado funcionaba mal, y sentí un escalofrío dentro de mi traje húmedo. Se me ocurrió aprovechar este incidente en lugar del cuento que tenía preparado, pero terminé por descartarlo.

Una muchacha, vestida con un guardapolvo blanco y almidonado, levantó la vista al verme entrar en la oficina. Me dirigí directamente hacia ella y le dije:

—Me llamo Silver, John P. Silver. Tengo una cita.

—Sí, señor Silver —dijo demostrando acordarse—. Sufre usted del corazón... Usted dijo que era un caso de urgencia.

—Efectivamente. Lo más posible es que sea sólo algo psicossomático; pero siento como si...

—Por supuesto —me interrumpió señalándome una silla—. La doctora Nevin lo atenderá en seguida.

Pasaron diez minutos. Un hombre joven salió de la oficina de la doctora. Alguien, que estaba esperando desde antes que yo, entró, salió luego, y la enfermera me dijo:

—¿Quiere usted pasar al consultorio?

Entré. Katty, muy elegante con su blusa de médica, estaba guardando una ficha en el fichero de historias clínicas. Al levantar la vista y verme, exclamó con tono de reproche:

—¡Miguel!

—He dicho una sola mentira —le respondí—; he dado un nombre que no era el mío. Pero es un caso de urgencia y tiene que ver con mi corazón.

Mi respuesta hizo que una sonrisa asomase apenas a sus labios; pero la reprimió instantáneamente.

—No es un médico lo que necesitas —respondió.

—Claro que no. Ya le he dicho a tu empleada que posiblemente mi malestar fuera psicósomático, y ella me ha aconsejado que de todos modos me haga revisar por ti.

—Ya hablaré yo con ella acerca de eso. Miguel, tú sabes que no puedo verte durante las horas de trabajo. ¡Hazme el favor de...!

Yo me senté junto a su escritorio.

—Es que no me puedes ver a ninguna hora... ¿Qué es lo que pasa, Katty?

—No pasa absolutamente nada. Haz

### ¡Menos mal!

HACE poco se ha calculado qué diámetro tendría que tener un cable de acero, que uniera la Tierra con el Sol, para contrarrestar la fuerza centrífuga debida al movimiento de aquella en su órbita, si no existiera la atracción del Sol sobre nuestro planeta. El resultado es despampanante: considerando acero de muy buena calidad, ¡el cable tendría que tener prácticamente el mismo diámetro que la Tierra!

el favor de irte. Soy médica y tengo mucho que hacer.

—Pero nada tan importante como escucharme. He intentado llamarte esta mañana; pero el teléfono no respondía. Y lo mismo durante toda la noche.

Katty encendió un cigarrillo y respondió sin mirarme:

—No estuve en casa.

—Ya lo sé —respondí, y tomando su cigarrillo lo llevé a mis labios. Ella vaciló un instante, se encogió de hombros y encendió otro.

Yo le dije:

—¿Tengo derecho a preguntar a mi esposa dónde pasa la noche?

Katty estalló al oírme:

—¡Maldita sea! Ya sabes...

El timbre del teléfono vino a interrumpir su arrebato. Cerró un momento los ojos. Luego tomó el auricular y se acomodó en su sillón, tranquila ya, muy en su papel de médica que atiende a un enfermo y lo tranquiliza. La conversación fué muy breve; pero, al terminarla, Katty había recobrado enteramente su dominio sobre sí misma.

—Haz el favor de marcharte —me dijo, apagando en el cenicero la colilla de su cigarrillo.

—Primero tienes que decirme cuándo me verás.

—No..., no tengo tiempo para verte, Miguel. Yo no soy tu mujer. No tienes derecho a perturbarme como lo haces. Puedo denunciarte o hacerte arrestar.

—Mi certificado ya ha sido presentado —le recordé.

—El mío no, y nunca lo será. Cuando acabe el año, hemos terminado, Miguel.

—Pero es que yo tenía algo que decirte.

Katty siempre ha sido vulnerable a la curiosidad.

Hubo una larga pausa; y, en vez de decir "Vete, por favor", me dijo:

—Bueno, ¿de qué se trata?

—Es algo muy importante —le respondí—, y merece un festejo. No es solamente una excusa para verte un rato esta noche. Por favor, Katty; te quiero mucho y no te haré ninguna escena. Esta noche...

Vaciló y dijo:

—No, no, no...

Pero había vacilado. Insistí entonces:

—¡Por favor!

—Bueno... —mientras ella pensaba sonó el teléfono—. Bueno, llámame a casa a las siete. Ahora déjame atender a mis enfermos.

Descolgó el receptor, y yo salí de la oficina, sin que ella volviera la cabeza para mirarme.

FOWLER Schocken estaba inclinado sobre su escritorio, contemplando el último número del *Semanario de Taunton*. La revista refulgía a todo color, a medida que las moléculas activadas de su tinta recogían fotones y los lanzaban nuevamente. Me señalé las páginas brillantes y me dijo:

—¿Qué opinas de esto, Miguel?

—Publicidad barata —respondí prontamente—. Si nosotros hubiéramos descendido hasta el punto de editar una revista como la de Taunton, creo que yo renunciaría. Es un truco demasiado indigno.

—¡Hum!... —se limitó a responder Schocken.

Dejó la revista, boca abajo, sobre el

escritorio. La tinta relampagueante emitió un último destello y se apagó al cortarse su fuente de luz.

—Sí —dijo luego pensativamente—, es publicidad de baja estofa. Pero hay que reconocerles ingenio para emprenderla. Taunton consigue que dieciséis millones y medio de lectores lean sus avisos todas las semanas... y solamente sus avisos. Supongo que no habrás dicho en serio lo de renunciar. Precisamente acabo de dar a Harvey la orden de comenzar la preparación de nuestra revista, *Shock*. El primer número saldrá en el otoño y tiraremos veinte millones de ejemplares. No...

Levantó la mano bondadosamente, indicándome que prescindiera de las excusas que yo pretendía darle.

—Ya sé lo que me quieres decir, Miguel: tú estás contra la publicidad

**Un librito alegre e instructivo para los chiquitos**



**BIBLIOTECA BOLSILLITOS**

Lo vende su canillita y su librero

de mala calidad. También yo lo estoy. Taunton es la síntesis de todo lo que impide a la publicidad ocupar el lugar que le corresponde junto a la medicina, la administración y la justicia, dentro de nuestro sistema de vida. No hay medio, por sucio que sea, que él no esté dispuesto a usar, desde comprar un juez hasta robar a un empleado. Y es un hombre a quien tienes que vigilar, Miguel.

—¿Por qué?... Quiero decir, ¿por qué especialmente a él?

Schocken rió para sus adentros, con satisfacción.

—Porque le hemos quitado de las manos el proyecto de Venus. Ya te dije que él era emprendedor. También a él se le ocurrió la idea. No fué fácil persuadir al gobierno, para que nos lo confiase a nosotros.

—Ya entiendo —dije, y era verdad.

Nuestro gobierno, representativo, nunca ha sido quizá tan representativo como actualmente; no por cierto de la voluntad de todos, pero sí de la voluntad de los mejores. Para el que gusta de los problemas filosóficos, aquí va uno: ¿Hay que computar con un mismo valor todos los votos, como pretenden los juristas y dicen algunos que pensaron los fundadores de nuestra nación, o cada voto debe valer en relación con la sabiduría y el poder (es decir, el dinero) del votante? Para mí, el problema está resuelto: soy pragmático, y un pragmático que figura en la nómina de empleados de la Fówler Schocken.

Pero algo me inquietaba y le pregunté:

—¿No recurriré Taunton a... bueno, a la acción directa?

—¡Oh! Sin duda que procurará robarnoslo —dijo mansamente Fówler.

—No me refería a eso... Ya sabe usted lo que ocurrió con la Explotación Antártica.

—Sí; yo estuve presente: ciento cua-

renta bajas de nuestro lado. Sólo Dios sabe lo que perdieron ellos.

—Y era solamente un continente. Taunton toma muy a pecho asuntos como éste. Si se lanzó a una batalla por sólo un continente helado, de mala muerte, ¿qué hará cuando se trata de todo un planeta?

Fówler respondió con calma:

—No, Miguel; no se atrevera. Las batallas son costosas. Además, no le hemos dejado ningún motivo; ningún motivo que le sirva de asidero legal ante un tribunal. Y en tercer lugar... saldría muy mal parado.

—Así lo creo.

Y me sentí tranquilo nuevamente. Créanme; soy un empleado leal de la Fówler Schocken. Ya desde mi época de cadete deseaba vivir mi vida por la Compañía y por las Ventas. Pero las rencillas industriales, aun en nuestra profesión, pueden ser muy peligrosas. Hace solamente dos décadas, una agencia pequeña pero muy eficaz de Londres se lanzó a una guerra contra la rama inglesa de la B. B. D. & O., y la aniquiló hombre a hombre, con excepción de dos Bartons y un Osborne de menor importancia. Y cuentan que todavía quedan las manchas de sangre en la escalera de la Oficina Central General de Correos, donde la Western Union y la American Railway Express combatieron por el contrato de correos.

Schocken estaba hablando otra vez.

—Pero hay otra cosa que tienes que vigilar: los ácratas. Este proyecto es de los que pueden soliviantarlos. Hasta la más insignificante de las organizaciones subversivas de la lista, desde los cónser hasta la G. O. P., saldrá el campo en contra o en favor. Lo más probable es que todas salgan a favor... Y pueden sernos útiles.

—¿Hasta los cónser? —objeté.

—Bueno, no quise decir tanto... Tal vez podrías esparcir el rumor de que los vuelos interplanetarios y el

conservacionismo son contradictorios. Consumen demasiado material... afectan al nivel de vida... Hay que insistir en que los combustibles gastan materiales orgánicos que los cónser juzgan necesarios para los abonos.

Me deleita observar a un experto trabajando. Fówler Schocken desplegó ante mí una subcampana completa. Lo único que me quedó por hacer fué llenar los detalles. Los conservacionistas son gente fácil de combatir; fanáticos exaltados, que pretenden que la civilización moderna está "esquilmando" nuestro planeta; gente reaccionaria. La ciencia le lleva siempre un paso de ventaja al agotamiento de los recursos naturales. Así, pues, cuando la carne escaseó de verdad, teníamos preparadas ya las salchichas de soya, y cuando el petróleo escaseó, la tecnología construyó los coches a pedal.

En otra época, yo me había interesado bastante en la doctrina de los cónser; la había estudiado con afán de penetrar en lo que tuviera de verdad, y comprobé que todos los argumentos se reducían a uno solo: la vida conforme a la naturaleza es la única vida posible. Pero es estúpido. Si la naturaleza hubiera querido que consumiéramos vegetales frescos, no nos habría dado el ácido ascórbico.

Durante veinte minutos más escuché las inspiraciones que Fówler Schocken me proporcionaba y salí con la misma comprobación que ya había hecho otras veces: breve y eficazmente me había informado de todos los hechos y me había dado todas las instrucciones necesarias.

A mi cargo quedaban los detalles; pero yo sé mi oficio.

Queríamos que Venus fuera colonizada por norteamericanos. Para conseguirlo, se necesitaban tres cosas: colonos, un sistema para llevarlos a Venus y alguna misión que cumplir mientras estuvieran allí.

Lo primero era fácil arreglarlo mediante la propaganda directa. La televisión comercial de Schocken era el modelo perfecto en el cual podíamos basar el resto de nuestra propaganda. Siempre es fácil infundir en el consumidor el convencimiento de que los pastos son más verdes en un lugar alejado. Yo había planeado ya una campaña de prueba, con un costo máximo de un megadólar. Gastar más habría sido exagerado.

Lo segundo, sólo en parte era problema nuestro. Las espacionaves habían sido diseñadas por Republic Aviation, los Laboratorios Telefónicos Bell y la U. S. Steel, mediante un contrato con el Departamento de Defensa. Nuestra tarea no era hacer posible el viaje a Venus, sino hacerlo aceptable. Cuando las esposas encontraran que era imposible reemplazar el tostador eléctrico, porque sus elementos de nicrocromo eran necesarios para el cohete de Venus; o cuando un senador, representante de alguna firma despojada de su cuota de materias primas, protestase porque el gobierno estaba malgastando las materias primas en proyectos desorbitados; entonces comenzaba nuestro trabajo. Teníamos que convencer a las esposas de que los viajes a Venus son más importantes que los tostadores eléctricos; teníamos que convencer a la firma que apoyaba a un senador de que su táctica era im popular y les costaría enormes pérdidas.

Primeramente se me ocurrió un campaña de austeridad; pero la dejé de inmediato, porque nuestros restantes productos perderían con ella. Un movimiento religioso, quizá: algo que proporcionase motivos de abnegación a los ochocientos millones que viajarían en el cohete...

Lo anoté. Brúner podía ayudarme. Y pasé al punto tercero: había que encontrarles alguna ocupación a l

expedicionarios, una vez que llegaran a Venus.

Esto era lo que preocupaba más a Fówler Schocken. La asignación gubernamental para nuestra campaña básica era una hermosa adición a nuestras ganancias del año; pero Fówler Schocken es demasiado genial para satisfacerse con un solo ramo. Lo que nosotros necesitábamos era la fuente de ingresos constantes, que supone un gran complejo industrial. Lo que queríamos era tener a los colonos y a sus hijos como sumados a nuestros balances. Fówler deseaba, por supuesto, que se repitiera nuestro éxito arrollador del caso Indiatryes. Su directorio y él habían organizado toda la economía de la India, en un solo y gigantesco cartel, cada uno de cuyos productos, desde el último canasto tejido hasta el último lingote de iridio o el último gramo de opio se vendía mediante la propaganda de la Fówler Schocken. Ahora teníamos la oportunidad de hacer lo mismo con Venus. Potencialmente, este proyecto equivalía a todos los dólares existentes en la actualidad. Un nuevo planeta, todo nuestro, del mismo tamaño y riqueza que la Tierra; nuestro, micrón por micrón y miligramo por miligramo!

Miré mi reloj. Eran las cuatro, y mi cita con Kitty era a las siete. Tenía excesivamente el tiempo necesario. Llamé a Ester y le encargué que me reservase un asiento en el cohete de Washington, mientras yo me comunicaba telefónicamente con el hombre que Fówler me había indicado. Ese hombre era Jack O'Shea, el único ser humano que había estado en Venus... ¡Esta entonces. Su voz era juvenil y entusiasta al concertar conmigo la entrevista.

EN el aterrizaje tardamos cinco minutos más de lo debido y luego vimos otra demora mientras arrima-

ban la escala de desembarco. Los policías de la Brink Express rodearon nuestro aparato. El que los mandaba pedía los documentos a cada uno de los pasajeros. Cuando me llegó el turno, le pregunté qué pasaba. El inspector observó el número de mi cédula de seguridad (que es de los más bajos) y luego me saludó:

—Lamento molestarlo, señor Cúrtenay —se disculpó—, pero hubo un bombardeo de los cónser cerca de Topka. Recibimos una denuncia de que el autor vendría en el cohete de las cuatro y cinco. Pero parece que nos han engañado.

—¿Qué es lo que han bombardeado?

—La División de Materias Primas de la Du Pont. Tenemos un contrato con ella, para protegerla, como usted sabe... Estaban abriendo una nueva veta de carbón en un campo de trigo que tienen aquí cerca. Aprovecharon para hacer una hermosa ceremonia, y en el mismo momento en que la excavadora hidráulica comenzaba a trabajar, alguien lanzó una bomba. Murió el conductor de la máquina, su ayudante y un vicepresidente. El hombre se perdió entre la multitud; pero pudimos identificarlo. Ya lo apresaremos.

—Le deseo buena suerte, inspector —le dije y me alejé corriendo hacia el restaurante del aeropuerto.

Jack O'Shea me estaba esperando en una mesa junto a la ventana, visiblemente molesto por mi tardanza; pero cortó mis excusas con una mueca.

—A cualquiera le puede pasar —me respondió; y, cambiando de posición sus cortas piernas, llamó al mozo.

Una vez que encargamos lo que deseábamos tomar, me preguntó:

—¿De qué se trata?

Lo miré un momento y luego examiné por la ventana el paisaje que nos rodeaba. Hacia el sur, la gigantesca torre de transmisión del monumento a

F. D. R. parpadeaba encendiendo y apagando su señal para los cohetes. Detrás de la torre estaba la pequeña y pesada cúpula del viejo Capitolio. Yo no sabía cómo empezar. O'Shea disfrutaba al verme así embarazado.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntar.

Yo sabía que lo que quería decir su pregunta era: "Ahora todos ustedes se ven obligados a recurrir a mí, y no les gusta mucho".

Por fin me decidí.

—¿Qué hay en Venus? —le pregunté.

—Arena y humo —respondió prestamente—. ¿No leyó usted mi informe?

—Sí; pero quiero saber más.

—Está todo en el informe. ¡Santo Dios! Me tuvieron tres días enteros en la sala de preguntas, cuando regresé. Si yo sabía algo más, después de aquello se me ha olvidado.

Le respondí:

—No me refiero a eso, Jack. ¿Quién va a gastar la vida leyendo los informes? Tengo quince hombres en la sección de Investigación leyendo los informes para mí. No necesito leerlos personalmente. Pero quiero algo más. Quiero conocer el sentimiento que produce el planeta. Y sólo dispongo de un medio para averiguarlo, porque hay un solo hombre que haya estado allí.

—Y a veces quisiera no haber estado —respondió O'Shea cansadamente—. Bueno, ¿por dónde quiere que comience?... Ya sabe cómo me eligieron a mí: soy en el mundo el único enano con brevet de piloto espacial.

### ¿Anda bien su reloj?

HACE mucho que hay relojes, pero hasta ahora no estábamos de acuerdo sobre lo que es un segundo. La última definición propuesta por la Unión Astronómica Internacional es la siguiente: "El segundo es la fracción  $1/31.556.925.975$  de la duración del año trópico para 1900". Aclaremos que el año trópico es el tiempo transcurrido entre dos equinoccios de primavera para el hemisferio norte.

También sabe usted todo lo referente a la espacionave, y conoce los informes de los experimentos hechos con las muestras que traje de allí. Por supuesto que tienen muy poco valor: aterricé una sola vez, y pocos kilómetros más lejos la geología puede ser enteramente distinta.

—Sí; todo eso lo sé. Mire, Jack; hagamos así: supongamos que usted quiere que vaya a Venus la mayor cantidad posible de gente... ¿Qué les diría usted?

Jack se rió ensanchando aún más su carita redonda.

—Tendría que decirles una gran cantidad de mentiras. Pero comencemos desde el principio. ¿Qué se propone usted?

Le informé suscitadamente del plan de la Fówler Schocken, mientras él me miraba con sus ojillos saltones. El cutis de los enanos tiene un brillo opaco muy especial, sólo comparable a la porcelana. Parecería que el destino, así como los hizo mucho menores que a los demás hombres, también los hizo más perfectos y pulidos que al resto, para demostrar que su falta de tamaño no es un defecto de complexión.

Entre párrafo y párrafo, él sorbía su bebida y yo la engullía a grandes tragos.

Cuando terminé, no sabía todavía si él estaba de mi parte o en contra; y esto era decisivo, porque Jack no era uno de esos títeres del servicio público, que bailan sujetos a hilos que Fówler Schocken sabe perfectamente



cómo manejar; ni tampoco era un civil independiente, al que pudiera comprarse con unos pocos decimales de nuestro presupuesto. Fówler lo había ayudado algo a capitalizar su fama mediante autógrafos, libros y conferencias, y por lo tanto debía estar agradecido a nosotros, pero nada más.

—Quisiera serle útil —dijo finalmente, y así el asunto tomó un rumbo mejor.

—Puede usted sernos utilísimo. Para eso he venido. Dígame qué puede ofrecer Venus.

—Poco y malo —me respondió, mientras una arruga se cincelaba en su frente de laca—. ¿Por dónde quiere que empiece? ¿Hace falta que le insista sobre la atmósfera?... Está llena de formaldehído libre, ya sabe: lo que se usa para embalsamar. ¿Del calor?... Es superior al punto de ebullición del agua, dado que en Venus existiese una gota de agua, lo que no sucede; o por lo menos, no es asequi-

ble. ¿El viento?... Quinientos kilómetros por hora.

—No, no es eso lo que me interesa —respondí—. Todo eso lo sé perfectamente. Y créame, Jack, que tenemos respuestas para todos esos inconvenientes. Lo que me interesa es lo que usted sintió y pensó al llegar; cómo reaccionó. Lo mejor es que usted comience a hablar y diga lo que se le ocurra. Yo le manifestaré cuándo me interesa lo que dice.

Se mordió su labio rosado y dijo:

—Bueno, comencemos por el principio. Pida otro trago, por favor.

El mozo se acercó, recibió nuestro pedido, lo trajo y volvió a marcharse. Jack tamborileó en la mesa con los dedos, saboreó su vino del Rin con soda y empezó a hablar.

**C**OMENZO muy de atrás, lo cual fué una buena idea. Lo que yo quería saber era el alma del hecho, el carácter escurridizo y subjetivo que



encerraban sus informes técnicos sobre Venus, el sentimiento básico que otorgaría a nuestro proyecto fuerza compulsiva y de convicción.

Me habló de su padre, ingeniero químico, de un metro ochenta de estatura; y de su madre, rolliza y enérgica. Me hizo sentir el desaliento y el amor heroico de ellos por el hijo de noventa centímetros. Tenía él once años cuando se tocó por primera vez el tema de su vida adulta y de su trabajo. Recordaba la expresión de dolor en la cara de sus padres, cuando él propuso la ocupación obvia e inevitable: el circo. No era pequeño mé-

rito de ellos el que jamás se volviera a mencionar la posibilidad. Y sí los mostraba como personas excepcionales el que hubieran apoyado, pagado y sostenido la decisión tomada por Jack de aprender ingeniería y mecánica de cohetes, para ser piloto de prueba. Y esta decisión se matuvo pese a todos los obstáculos del ridículo y a la oposición de los institutos de enseñanza.

Los diseñadores del cohete habían tropezado con un problema, el más grave de todos. Había sido bastante fácil lanzar un cohete hasta la Luna. Teóricamente, no era mucho más difícil pasar de allí al mundo más próximo, Venus. Era un problema de órbitas y de tiempo, de control de la espacionave y del regreso. Pero se presentaba un dilema. Podían impulsar el cohete en pocos días hasta Venus..., mas esto requeriría una cantidad de combustible que ni diez espacionaves podrían cargar. O podían dejar que la

espacionave flotase por sí misma en su órbita natural, como se deja flotar una jangada en la corriente de un río manso... y esto ahorra el combustible, pero alargaba en varios meses la duración del viaje. En ochenta días, un hombre consume en alimentos dos veces el peso de su cuerpo, respira nueve veces su peso de aire y bebe agua en cantidad suficiente para poner a flote un bote. Entonces se le ocurrió a alguien: destilemos agua de los productos consumidos, hagamos lo mismo con el aire y con el alimento. Pero tampoco servía. El equipo de máquinas, necesario para este trabajo cíclico, pesa más que el agua, el aire y el alimento juntos. Había que descartar, evidentemente, el piloto humano.

Un equipo de diseñadores se puso a trabajar en un piloto automático. Ya terminado, funcionaba bastante bien. ¡Y pesaba cuatro toneladas y media a pesar de que sus piezas fueron fabricadas bajo la lente del microscopio!

El proyecto quedó estancado en esta etapa, hasta que a alguien se le ocurrió la solución: un enano de veinticinco kilos. Como su peso era el tercio del de un hombre normal, Jack O'Shea consumía un tercio del alimento normal, respiraba una tercera parte del oxígeno normal... Con su mínimo peso, que permitía reducir a la par el de los equipos restauradores de aire, agua y alimentos, Jack O'Shea quedó exactamente dentro de los límites, y de este modo se ganó la fama eterna.

—Me metieron en el cohete —me dijo, meditativo y algo alterado por el efecto de las dos copas sobre su diminuto organismo—, como un dedo dentro de un dedil. Creo que usted sabe cómo era la espacionave. Pero, ¿sabía usted cómo me calzaron en la cabina del piloto? No había ni un asiento. Aquello era como una escafandra de buzo. Todo el aire de la espacionave

estaba encerrado en esa escafandra. El agua llegaba a mis labios por un tubo. Habría que ahorrarse peso...

Y los ochenta días siguientes los pasó sepultado en la escafandra como en un nicho. La escafandra lo alimentaba, le daba de beber, absorbía su respiración, retiraba sus deyecciones. Si hubiera sido necesario, le habría inyectado novocaína en un brazo roto, le habría hecho un torniquete sobre la arteria femoral seccionada, o le habría insuflado oxígeno a los pulmones colapsados. Era una verdadera placenta, incómoda y repugnante.

Dentro de la escafandra, treinta y tres días para el viaje de ida y cuarenta y uno para el regreso. Los seis días intermedios, que completaban los ochenta, eran el justificativo del viaje.

Jack había luchado para mantener al cohete en la ruta, a través de la oscuridad absoluta de nubes de gas, que lo cegaban y que perturbaban el radar, hasta aproximarse al mundo desconocido. Había llegado a trescientos metros del suelo, antes de poder ver nada sino torbellinos amarillentos. Entonces aterrizó, y paró los motores de los cohetes.

—No pude salir del cohete, por supuesto —dijo Jack—. Por mil razones distintas, otro tendrá que ser el primero que ponga el pie en la superficie de Venus; alguien al que no le preocupe mucho respirar, supongo. De todos modos, allí estaba yo, mirando al planeta.

Se encogió de hombros, pareció desconcertado y dijo una mala palabra entre dientes.

—Ya lo he contado una docena de veces en mis conferencias —prosiguió—; pero todavía no me he acostumbrado. Suelo decir que lo que más se le parece en la Tierra es el desierto de Sahara. El viento sopla muy fuerte en Venus y desgasta las rocas. La parte firme..., bueno, forma fi-

guras curiosas, de colores inverosímiles. Algunas parecen monumentos. Son las montañas y grietas más raras que se pueda imaginar: algo como el interior de una caverna, sólo que no tan tenebroso. Pero la luz es... curiosísima. Nadie ha visto jamás en la Tierra una luz como aquella: anaranjada oscura, brillante, *muy brillante*, pero amenazadora, como en el verano, al ponerse el sol, cuando está por desatarse una tormenta eléctrica —tomó un sorbo y dió un suspiro—; salvo que allí nunca hay truenos, porque no hay ni una sola gota de agua en la superficie... Hay relámpagos, relámpagos continuos; pero jamás llueve... Dígame, Miguel —me interpeló bruscamente—, ¿le sirve de algo lo que estoy diciendo?

Tardé en responderle. Una mirada al reloj me mostró que faltaban pocos minutos para la salida del cohete de regreso. Me incliné y desconecté el grabador eléctrico que tenía en mi portafolio. Entonces le dije:

—No se imagina todo lo que me ayuda, Jack; pero necesito mucho más. Ahora tengo que marcharme. ¿Podría usted venir a Nueva York, a trabajar para mí unos días? He grabado todo lo que me ha dicho, pero no me basta. Necesito también fotografías y cintas cinematográficas. Nuestros artistas pueden trabajar basándose en las vistas que usted tomó allí, pero hace falta más. Y en persona nos puede usted ayudar mucho más que las fotografías, para lo que ahora me interesa. ¿Qué le parece?

Jack se arrellanó en su asiento, puso una expresión seráfica en su cara, y mientras yo sudaba de impaciencia, él fué enumerando los planes que su agente de conferencias le había preparado para las semanas siguientes; hasta que al final consintió en lo que yo le proponía. Dijo que podía cancelar dos conferencias, y que las citas

que tenía con varios escritores, que fraguaban su libro de memorias, las podía atender lo mismo en Nueva York que en Washington. En el preciso momento en que por los altoparlantes se anunciaba la salida de mi cohete, llegamos a combinar una cita para el día siguiente.

—Lo acompaño hasta el cohete —me dijo Jack.

Se deslizó del asiento y echó sobre la mesa un billete para pagar al camarero. Caminamos juntos por la estrecha vereda que iba del restaurante a la pista. Jack sonreía y se pavoneaba ante los ¡ohes! y los ¡ahes! que lanzaban los curiosos al reconocerlo. El campo estaba casi a oscuras. El resplandor de las luces de Washington iluminaba a contraluz las siluetas de los cohetes. En dirección a nosotros, desde la estación de mercancías, venía un gran helicóptero de carga, de cincuenta toneladas, con su barquilla brillante bajo el reflejo de las luces. Pasó solamente a cuatro metros del suelo, y tuve que asegurar con las manos mi sombrero, para que no lo arrastrase la corriente de aire que producían sus aspas.

—¡Malditos camioneros! —gruñó Jack mirando al helicóptero—. Creen que, porque sus latas de sardinas son muy manejables, ellos tienen derecho a meterse por cualquier lado. Si yo manejase un cohete como ellos... ¡Cuidado, cuidado!

Repentinamente se puso a chillar y me empujó por la mitad del cuerpo con sus diminutas manos. Lo miré sin comprender lo que le pasaba. Su cambio de actitud había sido tan súbito e inexplicable que yo no acertaba cuál podía ser su intención.

—¿Qué diablos...? —comencé a decir, pero no llegué a escuchar mis propias palabras. Las sofocó un sonido metálico y una oscilación en el ruido del motor, seguidos del golpe más fuer-

te que había escuchado en mi vida: la barquilla de carga del helicóptero se había soltado y acababa de estrellarse a pocos metros de donde habíamos estado. Las paredes se abrieron y dejaron escapar docenas de paquetes de avena de Starrzelius Verily. Uno de los paquetes encarnados rodó a mis pies, y lo levanté estúpidamente para mirarlo.

Sobre nuestra cabeza, el helicóptero, aliviado de aquel lastre, iba dando bandazos. No lo vi alejarse.

—¡Por amor de Dios, sáquenlos de ahí! — gritaba Jack arrastrándome de un brazo.

Es que no estábamos solos en la pista. Por entre las paredes retorcidas de aluminio asomaba un brazo que mantenía asido un maletín, y a través de los ruidos de toda especie llegaron a mis oídos sollozos humanos. A eso se refería Jack cuando dijo: "Sáquenlos de ahí". Lo dejé arrastrarme hasta el montón de metal, y tratamos de levantarlo. Conseguí lastimarme una mano y desgarrarme la chaqueta; pero luego llegaron los empleados del aeropuerto y nos ordenaron que nos marchásemos.

No recuerdo cómo llegué hasta allí; pero de pronto descubrí que estaba sentado sobre la maleta que estaba apoyado contra la pared de la estación de carga, con Jack hablando febrilmente junto a mí. Maldecía a todos los pilotos de los helicópteros de carga y a mí por haberme quedado como un idiota cuando él vio que se soltaba la barquilla, y dijo una serie de

cosas más, que no recuerdo. Lo veo sacándome de las manos, de un puntapié, el envase de avena que yo había recogido. Los psicólogos dicen que no soy desusadamente sensible o temeroso; pero me encontraba en un estado de shock nervioso que duró hasta que Jack me metió, cargándome casi, en el cohete.

En el curso del viaje, la camarera me contó que cinco personas habían quedado debajo de la carga y que el asunto había despertado el interés general. Pero sólo cuando estábamos a mitad de camino hacia Nueva York, pude recordar lo que Jack había repetido una y otra vez, con la amargura y la rabia escritas en su cara de porcelana:

—¡Somos demasiados, Miguel! Estamos demasiado amontonados. Estoy contigo en todo — dijo tuteándose de pronto —. Necesitamos a Venus, Miguel... ¡Necesitamos el espacio libre!

### III

EL departamento de Katty, a mitad de camino entre la ciudad y Bensohurst, no era grande, pero sí muy cómodo, hermosamente amueblado, con gusto delicado y hogareño. ¿Quién podía apreciarlo mejor que yo?... Apreté el botón, que estaba sobre la chapa "Doctora Nevin", y sonreí a la doctora, cuando abrió la puerta.

No me devolvió la sonrisa. Me dijo dos frases escuetas:

—Llegas tarde, Miguel. Cref que me telefonearías antes de venir.

### Para lavarse los dientes

Los silicónes, combinaciones químicas descubiertas al final de la última guerra, han encontrado una bien pacífica aplicación: formar parte de los dentífricos. En efecto, debido a su baja tensión superficial, se extienden fácilmente sobre los dientes, a los que recubren de una película muy delgada, que evita los depósitos de alimentos o de tabaco.

Yo entré y me senté.

—Llego tarde, porque he estado a punto de perder la vida. Y no he telefonado, porque era tarde. ¿Te parecen buenas excusas?

Entonces ella me preguntó lo que yo estaba esperando que me preguntase, y le conté cuán cerca había estado de morir esa tarde.

Katty es una hermosa mujer, de semblante cálido y amistoso; siempre lleva el pelo inmaculadamente teñido en dos tonos de rubio; sus ojos sonríen de continuo. He pasado muchos momentos mirándola; pero nunca la miré tan atentamente como al explicarle lo próximo que había estado de recibir sobre mí la carga del helicóptero. Sin duda estaba sinceramente preocupada por mí; pero el corazón de Katty está abierto a una infinidad de personas, y nada en su cara expresaba que yo le preocupase más que cualquier otro al que hubiera conocido al mismo tiempo que a mí.

De modo que pasé a referirle mi gran noticia: el Proyecto Venus, y cómo me lo habían encargado. Esta vez tuve más éxito. Se mostró exaltada y satisfecha y me besó en un raptó de benevolencia. Pero cuando yo la besé a ella, como era mi deseo desde hacía meses, se separó y fué a sentarse al otro extremo del salón, fingiendo ocuparse en elegir una bebida en el bar automático.

—Mereces un brindis, Miguel; champagne por lo menos — me dijo sonriendo —. ¡Qué excelente noticia!

Aproveché de inmediato la ocasión, y le pregunté:

—¿Me acompañas a celebrarlo?; ¿a celebrarlo de veras?

Sus ojos castaños tenían aspecto de sancancio.

—¡Hum!... — respondió indecisa, pero en seguida cambió de tono —. Con mucho gusto, Miguel... Vamos a recorrer todas las boites... ¡y pa-

go yo!; no admito discusión. Pero tendré que dejarte a las doce en punto. Voy a pasar la noche en el hospital. Tengo que practicar una histerectomía mañana temprano, y no debo trasnoch... ni beber demasiado.

Pero al decirlo, sonreía.

Una vez más, decidí no abusar de mi suerte.

—¡Magnífico! — dije, sin fingimiento; pues Katty es una chica magnífica para recorrer boites —. ¿Puedo usar tu teléfono?

Cuando terminamos las copas, yo había encargado ya las entradas para el cine, una mesa en un restaurante y, para terminar, otra en una boite. Katty me miraba un poco vacilante.

—¿No son demasiadas cosas para cuatro horas, Miguel? La histerectomía no me va a salir bien si me tiembla la mano.

La convencí fácilmente. Su resistencia física es mucho mayor de lo que ella alegaba. Una mañana hizo una trepanación después de toda una noche que pasamos gritándonos el uno al otro hasta quedar roncos. Y la operación resultó perfecta.

LA cena, para mí, fué un fracaso. No pretendo ser un epicúreo de esos que no pueden tragar nada si no son proteínas frescas. Pero sí soy de los que se molestan si pagan proteínas frescas y les sirven proteínas regeneradas. La textura de los bifés que pedimos estaba bien; pero el gusto no podía disimularse. Borré de mi lista el restaurante y le pedí perdón a Katty. Pero ella lo tomó a broma. Y el espectáculo fué bueno. La cinemahipnosis siempre me da dolor de cabeza; pero esa vez entré en trance no bien comenzó la cinta, y no me sentí mareado al rechazar la conciencia.

La boite estaba atestada, y el maître se había confundido con la hora. Tuvimos que esperar cinco minutos

en la antesala. Katty sacudió la cabeza cuando le pedí que postergara el toque de queda. Pero cuando el maître nos condujo entre mil excusas a nuestra mesa, y nos sirvieron nuestras copas, se inclinó sobre mí y me volvió a besar. Me sentí feliz.

—Gracias — me dijo —. Ha sido una noche hermosa, Miguel. Procura que te asciendan más a menudo. Me gusta mucho.

Encendí un cigarrillo para ella y otro para mí. Abrí la boca para decir algo; pero me detuve.

Katty dijo:

—¡Vamos, dílo!

—Bueno, iba a decirte que siempre lo pasamos bien los dos juntos.

—Ya sabía que ibas a decir eso. Y yo iba a responderte que ya veía adónde ibas, y que la respuesta sigue siendo: no.

—También yo sabía que me contestarías así — respondí lúgubrememente —. ¡Vámonos de aquí, aunque sea al infierno!

Ella pagó las copas y salimos, poniéndonos nuestros tapones antihollín al pisar la calle.

—¿Taxi, señor? — preguntó el portero.

—Sí, por favor —respondió Katty—: un tándem.

El portero silbó a un taxípedo de dos pedaleros, y Katty indicó al conductor la dirección del hospital.

—Puedes acompañarme si quieres, Miguel — me dijo.

Subí junto a ella. El portero nos dió un empujón inicial, y los pedaleros jadearon hasta cobrar velocidad.

Sin que Katty me lo pidiera, bajé la capota. Por un momento fué como durante nuestro noviazgo: la oscuridad amiga, el olor húmedo de la capota, el crujido de los elásticos. Pero sólo un momento.

—¡Cuidado, Miguel! — me advirtió.

—Por favor, Katty — dije prudente-

mente —; déjame decirlo. Es poco lo que tengo que hablar.

Ella no se negó, y yo me apresuré a decirle todo antes que me interrumpiera.

—Hace ocho meses que nos casamos. No fué un matrimonio absoluto. Pero sí prestamos el juramento condicional. ¿Recuerdas por qué nos decidimos a hacerlo?

Ella me respondió pacientemente después de unos instantes:

—Estábamos enamorados.

—Efectivamente — repliqué —; yo te quería y tú me querías. Ambos teníamos que pensar en nuestros trabajos y sabíamos que a veces sería difícil compaginarlos. De manera que decidimos que el matrimonio fuera interino. Teníamos un año para pensar si queríamos convertirlo en permanente.

La tomé de la mano y no la retiré.

—Katty querida, ¿no te parece que sabíamos lo que hacíamos? ¿No podemos... usar por lo menos el año de prueba? Todavía nos quedan cuatro meses. Intentémoslo. Si termina el año y no quieres presentar tu certificado... bueno, no podré decir que no me diste una oportunidad. Por mi parte, no tengo que esperar; mi certificado ya está registrado y no cambiaré de opinión.

En ese momento pasamos junto a un farol, y pude ver que Katty tenía los labios contraídos por una expresión que no supe interpretar.

—¡Olvidémoslo, Miguel! — dijo con tono dolorido —. Sé que no vas a cambiar. Y esto es lo que hace todo tan terrible. ¿Es necesario que me quede sentada aquí y te insulte para convencerte de que no hay que hacerse ilusiones? ¿Hace falta que te diga que eres un hombre de mal carácter, amigo de líos, maquiavélico y un cerdo egoísta que el conductor del taxípedo me

tes me parecías un buen tipo, Miguel; un idealista que se preocupaba por los principios y por la ética en vez del dinero. Y tenía infinitas razones para pensarlo. Tú mismo me lo dijiste, de un modo muy convincente. Te mostraste además muy comprensivo para mi trabajo. Te interesaste por la medicina; venías a verme operar tres veces por semana; les decías a tus amigos, delante de mí, lo orgulloso que estabas de haberte casado con una cirujana. Tardé tres meses en darme cuenta de lo que querías decir. Cualquiera puede casarse con una chica que sea buena ama de casa. Pero había falta un Miguel Courtney para casarse con una cirujana de primera clase y convertirla en ama de casa — le temblaba la voz —. Y eso no he podido aguantarlo. Nunca podré. Ni las disputas, los enojos, las continuas peleas... Soy médica, y muchas veces la vida de un hombre depende de mí. Si estoy interiormente deshecha de pelear con mi esposo, esas vidas no están seguras. ¿No lo ves, Miguel?

Algo sonó como un sollozo.

En vez de contestarle, le pregunté suavemente:

—Katty, ¿me amas todavía?

Ella se quedó callada durante un largo rato. Luego se rió agresiva y fuertemente.

—Hemos llegado al hospital, Miguel. Y es medianoche.

Levanté la capota, y descendimos.

—Esperen — dije a los muchachos del taxi, y la acompañé hasta la puerta. No quiso darme un beso de despedida ni arreglar una cita para vernos otra vez. Me quedé veinte minutos en el hall, para tener la seguridad de que se quedaba verdaderamente a pasar allí la noche. Por fin subí al taxi para ir hasta la estación más próxima del subterráneo. No estaba de muy buen humor. Y no me lo mejoró el que el conductor del taxípedo me

preguntase, inocentemente, después de pagarle:

—Señor, ¿qué quiere decir maquia... maquiavélico?

—Una palabra griega. Significa: "¡métase en sus asuntos!"

En el subterráneo me pregunté desconsoladamente cuándo sería yo bastante rico para poder pagarme la soledad.

MI humor no había mejorado cuando llegué a la oficina, a la mañana siguiente. Fué necesario todo el tacto de Ester para que no le abriera la cabeza en los primeros cinco minutos... ¡Gracias a Dios, no había reunión de directorio! Después de entregarme mi correspondencia y los memorándums internos, que se habían acumulado durante la noche, Ester desapareció inteligentemente. Cuando volvió, traía una taza de café..., de café auténtico, de plantación.

—La encargada del vestuario de mujeres — me explicó —, lo prepara a escondidas. Generalmente no lo deja sacar del vestuario, por miedo a la gente del cafeínox; pero ahora que usted pertenece a la clase estelar...

Le agradecí el cumplido; le entregué el grabador con la conversación de O'Shea, para que la pasase a los departamentos técnicos, y me puse a trabajar.

Primero fué el asunto de la zona de experimentación, y un dolor de cabeza con Mathew Rúnstead. Él está al frente de Investigación del Mercado. Yo debía trabajar con él y por intermedio de él. Pero él no mostraba ninguna inclinación a trabajar conmigo. Coloqué en el proyector un mapa de California del sur, mientras Mathew y dos de sus inexpresivos ayudantes desparramaban con aire aburrido, sobre mi piso, las cenizas de sus cigarrillos.

Con el puntero señalé las zonas de

experimentación y las de control, explicando:

—De San Diego hasta Tijuana; la mitad de las ciudades alrededor de Los Angeles, y el extremo inferior en Monterrey. Ésta es la zona de control. El resto de California y Nueva Méjico, desde Los Angeles, lo usaremos como zona de prueba. Creo conveniente, Mathew, que te encargues personalmente del asunto, sobre el terreno. Te sugiero que instales tu centro de operaciones en nuestras oficinas de San Diego. El encargado allí es Turner, y es buena persona.

Rúnstead gruñó:

—¡Ni un copo de nieve en todo el año!... No se puede vender un abrigo ni regalando de añadidura una esclava joven y hermosa. ¡Por amor de Dios, hombre! ¿Por qué no dejas la investigación del mercado a alguien que sepa algo del asunto? ¿No te das cuenta de que el clima anula tus proyectos?

El más joven de sus monigotes de ayudantes se lanzó a apoyar a su jefe, pero lo cortó en seco. Rúnstead tenía que ser consultado en lo referente a zonas de experimentación (era su oficio); pero Venus era un proyecto mío, y yo lo iba a dirigir. Lo que dije resultó bastante desagradable.

—Los ingresos regionales y mundiales, la edad, la densidad de población, la salud, la fricción psíquica, la distribución por grupos de edad, y las causas y proporción de la mortalidad, son los siete coeficientes que hay que tener en cuenta, Mathew. La zona de Nuevo Méjico y California ha sido elegida personalmente por el mismo Dios, para servir de zona de prueba. En un pequeño universo de menos de cien millones, se dan como duplicados todos los sectores de la vida norteamericana. No voy a cambiar mi proyecto. Nos atendremos a la zona que he indicado.

Cargué mucho la voz sobre la palabra *mi*.

Mathew respondió:

—No dará resultado. La temperatura es el factor más importante. Cualquiera puede darse cuenta de ello.

—Yo no soy cualquiera, Mathew: soy el tipo que está al frente.

Mathew Rúnstead apretó su cigarrillo en el cenicero y se levantó.

—Vamos a ver a Fówler — propuso, y salió.

No me quedaba sino seguirlo. Al salir oí que el asistente de mayor edad tomaba el teléfono, para avisar a la secretaria de Fówler Schocken que íbamos a su escritorio. Tenía un excelente equipo este Rúnstead. Perdí varios segundos en meditar cómo conseguir un equipo semejante, antes de decidir cómo le iba a presentar las cosas a Fówler.

Pero Fówler Schocken tenía una técnica bien probada para tratar estos conflictos entre departamentos, y nos la aplicó. Cuando entramos en la oficina, nos dijo entusiasmado:

—¡Aquí están!... ¡las dos personas que yo quería ver! Mathew, ¿me podrías ayudar a apagar un incendio? Es la gente del I. A. G. Se quejan de que el modo como estamos promoviendo el NoEm perjudica a sus negocios. Hablan de pasarse a Taunton si no dejamos el NoEm. Su venta es escasa; pero un pajarito me contó que Taunton era el que les había metido la idea en la cabeza...

Y entró a explicarnos los detalles de nuestras relaciones con el Instituto Americano de Ginecología. Sin prestar demasiada atención escuché que nuestra campaña en el proyecto de determinación previa del sexo les había dado por lo menos un 20 por ciento más, respecto del promedio normal de nacimientos. Después de esto, deberían estar firmemente del lado nues-

tro. Rúnstead, que pensaba lo mismo, dijo:

—No tienen razón, Fówler. Pero, de todos modos, ¿qué tiene que ver esto con Investigación del Mercado?

Fówler exclamó satisfecho:

—¡De eso precisamente se trata! Los desorientamos... Ellos esperan que pasemos el asunto a los encargados de ventas, y en cambio, te lo dejamos a tu cargo. Inúndalos de mapas y estadísticas, para probar que el NoEm nunca impide a una pareja tener el bebé, sino tan sólo les permite que lo *pospongan* hasta poder costárselo. En otras palabras: aumenta el precio por unidad, mientras que el volumen de ventas permanece constante. Será un golpe en el ojo, para Taunton. Y... los abogados quedarán sin argumentos para demostrar que existe conflicto de intereses. Les costaría una montaña de dinero. ¿Crees que te puedes encargar de este asunto?

—Sí, por supuesto — gruñó Rúnstead —. ¿Y qué hay de Venus?

Fówler me hizo un guiño.

—¿Puedes prescindir de Mathew por algún tiempo? — me preguntó.

—Por siempre — le respondí —. En realidad, de esto venía a hablarle. Mathew le tiene miedo al sur de California.

Rúnstead tiró su cigarrillo y no se agachó a recogerlo, dejándolo que quemase la pelusa de nylon de la alfombra de Fówler.

—¿Qué demonio...? — comenzó a decir belicosamente.

—¡Calma! — dijo Fówler —. ¿De qué se trata?

Rúnstead me lanzó una mirada indandescendente, y protestó:

—Lo único que dije es que el sur de California no es la zona adecuada. ¿Cuál es la principal diferencia entre Venus y la Tierra? ¡El calor! Necesitamos una zona de prueba con clima continental intermedio. Un habitante de Nueva Inglaterra puede sentirse atraído por el clima de Venus; pero uno de Tijuana, jamás. Ya hace demasiado calor en California, para ir a buscar más a Venus.

—¡Hum! — musitó Fówler Schocken —. Vamos a hacer así (este asunto hay que estudiarlo a fondo, y tú vas a estar ocupado en el del I. A. G.): Elígete un hombre de tu confianza, para que te reemplace en el proyecto de Venus mientras estás ocupado en lo otro. Nosotros lo pondremos al tanto en la reunión de secciones de mañana a la mañana. Entretanto... — echó una mirada al reloj que tenía sobre el escritorio —. El senador Danton me está esperando hace siete minutos... ¿De acuerdo?

Evidentemente, Mathew no estaba de acuerdo, y el pensarlo me mantuvo de muy buen humor el resto del día.

**L**AS cosas iban muy bien. La Sección de Promoción vino con un informe de lo que se les había ocurrido en base a la conversación con O'Shea, que yo había grabado, y todo el otro material disponible. Los estudios para la fabricación estaban a la mano. Productos fáciles y de venta inmediata, como los globos de recuerdo de Venus, fabricados con la

### Patatas al cobalto

**R**ECIENTES experimentos, consistentes en someter patatas a los rayos gamma del radiocobalto 60, han demostrado que con ello las patatas adquieren mejor aspecto y gusto, no desarrollan los brotes que las afean y prolongan mucho su conservación.

materia orgánica flotante en lo que ri sueñamente llamábamos el "aire" de Venus. Y productos a largo plazo... Uno de los ensayos mineralógicos indicaba que en Venus existían yacimientos de hierro puro; no de un noventa por ciento de pureza, pero hierro metálico, que nunca se podría encontrar en un planeta con atmósfera de oxígeno, como la Tierra. Los laboratorios pagarían buen precio por este hierro. Y Promoción había descubierto un chisme extraordinario, una cosa llamada *tubo Hilsch de alta velocidad*. Sin gastar ninguna clase de energía ni de combustible, se podrían refrigerar las casas de los pioneros, aprovechando los ciclones cálidos de Venus. Era un procedimiento muy simple, descubierto ya en 1943, y que desde entonces no se había usado. Antes de nosotros, nadie lo había tenido en cuenta, porque nadie había tenido a su disposición vientos de la fuerza y la temperatura que teníamos nosotros.

Tracy Collier, encargado por Promoción de coordinar el proyecto Venus, pretendió explicarme algo acerca de catalizadores capaces de fijar el nitrógeno, y yo saqué en limpio, más o menos esto: que la esponja de platino "sembrada" en Venus, en unión con los relámpagos continuos y terribles, haría "nevar" nitratos y "llover" hidrocarburos, purgando la atmósfera de formaldehidos y amoníaco.

—¿Muy caro? — pregunté cautelosamente.

—Depende de lo que se quiera invertir — respondió —. El platino no se gasta, como usted sabe. Si usa usted un gramo, necesitará un millón de años. Cuanto más platino use, menos tiempo precisará.

No entendí mucho, pero evidentemente eran buenas noticias; de modo que lo palmeé en la espalda y lo despedí.

La sección de Antropología Industrial, en cambio, me desalentó. Ben Winston arguyó:

—No se puede hacer que la gente quiera vivir en una lata de sardinas calentada a vapor. Todos nuestros hábitos están en contra. ¿Quién estará dispuesto a viajar cien millones de kilómetros, para pasar el resto de su vida encerrado en un refugio de hojalata, pudiéndose quedar en la Tierra y tener edificios, ascensores, calles, plazas y todos los espacios abiertos que un hombre puede desear? Lo que ustedes pretenden está contra la naturaleza humana.

Le expliqué todo detalladamente y razoné con él. No sirvió de mucho: siguió hablando del "modo de vida norteamericano" y me señaló los cientos de kilómetros cuadrados de terrazas y azoteas donde hombres y mujeres podían caminar al aire libre, llevando puestos unos simples tapones nasales para eliminar el hollín, en lugar de una pesada escafandra de oxígeno.

Finalmente, me exasperé y grité:

—¿Alguien querrá ir a Venus! ¿Por qué compran, si no, el libro de Jack O'Shea, como lo compran? ¿Por qué los votantes consienten en una asignación de más de mil millones de dólares para construir el cohete? Es una vergüenza que yo los tenga que llevar de una oreja; pero esto es lo que tienen ustedes que hacer: entrevístense con los compradores de los libros de O'Shea; hablen con los que repiten la transmisión televisada de O'Shea, los que llegan antes de tiempo a sus conferencias y se quedan después comentando con los demás. O'Shea está a sueldo nuestro. Sáquenle todo el jugo que puedan. Averigüen cuál es la situación en la colonia de la Luna; qué tipos viven allí. ¿Alguna objeción?

No tuve ninguna.

Esther había hecho maravillas con mis entrevistas, y mi trabajo avanzó



*sigale  
la pista*

Electrizantes historietas de

**COLT el justiciero**

(ilustrada por Carlos Cruz)

**MARK CABOT**

(ilustrada por Vogt)

**INDIO SUAREZ**

(ilustrada por Freixas)

**MISTERIX**

(ilustrada por Zoppi)

**PATRULLA NORTE**

(ilustrada por Solano López)

en el Nuevo Número Gigante de

**super**

**RAYO ROJO**

que aparece el 7 de septiembre

**260 páginas**

**\$ 4.-**

en cada una de las secciones con las que estaba relacionado. Pero Ester no podía leer por mí mi correspondencia; de modo que, al llegar la hora de salida, me encontré con una verdadera montaña. Ester se ofreció a quedarse para ayudarme; pero realmente no había nada que pudiera hacer ella. Le dejé traerme sándwiches y otra taza de café, y la despaché a su casa.

**E** RAN las once pasadas cuando terminé. Me detuve un momento en un barcito del piso quince, que estaba abierto toda la noche: una especie de cajón sin ventanas, donde el café tenía olor a la harina fermentada de donde procedía, y el jamón del sándwich conservaba el gusto a soya. Pero éstos eran solamente inconvenientes pequeños. Los borré fácilmente de mi imaginación cuando, al abrir la puerta de mi departamento, sentí un chiflido y una explosión, y algo vino a estrellarse junto a mi cabeza, contra el marco de la puerta. Me tiré al suelo y lancé un grito. Del lado de afuera de la ventana, una figura colgaba de una cuerda, con un revólver en la mano. Un segundo después, había desaparecido de mi vista.

Cometí la estupidez de asomarme a la ventana, sirviendo de blanco al asesino remolcado por el helicóptero. Me nos mal que la inestabilidad del hombre le dificultaba la puntería para volver a disparar sobre mí.

Sorprendido de mi tranquilidad, llamé por teléfono a la Corporación Metropolitana de Protección Personal.

—¿Es abonado, señor? — preguntó la empleada.

—¡Claro que sí; desde hace seis años! ¡Envíen un hombre inmediatamente!... ¡Manden una patrulla!

—Un momento, por favor. Señor Córtenay... ¿Señor Miguel Córtenay?... ¿Escribiente... de clase estelar?...

—No — le respondí irónicamente, lleno de amargura —; mi profesión es blanco para revólveres. ¿Quiere hacerme el maldito favor de enviar alguien aquí, antes de que el individuo que acaba de disparar contra mí repita la gracia?

—Disculpe, señor Córtenay — dijo la suave e imperturbable voz —. ¿Dice usted que *no es* escribiente, de clase estelar?

Me mordí los labios.

—¡Sí, soy de clase estelar! — admití.

—Muchas gracias... Aquí tengo su ficha ante mi vista. Lo siento mucho, pero su cuota tiene que ser ampliada. Para personas de la clase estelar no aceptamos cuotas ordinarias: requerimos una bonificación especial, a causa de las desavenencias industriales.

Y me dijo una cifra que me puso de punta hasta el último pelo.

Pero no me dejé llevar por la indignación. Al fin y al cabo, ella no era más que un instrumento.

—Gracias — le respondí pesadamente y corté.

Conecté el teléfono con el disco de Programa para los Casos de Agresión, y lo transmití a todas las agencias de protección. Tres o cuatro me rechazaron; pero finalmente conseguí un somnoliento detective privado, que prometió venir a cambio de una suma razonable.

Llegó media hora después; le pagué, y todo lo que conseguí fué que me aburriera con preguntas sin respuesta posible y que buscara impresiones digitales inexistentes. Después de un rato, se retiró, diciendo que trabajaría en el asunto.

Me acosté y traté de dormir, mientras una pregunta irresoluble me daba vueltas en la cabeza. ¿Quién podía tener interés en matar a un inofensivo y humilde técnico en publicidad, como era yo?

#### IV

**M**E armé de coraje y, cruzando el Fówler hall, me dirigí a la oficina de Fówler Schocken. Necesitaba una respuesta. El podía tal vez dármele. También podía arrojarme fuera de la oficina, por impertinente; pero yo necesitaba aquella respuesta.

Parece que no era el momento más oportuno para hacer preguntas a Fówler. Cuando yo estaba por entrar, la puerta de la oficina se abrió como derribada por una explosión, y Tildy Mathis salió echando chispas. Su cara estaba contraída por la emoción. Me miró fijamente; pero estoy dispuesta a jurar que no me reconoció.

—“¡Reescribalo!” — dijo furiosamente —. Me estrujo el corazón para escribir para esa rata canosa, ¿y qué consigo?... “¡Reescribalo! Está bien escrito; pero espero más de usted... Escribalo otra vez”, dice. “Quiero más color; quiero fuerza y hermosura y calor humilde, humano, y éxtasis y todas las emociones tiernas y tristes de su corazón femenino”, dice; “y lo quiero en quince palabras...” ¡Ya le voy yo a dar quince palabras!... — Sollozando, me apartó a un lado —. ¡Sí... le voy a dar a ese viejo melifluo, hiperbólico, paternal, creador de estrellas, devorador de genios, a ese Moloc de...!

El golpe con que se cerró la puerta de la oficina de Tildy me estropeó la mañana. Lo lamenté: pudo haber sido una hermosa mañana.

Me limpié la garganta, golpeé la puerta de la oficina de Fówler, y entré a verlo. En la sonrisa con que me recibió no había la menor señal de su disgusto con Tildy. De hecho, su rostro rosado y sus ojos claros borraron mis sospechas; pero... *habían* disparado contra mí.

—Solamente un minuto, Fówler — le dije —. Querría saber si está usted

haciendo juego fuerte contra la Asociación Taunton.

—Siempre hago juego fuerte — respondió con un guiño —; fuerte, pero limpio.

—Me refiero a un juego muy, muy fuerte, y muy, muy sucio. ¿Por casualidad ha dado usted instrucciones para que disparen contra alguno de sus empleados?

—¡Miguel!... Verdaderamente...

—Se lo pregunto — insistí sin darme engatusar —, porque anoche alguien, suspendido de un helicóptero, hizo fuego contra mí. Y no puedo imaginar ninguna causa fuera de represalias de Taunton.

—Descarte a Taunton — me respondió con seguridad.

Inspiré profundamente.

—Fówler — le dije —, hablando de hombre a hombre: ¿No ha recibido usted ninguna *notificación*? Tal vez me exceda, pero tengo que preguntárselo; pues no se trata solamente de mí, sino del proyecto Venus.

Las mejillas de Fówler perdieron su color de manzana y pude ver en sus ojos que mi cargo y mi clase pesaban en la balanza.

—Miguel — respondió —, te hice clase estelar porque pensé que podías asumir las responsabilidades que lleva consigo. No se trata solamente del trabajo. Sé que lo puedes hacer. Créé que además podías cumplir el código comercial.

Esperé que se explicase mejor.

—Sí, señor — respondí para darle tiempo.

Se sentó y encendió un cigarro Srarr. Después de vacilar exactamente la fracción de segundo que corresponde, me ofreció otro a mí.

—Miguel — dijo entonces —, tú eres muy joven. Hace muy poco tiempo que estás en la clase estelar; pero tienes en tus manos mucho poder. Cinco palabras tuyas, y en el curso de po-

cos meses o semanas, medio millón de consumidores encontrarán que su vida ha cambiado por entero. Esto es poder, Miguel, poder absoluto. Y ya conoces el viejo proverbio: el poder ennoblece, y el poder absoluto ennoblece absolutamente.

—Sí, señor — afirmé.

Yo sabía todos los proverbios antiguos, y también sabía que Fówler respondería por fin a mi pregunta.

—Ah, Miguel — dijo lánguidamente y sacudiendo su cigarro —, tenemos nuestros privilegios, nuestros deberes y nuestros riesgos particulares. No se pueden tener unos sin tener los otros. Si no tuviéramos conflictos comerciales, todo el sistema de compensación y equilibrio se iría al suelo.

—Fówler — le dije con mucho atrevimiento —, usted sabe que no tengo ninguna queja contra el sistema. Funciona, y esto es todo lo que se puede decir. Sé que necesitamos los conflictos comerciales. Y es perfectamente razonable que, si Taunton le notifica que va a tomar medidas contra nosotros, usted tenga que asumir las responsabilidades del código. Por supuesto que usted tampoco puede anunciar públicamente la situación, pues hasta el último empleado correría a esconderse en vez de atender a su trabajo. Pero... tengo en la cabeza el proyecto Venus. Si en vez de retenerlo de memoria, escribiera todos los detalles, el trabajo iría mucho más despacio.

—Por supuesto — asintió.

### Sangre blanca

**Y** tiene existencia bien real! Es la de ciertos peces, pescados en la Antártida, que no tienen glóbulos rojos ni hemoglobina. El oxígeno que necesitan para vivir, está simplemente disuelto en un plasma sanguíneo blanquecino. Un sabio noruego, que ha encontrado trece especies de estos peces, expuso la hipótesis de que se trataría de un fenómeno de adaptación a las aguas muy frías y muy airadas de los mares en que viven.

—Supongamos que le hubieran notificado a usted... y que yo soy el primero al que Taunton elimina... ¿Qué le pasa entonces al proyecto Venus?

—Tienes razón, Miguel — admitió —. Voy a ser sincero: no he recibido ninguna notificación.

—Gracias, Fówler — le dije sinceramente —. Pero me dispararon un tiro. Y aquel accidente en Washington..., quizá no fué un accidente. Taunton no se atreverá a nada sin notificarle a usted, ¿verdad?

—No los he provocado tanto como para eso. De todos modos, ellos no se atreverían a hacer una cosa así. Son vulgares, son perversos, pero saben las reglas del juego. Matar en un conflicto comercial es fechoría. Matar sin notificación es ofensa comercial. ¿No te habrás equivocado de cama una de estas noches, o algo así?

—No — le respondí —. Mi vida es bastante aburrida. Debe de haber sido un error. Pero me alegro de que cualquiera que haya sido no pudiera dar en el blanco.

—También yo, Miguel, también yo. Pero dejemos ya tu vida personal. Tenemos negocios de que hablar. ¿Estuviste con O'Shea?

Fówler no se acordaba ya para nada del atentado.

—Sí. Vendrá a verme hoy. Trabaja conmigo.

—¡Espléndido! Parte de su gloria pasará a Fówler Schocken Asociada,

si jugamos bien nuestras cartas. Y no tengo que explicarte cómo.

Entendí que daba por terminada la entrevista.

JACK O'Shea me esperaba en la sala de recepción de mi oficina. Aquello era una revolución. La mayor parte de las empleadas estaban agolpadas en torno al enano, mientras éste, autoritario y ceñudo, hablaba trepado en un escritorio. Era imposible confundir lo que expresaban las miradas de las muchachas. O'Shea era un enano de noventa centímetros, pero tenía dinero y fama, las dos cosas que nosotros recalamos y recalamos a la población. O'Shea habría podido quedarse con la chica que él quisiera. Me pregunté cuántas habría escogido desde que llegó a la Tierra, envuelto en su halo de gloria.

Nuestra oficina está muy bien disciplinada; pero las chicas no se dispersaron hasta que llamé su atención con un carraspeo.

—Buenos días, Miguel — me saludó O'Shea —. ¿Se te pasó el susto?

—Sí; pero por la noche me dieron otro. Alguien quiso matarme de un tiro.

Le referí lo sucedido. Él me escuchó con solícita atención.

—¿Has pensado en tomar un guardaespaldas? — me preguntó.

—Lo pensé; pero luego he cambiado de idea. Tiene que haber sido un error.

—¿Como lo de la carga del helicóptero en Washington?

Pensé antes de responderle:

—Por favor, Jack, no hablemos más del asunto.

—De acuerdo — respondió con sonrisa radiante —. Ahora, al trabajo... Entre paréntesis, ¿a qué trabajo?

—Primeramente, palabras. Necesitamos palabras sobre Venus, que lleguen a la gente, que la solivianten,

que le hagan meditar sobre la novedad, sobre el espacio, sobre otros mundos; palabras que los dejen un poco insatisfechos con lo que son y un poco esperanzados en lo que podrían ser; palabras que les hagan enorgullecerse de su modo de sentir, en lugar de creerse insensatos; palabras que consigan todo esto y al mismo tiempo les hagan sentirse felices de la existencia de Indústries, Starrzelius Verily y Fówler Schocken Asociada; palabras, en fin, que les hagan sentirse desdichados por la existencia de Producción Universal y de la Asociación Taunton.

Me escuchaba con la boca abierta.

—Estás bromeando — me dijo finalmente.

—No; es que ahora lo ves desde dentro — le respondí simplemente —. Éste es el sistema con que trabajamos. Con este sistema hemos trabajado sobre ti.

—¿De qué me estás hablando?...

—Tienes puestos un traje Starrzelius Verily y un par de zapatos de la misma marca. Quiero decir que estás en nuestro poder. La Starrzelius y la Universal actuaron sobre ti y... elegiste a Starrzelius. Logramos conquistarte. Suavemente, sin que te dieras jamás cuenta de lo que te estaba sucediendo, te convenciste de que los trajes y el calzado Starrzelius tenían algo, y que los trajes y los zapatos Universal no lo tenían.

—Jamás leo anuncios — me dijo desafiante.

Sonreí.

—Eso que acabas de decir indica precisamente que hemos triunfado en toda la línea.

—Te prometo solemnemente — dijo O'Shea — que, no bien llegue a mi hotel, tiro toda mi ropa por el incinerador.

—¿Tus maletas también? ¿Tus maletas Starrzelius?

Pareció desconcertado por un mo-



mento, pero recobró pronto su calma.

—Las maletas también — dijo —, y luego voy al teléfono y encargo a la Universal un equipo completo y sus valijas correspondientes. Y no puedes hacer nada para detenerme.

—¡Jamás se me ocurriría, Jack! Tu decisión significa más negocios futuros para Starrzelius. Te diré lo que te sucedería en ese caso. Te compras un vestuario completo y maletas de Universal. A partir de ese momento, usarás el traje y llevarás las maletas con un vago y sordo descontento, que comenzará a actuar sobre tu libido, porque nuestros anuncios de Starrzelius, aunque digas que nunca los lees, te han convencido de que no es muy varonil cambiar de firma. Tu amor propio se resentirá. En lo profundo de tu alma *sabrás* que no estás usando lo mejor. Tu subconsciente no aguantará mucho tiempo una situación como

ésta. Descubrirás que *pierdes* con tu equipo Universal. Tus pies se engancharán *accidentalmente* en las vueltas de tus pantalones Universal. Te encontrarás con que sin querer has cargado en exceso tus valijas, y maldecirás porque no son más grandes. Y, después de todo esto, un buen día entrarás en una tienda y, en un momento de amnesia que te borrará esta conversación, volverás a comprar Starrzelius. Eres nuestro otra vez.

O'Shea rió dudando.

—¿Y todo eso lo consiguen con palabras? — preguntó.

—Con palabras e imágenes. La vista y el sonido y el olor y el gusto y el tacto. Pero la más importante fuerza de todas es la de la palabra. ¿Sueles leer poesía?

—¡No, Dios santo! ¿Quién la aguenta?

—No me refiero a los contemporáneos, sino a los grandes líricos, Keats, Swinburne...

—Solía hacerlo — admitió cautamente —. ¿Por qué?...

—Voy a pedirte que pases la mañana con uno de los poetas líricos más grandes del mundo: una chica llamada Tildy Mathis. Ella no sabe que es poetisa; cree que es mecanógrafa. No se lo digas. La harías sufrir mucho. "*Tú, novia aún intacta de la quietud, — tú, hija adoptiva del Silencio y del Tiempo tardó...*") Estas son las cosas que hubiera escrito ella antes del auge de la propaganda comercial. La correlación es perfectamente clara: sube la publicidad, baja la poesía lírica. Hay demasiadas personas capaces de unir, unas con otras, palabras que estimulen, conmuevan y canten. Cuando se hizo posible ganar buenos sueldos ejerciendo esta capacidad, la poesía lírica quedó reservada a los botarates, que tienen que gritar para llamar la atención y rivalizar en excelsitud.

—¿Y por qué me cuentas todo eso? — preguntó Jack.

—Ya te he dicho que ahora tú estás adentro, Jack. Hay una responsabilidad inherente al poder. En nuestra profesión llegamos a lo profundo de las almas de hombres y mujeres. Y lo hacemos tomando las inteligencias y... reorientándolas. Nadie puede jugar con las vidas ajenas como lo hacemos nosotros, si no está movido por el más alto ideal.

—Ya te entiendo — me dijo con voz suave —. No te preocupes por mis motivos. No estoy en esto para conseguir dinero o fama. Lo que me interesa es que la raza humana pueda lograr otra vez dignidad y mayor espacio donde vivir.

—Exactamente — le respondí, asumiendo mi expresión número uno. Pero interiormente estaba alarmado. "El más alto ideal", al que me refería, era las ventas.

Llamé a Tildy con el timbre interior.

—Habla con ella — le dije a O'Shea —. Responde a sus preguntas. Pregúntale a tu vez. Hazla compartir tus experiencias. Y, sin dase cuenta, ella escribirá fragmentos líricos con tus experiencias y llegará al alma y al corazón de los lectores. No te reprimas en absoluto.

—Por cierto que no. Dime, Miguel, ¿crees que ella se reprimirá conmigo?

La expresión en la cara de Jack era la de un pequeño sátiro ansioso.

—Te aseguro que no — le respondí solemnemente.

Todos conocían a Tildy.

**A**QUELLA misma tarde, por primera vez en cuatro meses, Katty me llamó por teléfono.

—¿Te pasa algo? — le pregunté ásperamente —. ¿Puedo servirte de algo?

Ella me respondió con una risita:

—Nada, Miguel; no me pasa nada.

Quería saludarte y agradecerte la hermosa noche que pasamos juntos.

—¿Qué te parece si la repetimos? — le pregunté prestamente.

—¿Puedes venir a cenar esta noche conmigo?

—Por supuesto que sí; por supuesto, por supuesto. ¿Qué color tendrá tu vestido? Quiero regalarte un ramillete de flores naturales.

—¡Oh, Miguel, no hace falta que hagas extravagancias! No estamos de novios ahora... y ya sé que tienes dinero de sobra. Pero hay algo que quiero que traigas.

—Di de qué se trata.

—De Jack O'Shea... ¿Puedes traerlo? En las noticias televisadas de esta mañana vi que estaba en la ciudad. Seguramente estará trabajando contigo...

Con gran desaliento, le respondí:

—Sí, está. Le pregunto y te llamo en seguida. ¿Estás en el hospital?

—Sí. Te agradeceré que lo traigas. Tengo muchas ganas de conocerlo.

O'Shea estaba en la oficina de Tildy.

—¿Estás comprometido para esta noche? — le pregunté.

—¡Hum!, podría estarlo —evidentemente, Jack comenzaba también a conocer a Tildy.

—Te propongo esto: una cena tranquila en casa, con mi mujer y conmigo. Es muy bonita, excelente cocinera, un cirujano de primera fila y muy buena compañera.

—Aceptado.

Llamé, pues, a Katty y le dije que le llevaría al coloso social, alrededor de las siete.

Jack se presentó gruñendo en mi oficina, a eso de las seis. Estaba espantado de Tildy y se felicitaba de haber aceptado mi invitación.

—¿Qué tipo de matrimonio es el tuyo? — me preguntó.

—Condiciona — le respondí con cierta tristeza.

Jack frunció un poco las cejas.

—A lo mejor es porque no estoy acostumbrado, pero ese tipo de arreglos me da dentera.

—También a mí — le respondí —; por lo menos en mi propio caso. Suponiendo que Tildy haya dejado de contártelo, te diré que mi hermosa e inteligente mujer no quiere finalizarlo; no vivimos juntos y, a no ser que yo le haga cambiar de opinión, dentro de cuatro meses todo habrá terminado.

—Tildy no tuvo tiempo de contármelo, por lo visto — respondió —. Y me parece que estás muy preocupado.

Estuve a punto de entregarme a la autocompasión. Llegué casi a mendigar su simpatía. Estuve por decirle todo lo que sufría, cuánto la quería, cómo ella no me daba una oportunidad, cómo yo había intentado cuantos medios se me habían ocurrido y cómo no me había servido de nada. Y de pronto me di cuenta de que estaba hablando con un enano de veinticinco kilos, que, si se casaba, estaría siempre expuesto a convertirse en el juguete indefenso de su mujer, o a caer en el ridículo.

—Muy preocupado, Jack — me limité a responderle —. Si te parece, vamos saliendo.

**K**ATTY estaba más adorable que nunca. Me arrepentí de que me hubiera convencido para no gastar dos días de mi sueldo en comprarle en Cartier un ramillete para el pecho.

Saludó a O'Shea y éste anunció inmediatamente en alta voz:

—Me gustas; no tienes en los ojos ninguna expresión pecaminosa: nada de "verdad que es atractivo"; ni "parece muy rico y desgraciado"; ni "una chica tiene derecho a probarlo todo". En una palabra, yo te gusto por lo que soy, y tú me gustas a mí.

Como ustedes habrán colegido, estaba un poco borracho.

—Le voy a dar una taza de café amargo, señor O'Shea — dijo Katty —. Me he arruinado para comprar salchichas de cerdo auténticas y puré de manzana auténtico, y usted tendrá que hacerles honor.

—¿Café? — respondió —. Nunca. Café para mí, señora. Beber café sería deslealtad a la gran firma Fowler Schocken, con la cual estoy asociado. ¿No es cierto, Miguel?

—Por esta vez, te redimo de compromisos, Jack. Además, Katty no cree que el alcaloide inofensivo que el caféinex contiene sea de veras inofensivo.

Afortunadamente, Katty estaba en el rincón de cocinar cuando dije esto, y no me oyó o pudo fingir que no había oído. Habíamos tenido un terrible combate de cuatro horas sobre este mismo asunto, matizado con epítetos tales como "envenenador de niños", "reformador fanático" y otros más selectos y picantes.

Katty sirvió el café, que contrarrestó el estado peligroso de O'Shea. La cena fué maravillosa. Al terminarla, todos nos sentimos cómodos y tranquilos.

—¿Usted ha estado en la Luna? — preguntó Katty a O'Shea.

—Todavía no. Iré uno de estos días.

—No vale la pena — respondió —. Es perder el tiempo. Es uno de los negocios más inseguros y estancados. Supongo que lo mantenemos solamente para recoger experiencias y preparar mejor el proyecto Venus. ¡Unos cuantos

miles de personas cavando en las minas, y nada más.

—Con permiso — dijo O'Shea, y salió un momento.

Aproveché la ocasión.

—Katty querida — dije —, has sido muy amable invitándome... ¿Significa algo tu invitación?

Ella frotó la yema del pulgar derecho contra la del índice, y comprendí que todo lo que diría a partir de ese momento iba a ser mentira.

—Podría ser, Miguel; pero tienes que darme tiempo.

Perdí la cabeza y lancé mi arma secreta.

—Estás mintiendo — le dije con enojo —. Siempre haces así cuando me mientes. No sé qué harás con los demás.

Le mostraba cuál era su gesto, y ella se rió.

—Confesión por confesión — me dijo —, tú siempre retienes el aliento y me miras a los ojos, cuando mientes. Y tampoco sé lo que harás con tus clientes y compañeros de trabajo...

O'Shea entró en ese momento y sintió la tensión que se había creado.

—Se me hace tarde — dijo —. ¿Vienes conmigo, Miguel?

Katty asintió con un gesto, y yo respondí:

—Sí.

En la puerta tuvieron lugar los cumplimientos usuales. Katty me dió un beso de despedida. Fué largo, cálido y sostenido: un beso más apropiado pa-

## Atomos y deporte

**E**L gobierno noruego ha encontrado una forma bastante astuta de financiar sus investigaciones atómicas: ha instaurado el monopolio del Estado en las apuestas sobre los partidos de fútbol. De las jugosas ganancias que produce este "negocio", una tercera parte se dedica a fomentar el deporte (razones no faltan), y el resto a la ciencia. Para apreciar la eficacia del método, baste decir que en cinco años se obtuvieron tres mil millones de coronas noruegas para la investigación.

ra comenzar la noche que para terminarla. Sentí que su pulso se alteraba; pero cerró fríamente la puerta.

—¿No has vuelto a pensar en el guardaespaldas? —me preguntó O'Shea.

—Me tomaron por otro —insistí.

—Vamos hasta tu casa a tomar una copa —propuso ingenuamente.

La situación era casi patética: Jack, con sus noventa centímetros de estatura, quería ser mi guardaespaldas.

—Perfectamente —le respondí, y tomamos el subterráneo.

El entró primero en la habitación y encendió la luz. No pasó nada. Se sirvió un whisky con mucha soda. Mientras lo saboreaba, revisó las ventanas: fallebas, bisagras y demás detalles.

—Esa silla quedaría mejor allí —dijo.

“Allí”, por supuesto, era fuera de la línea de fuego de la ventana. La corrí.

—Ten cuidado, Miguel —me recomendó al irse—. Si algo te pasa, tu encantadora mujer y tus amigos te echarán mucho de menos.

Lo único que sucedió fué que al levantar la cama me golpeé en la barbilla, como me había sucedido ya otras veces. Hasta la misma Katty, con sus movimientos pulcros y comedidos de cirujano, llevaba las cicatrices correspondientes a la vida cotidiana en un departamento urbano. Uno levanta la cama al acostarse, la baja al levantarse; levanta la mesa para desayunar, la vuelve a bajar para irse a la calle... “No es raro que algunas personas de pocos alcances suspiren por los tiempos pasados”, reflexioné al acostarme.

## V

TODO estaba en marcha una semana después. Libre de Rúnstead, que seguía dedicado por completo a la querrela entre el NoEmb y el I. A. G., pude tomar realmente las riendas. Tildy estaba preparando los textos

con sus ayudantes, muchachos temperamentales éstos; unas veces escribiendo una sola línea en todo el día, en medio de angustias de muerte; otras veces llenando página tras página, con los ojos inflamados, como si estuvieran poseídos. Tildy dirigía y coordinaba lo que ellos hacían y me pasaba a mí los materiales mejores: guiones para audiciones de nueve minutos, libretos para radio, artículos para revistas, noticias, leyendas para los anuncios gráficos, consignas para las campañas de rumores, chistes (púlicos y de los otros) para esparcirlos por todo el continente.

El departamento visual trabajaba a toda máquina. Los maquilladores y cameramen se divertían imaginando y filmando un planeta entero.

El departamento técnico seguía sacando conejos de sombreros vacíos. Cóllyer me explicó, en cierta ocasión en que yo le insinué que podría estar pecando de exceso de optimismo:

—Es la *energía*, señor Cúrtenay. Venus tiene *energía*. Está más cerca del Sol. El Sol vierte toda su energía en el planeta, bajo la forma de calor, moléculas energéticas y partículas de alta velocidad. Aquí, en la Tierra, no tenemos una cantidad semejante de energía aprovechable. Usamos molinos de viento, para aprovechar la energía cinética de la atmósfera. En Venus podremos usar *turbinas*. Si necesitamos electricidad en Venus, no hace falta más que armar un acumulador, conectarlo a un pararrayos y salir corriendo. Es una medida completamente diferente.

Las secciones de Investigación de Mercados y de Antropología Industrial estaban trabajando en la zona de San Diego, poniendo a prueba los escritos de Tildy, las imágenes del departamento visual, extrapolando e interpolando los resultados. Yo tenía comunicación directa con el escritorio de Ham

Harris, asistente de Rúnstead, en San Diego.

Un día de los típicos comenzaba con una reunión de la Sección Venus: introducción a mi cargo, informes de cada cual sobre los progresos logrados, críticas y sugerencias interdepartamentales. Harris, por teléfono, sugería, por ejemplo, a Tildy que “atmósfera serena” no servía como tema para sus frases y que necesitaba una lista de expresiones equivalentes. O Tildy preguntaba a Cóllyer si podía decir “arenas de topacio”, en un artículo, para insinuar que Venus rebosaba de piedras preciosas o semipreciosas, no explotadas. O Cóllyer sugería a los de Visual que era necesario dar un tono más rojizo a la atmósfera en una de las películas. O intervenía yo para decirle a Cóllyer que en aquello había licencia permisible.

Después de terminada la reunión, cada cual se marchaba a trabajar en lo suyo, y yo pasaba el día interpretando mis directivas a las distintas secciones de trabajo. Antes de terminar el día, teníamos otra reunión dedicada a algún tema específico, como la integración de los productos Starrzelius en la economía de Venus; o el nivel de ingresos de los futuros colonos de Venus, para que su poder adquisitivo llegara al máximo, treinta años después del desembarco.

Y luego comenzaba lo mejor de la jornada. Katty y yo nos veíamos a menudo. Nuestras relaciones se estaban estabilizando. Seguíamos bajo techos diferentes, pero yo estaba lleno de confianza en que esta situación no duraría mucho. Algunas veces la invitaba yo; otras me invitaba ella. Nos limitábamos a salir y a divertirnos comiendo bien, bebiendo bien y sintiendo que éramos dos personas elegantes que disfrutaban de la vida. No hablábamos demasiado en serio. Ella no proponía los temas ni yo la incitaba a que lo

hiciese. Mi táctica era dejar que el tiempo trabajara en mi favor. Jack O'Shea salió con nosotros una vez, antes de ir a Miami para dar una conferencia, y esto también me resultó agradable. Éramos una pareja elegante y bien vestida, en posición tan importante que podíamos invitar a la mayor celebridad mundial.

Después de una semana de adelantos sólidos y satisfactorios, le dije a Katty que ya era hora de que yo visitara las instalaciones descentralizadas: la planta de construcción del cohete en el desierto de Arizona y la zona de pruebas de San Diego.

—Magnífico —respondió—. ¿Me llevas contigo?

Su interés me llenó de alegría: cada vez estaba más cerca de mí.

LA visita al cohete era de rutina. Yo había destacado allí dos empleados para que sirvieran de enlace con el Ministerio de Guerra, la Republic Aviation, los laboratorios de la Bell Telephone y la U. S. Steel, organismos que de un modo u otro intervenían en la construcción del cohete. Nos guiaron a Katty y a mí a través del cohete, explicándonos todo con una salmodia de cicerone: “Vasto comparación de acero”... Más metros cúbicos que un rascacielos mediano de Nueva York... Circuito cerrado de regeneración de alimentos, agua y aire... Un tercio para los motores, un tercio para vivienda, un tercio para carga... Hevicos pioneros... Aislación... Bombas de calor desde el lado del sol al lado de la sombra... Un esfuerzo industrial sin precedentes... Sacrificio nacional... Seguridad nacional...”

Lo que más me impresionó no fué el cohete mismo, sino la zona despejada a su alrededor. En dos kilómetros a la redonda, el terreno había sido limpiado por completo: ni piletas para cultivos hidropónicos, ni tanques para

alimentos, ni pantallas para captar la luz solar; en parte por seguridad, en parte por las radiaciones. La arena brillante, cortada por los caños de riego, tenía un aspecto extraño. Probablemente no existía un espectáculo comparable a éste en toda Norteamérica. Perturbaba mis ojos. Durante años no había tenido delante un espacio abierto de más de diez metros.

—¡Qué extraño! —me dijo Katty—. ¿Podemos pasear por allí?

—Lo siento mucho, doctora Nevin —dijo uno de los hombres de enlace—. Está prohibido: los guardias de las torres tienen orden de disparar contra cualquiera que pase la línea.

—Haga que cambien la consigna —le ordené—. La doctora y yo queremos dar un paseo.

—Por supuesto, señor Córtenay —dijo el hombre muy azorado—. Trataré de conseguirlo, pero tardará un poco. Tengo que arreglarlo con la C. I. C., el Servicio de Informaciones Navales, la C. I. A., el F. B. I., el Servicio de Informaciones y Seguridad de la A. E. C. . . .

Miré a Katty y ella se encogió de hombros con gracioso gesto de desaliento.

—No vale la pena —respondí al hombre de enlace.

—¡Gracias a Dios! —suspiró—. Disculpeme, señor Córtenay. Nunca se ha hecho anteriormente, de modo que no están preparados los trámites. Y usted sabe lo que significa eso.

—Por cierto que sí —le respondí con toda sinceridad—. Dígame, ¿han servido de algo las medidas de seguridad?

—Hasta el momento no ha habido ningún caso de espionaje o sabotaje, ni de potencias extranjeras ni de los cónser.

Al decir esto, golpeó solemnemente con un nudillo de la mano derecha en un hermoso anillo de compromiso, de madera de roble, que tenía en el ter-

cer dedo de la mano izquierda. Mentalmente anoté que debía investigar sus fuentes de ingresos y sus gastos, porque era raro que un hombre de su sueldo comprase joyas de esa calidad.

—¿Los cónser están interesados? —pregunté.

—¿Cómo saberlo? La C. I. C., la C. I. A. y el Servicio de Informaciones y Seguridad de la A. E. C. dicen que sí; el Servicio de Informaciones Navales, el F. B. I. y la S. S. dicen que no. ¿Quiere que le presente al comandante MacDónald? Es el jefe de la O. N. I. aquí: un gran especialista en cónser.

—¿Te gustaría conocer un especialista en cónser? —pregunté a Katty.

—Si tenemos tiempo, sí.

—Si es necesario, puedo hacer que demoren la salida del cohete de ustedes —dijo, muy solícito, el hombre de enlace, esforzándose por borrar el fracaso con los guardias de las torres.

Nos guió, a través del laberinto de cobertizos y depósitos, hasta el edificio de la administración. Allí, después de pasar por siete puestos de control, nos llevó a la oficina del comandante.

MacDónald es uno de esos oficiales de carrera que le hacen a uno sentirse satisfecho de ser ciudadano norteamericano. Un hombre sereno, competente, fuerte. Por su insignia y sus charreteras pude ver que era especialista contratado, experto en informaciones, que cumplía su tercer término de cinco años y procedía de la Agencia de Detectives Pinkerton. Era un profesional: llevaba el anillo de la clase de la Escuela para Graduados de Detección e Informaciones Militares de Pinkerton, S. A. La insignia consiste en un pino con un ojo abierto grabado en él. Es como una marca de fábrica: le asegura a uno que está tratando con un experto de calidad.

—¿Así que quiere oír algo sobre los cónser? Pues yo soy el indicado. He consagrado mi vida a combatirlos.

—¿Alguna cuestión personal, comandante? —le pregunté, creyendo que oíría algo melodramático.

—No; a lo sumo, el viejo amor propio profesional. Me gusta también la emoción de la caza; pero hay pocas oportunidades. El modo de combatir a los cónser es ponerles trampas. ¿Oyó algo de la bomba de Topeka? Por supuesto, yo no debería hablar mal de la competencia; pero los guardias debieron darse cuenta de que aquello era un escenario para los cónser.

—¿Y por qué, comandante? —preguntó Katty.

—Olfato —respondió con aire de sabiduría—: eso que es imposible expresar en palabras. Los cónser no simpatizan con las excavadoras hidráulicas. Déles una oportunidad de mostrar su desagrado, y la utilizarán si pueden.

Pero ¿por qué no les gustan las minas? Tenemos que contar con carbón y con hierro, ¿no es verdad?

—Bueno, usted me pide que me ponga dentro de la cabeza de un cónser. Los he tenido hasta seis horas en interrogatorio y nunca me han dicho nada con sentido común. Si logro tomar al cónser de Topeka, por ejemplo, puedo asegurarle que hablará de muy buena gana; pero todo lo que diga será incomprendible. Me dirá que las excavaciones hidráulicas destruyen el humus. Yo le responderé: "Efectivamente es así, pero ¿qué importancia tiene?" El dirá: "¿Y no se da cuenta?" "¿De qué?", le responderé yo. El me dirá que el humus nunca puede ser reemplazado. Yo le diré que, si es necesario, sí puede ser reemplazado, y que de todos modos los cultivos hidropónicos son suficientes. Entonces me responderá que los cultivos hidropónicos no proporcionan alimento para los animales, y así seguiremos dando vueltas. Siempre terminaremos anunciándome él que el mundo se va al infierno y que hay que hacer que la gente lo advierta,

y respondiéndole yo que hasta ahora siempre nos hemos arreglado de un modo u otro para seguir viviendo y que lo mismo continuará ocurriendo en el futuro.

Katty rió incrédula, y el comandante prosiguió:

—Son dementes, pero son aguantedores. Tienen un sistema celular. Si uno echa la mano a un cónser, seguramente toma también a los otros dos o tres que forman parte de la célula; pero es casi imposible conseguir alguno más. No hay contactos laterales entre las células, y los contactos verticales: siempre se hacen mediante hombres de enlace. Sí, creo que los conozco, y por eso no temo que haya sabotaje o demostraciones aquí. No es algo que les interese.

**K**ATTY y yo nos acomodamos en los asientos del cohete, para mirar los films de propaganda comercial proyectados ante nuestros ojos.

De pronto, cesaron los avisos comerciales y en su lugar apareció este anuncio, acompañado de efectos sónicos:

"En cumplimiento de las leyes federales, se avisa a los pasajeros: que están pasando sobre territorio expuesto a terremotos y que todas las cláusulas referentes a protección y compensación por terremotos, de los seguros que puedan llevar consigo, quedan canceladas a partir de este momento y se mantendrán anuladas hasta que el cohete haya salido de la zona expuesta a los terremotos." Después de este aviso, prosiguió el desfile de anuncios comerciales.

—Y supongo —dijo Katty— que en letra chica advertirá que los seguros contra mordeduras de yak sirven en todas partes menos en el Tíbet.

—¿Seguros contra mordeduras de yak? —pregunté atónito—. ¿Y para qué diablos quieres una póliza así?

—Uno nunca sabe cuándo se va a

encontrar con un yak mal domado, ¿no te parece?

—Veo que estás bromeando —le respondí con dignidad—. Faltan pocos minutos para aterrizar. Quiero hacer una visita, sin anunciarme, a Ham Harris. Es una buena persona; pero Rúnstead puede haberle contagiado su derrotismo. Y en nuestra profesión no hay nada peor.

—Si me dejas, te acompañaré.

Nos asomamos a las ventanillas, como si fuéramos turistas, cuando el cohete entró en la zona de San Diego y comenzó a dar monótonas vueltas esperando que desde la torre de tránsito le dieran la señal para aterrizar. Katty nunca había estado allí. Yo sí; pero siempre hay algo nuevo que ver, porque continuamente están derribando edificios viejos y levantando otros en su lugar. ¡Y qué edificios! Más bien que edificios son algo semejante a tiendas de campaña de material plástico o a esqueletos del mismo material. Este tipo de construcción significa que ceden y se bambolean cuando un terremoto sacude el sur de California, en vez de agrietarse y desmoronarse. Si el temblor es muy fuerte y el esqueleto se quiebra, ¿qué se ha perdido? Solamente algunas láminas de plástico que se resquebrajan siguiendo las estrías y algunos trozos de estructura plástica, que muchas veces se pueden volver a aprovechar.

Desde el punto de vista de la economía continental, es también una buena idea no insistir en construcciones costosas al sur de California. Des-

de que comenzaron las pruebas de las bombas atómicas en la falla geológica de San Andreas, es muy posible que, un buen día, toda la zona se deslice serenamente en el Pacífico. Pero cuando la miramos desde nuestro cohete, estaba todavía en su lugar, y como cualquier otro turista, nos tranquilizamos pensando que seguiría estándolo mientras durase nuestra visita. En tiempos pasados había cierto pánico cuando los terremotos eran casi diarios; pero yo lo atribuyo al antiguo método de construcción, que se desplomaba en grandes bloques. Poco a poco, los habitantes se acostumbraron y, como buenos californianos del sur, hasta se sienten orgullosos. A poco que se los provoque, citarán interminables estadísticas para demostrar que hay más riesgo de morir electrocutado por un rayo, o aplastado por un aerolito, que en uno de sus terremotos.

Conseguimos un coche rápido de tres hombre, para que nos transportara hasta el edificio de la sucursal de Fowler Schocken Asociada. Mi desconfianza en el trabajo de Investigación de Mercados se extendía hasta la posibilidad de que Ham Harris tuviera apostado un espía en el aeródromo para que le avisara de mi llegada y tuviera así tiempo de prepararse para una inspección. Y esto sería peor que inútil.

La empleada en la mesa de entradas confirmó mis sospechas: no conocía mi cara ni mi nombre cuando se lo dije. Me contestó perezosamente:

—Voy a ver si el señor Harris está ocupado, señor Connolly.

### Comiendo árboles

ESTE puede ser el porvenir de la humanidad si la química continúa haciendo maravillas. Ahora ha conseguido obtener diversas clases de azúcares, a partir de la corteza de los árboles o del aserrín de los aserraderos. Hasta ahora, algunos de ellos han dado buen resultado para la alimentación del ganado. Será cuestión de probar...

## ¿En qué época le gustaría vivir? ¿Qué mundos le gustaría visitar?

¡Qué problema!... Al elegir una época o un mundo se eliminan todas las demás posibilidades.

¡Pero usted puede vivir en cualquier época, desde el comienzo del mundo hasta el fin de la historia!

¡Usted puede visitar cualquier planeta hasta los límites del Universo!

¿Cómo?

Leyendo **más allá** naturalmente.

Con \$ 6.— usted podrá comprar su pasaje mensual a través de todos los tiempos y todos los espacios, y con \$ 60.— su viaje durará un año...

SUSCRIPCIONES: En la Rep. Argentina: \$ 60 al año.

**Más allá**

AV. ALEM 884  
BUENOS AIRES

Deseo suscribirme por un año a **MÁS ALLÁ**. Adjunto cheque o giro postal por \$ 60.

Nombre .....

Dirección .....

.....

(ESCRIBIR CLARO)

MÁS ALLÁ

—Señor Cúrtenay, señorita. Y soy el patrón del señor Harris.

Katty y yo entramos a las oficinas para encontramos con una escena de pereza y abandono que me puso los pelos de punta.

Harris, sin chaqueta, jugaba a las cartas con dos empleados jóvenes. Dos más estaban absortos, con los ojos como de cristal, delante de un aparato de hipnotelevisión. Evidentemente estaban en estado de trance. Otro manejaba lánguidamente con un dedo una máquina de calcular.

—¡Harris! —troné.

Todos, excepto los dos hombres que estaban en trance, se quedaron boquiabiertos. Me acerqué al hipnotelevisor y lo apagué. Los dos salieron del trance, con aire despavorido.

—Se..., se..., señor Cúrtenay —dijo Harris—, no esperábamos...

—No hace falta que me lo diga. Ustedes, sigan trabajando. Harris, pasemos a su oficina.

Katty, sin llamar la atención, nos siguió.

—Harris —dije—, el trabajo bien hecho excusa muchas cosas, y usted ha trabajado siempre muy bien. Ahora estoy desconcertado, muy desconcertado, por la atmósfera que reina aquí; pero todo esto puede corregirse.

Sonó el teléfono, y lo atendí yo.

Una voz dijo con excitación.

—¿Ham?... Llegó el hombre. Date prisa. Ha tomado un coche de tres.

—Gracias —le respondí, y colgué—. Es su espía del aeropuerto —le dije a Harris, que palideció como un cadáver—. Muéstreme sus planillas de cuentas; los formularios de entrevistas; los códigos; sus gráficos de progreso; los trabajos: todo lo que no quisiera que yo viese. ¡Sáquelos, rápido!

Permaneció un larguísimo rato frente a mí, sin decir palabra, y finalmente respondió:

—No hay nada.

—¿Qué tiene entonces para mostrarme?

—Resultados. Coordinaciones —murmuró.

—¿Arreglijos, imposturas, quiere decir; como las que nos ha estado pasando por teléfono?

Asintió. Su rostro estaba demudado.

—¿Cómo pudo hacer eso, Harris? ¿Cómo pudo hacerlo?

Dejó escapar un confuso torrente de palabras. No había tenido intención. Era su primer trabajo independiente. Tal vez era que él no servía. Había tratado de mantener en línea al personal subordinado; pero ellos habían captado la inseguridad del jefe, y a él le había sido imposible contenerlos. Su tono de humildad cambió de pronto. Expresó que aquello no tenía importancia: al fin y al cabo era trabajo preliminar, papeleo... La opinión de uno vale tanto como la de cualquiera. ¿Qué importaba que él se hubiera dejado estar? Hay muchísimos otros que se dejan estar, y sin embargo las cosas salen bien.

—No —le respondí—; está usted equivocado y debe reconocer que está equivocado. La publicidad es un arte, pero depende de las ciencias de la experimentación, comprobaciones zonales, encuestas de los consumidores. Usted ha destruido las bases de nuestro trabajo. Salvaremos lo que se pueda y comenzaremos de nuevo.

Al oír esto, hizo un débil intento de recobrar terreno.

—Será perder el tiempo, señor Cúrtenay. Yo he trabajado con el señor Rúnstead mucho tiempo. Sé lo que piensa, y es persona tan importante como usted. El dice que todo este papeleo no es nada más que pérdida de tiempo y dinero.

Yo conocía bien a Matthew Rúnstead, y tenía de él mejor opinión, como la tenía todo el mundo.

—¿Qué está usted diciendo? ¿Qué

pruebas tiene? ¿Cartas? ¿Anotaciones? ¿Conversaciones grabadas?

—Creo que tengo algo así —respondió, y comenzó a buscar en el escritorio.

Revolvió cartas y anotaciones, y puso durante algunos minutos diversas grabaciones, mientras el desconcierto y el miedo se iban intensificando en su cara. Finalmente dijo:

—No encuentro nada, pero estoy seguro...

Claro que estaba seguro. La forma suprema de nuestro arte consiste en convencer al consumidor sin que se dé cuenta de que está siendo convencido. Este infeliz neurótico había sido adocinado por Rúnstead, quien le había imbuido sus ideas sobre la inutilidad del trabajo científico, y luego lo había introducido en mi proyecto, para que lo anulase desde la base.

—Está despedido, Harris. Váyase y no vuelva. Y le aconsejo que no pierda tiempo buscando trabajo en publicidad, después de esto.

Salí a la oficina general y anuncié:

—Están todos despedidos. Recojan sus enseres y salgan inmediatamente de la oficina. Recibirán el cheque por correo.

Quedaron atónitos. Detrás de mí, Katty murmuró:

—Miguel, ¿estás seguro de que es verdaderamente necesario...?

—Por supuesto que sí. ¿Hubo alguno que denunciara a la oficina central lo que estaba sucediendo? No; se limitaron a aprovecharse y dejar que todo corriera. Es una epidemia.

Ham Harris pasó junto a nosotros, en dirección a la puerta, con el asombro y la decepción grabados en el semblante. Había estado tan seguro de que Rúnstead lo apoyaría. Llevaba su portafolios repleto en una mano, y en la otra el impermeable. Ni siquiera me miró.

Entré en su oficina vacía y descol-

gué el teléfono de comunicación directa con Nueva York.

—¿Ester?... Habla Cúrtenay. Acabo de despedir a toda la sucursal de San Diego. Notifique a la oficina de personal, y que se ocupen de pagarles lo que se les debe. Y comuníqueme con el señor Rúnstead.

Tamborileé con los dedos sobre el escritorio, esperando la respuesta. Por fin dijo Ester:

—Señor Cúrtenay, siento haberle hecho esperar. La secretaria del señor Rúnstead me informa que el señor Rúnstead ha salido para Pequeña América en uno de sus viajes. Dice que terminó el asunto del I. A. G. y que necesitaba tomarse un descanso.

—¡Necesitaba tomarse un descanso! ¡Santo Dios! Ester, consígame un pasaje de Nueva York a Pequeña América y alojamiento allí. Tomo el próximo cohete a Nueva York. Quiero combinar ahí con el cohete del polo sur, lo más pronto posible. ¿Entendido?

—Sí, señor Cúrtenay. Colgué y descubrí que Katty me estaba mirando.

—Miguel, yo he venido reprochándote injustamente tu mal carácter. Ahora comprendo de dónde proviene, si éste es uno de tus trabajos típicos.

—Esto no es un trabajo típico: es el peor caso de obstruccionismo flagrante. Pero siempre hay algo de esto. Cada uno se esfuerza por hacer quedar mal a todos los demás. Querida, tengo que correr al aeropuerto y tomar el primer cohete. ¿Quieres venir conmigo?

Katty vaciló.

—¿Te molesta que me quede y haga un poco de turismo?

—No, por supuesto que no. Que te diviertas. Cuando vuelvas a Nueva York, yo estaré allí.

Nos besamos, y salí corriendo. La oficina estaba ya desocupada. Le dije al portero que la cerrase cuando Katty saliera.

Miré desde la calle, y ella me saludó por la ventana del extraño e inestable edificio.

## VI

CUANDO bajé del cohete en Nueva York, Ester me aguardaba al pie de la escala.

—La felicito —le dije—. ¿Cuándo sale el próximo cohete al polo?

—Dentro de doce minutos, en la pista seis. Aquí tiene el pasaje, y un poco de comida por si...

—Muy buena idea —le dije—, porque no tuve tiempo de comer.

Nos dirijimos a la pista número seis, mientras yo iba comiéndome un sándwich de queso regenerado.

—¿Qué novedades hay por la oficina? —le pregunté.

—Hay mucho revuelo porque usted despidió a toda la sucursal de San Diego. La oficina de personal se quejó al señor Schocken, pero él lo apoyó a usted, aproximadamente con fuerza cuatro.

Esto no era demasiado satisfactorio.

Fuerza doce (huracán) hubiera sido un trueno desde su oficina, por el estilo de éste: “¿Cómo se atreven ustedes, chupatintas, a cuestionar la decisión de un miembro del directorio, que trabaja en su propio proyecto? Que no vuelva a suceder...” Y así por el estilo.

Fuerza cuatro (una tormenta en formación, el buque que se retira hacia el puerto) era algo más o menos así: “Caballeros, estoy perfectamente seguro de que el señor Cúrtenay tenía justificadas razones para obrar como obró. Frecuentemente sucede que los trabajadores aislados no tienen ante la vista el cuadro general de nuestra organización...”

Le pregunté a Ester:

—¿La secretaria del señor Rúnstead es una de sus... —iba a decir “que-

ridas”, pero cambié a tiempo la palabra—, una de sus confidentes?

—Está muy próxima a él —respondió Ester con cautela.

—¿Cuál fué su reacción al enterarse del asunto de San Diego?

—Alguien me dijo que se rió hasta desmayarse, señor Cúrtenay.

No insistí en mi encuesta. Averiguar en qué situación estaba yo respecto de los grandes de la organización era legítimo; preguntarle más a Ester, habría sido pedirle que traicionara a sus compañeros. ¡Y no es que falten empleadas que los traicionan!

—Espero estar pronto de vuelta —le dije—. Lo único que quiero es arreglar algunos asuntos con el señor Rúnstead.

—¿Su señora no ha venido?

—No. Ella es médica. Yo tengo que romper en mil pedazos al señor Rúnstead; y si Katty estuviera conmigo, a lo mejor lo compone otra vez.

Ester rió cortésmente y dijo:

—Feliz viaje, señor Cúrtenay.

Estábamos en la plataforma seis.

NO fué un viaje feliz. Fué un viaje lamentable en un cohete de turismo, demasiado chico. Volábamos bajo, y todas las ventanas tenían cristales prismáticos, que siempre me causan mareo. Uno quiere mirar afuera y siempre está mirando abajo. Para colmo de males, los anuncios eran todos de la Asociación Taunton. Mientras uno miraba por la ventana y cuando acababa de convencerse de que su estómago marchaba bien y de que el paisaje que había abajo era muy interesante, ¡zas!, un aviso de Taunton, trivial, recargado de sexualidad, tapaba la ventana, y uno de sus sonnetes estúpidos y machacones resonaba en los oídos.

Cuando llegamos al valle de Arizona, sobrevolábamos una zona interesante, y yo estaba inspeccionando la Planta Eléctrica Número Tres, que es

la represa más grande del mundo, cuando, ¡zas!: un anuncio tan imbécil y con un sonido tan vulgar que tuve que agradecer interiormente a Dios el que me hubiera llevado a trabajar con Fówler Schocken y no con Taunton.

Lo mismo me sucedió al llegar a Tierra del Fuego. Nos apartamos un poco de la ruta, para contemplar los viveros de ballenas, esas grandes extensiones de mar encerradas por verjas que permiten entrar el plancton, pero no dejan salir a las ballenas. Estaba contemplando fascinado como un ballenato mamaba de su madre (parecía una operación de reaprovisionamiento aéreo), cuando el vidrio volvió a opacarse para darnos una nueva dosis de publicidad Taunton:

“Señorita, ¿es éste el perfume que su novio descubre en usted?”

Simultáneamente, entró en acción la emisión de olores, y no pude aguantar más. Tuve que recurrir a mi bolsita, mientras uno de esos coros angelicales y cursis cantaba en tiempo de vals:

“Transpire, transpire, transpire, pero a su amor no fatigue.”

Después un aviso médico, prosaico, imperativo:

“No intente impedir la transpiración. Es un suicidio. Siga este consejo médico: Use un desodorante y no un astringente.”

Y luego otra vez la primera pregunta y las mismas ondas olfativas. Esta vez no me importó: no me quedaba ya nada en el estómago.

Mi compañero de asiento, un consumidor común, vestido con un traje Universal, me contemplaba con cierta sorna.

—¿Le resulta demasiado fuerte? —me preguntó con esa insultante superioridad que las personas propensas a marearse suelen adoptar.

—¡Uf! —le respondí.

—Algunos de estos avisos descomponen a cualquiera —dijo, muy animado por mi brillante respuesta.

Bueno, esto ya no pude tolerarlo.

—¿Qué quiere usted decir exactamente? —le pregunté en seco.

Se asustó.

—Sólo me refiero a que el olor era demasiado fuerte —respondió con rapidez—. El de este aviso, en particular. Nada más. No aludo a la publicidad en general. No tengo nada que decir de ella.

—Mejor para usted —le repliqué y dejé de mirarlo.

Pero mi compañero quedó preocupado.

—Soy una persona discreta, señor. Vengo de una buena familia. Estuve en un buen colegio. Yo también intervengo en la producción. Destilo licores en Filadelfia. Pero sé que los productos hay que venderlos. Distribución. Creación de mercados. Integración vertical. ¿Ve? Soy una persona responsable.

—Bueno —respondí con un gruñido—, tenga entonces cuidado con lo que dice.

Se calló y se acurrucó en su asiento,

## Ojos artificiales

UN cirujano inglés, a un centenar de personas que sufrían de ese oscurecimiento del cristalino del ojo, conocido por el nombre de “catarata”, les ha devuelto la vista mediante la simple colocación de un cristalino de material plástico. Si bien el método no resulta muy satisfactorio en el caso de cataratas en los dos ojos, es muy recomendable cuando hay un solo ojo afectado.

al lado del mío. No fué por gusto por lo que le llamé la atención, sino por principio.

**E**STABAMOS ya volando sobre Pequeña América, aguardando nuestro turno, mientras otros dos cohetes de turismo descendían. Uno de ellos era de la India, y al verlo me emocioné. Aquel cohete, desde el hocico a la cola, había sido fabricado por la Indiatrías. Los tripulantes habían sido preparados por la Indiatrías y eran empleados de la Indiatrías. Los pasajeros, despiertos o dormidos, pagaban tributo a la Indiatrías. Y la Indiatrías paga tributo a Fówler Schoken.

Un tractor nos arrastró dentro de ese inmenso buñuelo plástico de doble pared que es Pequeña América. Había solamente un puesto de seguridad donde nos revisaron. Pequeña América es una exportación invisible, una trampa para atrapar los dólares de todos los turistas del mundo, sin ningún fin militar. Hay, por supuesto, bases polares militares, pero son pequeñas, y están diseminadas y escondidas en el hielo. Un pequeño tractor de torio caliente y produce la energía necesaria. Aun cuando alguna nación desesperada por material fisionable intentara apoderarse de él y lo consiguiera, no se quedaría con nada de verdadero valor.

En el puesto de seguridad pregunté por Rúnstead. El oficial buscó su ficha y me dijo:

—Vino para un viaje de dos días por la compañía de turismo Cook. Está alojado en el III-C-2205.

Sacó un mapa y me indicó lo que esta sigla quería decir: tercer anillo, tercer piso superior, sector 5, cuarto 22.

—No puede usted extraviarse. Si usted lo desea, puedo proporcionarle una habitación cerca, señor Courtenay.

—Muchas gracias. Luego hablaremos de eso.

Me abrí camino, a codazos, a través de multitudes que hablaban en doce lenguas diferentes, hasta llegar al III-C-2205, y toqué el timbre. No respondió nadie.

Un joven de aspecto muy amable me preguntó:

—¿Puedo ayudarlo en algo? Soy Cameron, el director de turismo.

—¿Dónde está el señor Rúnstead? Necesito verlo por un asunto de negocios.

—¡Qué lástima! Los negocios es lo que quisiéramos olvidar aquí. Pero miraré en mi registro, si me espera un momento.

Me condujo a su oficina-dormitorio-baño, situada en el mismo sector, y buscó en un fichero.

—Ascensión al glaciar Starrzelius —dijo—. ¡Caramba! Ha salido solo. Salíó a las siete de la mañana, con un equipo eléctrico con radar y raciones. Tardará unas cinco horas en regresar. ¿Tomó usted ya su alojamiento, señor...?

—Todavía no. Quiero alcanzar a Rúnstead. Es urgente.

Y no mentía. Terminaría por reventarme una arteria si no le ponía cuanto antes las manos encima a Rúnstead.

El director de turismo, algo alarmado, gastó cinco minutos intentando convencerme de que lo mejor para mí era inscribirme en su gira, y que él lo arreglaría *todo*. De lo contrario iría de un lado a otro, tratando de alquilar o comprar todo lo necesario para el equipo, y terminaría por ser rechazado en el puesto de control, sin poder encontrar luego a los que me habían vendido mi equipo y habiendo gastado todo el tiempo de mi vacación. Firmé lo que quiso, y su expresión se volvió radiante. Me dió en el sector un cuarto amplio, casi de tres metros y medio por cinco y medio, si no hubiera sido por que una de las paredes era ligeramente cóncava.

Cinco minutos después me trajo el equipo y me instruyó sobre cómo usarlo.

—Aquí está la batería termoelectrónica. Esta es la única parte del equipo que puede fallar. Si descubre que deja de funcionar, no se preocupe; tome una de estas píldoras narcóticas y quédese tranquilo. Se helará, pero lo recogeremos antes de que los tejidos sufran. Atesela *así*. Aquí tiene las botas. Cáceselas *así*. Los guantes. Póngaselos. El buzo. El bastón. Antiparras para la nieve. El radar. Al salir, dígame al guardián: "Glaciar Starrzelius", y él se lo acomodará. Fíjese; son dos tonos; es muy sencillo: hacia afuera suena *tictic*, y hacia adentro suena *tictic*. El primer tono es ascendente, y el segundo descendente. Acuérdesse: cuando sube al glaciar, el tono *asciende*; cuando baja, el tono *desciende*. Si se encuentra en algún aprieto, aquí está esta palanquita roja. Usted la baja, e inmediatamente el aparato comienza a transmitir para que lo busquen. En quince minutos los aeroplanos estarán sobre usted. Le advierto que tendrá usted que pagar los gastos de la búsqueda y el rescate; de modo que no le aconsejo que recurra a la palanquita solamente para no regresar a pie. Siempre puede descansar un rato, tomar un trago de caefinex y seguir luego. Aquí está el mapa con la ruta. Aquí los barajones, la brújula girostática y las viandas. Señor Courtenay, está usted correctamente equipado. Lo acompañaré al puesto de control.

El equipo no era tan incómodo como parecía. Otras veces he estado más abrigado contra los vientos fríos del lago, en Chicago. Los instrumentos, la batería, el radar y las vituallas estaban bien distribuídos. Los barajones se plegaban en forma de varas con punta de acero para el hielo, y los llevaba en una pequeña mochila a la espalda.

La revisión fué muy cuidadosa.

Comenzaron por mi corazón y prosiguieron controlando una por una de las piezas de mi equipo, con especial insistencia en la batería. Cuando comprobaron que todo estaba en regla, pusieron el radar en dirección al glaciar Starrzelius y me recomendaron cuidadosamente que no me excediera.

Dentro del equipo no hacía frío. Pero abrí un momento la visera de la escafandra y tuve que cerrarla inmediatamente. Cuarenta grados bajo cero, me habían dicho: una cifra que no significaba nada en mi imaginación hasta que asomé la nariz. No necesité los barajones al salir del buñuelo plástico: el suelo era de hielo áspero, y en él mordían los clavos de mis botas. Orienté el mapa con ayuda de la brújula y avancé con esfuerzo por la desolada blancura, en la dirección señalada. De tiempo en tiempo apretaba mi solapa izquierda, rozando la palanca del radar, y oía dentro de la escafandra el sonido confortante y alegre: *tictic, tictic, tictic*...

Encontré un grupo de personas divirtiéndose juntos, y los saludé alegremente al pasar. Parecían chinos o hindúes. ¡Qué aventura para ellos! Sin embargo, como nadadores sobre una balsa, retozaban indiferentes casi a la sombra de Pequeña América. Poco más adelante había otros que jugaban a un juego que yo no conocía. En medio de los lados cortos de una cancha rectangular, estaban colocados dos postes con un tablero, al que estaba fijado un aro rodeado de una red abierta por abajo. El fin del juego era hacer entrar por el aro una pelota bastante grande de silicón. Más lejos, dos instructores vestidos de rojo daban una clase de esquis a un grupo numeroso de alumnos.

La soledad era aterradora, pero... no desagradable. A mis espaldas ya no se divisaba la Pequeña América, ni siquiera del tamaño de una burbuja. Y no me importaba. ¿Sería esto lo que

Jack O'Shea sintió en Venus? ¿Sería por esto por lo que siempre se embrollaba buscando las palabras para descubrir a Venus, y siempre quedaba insatisfecho de las que se le ocurrían?

Mis pies se hundieron en nieve blanda. Me detuve y saqué de la mochila los barajones. Los armé, y después de unos experimentos, aprendí a deslizarme con ellos, lo que me causó un gran placer. Ya no se hundían mis pies; aunque aquello tampoco era el firme andar de una suela contra una superficie sólida, único modo de desplazarse que había conocido durante treinta años.

**S**EGUI el rumbo que me marcaba la brújula, eligiendo como puntos de mira los accidentes del terreno, un monte de hielo de curvas curiosas, la sombra azulada de un pantano de nieve. El radar continuaba certificándome que me mantenía en el buen camino. Me sentía rebosante de orgullo por mi pericia y mi dominio de la naturaleza salvaje. Y al cabo de dos horas me sentí muerto de hambre.

Lo que tenía que hacer era agacharme y abrir una pequeña tienda de silicón para protegerme en ella. Exponiendo cautelosamente mi nariz de tiempo en tiempo, a los pocos minutos sentí que podía afrontar el aire. Engullí vorazmente un caldo autocalentado y tomé una taza de té. Intenté también fumar un cigarrillo. A la segunda chupada, la pequeña tienda estaba llena de humo y yo cegado por las lágrimas. Fastidiado, apagué el cigarrillo bajo la suela de mi zapato, cerré otra vez la escafandra, desarmé la tienda y reinicié la marcha alegremente.

“¡Demonios! —me dije a mí mismo—. Este asunto de Rúnstead es sencillamente una cuestión de diferencia de temperamentos. El no puede ver los espacios abiertos, y yo sí. No hay

mala intención. A él le parece simplemente que Venus es una idea descabellada, porque no concibe que haya gente a la cual pueda interesarle. Todo lo que hace falta es *explicarle*...”

Este argumento, nacido de mi bien-estar actuar, se desmoronó al primer análisis. Rúnstead también había salido a caminar hacia el glaciar Starrzeilius. Si había escogido esta soledad para descansar, era evidente que también él era capaz de captar la inmensidad del espacio. Bueno, de todos modos pronto podría comprobarlo.

...Tictic, tictic...

Saqué el compás y elegí un objeto negro que estaba sobre la ruta que debía seguir. No pude ver qué sería, pero estaba inmóvil y era fácilmente visible. Comencé a correr pesadamente, pero me sentí agobiado y tuve que aflojar. Era un hombre.

Cuando estaba a doscientos metros, el hombre miró con impaciencia su reloj, y yo comencé otra vez a correr torpemente.

—¡Matthew! ¡Matthew Rúnstead!

—El mismo, Miguel —respondió tan secamente como de costumbre—. ¡Qué irritado estás hoy!

Lo examiné lenta y cuidadosamente, mientras estudiaba el modo de iniciar la conversación. Junto a él estaban sus esquís, doblados sobre la nieve.

—¿Qué..., qué...? —tartamudeé.

—Tengo tiempo libre; pero tú ya me has gastado demasiado. Adiós, Miguel.

Mientras yo lo miraba desconcertado, levantó los esquís, los blandió en el aire y los descargó sobre mí. Caí hacia atrás dolorido, desconcertado y ardiendo de rabia. Sentí que Matthew buscaba algo en mi pecho y luego perdí el conocimiento.

Me desperté pensando que había tirado la manta y que hacía demasiado frío para la época en que estábamos. Luego, el azul glacial del cielo antár-

tico hirió mis ojos como si fuera un cuchillo y sentí debajo de mí la nieve desmenuzada. Entonces, era verdad. La cabeza me dolía terriblemente. Tenía frío; demasiado frío. Busqué y descubrí que ya no tenía la pila eléctrica. Ya no habría nada que proporcionase calor a mis vestidos, a mis botas, a mis guantes. Ni energía para alimentar el radar. Completamente inútil dar la señal de socorro.

Me incorporé tambaleándome y sentí que el frío me estrujaba como un torno. En la nieve se veían huellas que se alejaban..., ¿hacia dónde? Eran las huellas de mis barajones. Entumecido, di un paso siguiendo las huellas, y luego otro, y otro.

Las raciones de viandas podía meterlas dentro de mi traje, romper el sello del calor y dejar que me calentasen durante un tiempo al menos. Arrastrándome paso a paso, deliberé: “¿Me detengo y descanso mientras absorbo el calor de las raciones, o sigo caminando? Me hace falta descansar. Me duele la cabeza. Me sentiré mejor si me siento un momento, abro una ración o dos y luego sigo”.

No me senté. Sabía lo que aquello habría significado. Penosamente, un paso detrás de otro, saqué del bolsillo una lata de cafeinex. Los dedos apenas me obedecían. Introduje la lata en mi traje. Mi pulgar no tenía fuerza suficiente para romper el sello, y me dije a mí mismo: “Siéntate un momento y recobra tus fuerzas. Es preciso que no te recuestes, por mucho que lo desees...” Mi pulgar logró levantar el sello, y el calor me produjo una especie de escozor doloroso.

Me sentía embotado. Abrí otras cajas. Después me fué imposible sacar más del bolsillo. Me senté otra vez y me volví a levantar. Me senté de nuevo, sintiéndome culpable por mi flojedad, y diciéndome: “Dentro de un segundo me levanto, por Katty, dentro

de dos segundos, por Katty, dentro de tres segundos, por Katty...”

Pero no me levanté.

## VII

**M**E había quedado dormido en medio de una montaña de hielo; me desperté en medio de un infierno lleno de vibraciones y de ruidos destemplados, lleno de rojo fuego y de demonios de aspecto brutal. Era exactamente el lugar adonde hubiera mandado yo a un empleado de Taunton. Me sentí confundido al ver que yo estaba allí.

La confusión no duró mucho. Uno de los demonios me sacudió violentamente por el hombro y me dijo:

—Ayúdame, marmota. Tengo que doblar mi hamaca.

Mi cabeza se aclaró súbitamente y comprendí que no era un demonio, sino simplemente un consumidor de

**PARA SUS CHICOS...**  
**¡Pídale a su canillita!**



**EN EL REINO LOCO**

aparecerá el lunes 5 de septiembre

SE VENDE TAMBIEN EN LIBRERIAS \$3.-

ínfima categoría, tal vez un enfermero.

—¿Qué pasa? ¿Estamos en Pequeña América? —le pregunté.

—¿De qué hablas? ¿Me ayudas o no?

—Por supuesto que no; soy un escribiente de clase estelar.

Me miró compasivamente y, llevándose el dedo índice a la sien, hizo un gesto expresivo.

—Estás mal de la cabeza —dijo, y desapareció en la oscuridad ruidosa y rojiza.

Me levanté tambaleándome y tomé del brazo a un hombre que pasó junto a mí.

—Discúlpeme... ¿Dónde estamos? ¿En un hospital?

—¡Saca esa mano! —bramó—; si quieres ir al hospital, espera a que aterricemos.

—¿Aterricemos?

—Sí, aterrizar. Dime, muchacho; ¿no te das cuenta de lo que firmaste?

—¿Qué firmé? No, no lo sé. Pero usted se está tomando demasiadas libertades. Soy un escribiente de clase estelar...

La expresión de su rostro cambió.

—¡Ah! —dijo comprensivamente—, yo te lo puedo arreglar. Un minuto, muchacho. En seguida te lo traigo.

Volvió en seguida, efectivamente. Lo que trajo era una pequeña cápsula verde.

—Quinientos solamente —me dijo—. La última que queda. ¿No quieres desembarcar con el ataque? Con esto te arreglas.

—¿Desembarcar dónde? —grité—. ¿Qué pasa? No conozco y no quiero su droga. Dígame dónde estoy, qué es lo que dicen que firmé y yo me arreglaré solo.

Me observó cuidadosamente y respondió:

—Estás mal. ¿Te diste algún golpe en la cabeza? Bueno, estás en el cuadro número seis del Transporte de

Trabajadores *Thomas R. Malthus*. Buen tiempo, no hay viento. Ruta: 273 grados. Velocidad: 300. Destino: Costa Rica. Carga: esclavos piojosos, como tú y yo, para la plantación de la Clorela.

Su tono era una parodia de un oficial de guardia que da cuenta de su aeronave.

—Degradado —me respondió amargamente; miró a la cápsula que tenía en la palma de la mano, y se la tragó—. Pero voy a comenzar otra vez desde abajo —una chispa se encendió en sus ojos—. Voy a introducir métodos



nuevos y más eficientes en las plantaciones. Dentro de una semana seré capataz. Dentro de un mes seré gerente. Y luego voy a comprar la línea Cunard y voy a revestir todos los cohetes con oro legítimo. Solamente primera clase. Para mis pasajeros, sólo lo mejor. Y voy a preparar para ti un camarote imperial, todo revestido de oro. Para mis amigos, lo mejor es poco. Si no te gusta el oro, lo hacemos de platino...

Me escurrí sin que se diera cuenta. Prosiguió chapurreando su letanía. Me alegré de no haber querido probar nunca las drogas. Me acerqué a una mampara y me senté en el suelo descorazonado, apoyándome contra ella. Alguien se sentó junto a mí y me dijo:

—¡Hola! —su voz era sospechosa.

—Hola —le respondí—. Dígame, ¿es cierto que vamos a Costa Rica? ¿Cómo puedo hacer para hablar con un oficial? Todo esto es una equivocación.

—¡Oh! —dijo el hombre—, ¿por qué se preocupa? Viva y deje vivir. Comer, beber y estar alegre, éste es mi lema.

—¡Saqué esas manos de ahí! —le dije.

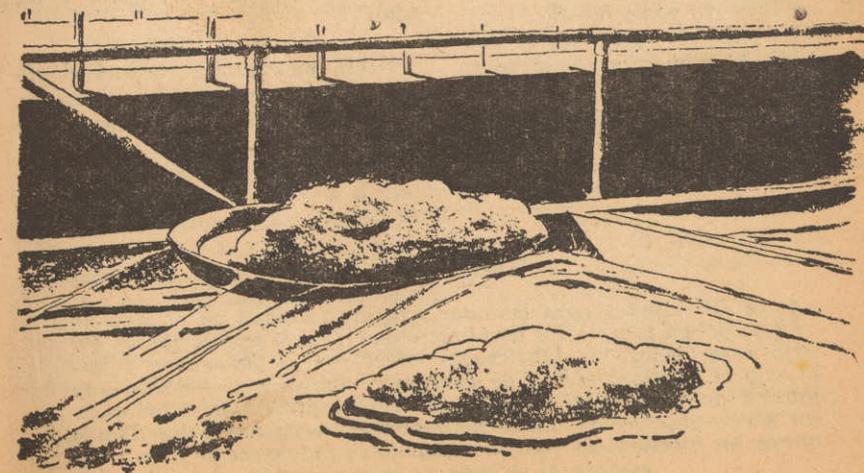
Entonces él comenzó a chillar y a ponerse molesto. Me levanté y me alejé, abriéndome camino entre piernas y torsos.

Se me ocurrió que hasta entonces no había conocido verdaderamente a los consumidores, excepto en los cortos períodos en que me servían. Se me ocurrió que yo siempre les había atribuido un elemento homosexual y que lo había explotado, sin comprender nunca exactamente a qué se reducía en la realidad. Me sentí ansioso por salir de la bodega número seis. Necesitaba volver a Nueva York y averiguar qué juego había hecho Rúnstead y por qué. Necesitaba volver a Katty, a mi amistad con Jack O'Shea y a mi importante trabajo en la Fowler Schocken. Tenía muchas cosas que hacer.

Debajo de una de las luces rojas había una puerta estrecha que decía "Salida de Emergencia". Pensé en los cientos de personas amontonadas en la bodega, pugnando por abrirse camino hacia la puerta, y me estremecí.

—Disculpe, amigo —me dijo alguien con una voz enronquecida—; es mejor que se aparte.

Comenzó a evacuar, y comprendí



que en los cargueros de trabajadores no había instalaciones sanitarias. Abrí la puerta de emergencia y salí al exterior.

—¿Qué le pasa? —gruñó un corpulento detective de la agencia.

—Quiero hablar con algún oficial de a bordo. Me encuentro aquí por un error. Mi nombre es Miguel Cúrtenay. Soy escribiente de la Fówler Schocken; clase estelar...

—Su número —ordenó.

—16-156-187 —le dije, y admito que había orgullo en mi voz. Uno puede perder dinero, salud y amigos, pero nadie puede privarlo de un número bajo de Seguridad Social...

El detective levantó mi manga, con bastante delicadeza. Pero, un segundo después, fui arrojado contra la mampara, con la cara ardiendo por un bofetón.

—¡Vuelva a su lugar! Esto no es un viaje de placer, y no me gusta perder el tiempo.

Miré incrédulo mi antebrazo. El tatuaje decía: "1304-9974-1416-156-187723". Mi número estaba incluído en la nueva cifra; las tintas concordaban perfectamente; la forma de las cifras era apenas distinta, pero nadie que no fuera yo podía notarlo.

—¿Qué espera? —preguntó el policía—. ¿Es la primera vez que ve su número?

—Sí —le respondí serenamente; pero las piernas me temblaban. Estaba asustado, terriblemente asustado.

—Soy Cúrtenay, se lo aseguro. Puedo probarlo. Le puedo pagar...

Busqué en mis bolsillos, pero no encontré el dinero que esperaba. Repentinamente me di cuenta de que estaba usando un astroso traje de la Universal, manchado de comida y de cosas peores.

—Pague —respondió impasible el detective.

—Le pagaré luego —ofrecí—. Consígame alguien con autoridad...

Un elegante alférez de aviación, con uniforme de la Panagra, se asomó al estrecho corredor.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó al policía—. ¿No puede mantener el orden en las bodegas? Ya sabe que su agencia recibe un informe nuestro...

Me ignoró completamente.

—Perdón, señor Kobler —dijo el policía saludándolo—. Este hombre parece estar bajo el efecto de la droga. Salió y comenzó a decirme que es un escribiente de clase estelar, que se encuentra a bordo por un error.

—¡Fíjese en mi número! —grité al alférez.

Su rostro se contrajo al ponerle yo mi antebrazo desnudo delante de la nariz. El detective me agarró y me gritó:

—¡No moleste al alférez!

—¡Un momento! —ordenó el oficial—. Yo me encargo de este asunto. Su número es muy alto, amigo. ¿Qué quiere usted demostrar?

—Que ha sido falsificado —respon-

dí —; le han añadido números delante y detrás. Mi número verdadero es 16-156-187. ¿Lo ve? Detrás y delante las letras son distintas. ¡Es una adulteración!

Reteniendo el aliento, el alférez lo examinó cuidadosamente.

—¡Hum!... No es imposible del todo. Venga conmigo.

El detective se adelantó para abrir una puerta. Parecía asustado.

El alférez me llevó, a través del ruido de los motores, hasta la cabina del comisario de a bordo. Éste era un hombrecillo de rostro astuto, que llevaba el uniforme de la Panagra como si fuera una bolsa.

—¡Muéstrelé el número! —me ordenó el alférez, y miró fijamente al comisario—. ¿Cuáles son los antecedentes de este hombre? —le preguntó.

El comisario colocó una película en el visor y giró el resorte.

—"Número 1304-9974-1416-156-187723 —leyó finalmente —; Groby, Guillermo Jorge; 26 años; soltero; familia arruinada (padre abandonó hogar); balance H-H, varón 1; salud, 2,9; ocupación clase 2 durante siete años; 1,5 durante tres meses; educación, 9; firmó contrato de trabajo, clase B..." Un caso bastante triste, alférez. ¿Hay alguna razón para tenerlo en cuenta de algún modo?

El alférez respondió:

—Dice que es escribiente y que se encuentra aquí por error. Dice que alguien alteró su número. Y habla como si perteneciera a una clase superior.

—¡No haga caso! —respondió el comisario—. Una persona que procede de un hogar arruinado, lee y observa incesantemente para perfeccionarse. Pero fíjese que...

—¡Basta! —grité al hombrecito—. Soy Miguel Cúrtenay. Puedo comprarlo y venderlo a usted sin alterar mis

ahorros. Soy encargado de la Sección Venus de la Fówler Schocken. Exijo que se comunique usted inmediatamente con Nueva York y que termine de una vez esta farsa. ¡Rápido! ¡Rápido!

El alférez pareció alarmado y alargó el brazo para tomar el teléfono; pero el comisario sonrió y le hizo un gesto con la mano.

—¿De modo que usted es Miguel Cúrtenay? —preguntó amablemente, mientras tomaba otra película y la colocaba en el visor.

—¡Miren! —ordenó después de unos instantes. El alférez y yo nos inclinamos para ver.

Era la primera página del *New York Times*. La primera columna contenía la información necrológica de Miguel Cúrtenay, jefe de la Sección Venus de la Fówler Schocken. Me habían encontrado congelado en la ladera del glaciar Starrzelius, cerca de Pequeña América. Se me había descompuesto la batería termoeléctrica. Seguí leyendo, después que el alférez perdió interés. Matthew Rúnstead pasaba a encargarse de la Sección Venus. Yo era una pérdida para mi profesión. Mi esposa, la doctora Nevin, se había negado a recibir a los periodistas. Fówler Schocken hacía un largo elogio de mi personalidad. Yo había sido amigo personal del pionero de Venus, Jack O'Shea, que había manifestado sorpresa y dolor al enterarse de la noticia.

El comisario dijo:

—Conseguí este periódico cuando paramos en El Cabo. ¿Quiere hacer el favor de llevarse a este hijo de perra a la bodega, alférez?

El policía entró, me abofeteó y me dió de puntapiés en el trayecto hasta la bodega número seis.

Al entrar tropecé contra alguien. La oscuridad rojiza era alucinante y el hedor insoportable.

### Aceite polar

**L**as dificultades para levantar una gran ciudad en el polo no se deben tanto a los hombres como a las maquinarias. A 40° bajo cero, todos los lubricantes conocidos se solidifican impidiendo el funcionamiento de cualquier maquinaria. Ha sido una fábrica de relojes la que ha resuelto el problema, fabricando un aceite especial adecuado para temperaturas tan bajas. Desde ahora, los formidables recursos del polo en toda clase de minerales, estarán al alcance de la civilización.

—¿Qué te pasó? — preguntó el que me había tropezado.

—Intenté explicarles quién era... — comencé a decirle, pero me contuve; era inútil insistir —. ¿Qué es lo que nos espera ahora? — le pregunté.

—Aterrizamos. Nos alojan. Trabajamos. ¿Qué contrato tienes?

—Contrato de trabajo B, según me han dicho.

El desconocido silbó enfáticamente.

—Me parece que estás listo.

—¿Qué quiere usted decir?

—No lo sabías, ¿eh? Lo siento por ti. Contrato B son cinco años... para refugiados, desertores y cualquier otro que no tenga más recurso que firmarlo. Hay una cláusula de conducta. A mí me ofrecieron el B; pero les dije que si eso era todo lo que me podían dar, prefería ir a entregarme a los Brinks. Los convencí para que me dieran uno de F. Se ve que necesitan mucha gente. Un año. Y puedo comprar fuera de los almacenes de la compañía, y tengo otras ventajas.

Sentí que la cabeza me iba a estallar, pero me contuve.

—No será tan malo — dije —. Vida de campo, trabajo en la granja, aire libre y sol.

—¡Hum! — respondió el otro por compromiso —. Los productos químicos son peores, creo. Pero las minas son mejores... Ya veremos.

Y se alejó. Yo me dejé vencer por la modorra, en vez de hacer planes como debía.

**N**O hubo ninguna señal que anunciase el aterrizaje. Aterrizamos simplemente, y aterrizamos con violencia. Se abrió una escotilla y entró un violento chorro de deslumbrante luz tropical. Fué como un alfilerazo en los ojos acostumbrados a la lóbrega bodega. El aire que entró no olía a campo, sino a aerosol desinfectante. Me

abrí paso entre las maldiciones de mis compañeros y llegué a la puerta.

—¡Un momento, idiota! — dijo un hombre de rostro endurecido, que llevaba una insignia de policía de la plantación.

Me colocó en el cuello una placa de identificación colgada de un cordel. A todos mis compañeros les pusieron las suyas, y nos alineamos delante de una mesa colocada cerca de la aeronave, que había llegado hasta la sombra misma del edificio de la Clorela. No es fácil describir aquella mole de ochenta pisos: cada uno de ellos era como una bandeja de cemento, abierta por los cuatro costados, y todas eran atravesadas por una estructura prismática que formaba el centro del edificio, donde estaban las oficinas y habitaciones. En torno del edificio, hectáreas de deslumbrante resplandor. Comprendí que éste provenía de los espejos cóncavos que recogían la luz solar para reflejarla en otros espejos opuestos y dirigirla contra los tanques de fotosíntesis. Un espectáculo increíble, desde el aire; el propio infierno visto desde el suelo. En mi mente surgieron las palabras de un aviso: "De las plantaciones bañadas por el sol de Costa Rica, cultivadas por las manos expertas de agricultores independientes y orgullosos de su trabajo, vienen las exquisitas proteínas de la Clorela"... Sí, yo había escrito estas palabras.

—¡Marchen! — ladró un policía de la plantación.

Yo me hice sombra a los ojos, con la mano, y avancé a medida que la fila se desplazaba. Un hombre con anteojos ahumados, sentado a la mesa, me preguntó:

—¿Nombre?

—Miguel Court...

—Éste es el tipo que te dije — intervino la voz del comisario de a bordo.

—Gracias, Groby — dijo el de los anteojos, volviéndose hacia mí —, ya he-

mos tenido otros casos de gente que quiere librarse de un contrato B, y siempre se arrepintieron de haberlo intentado. ¿Sabe por casualidad cuánto es el presupuesto anual de Costa Rica?

—No — murmuré.

—Más o menos ciento ochenta y tres mil millones de dólares. ¿Y sabe cuánto paga de impuestos la Clorela anualmente?

—No.

—Cerca de ciento ochenta mil millones de dólares. De esto, una persona inteligente como usted puede deducir que el gobierno y los tribunales de Costa Rica hacen solamente lo que la Clorela quiere que hagan. Si queremos hacer un escarmiento con alguien que rompa su contrato, ellos se encargarán de hacerlo por nosotros. Esté seguro. Bueno, ¿cómo dice usted que se llama, Groby?

—Groby — respondí.

—¿Primer nombre? ¿Nivel educacional? ¿Balance H-H?

—No lo recuerdo; pero si me lo escribe en un papel, lo aprenderé de memoria.

Oí que el comisario se reía.

—¡Ya lo creo que lo aprenderá! — me dijo.

—Bueno, Groby — dijo el hombre de anteojos oscuros —. Lo pasado, pasado. Aquí tiene su identificación y destino. Todavía vamos a hacer de usted un buen espumador. ¡Marche!

Eché a andar. Un policía de la plantación miró mi destino y rugió:

—Los espumadores, por este lado.

A "este lado" se entraba por el piso bajo del edificio, donde la luz era más cegadora; se pasaba luego por un corredor entre tanques poco profundos y hediondos, y por último, a través de una puerta, a una habitación bien iluminada, que parecía en penumbra después del triple reflejo del sol tropical.

—¿Espumador? — me preguntó un hombre. Parpadeé y asentí—. Yo soy

## ESTE ESPACIO ES SUYO...

...utilícelo para decirnos qué piensa de MAS ALLA. Critique, comente, alabe, sugiera. Si este espacio no le alcanza, agregue una hoja suya. Su carta será contestada y, si expresa puntos de vista originales o temas de interés general, será publicada.

Escriba a

**más allá**

Av. Alem 884 — Buenos Aires

Mullane, el encargado de repartir el personal. Tengo una pregunta que hacerle, Groby. Necesitamos un espumador en el piso sesenta y siete y otro en el piso cuarenta y tres. Dígame francamente, ¿cuál de los dos puestos prefiere? Le advierto que no hay ascensores para los espumadores ni para nadie de la clase 2.

—El piso cuarenta y uno —respondí, tratando de ver en su rostro qué se proponía.

—Muy razonable —dijo—. Muy, muy razonable.

Y se quedó callado un gran rato. Finalmente añadió:

—Me gusta ver que un hombre razonable obra razonablemente.

Otra larga pausa:

—No tengo dinero —le dije.

—No importa —dijo—. Yo le presto. Basta que firme usted este recibo, y el día de pago lo arreglamos. Es un adelanto de cinco dólares.

Leí el recibo y lo firmé. Tuve que mirar otra vez mi tarjeta de identificación: me había olvidado mi nombre de pila. Mullane garabateó un 41 en mi ficha de trabajo y se marchó sin darme los prometidos cinco dólares. No lo seguí.

—Yo soy la señora Hórrocks, la encargada del alojamiento —me dijo dulcemente una mujer con cara de araña venenosa—. Bienvenido a la familia de la Clorela, señor Groby. Espero que pase muchos y felices años con nosotros. Y ahora, a trabajar. El señor Mullane ya le dijo que este montón de pordioseros... quiero decir, este grupo de nuevos contratos, será alojado en el piso 41. Mi obligación es que usted viva con un grupo de buenos camaradas. Tenemos un camastro vacante en el dormitorio número siete. Todos jóvenes encantadores. Tal vez le guste estar entre personas de sus mismas aficiones...

Entendí a qué se refería y un

trumpí, diciéndole que no tenía interés en el dormitorio siete.

Entonces ella prosiguió alegremente:

—Nos queda también una vacante en el dormitorio doce. Son gente de carácter un poco fuerte; pero un pobre no puede tener muchas pretensiones, ¿no le parece?... Ellos estarán encantados de que un hombre joven y simpático como usted vaya asignado a su dormitorio. ¡Seguro que sí!... Pero, de todos modos, sería mejor que usted llevara una buena navaja o algo por el estilo... ¿Quiere que lo coloque en el dormitorio doce, señor Groby?

—¡No! —respondí—. ¿No puede ofrecerme otra cosa? Y de paso, ¿no podría prestarme cinco dólares hasta el día de pago?

—Lo pondré en el dormitorio diez —dijo rápidamente, garabateando algo en mi ficha—. Y por supuesto que tendré mucho gusto en prestarle lo que necesite. ¿Ha dicho usted que desea diez dólares? Haga el favor de firmar y de poner la impresión digital en este recibo, señor Groby. Muchísimas gracias.

Y se retiró en busca de su próxima víctima.

Un gordo de rostro sanguíneo me tomó de la mano, y dijo con voz ronca:

—Hermano, quiero darte la bienvenida al Sindicato Panamericano de Trabajadores de Cieno Proteínico, filial de la Clorera, Costa Rica. Este folleto te explicará cómo el S. P. T. C. P. protege a los trabajadores contra los innumerables abusos de la patronal en nuestra industria. Tu cuota de ingreso y las restantes se te descuentan automáticamente; pero este valioso folleto es extra.

—¿Y qué es lo peor que me puede pasar si no lo compro?

—Una caída desde muy alto —me respondió, brevemente.

Me prestó cinco dólares para com-

NO me fué necesario subir las escaleras al piso cuarenta y tres. No hay ascensores para los de clase 2, pero hay un montacargas de movimiento continuo que podemos usar. Hace falta un poco de coraje para saltar sobre él y para salir, pues el espacio libre es tan escaso que hay mucho peligro de perder la mitad del cuerpo.

El dormitorio estaba atestado de literas, dispuestas una sobre otra, en tres pisos. Dado que la producción sólo se realizaba durante las horas diurnas, no se usaba el sistema de "cama turnante". Mi camastro era mío durante las veinticuatro horas del día. ¡Menos mal!

Cuando entré en el dormitorio, un viejo de cara triste barría descuidadamente el corredor central.

—¿Nuevo? —me preguntó y miró mi ficha—. Esta es su cama. Me llamo Pine. ¿Sabe espumar?

—No —le respondí—. Dígame, señor Pine, ¿dónde podría yo hablar por teléfono?

—En el salón —dijo haciéndome una señal con el pulgar.

Entré en el salón. Había una cabina telefónica, un gran hipnotizador, proyectores para leer y revistas. Mis dientes rechinaron al ver la cubierta del *Semanario de Taunton*, que emanaba su multicolor fosforescencia desde un anaquel. El teléfono no era gratis, por supuesto.

Volví al dormitorio.

—Señor Pine —le pregunté—, ¿podría usted prestarme unos veinte dólares en efectivo? Tengo que hacer una llamada a larga distancia.

—¿Veinticinco por veinte? —me respondió sin ningún empacho.

—Por supuesto. Lo que usted quiera. Lentamente extendió un recibo; lo firmé y puse mi impresión digital en él. Entonces me dió el dinero, después de haber escarbadado en sus bolsillos, contándole moneda por moneda.

Yo quería llamar a Katty, pero no me atreví. Podía estar en su departamento, podía estar en el hospital... Era fácil que no la encontrase. Marqué en el dial los quince números de Fowler Schocken. Esperé que la operadora me recibiese con el acostumbrado saludo: "Fowler Schocken Asociada. Buenas tardes. Siempre son buenas las tardes para Fowler Schocken Asociada y sus clientes. ¿En qué puedo servirle?" Pero no fué esto lo que oí. El teléfono dijo:

—Su número de prioridad, por favor.

Número de prioridad para llamadas a larga distancia... yo no lo tenía. Una firma necesitaba poseer un crédito de mil millones de dólares y ser rápida en sus pagos, antes de tener un número de prioridad de cuatro cifras. Tan atestadas estaban las líneas de larga distancia en todo el mundo, que ningún particular podía soñar siquiera en tener un número de prioridad, de cualquier número de cifras. Naturalmente, todo esto no me había preocupado cuando yo hacía llamadas a larga distancia desde la Fowler Schocken, con el número de prioridad de la Fowler Schocken. El número de prioridad era uno de los infinitos pequeños lujos sin los cuales debía acostumbrarme a vivir.

### Para hacerse millonario

¿QUIERE usted convertirse en millonario? Aquí le damos una receta muy simple: descubra un yacimiento de uranio, para el gobierno de los Estados Unidos. Según una reciente resolución, esto lo hará acreedor a la bonita suma de tres millones de dólares. ¿Sencillo, verdad?

Colgué lentamente. No me devolvieron el dinero.

Podría escribir muchas cartas... Pensé: "Escríbele a Katty, a Jack O'Shea, a Fowler, a Collier y a Ester. No dejes piedra por mover. Querido jefe: ésta es para anunciarle que su empleado, que usted da por muerto, no lo está, sino que ha sido inexplicablemente traído por contrato a Costa Rica, a la plantación de la Clorela. Haga el favor de sacarme de aquí inmediatamente. Su empleado (firmado) Miguel Córtenay... Y lo mismo a tu mujer y a los demás".

Pero había que pensar en el censor de la compañía.

Regresé al dormitorio, con la mente totalmente confusa. El resto de los ocupantes comenzaban a entrar lentamente.

—¡Uno nuevo! —gritó uno de ellos, señalándome.

—¡Formar el pelotón! —ordenó otro, imitando a un sargento.

No guardo rencor a ninguno de ellos por lo que sucedió después. Era una tradición: algo para romper la monotonía y para imponer su voluntad sobre quien era más desdichado que todos ellos: algo que todos a su vez habían sufrido. Supongo que en el dormitorio siete habría sido una experiencia desagradable y difícil de olvidar, y que en el dormitorio doce yo no habría posiblemente sobrevivido. Los del dormitorio diez eran tan sólo "humoristas". Pagué mi "multa" (más recibos para el día de pago), cargué los bultos y recité el juramento blasfematorio. Luego de lo cual quedé convertido en miembro del dormitorio, por derechos plenos, y como tal fui recibido.

No los acompañé cuando llegó la hora de la cena. Me quedé tendido en la litera, deseando estar tan muerto como el resto del mundo creía que estaba.

ESPUMAR no era un trabajo difícil de aprender. Uno se levantaba al amanecer; engullía, como desayuno, una lonja recién cortada del pollito, bebía una taza de *cafeinex*, se ponía al overol y subía en el cargador a la terraza que le correspondía. Bajo la luz del sol, desde el amanecer hasta el ocaso, uno caminaba alrededor de los tanques plenos, incrustados de algas. Caminaba despacio, cada medio minuto más o menos se encontraba un brote maduro, burbujeante de carbohidratos. Entonces había que sacarlo con la espumadera y tirarlo al pozo, donde lo embalarían o lo transformarían en glucosa para alimentar al pollito, que a su vez sería cortado en rodajas y empaquetado para alimentar a los consumidores repartidos desde Alaska a la Pequeña América. Cada cuarto de hora se podía beber de la cantimplora y tomar una tableta de sal. Cada dos horas se podía conversar cinco minutos. Al ponerse el sol se quitaba uno los overoles y cenaba otra tajada de pollito. Y uno quedaba en libertad: podía hablar, podía leer, podía entrar en trance delante del hipnotelevisor del salón, podía hacer compras, pelearse... o enloquecerse pensando qué podría estar uno haciendo ahora en Nueva York... o irse a dormir.

La mayor parte de las veces, yo me acostaba.

Escribí una cantidad de cartas y procuré dormir lo más posible. El día de pago llegó sorpresivamente. Sólo entonces advertí que habían pasado dos semanas. Quedé debiendo a la Clorera solamente 80 dólares y algunos centavos. Aparte de los préstamos que yo había contraído, estaban: el Fondo de Seguridad Social de los empleados (lo que servía, según pude entrever, para pagar los impuestos de la Clorera Proteínica); la cuota del

sindicato; los impuestos personales; el hospital ("¡Intente conseguirlo y verá!", decían los empleados viejos) y el seguro de vida.

Una de las cosas con que me consolaba, o procuraba consolarme, era el pensamiento de que cuando (nunca dudé que así ocurriría), cuando saliera de allí, sería el hombre de nuestra profesión que más de cerca había convivido con los consumidores. Por supuesto, en la Fowler Schocken tomábamos nuestro personal desde la base, cuando están todavía en edad escolar. Ahora comprendo que nunca se me dió una perspectiva real acerca de las vidas de los consumidores y sus pensamientos. O no se atrevían a confesarse a sí mismos cómo habían sido.

Creo que la propaganda opera en lo inconsciente mucho más intensamente de lo que solemos pensar en nuestra profesión. Muchas veces me sentí molesto al oír que alguien se refería a los anuncios diciendo: "Ahí está ese bodrio". Pero luego me sentía intrigado y satisfecho, al ver que, no obstante esto, penetraban y hacían su efecto de todas maneras. Lo que más me interesaba, por supuesto, era la reacción ante el proyecto Venus. Durante una semana comprobé cómo crecía el entusiasmo entre aquellos hombres que ni jamás irían a Venus, ni reconocerían jamás a nadie de los que hicieran el viaje.

La subsección a cargo de Ben Winston, la de Mentalidad Media, es uno de los grupos de más talento (siempre lo he dicho) en la Fowler Schocken. Sus hombres son, especialmente eficaces en las adivinanzas, sobre todo en las de doble sentido. Y es que los juegos de palabras son ironía y humor elemental. Por otra parte, ¿qué puede haber de más importante en la vida que moldear y canalizar las corrientes más profundas y torrenciales de la vida emocional de los hombres, para que si-

gan la dirección conveniente?... No estoy justificando a esos renegados que hablan sin ton ni son acerca de imaginarios "impulsos de muerte" y los utilizan para fijar en el inconsciente sus consignas publicitarias. No quiero nada con ellos. Eso se lo dejo a los Taunton de nuestra profesión, porque es obsceno e inmoral. Además, a la larga logra solamente reducir el número de los consumidores, supuesto que éstos tomen en serio el asunto.

Mas no hay duda de que asociar un mensaje publicitario a una de las grandes motivaciones primordiales del espíritu humano, es algo que tiene más efectos que el de vender mercaderías: fortalece las motivaciones, las ayuda a salir a la superficie, les proporciona un foco. Y de este modo nos aseguramos de que el incremento anual de los consumidores sea constante y firme, lo que es esencial para nuestra expansión.

Clorela (lo comprobé con satisfacción) se preocupaba asiduamente del bienestar de los trabajadores en este respecto. El régimen incluía un adecuado componente hormonal, y un espléndido salón de recreo en el piso 50, con tres mil camas. La única estipulación exigida por la compañía era que los niños nacidos en la plantación quedasen automáticamente contratados por la Clorela, cuando ambos padres eran empleados de la Clorela y seguían siéndolo al cumplir diez años la criatura.

Pero yo no tenía tiempo para ir al salón de recreo. Estudiaba los engranajes, estudiaba mi ambiente, y esperaba que se presentase la oportunidad. Si la oportunidad no se presentaba pronto por sí misma, tendría que crearla; pero antes me era necesario estudiar y aprender.

Entretanto, mantenía los ojos bien abiertos para observar los resultados de la campaña de Venus. Fué muy bien... durante cierto tiempo. Las tonadillas,

las informaciones publicadas por encargo en las revistas, las canciones alegres, cumplían su propósito.

Luego algo comenzó a andar mal. Hubo un retroceso. Tardé un día en advertirlo y una semana en convenirme de que era verdad. La palabra "Venus" desapareció de las conversaciones habituales. Cuando se mencionaba el cohete, era relacionándolo con detalles como "radiaciones nocivas", "impuestos", "sacrificios".

No era fácil advertir la fisura, y Fówler Schocken, estudiando sus informes diarios de los sumarios de la selección de los informes simplificados de las estadísticas de las tablas del progreso del Proyecto Venus, nunca tendría la oportunidad de poner en duda lo que se le informaba. Pero yo conocía el Proyecto Venus. Y yo sabía qué era lo que estaba ocurriendo.

Matthew Rúnstead había pasado al ataque.

**E**L aristócrata del dormitorio diez era Herrera. Después de diez años al servicio de Clorela, había ascendido (topográficamente, descendido) a trinchador principal. Trabajaba en la gran cripta tibia donde el pollito crecía y era "recortado" por él y sus subordinados. Blandía una especie de cimitarra con la cual, a grandes mandobles, arrancaba grandes lonjas de tejidos, dejando a los trinchadores subalternos, a los empacadores y a sus ayudantes anónimos el trabajo de pesarlo, trozarlo, congelarlo, cocinarlo, condimentarlo, empaquetarlo y despacharlo a la zona a la cual correspondía la cuota de cada día.

El trabajo de Herrera era más que un trabajo de producción: era una válvula de escape. El pollito crecía y crecía, como lo venía haciendo desde décadas. Desde que nació de un trozo de tejido de corazón, no había sabido sino crecer contra un cuerpo extraño

y rodearlo. No sabía otra cosa que crecer y crecer hasta llenar la cripta de concreto en la que estaba encerrado, comprimiendo sus células y luego rompiéndolas. Mientras se lo nutriese, crecería. Herrera se ocupaba de que creciera redondo y compacto, que ningún tejido envejeciera y muriera antes de ser cortado, de que ningún costado fuera desatendido por el otro.

Concorde con esta responsabilidad era la paga que Herrera recibía, y sin embargo no se había casado ni había alquilado un departamento en los pisos superiores del edificio. Hacía excursiones, que eran tema de acalorados debates cuando salía, y que se mencionaban en su presencia sólo con delicada deferencia. Llevaba perennemente consigo la cimitarra, y a veces la afilaba perezosamente con una piedra. Herrera era un hombre al cual yo tenía que conocer. Después de diez años de esa vida, él debía de tener dinero... y yo lo necesitaba.

Yo había penetrado ya la naturaleza de mi contrato B de trabajo. Era imposible terminar de pagar las deudas que se contraían día a día. La libertad en el crédito era la base del sistema, y resultaba irritante que a uno lo obligaran a recurrir a él. Si al fin de semana yo quedaba debiendo diez dólares a Clorela, los intereses compuestos acumulados harían que, al terminar mi contrato, debiera mil cien dólares, y debería seguir trabajando hasta terminar de pagar mi deuda. Y mientras trabajaba se iba acumulando una deuda nueva.

Necesitaba el dinero de Herrera para escapar de las garras de Clorela y regresar a Nueva York; a mi esposa Katty, a la sección Venus, a mi trabajo. Rúnstead estaba haciendo con la sección Venus algo que no me gustaba. Y sólo Dios sabía lo que estaría haciendo Katty, persuadida de que estaba viuda. Me esforcé en no pensar

sobre un caso particular: Jack O'Shea y Katty. El hombrecito se estaba resarcido de las mujeres por todos sus años anteriores de postergación. Hasta los veinticinco años de edad había sido un enanito irrisorio, con algo de grotesco en su expresión, que había logrado a fuerza de testarudez convertirse en un piloto de prueba. A la edad de veintiséis años se encontró convertido en la celebridad número uno del mundo: el primer hombre que había aterrizado en Venus: prácticamente, un semidiós. Tenía a su disposición las mujeres que deseaba. Se decía que, en sus giras de conferencista, estaba batiendo récords. No sé qué habría de verdad; pero no me gustaba su fama, ni su afecto hacia Katty, ni el afecto de Katty hacia él.

**Y** así un día y otro día, levantándome al amanecer, poniéndome el overol, subiendo en el montacargas, espumando una hora tras hora bajo el resplandor intolerable del sol, cenando, bajando al salón y, si podía, conversando con Herrera.

Un día, le dije:

—Muy bien afilada tu cuchilla, Gustavo. Hay dos clases de personas en el mundo: los que cuidan sus herramientas y los que las descuidan.

El me contestó, con una mirada sospechosa bajo sus cejas de azteca:

—Vale la pena hacer bien las cosas. ¿Eres nuevo?

—Sí; la primera vez que firmo contrato. ¿Crees que debo quedarme?

No me entendió.

—Tienes que quedarte. El contrato... Y siguió leyendo su revista en el visor.

Al día siguiente:

—Hola, Gustavo. ¿Cansado?

—Hola, Jorge. Sí, un poco. Diez horas con la cuchilla... Los brazos se cansan.

—Me lo imagino. Espumar es fácil;

pero, ¿de qué me sirve usar la cabeza? —Puede que algún día te asciendan. Bueno, voy a ponerme un rato en trance.

Otro día:

—¿Qué tal, Jorge? ¿Cómo van las cosas?

—No puedo quejarme. Por lo menos me estoy tostando.

—Seguro que sí. Pronto estarás tan negro como yo. ¿Te gustaría?

—¿Por qué no, amigo? —le respondí en español (siempre hablábamos en inglés).

—¡Caramba! ¿Tú hablas español? ¿Dónde lo aprendiste?

—¡No mucho, Gustavo! No sé hablar bien. Unas cuantas palabras nada más. Quisiera saberlo mejor. Uno de estos días, cuando junte unos dólares, iré a la ciudad para conocer a las chicas.

—Todas ellas hablan algo de inglés.

## NUMEROS ANTERIORES

de

### más allá

Para los lectores que deseen completar la colección de la revista, tenemos en depósito una cantidad limitada de ejemplares de los números anteriores, en venta al precio de tapa de \$ 6.— por ejemplar. Pueden obtenerse: adquiriéndolos directamente en las oficinas de la Editorial Abril, Av. Alem 884, 1º piso, Buenos Aires; o remitiéndonos un giro postal por el importe correspondiente a la orden de

**EDITORIAL ABRIL S. R. L.**

Pero, si consigues alguna estable, sería bueno que le hablaras en español. Te lo agradecería.

Y llegó un día memorable y sorprendente.

**Y**O había cobrado. Mi deuda había aumentado ocho dólares. Me atormentaba pensando adónde habría ido a parar mi dinero; pero bien que lo sabía. El trabajo del día había concluído. Yo estaba deshidratado, como era de esperar. Me serví un chorro de limonada fresca, en el bar automático, valiéndome de mi ficha. Veinticinco centavos restados a mi salario. Y como la cantidad de naranjada bas-

taba sólo para tomarle bien el gusto, pero no para saciar la sed, tuve que poner otra ficha . . . , otros veinticinco centavos de menos. La cena había sido escasa, como de costumbre, y al poco tiempo tenía ganas de comer un bocado. Allí estaba el bar, que me daría fácilmente al fiado unos sándwiches. Pero los sándwiches dejaban un gustillo salado, que solamente podía quitarse con otros dos chorros de naranjada: otros cincuenta centavos. Pero la naranjada dejaba cierto amargor que impulsaba a fumar un cigarrillo Starr, y el cigarrillo Starr daba ganas de comer otra vez sándwiches. . . ¿Había calculado Schocken estas reaccio-



nes en cadena, cuando organizó Starrzelius Verily, el primer trust universal?

Y se pagaba el seis por ciento del dinero recibido en préstamo.

Tenía que decidirme pronto. Si no era ahora, luego sería tarde; pues yo ya sentía que mi iniciativa, lo que constituía mi esencia más profunda, decaía minuto tras minuto, moría célula tras célula. Las pequeñas dosis de alcaloide iban entorpeciendo mi voluntad, persuadiéndome de que *las cosas eran así*, y que después de todo no se estaba mal, que siempre quedaba la posibilidad de entrar en trance, o aun de tomar una de las cápsulas ver-



des que circulaban de mano en mano, bajo diferentes nombres. . .

Tenía que ser pronto.

—¿Cómo estás, Gustavo?

Se sentó y me miró con su rostro imperturbable de azteca.

—¿Qué tal amigo Jorge? ¿Quieres fumar?

Me alargó un paquete de cigarrillos. Pero le respondí casi automáticamente:

—Gracias, fumo Starr. Son más sabrosos.

Y automáticamente encendí uno, por supuesto. Me estaba convirtiendo en el tipo de consumidor que siempre consideré como ideal: "Piense en fumar; encienda un Starr. Encienda un Starr; piense en la naranjada; tome un vaso. Tome un vaso; piense en los sándwiches; compre los sándwiches. Compre los sándwiches; piense en fumar; encienda un Starr. Y en cada uno de estos actos recuerde las palabras de aliento que le han sido instiladas por los ojos, por los oídos, por cada poro".

—Pareces triste, Jorge —me dijo Gustavo.

—No me siento bien, amigo. Estoy en una situación muy extraña.

Esperé su respuesta.

—Ya me lo imaginaba. Una persona inteligente como tú, que ha visto mundo. . . ¿Puedo ayudarte?

Magnífico. El momento era oportuno.

—No saldrías perdiendo, Gustavo, no saldrías perdiendo. Hay riesgo, pero ganarías afrontándolo. Déjame que te cuente mi historia. . .

—¡Chist. . . , aquí no! —me susurró por lo bajo—. Siempre hay riesgo; pero siempre vale la pena cuando uno encuentra un hombre joven, inteligente y capaz de arrostrar situaciones. Me pueden descubrir y me pueden cauterizar el cerebro. Pero no me importa. Habré hecho mi parte. Toma. No tengo que decirte que seas cuidadoso cuando lo abras.

Me estrechó la mano, y sentí que algo, como una bolita blanda, quedaba adherido a ella. El se alejó hacia el hipnotelevisor, marcó la ficha para una sección de media hora y entró en trance junto con los demás.

Yo me fuí a la sala de baños; puse mi ficha para usar diez minutos un gabinete, y entré. Miré la palma de mi mano y vi que la bolita adherida era tela, agurñada, en la que, una vez desplegada, se leía:

#### UNA VIDA ESTÁ EN SUS MANOS

Esta es la hoja de presentación número 1 de la Asociación Conservacionista Mundial, vulgarmente conocida como los cónser. Le ha sido entregada por un miembro de la A. C. M., que cree que usted: a) es inteligente; b) está molesto por el estado actual del mundo; c) es un candidato potencialmente apto para nuestra organización. La vida de esa persona está en manos de usted. Le pedimos que lea lo que falta antes de tomar ninguna determinación.

#### LOS HECHOS RESPECTO DE LA A. C. M.

La A. C. M. es una organización secreta perseguida por todos los gobiernos del mundo. Cree que la despiadada explotación de los recursos naturales ha creado una pobreza innecesaria y una abyección humana igualmente in-

necesaria. Cree que esta explotación, si prosigue, significará el fin de la vida humana sobre la Tierra. Cree que el actual estado de cosas puede cambiarse si los hombres se educan para exigir el control de la natalidad y de la distribución de la población, la reforestación, la recuperación del humus, la desurbanización y el cese de la producción de artefactos mecánicos innecesarios. Este programa educacional lo llevamos a cabo mediante la propaganda (como ésta), mediante demostraciones de fuerza y mediante el sabotaje de las fábricas que producen los artículos mencionados.

#### FALSEDADES ACERCA DE LA A. C. M.

Usted habrá escuchado posiblemente que los cónser son asesinos, psicóticos e incapaces, que matan y destruyen por finalidades irracionales o por puro resentimiento. Nada de esto es verdad. Los miembros de la A. C. M. son personas de sentimientos humanitarios, equilibradas, muchas de las cuales obtienen éxitos a los ojos del mundo. Las mentiras que afirman lo contrario son esparcidas por personas que obtienen beneficios de las explotaciones que combatimos y que esperamos corregir. Existen personas irracionales, desequilibradas y criminales, que cometen delitos en nombre del conservacionismo, ya sea idealistamente o para justificar demasías. La A. C. M. proclama que

#### Dolor e hipnosis

BIEN conocido es el hecho de que por medio de la hipnosis se puede anular temporariamente el dolor provocado por heridas, intervenciones quirúrgicas, etc. Algunos dentistas utilizan esta propiedad como anestésico en sus extracciones. Lo que hasta ahora se ignora es que en ciertas enfermedades se la puede utilizar para eliminar o disminuir considerablemente el dolor por períodos muy largos de tiempo, hasta años. El procedimiento usado es el de la sugestión posthipnótica: se le ordena al paciente no sentir dolor después de haber sido despertado de la hipnosis.

no tiene nada que ver con tales personas y que mira con repugnancia sus actividades.

#### ¿QUÉ PUEDE HACER USTED AHORA?

Depende de usted mismo. Usted puede: a) denunciar a la persona que le pasó esta hoja de presentación; b) destruirla y olvidarla; c) volver a la persona que se la entregó y pedirle nuevos informes. Le rogamos que reflexione antes de obrar.

Reflexioné profundísimamente. Y llegué a las siguientes conclusiones: a) ésta era la peor muestra de redacción publicitaria que yo había tenido jamás entre mis manos; b) era una versión tergiversada de la realidad; c) era un posible medio de escaparme de Clorela y unirme a Katty.

¡Conque éstos eran los terribles cónser!... Todo, una sarta de contradicciones... aunque con cierta fuerza de atracción. El manifiesto estaba redactado (inconscientemente, desde luego) como los informativos de específicos medicinales que escribimos para uso exclusivo de médicos. Considerando que todos somos personas de juicio sólido, sereno y de buena preparación científica, podemos hablar francamente sobre los problemas fundamentales. Y así decimos: "¿Sufré un paciente de hiperespasmos, doctor?"

Pero aquí había una invocación a la razón, lo cual es siempre peligroso. No se puede confiar en la razón. Hace mucho que prescindimos de su manejo en nuestra profesión, y nunca la hemos echado de menos.

En fin; había evidentemente dos modos de aprovechar la situación:

Primero, presentarme en la oficina de personal y denunciar a Herrera. Quizá con esto consiguiera un poco de publicidad para mi persona; quizá me escucharían; quizá luego me creyeran algo de lo que les dijese acerca de

mi caso y se tomasen la molestia de controlar mis afirmaciones. Pero me pareció recordar que a los denunciantes de los cónser se los sometía a veces a la cauterización cerebral, basándose en que habían estado expuestos al virus y que después de la primera reacción saludable podían empezar a sentir la infección. No podía correr el riesgo en mi situación actual.

Segundo (más arriesgado, pero más heroico), yo podría trabajar desde dentro, engañando a los cónser. Si verdaderamente formaban una red mundial, no existía ninguna razón para que yo no pudiera ser destinado a Nueva York, con todo lo necesario en mi mano para exterminarlos.

Ni por un minuto dudé de que podría conseguirlo. En los dedos me picaba el deseo de tomar un lápiz y marcar la hoja de presentación, aguzando las frases, limando las asperezas, insertando palabras de ésas que hacen ver, oír, oler la intención.

LA puerta del gabinete se abrió de pronto. Mis diez minutos habían terminado. Apresuradamente arrojé la hoja en el inodoro y volví al salón. Herrera seguía en trance delante del hipnotelevisor.

Esperé veinte minutos. Por fin se sacudió, parpadeó y miró alrededor. Me vió, pero su cara permaneció inmóvil, como si fuera de granito. Le sonreí, le hice un gesto, y se acercó:

—¿De acuerdo, compañero?

—De acuerdo. Cuando quieras, Gustavo.

—Pronto —me respondió—. Cuando estoy en un momento como éste, siempre procuro ponerme en trance. No puedo aguantar la excitación. Uno de estos días me despertaré y me encontraré con que me están matando a palos.

Comenzó a afilar la cimitarra en su amoladora de bolsillo.

Lo miré comprensivamente.

—Para ellos, ¿eh?

—No —me respondió sorprendido—; todavía no comprendes. Es para mí, para no correr el riesgo de traicionar.

Sus palabras eran nobles, aunque no lo fuera su causa. Sentí un odio repentino contra los que habían hecho un fanático así, de un consumidor tan excelente como Gustavo. Era una especie de aborto. El habría podido cumplir su misión en la vida, comprando y usando, trabajando y creando trabajos y ganancias para sus hermanos de todo el mundo; acrecentando siempre sus necesidades y sus apetencias; aumentando el trabajo y las ganancias en el ciclo del consumo; procreando hijos que a su vez se hicieran consumidores. Era triste verlo convertido en un fanático estéril.

Resolví interiormente hacer todo lo posible por Herrera cuando llegara el momento de exterminar a la organización. El no era culpable. Los culpables eran los que le habían hecho sentirse incómodo en el mundo. Seguramente habría algún tratamiento para salvar a los cónser como Gustavo. Yo preguntaría... No, mejor no preguntar nada. La gente sacaría sus propias conclusiones. Yo sé lo que dirían: "No, no digo que Miguel no sea de confianza; pero ha tenido una idea bastante dudosa. Sí, cónser una vez, cónser para siempre: todo el mundo lo sabe. Yo no digo que Miguel no sea de confianza; pero..."

¡Al demonio con Herrera! El tenía que saber a qué se exponía. Todo el que se mete a arreglar el mundo no debe quejarse si queda atrapado.

## IX

LOS días pasaron, largos como semanas. Herrera hablaba poco conmigo, hasta que un día me preguntó: —¿Has visto el *pollito*?

—No —le respondí.

—Pues entonces ven conmigo; te lo puedo mostrar. Vale la pena.

Atravesamos varios corredores, y saltamos al montacargas. Cerré los ojos. Es imposible mirar el hueco sin estremecerse. Cuarenta. Treinta. Diez. Planta baja. Piso diez del subsuelo.

—¡Salta, Miguel! —me ordenó Herrera—. Debajo del subsuelo diez está la maquinaria.

Salté como él me indicó.

El piso diez del subsuelo estaba casi a oscuras, y las paredes de concreto exudaban humedad. El techo estaba sostenido por vigas inmensas. Una mañana de cañerías obstruía casi el corredor por el que caminábamos.

—El líquido nutritivo —me explicó Herrera.

Le pregunté por qué era tan pesado el techo.

—Cemento y plomo — me respondió —. Protege contra los rayos cósmicos. A veces al *Pollito* le sale un cáncer. Habría que quemarlo entero si uno no sajara a tiempo.

Blandió en un gigantesco mandoble su cimitarra, para hacerme ver que quería decir "sajar". Abrió una puerta y dijo con orgullo:

—Este es el nido.

Miré y sentí una náusea invencible. Era una inmensa cripta de concreto, con piso también de concreto. El *Pollito* la llenaba casi del todo. Era un hemisferio de color parduzco, de unos quince metros de diámetro. Docenas de caños se introducían en su carne palpitante. A simple vista podía verse que estaba vivo.

Herrera me explicó:

—Todo el día doy vueltas alrededor. Cuando veo una parte que crece demasiado rápido, que parece tierna, la corto.

Volvió a blandir su cimitarra y esta vez cortó una tajada de un dedo de grueso.

—Mis ayudantes la recogen, la trozan y la cargan en la cinta transportadora.

En diversos puntos de la circunferencia de la cripta se veían cintas transportadoras, inmóviles en aquel momento.

—¿Y no crece de noche?

—No. Le reducen el alimento y dejan acumularse el exceso. Cada noche llega casi a morirse. Cada mañana renace, como San Lázaro. Pero nadie le reza al pobrecito *pollito* — dijo volviéndose hacia él y palmoteándolo con el plano del cuchillo.

—Parece que lo quieres — le dije esforzándome en vencer mi repugnancia.

—Por supuesto, Jorge.

Herrera miró alrededor y luego dió la vuelta al circuito del "nido", examinando las entradas de los túneles donde estaban instaladas las cintas transportadoras. Finalmente sacó de uno de los túneles una viga corta y la colocó contra la puerta de entrada. La viga quedó encajada entre un travesaño de la puerta y un saliente del piso. La puerta quedó así asegurada como por una traba.

—Te voy a mostrar un secreto —me dijo con gesto de complicidad. Y con gran ostentación sacó del bolsillo una especie de silbato. Le faltaba la boquilla, pero en cambio tenía un recipiente para el aire que se bombeaba con una perilla de mano.

—No lo hice yo —se apresuró a explicarme—. Lo llaman silbato de Galton; pero no sé quién es ese Galton. Fíjate... y escucha.

Comenzó a apretar la perilla, apuntando con el silbato hacia el cuerpo del *pollito*. No escuché sonido alguno, pero vi, estremeciéndome, que el elástico protoplasma comenzaba a replegarse formando una cavidad hemisférica.

—No te asustes, compañero —me dijo Gustavo—. Sígueme.

Bombeó con más fuerza mediante la perilla y me dió una linterna que encendí estúpidamente. Herrera bombeaba el inaudible silbato como si fuera un fuelle. El *pollito* se encogía más y más hasta formar una bóveda, cuyo piso era el suelo mismo del nido.

Herrera se introdujo en la bóveda y me dijo:

—Sígueme.

Le obedecí con el corazón latiente, desatinadamente de espanto. Avanzaba Herrera, y el protoplasma seguía retrocediendo ante nosotros, pero cerrándose por detrás, más y más...

Estábamos ya dentro, en una burbuja hemisférica que se movía lentamente a través de un centenar de toneladas de carne parduzca y gomosa.

—Alúmbrame el piso, compañero —me dijo Herrera.

Bajé la linterna, y a su luz vi una serie de líneas que parecían accidentales, pero que servían a Herrera para orientarse. Seguimos avanzando. Me pregunté qué pasaría si por un accidente se descompusiera el silbato Galton.

Después de lo que me parecieron trescientos años de avanzar centímetro a centímetro, la luz de la linterna se reflejó en un trozo de metal. Herrera silbó en aquella dirección. El metal fué ensanchándose hasta convertirse en una escotilla. Sin dejar de bombear, Herrera golpeó tres veces con el pie. Y la escotilla se abrió hacia adentro.

—Primero tú —me dijo.

Y me dejé caer, sin preocuparme si aterrizaría sobre una superficie dura o blanda. Era blanda. Me quedé tendido sobre ella, temblando de excitación. Un instante después, Herrera se dejó caer a mi lado, y la escotilla se cerró con un chasquido. Herrera se levantó frotándose el brazo.

—Es una dura tarea —dijo—. Bom-

beo y bombeo este aparato, y no lo oigo. Un día de éstos puede obstruirse y no me dará cuenta hasta que...

**JORGE Groby** —me presentó Herrera—. Este es Ronnie Bowen.

Era un consumidor de aspecto flamético, no muy alto, que vestía el uniforme de la oficina de administración.

—Y éste es Arturo Dénzer —prosiguió.

Dénzer era muy joven y nervioso.

El lugar era una pequeña oficina, bien iluminada, provista de regeneradores de aire. Había escritorios y aparatos de comunicación. Era difícil creer que la sola entrada a ese lugar estaba cubierta por la montaña de protoplasma. Era difícil aceptar que el chillido de las ondas supersónicas bastase para hacer que se moviera esa masa anorgánica.

Bowen habló el primero:

—Mucho gusto de tenerlo con nosotros, Groby —dijo—. Herrera dice que es usted una persona inteligente. No nos preocupa mucho que nuestros miembros sean o no muy dotados intelectualmente; pero me agradaría conocer sus antecedentes.

Le di los antecedentes de Groby, y él los anotó. La boca se le endureció con un rictus de desconfianza al escuchar que mi nivel educacional era tan inferior.

—Seré franco —me dijo—. Usted no habla como una persona sin educación.

—Ya sabe usted cómo son algunos chicos —le respondí—. Pasé mi vida leyendo y oyendo. Es difícil ser el tercero de cinco hermanos. Uno es demasiado joven para que se lo tenga en cuenta y demasiado grande para ser el mimado. Me sentía un poco abandonado, y procuré mejorarme por mi propio esfuerzo.

Aceptó mi respuesta.

—Es lógico. ¿Y qué sabe usted hacer?

—Pues... creo que podría escribir un volante de presentación mejor que el que usan ustedes.

—¿De veras? ¿Y qué más?

—Bueno, propaganda en general. Se pueden hacer circular rumores que nadie sepa de dónde salen ni, mucho menos, que proceden de los cónser... quiero decir, de nosotros: rumores que disgusten y solivianten a la gente.

—Es una idea interesantísima. Déme un ejemplo.

Mi cerebro trabajaba febrilmente.

—Por ejemplo —dije—, hagan correr el rumor de que se ha descubierto un sistema para fabricar proteína natural. Digan que tiene exactamente el mismo gusto que el roastbeef y que se podrá comprar a un dólar el kilo. Digan que dentro de tres días lo anunciarán. Luego, cuando pasan los tres días, lancen un comentario serio: "¿Cuál es la diferencia entre el roastbeef y el pollito? Respuesta: Cien años de progreso". Frases como ésta influyen mucho en las personas y las mueve a pensar con nostalgia en los tiempos idos.

Todo me fué fácil. No era la primera vez que yo ponía en juego mis facultades para recomendar un producto que no me interesaba personalmente.

Bowen escribía en una máquina silenciosa lo que yo iba diciendo.

—Muy bien, Groby; muy ingenioso. Lo probaremos. Pero, ¿por qué dice usted tres días?

Yo podía responderle que tres días es el tiempo exactamente necesario para que una consigna catalítica prenda en un círculo social determinado. Pero le dije, en cambio, como sorprendido:

—Bueno, simplemente porque me pareció un buen plazo.

—Muy bien. Lo ensayaremos. Aho-

ra, Groby, usted tendrá que dedicarse a un período de estudio. Le daremos los textos clásicos del conservacionismo, y usted los leerá. Hay una serie de publicaciones básicas que usted debe leer ordenadamente: *Resultados Estadísticos*, *Gaceta del Vuelo Espacial*, *Biometría*, *Boletín Agrícola*, y unos cuantos más. Si encuentra usted algo que no entienda, como creo que le sucederá, pida ayuda. Más adelante conviene que elija usted un tema para especializarse en él, con vistas a hacer luego sobre el mismo una investigación personal. Un conservacionista informado es un conservacionista eficaz.

—¿Por qué debo leer la *Gaceta del Vuelo Espacial*? —le pregunté con profundo interés, pues repentinamente se me había ocurrido lo siguiente: El sabotaje de Rúnstead, mi rapto, las infinitas demoras e inconvenientes en el Proyecto Venus, ¿podrían ser obra de los cónser? ¿Sería posible que la mente depravada e irracional de los cónser hubiera decidido que los vuelos espaciales eran contrarios a la "supervivencia humana"?

—Esa gaceta es muy importante —me respondió Bowen—. Tiene usted que aprender todo lo que pueda sobre ese asunto.

—¿Para sabotearlo, quiere usted decir? —le pregunté.

—¡Todo lo contrario! —exclamó Bowen—. ¡Santo Dios, Groby! ¡Piense todo lo que Venus significa para nosotros! ¡Un planeta que no ha sido aún explotado, que atesora toda la riqueza que la humanidad necesita, to-

dos los campos, alimentos, materias primas!... Piense un poco, hombre.

—¡Oh! —respondí.

Pero el nudo gordiano seguía sin cortarse.

**M**E concentré leyendo las películas de *Biometría*, y de vez en cuando pedí explicaciones que no necesitaba en realidad. La *Biometría* es uno de los elementos corrientes de trabajo de un escribiente de publicidad; es la historia de los cambios de población, de las diferencias de corriente intelectual, de los porcentajes de mortalidad y de las causas de muerte. Casi todas las conclusiones de esta ciencia eran favorables para nosotros y detestables para los cónser. Más población, más ventas. Menos cultura e inteligencia media, más ventas. Pero estos fanáticos excéntricos no podían entenderlo, y yo tenía que fingir que estaba de acuerdo con ellos.

Después de un tiempo pasé a la *Gaceta del Vuelo Espacial*. Allí las noticias eran malas, malas todas. Había apatía en el público. Había oposición a las privaciones que exigiría la construcción del cohete de Venus. Había derrotismo acerca de la instalación de una colonia en Venus. Se desconfiaba de que la colonia pudiera hacer algo útil si es que alguna vez se instalaba en el planeta.

¡Maldito Rúnstead!

Pero la peor noticia de todas era la de la portada del último ejemplar. El epígrafe decía: "Jack O'Shea sonríe mientras lo besa una amiguita, felici-

### Pioneros de la energía atómica

**H**ACE un tiempo, los físicos franceses Halbán, F. Joliot y L. Kowarski, se dirigieron a la Academia de Ciencias de su país, pidiendo que se abriera un sobre lacrado, depositado por ellos el 30 de octubre de 1939. El sobre contenía una memoria científica con el título: "Sobre la posibilidad de producir reacciones nucleares en cadena ilimitada en un medio uranífero".

tándolo por haber recibido de manos del presidente la medalla de honor". La amigueta era mi esposa Katty. Nunca había estado tan hermosa.

**C**OMENCE a trabajar para la célula. Tres días después cundía el desagrado por la comida que nos daban. Una semana después, los consumidores decían frases como éstas: "Más valdría haber nacido hace cien años". "Estamos hacinados como animales en este dormitorio". "¡Quién pudiera tener un pedazo de campo y trabajar para sí mismo!"

La célula estaba entusiasmada. Aparentemente, yo, en una semana, había conseguido más que ellos en un año. Bowen, que era empleado de Personal, me dijo:

—Necesitamos un cerebro como el de usted, Groby. Usted no puede matarse espumando los tanques. Uno de estos días, el encargado de tareas le preguntará si usted sabe química de la alimentación. Dígame que sí. Yo le daré un curso acelerado de lo que necesita saber. Tenemos que sacarlo del trabajo en los tanques.

Sucedió a la semana siguiente, cuando todos tenían en la boca comentarios por este estilo: "Sería lindo pasear por un bosque... ¿Te imaginas lo que serán los árboles que allí crecen?", y "Maldito jabón de agua de mar", siendo así que nunca se les había ocurrido pensar en el jabón de agua de mar. El encargado de tareas se me presentó y preguntó:

—Groby, ¿sabe usted algo de química de la alimentación?

—¿Cómo lo imaginó? —le repiqué—. Sí; estudié un poco. Conozco las proporciones de sulfuro, fósforo, carbono, oxígeno, hidrógeno y nitrógeno para la clorela; las temperaturas adecuadas y todo lo demás.

Evidentemente, esto "poco" que yo sabía era mucho más de lo que yo creía.

—¿De veras? —gruñó, y se retiró.

Una semana después corría de boca en boca un chiste obscuro sobre el trust Starrzelius Verily, y me destinaban a trabajar ocho horas dentro del edificio, leyendo manómetros y regulando las válvulas que controlan el paso del fluido a los tanques de clorela. Era un trabajo más fácil y descansado. Pasaba buena parte del tiempo en la oficina escondida debajo del pollito (ya sabía pasar a través de él, con mi silbato de Galton), escribiendo la nueva y extraordinaria novicia hoja de presentación de los cónser.

¿ESTÁ EN CONDICIONES DE DESEMPEÑAR LOS MÁS ALTOS PUESTOS?

USTED Y SÓLO USTED PUEDE RESPONDER A ESTAS IMPORTANTES PREGUNTAS:

—¿Es usted hombre o mujer inteligente, con visión del futuro y tiene entre 14 y 50 años?

—¿Está realmente en condiciones de asumir las grandes tareas que el día de mañana traerá?

—¿Se le pueden confiar (con absoluta seguridad en usted) las noticias más maravillosas y trascendentales de nuestra época?

Si usted está en condiciones de responder ¡SI! a cada una de estas preguntas, siga leyendo. Si no lo está, no siga, por favor.

Y en el mismo tono continuaba el resto. Bowen quedó desconcertado al leerlo.

—¿Está seguro de que esta insistencia en las capacidades mentales de los candidatos no será perjudicial?

Le respondí que no me lo parecía.

—Usted es un escribiente nato, Groby —me anunció con solemnidad—. En un país gobernado por los conservacionistas, usted sería de la clase estelar.

Mostré la correspondiente y esperada modestia, y él continuó:

—No puedo retenerlo aquí. Tengo que proponerlo para un nivel superior. No es justo que sus talentos se desperdicien en una célula. Ya he pasado un informe, y creo que será usted trasladado. Es lo justo; pero siento que tenga que dejarnos. De todos modos, conviene que se vaya preparando. Ya he dado los primeros pasos. Aquí tiene el Catálogo de Compras de Clorela...

Mi corazón pegó un salto. Yo sabía ya que Clorela contratara la materia prima en Nueva York.

—Muchas gracias —pude responder—. Quiero servir donde sea más útil.

—De eso estoy seguro, Groby —afirmó—. Dígame, antes que se vaya usted... Es un asunto personal... Bueno, resulta que a mí también me gusta escribir. Tengo aquí algunas cositas. Le agradecería mucho que las mirase un poco y me diera su opinión.

Finalmente, me retiré con el Catálogo y unos catorce escritos de Bowen. Eran fragmentos muy torpes, sin ninguna eficacia para vender. Bowen me aseguró que tenía muchos más.

Dediqué toda mi atención al Catálogo.

**E**L trabajo de controlar las válvulas al fin del día que el espumar los tanques, y Bowen se preocupaba de que mis trabajos para los cónser fueran lo más livianos posibles, para que le pudiera corregir sus famosas redacciones. El resultado fué que por primera vez tuve tiempo a mi disposición para estudiar el ambiente. Herrera me llevó una vez a la ciudad, y así descubrí qué era lo que él hacía durante sus misteriosos fines de semana. Lo que averigüé me resultó sorprendente, pero no me disgustó. Si de algo sirvió, fué para hacerme recordar que el abismo que existe entre un promotor de publici-

¿por qué,  
cómo,  
cuándo,  
dónde?

**más allá**

contesta a

todas las cartas que le escriban sus lectores, los cuales están invitados a formular preguntas sobre temas científicos, que serán contestadas por la Sección Científica. Algunas de las respuestas se publican cada mes en la sección CORRESPONDENCIA, indicando también nombre y dirección de los firmantes, a menos que se nos pida no hacerlo. Las preguntas deben ser claras y, en lo posible, breves; cada carta no debe contener más que una pregunta.

escriba a

**más allá**

AVENIDA ALEM 884

Bs. Aires



dad y un consumidor no puede ser franqueado por algo tan abstracto e irreal como la amistad.

Dejamos el anticuado tubo neumático y nos sumimos en la niebla que cubría a San José. Primeramente nos detuvimos para cenar en un restaurante de tercera clase. Herrera insistió en que pidiéramos una patata entera cada uno y ser él quien invitase.

—Sí, Jorge; hoy pago yo. Tenemos que festejar. Tú no me denunciaste cuando te pasé el volante de presentación, y hay que celebrarlo.

Herrera habló desbordantemente durante la cena, conmigo y con los mozos, en una mezcla de idiomas muy atrayentes. El chisporroteo de sus ojos, la fácil y espontánea risa, la catarata de palabras, parecían como de un joven que tiene un cita con una chica.

¡Una cita con una chica! Recordé mi primera cita con Katty, aquella larga tarde en el Central Park, caminando tomados de la mano por los paseos escasamente iluminados, el salón de baile, la hora eterna que pasamos en la puerta de su casa.

Herrera advirtió mi ausencia mental y se inclinó hacia mí para volverme a la realidad con un suave empujón. El y el mozo estaban riéndose. Me reí también yo, y ellos redoblaron sus risas. Evidentemente, me estaban tomando el pelo.

—No te ofendas, Jorge —me dijo Herrera—. Ya nos vamos. Te espera una sorpresa agradable.

Pagó la cuenta, y el mozo le preguntó:

—¿Van atrás?

—Sí —le respondió Herrera—. Vamos, Jorge.

Guiados por el mozo, pasamos por detrás del mostrador. Nuestro guía abrió una puerta y le murmuró algo en español a Herrera.

—No te preocupes —respondió Herrera—. No tardaremos.

“Atrás” resultó ser... una biblioteca.

Yo notaba que Herrera no apartaba de mí sus ojos; pero creo que no dejé traslucir nada de lo que yo sentía. Hasta me quedé con él una hora más o menos, mientras él devoraba un ejemplar apolillado de algo llamado *Moby Dick*, y yo revisaba una media docena de viejas revistas. Por mi parte, me era imposible soportar la vista de tantos volúmenes que no contenían ni una línea de publicidad. No soy adversario de los placeres solitarios cuando sirven para algo, pero mi tolerancia tiene también sus límites.

Creo que Herrera se dió cuenta de que yo mentía al decirle que me dolía la cabeza. Cuando, muchas horas después, entró en el dormitorio, le volví la espalda. Después de ese momento, hablamos pocas veces.

Una semana más tarde, después de un conato de motín en el comedor, provocado por el rumor de que los alimentos estaban adulterados con aserrín, me llamaron a la oficina de Personal.

Me atendió uno de los jefes.

—Groby —me dijo—, usted se ha desempeñado muy bien. Veo que su ficha de eficiencia tiene un promedio cuatro.

Esto era obra de Bowen: él se encargaba de llevar las fichas de eficiencia. Le había costado cinco años llegar a ocupar este puesto.

—Muchas gracias, señor —respondí.

—No tiene nada que agradecerme: son sus méritos. Resulta que está por producirse una vacante... Uno de nuestros empleados en la Central está fallando. Tendremos que reemplazarlo.

No estaba fallando... Todo provenía de los informes cuidadosamente arreglados por Bowen. Comencé a comprender el poder inmenso de los cónser.

—¿Le interesaría trabajar en compras, Groby?

—¡Qué casualidad que me haga usted esa pregunta!; pues, para serle sincero, le diré que siempre he tenido gran afición a ese tipo de trabajo.

Me miró escépticamente. Mi respuesta había sido bastante vulgar. Comenzó a hacerme preguntas, y yo respetuosamente le recité las respuestas del Catálogo de Compras. Hacía más de veinte años que él se lo había estudiado. Yo me lo había aprendido hacía sólo quince días. Indudablemente era mía la ventaja. Después de una hora, él estaba persuadido de que Jorge Groby constituía la única esperanza de la Clorela y que había que ascenderme sin esperar un minuto.

Aquella noche referí a los miembros de la célula la conversación.

—Esté seguro de que lo mandan a Nueva York —exclamó Bowen.

No pude reprimir un suspiro, y pronuncié interiormente el nombre de Katty.

—Ahora tenemos que enseñarle a usted ciertos detalles —me dijo Bowen—. Para empezar, le explicaré las señales de reconocimiento.

Las aprendí pronto. Había una que se hacía directamente con la mano, cuando la persona estaba cerca. Otra era una exclamación, que servía como advertencia de peligro, para distancias

cortas. Y para las distancias extremadamente largas había una clave que se empleaba mediante anuncios en los diarios; muy ingeniosa por cierto. El aprendizaje duró hasta la madrugada. Cuando salíamos, me acordé de que no había visto a Herrera en todo el día. Al salir del *pollito*, le pregunté a Bowen qué había pasado.

—Herrera aflojó — me respondió simplemente.

No supe qué decir. “Fulano de tal aflojó” era un modo de hablar de los cónser, que implicaba todo esto: “Fulano de tal trabajó años y años por la A. C. M.; entregó hasta los últimos centavos y los escasos placeres que con ellos habría podido procurarse; no se casó y no durmió con mujeres, porque hacerlo habría puesto en peligro su existencia; comenzó a ser roído por dudas tan secretas que ni siquiera ante sí mismo o ante nosotros las admitía. Las dudas y el miedo fueron en aumento. Hasta que un día se suicidó.”

—Herrera aflojó — repetí como un idiota.

—No se preocupe — dijo secamente Bowen —. Ahora tiene usted su misión que cumplir.

¡Y por cierto que había de cumplir mi misión!

(Concluye en el próximo número)

## Virtudes del trabajo

**E**L trabajo ya no puede considerarse una condenación bíblica. Los psicólogos nos informan que, aun cuando no lo necesitaran económicamente, los hombres seguirían trabajando. Para el típico miembro de la clase media (concluye un estudio reciente), el trabajo significa contar con un propósito en la vida, sentir que se “está cumpliendo” y lograr, en ciertos casos, una expresión de la propia personalidad. Para el obrero típico, el trabajo significa “algo que hacer”. No trabajar sería privarse de una necesaria descarga de energía física. Estas investigaciones confirmaron las realizadas durante la crisis mundial 1929-1932, en la que se observaron trastornos muy graves en la personalidad de los desocupados. Problema para los autores de ficción científica: en un mundo en que todo lo hagan las máquinas habrá que encontrar ocupación para los hombres.

# sin apelación



## EL JUICIO DE LOS LECTORES

De acuerdo con las cartas recibidas, éste es el orden de preferencia de los cuentos publicados en el número de agosto.

1° Guijarro en el cielo

3° Saturnino Fernández, héroe

2° Del otro lado del cero

4° Encuentro en el alba

*Escribanos, indicando su orden de preferencia de los cuentos que aparecen en el presente número. Todos los meses podrá comparar sus gustos con el del promedio de los lectores. Tendremos muy en cuenta su opinión en la selección del material que publicaremos en los próximos números.*

Escriba a: MAS ALLA - Avenida Alem 884 - Buenos Aires.

**más allá.** Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 463110. Distribuidores. Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

CORREO  
ARGENTINO  
Central (B)

FRANQUEO A PAGAR  
Cuenta Nº 574

INTERES GENERAL  
Concesión Nº 4923

Hubo una época en que los hombres tiraban de los tranvías como vulgares caballos. ¿Fue sueño de un tirano para castigar a sus enemigos o dura realidad vivida por nuestros abuelos?



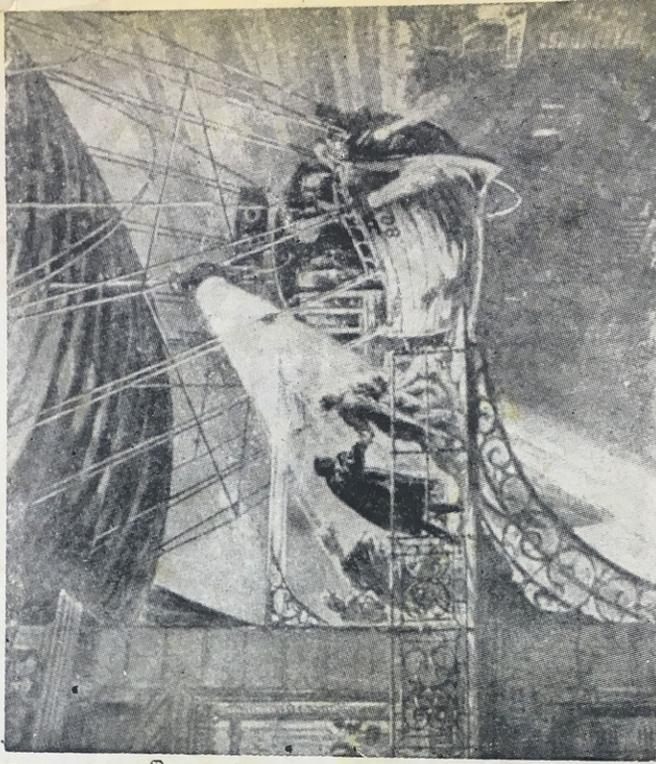
1872.

## ¿SUCEDIO?

¿Es el hombre el dueño o el esclavo de las máquinas que inventa? Un problema antiguo, que quizá llegue a ser un dilema crucial en la era de los robots. Ya los tranvías, inofensivos como hoy nos parecen, hicieron su intento de doblegar al hombre bajo su yugo. Por lo menos eso es lo que se trasluce a través de una de las ilustraciones. Pero, ¿sucedió en realidad? Ponga a prueba sus conocimientos o su sentido común. Uno de los hechos que aparecen en los grabados fué real; el otro, una fantasía.

(Véase respuesta en pág. 91)

En Londres se dió cierta vez una fiesta tan original que los invitados eran llevados nuevamente a sus casas por medio de un taxi-globo. ¿Verdad o mentira?



1906.

en este número:

## **mundo de ocasión**

novela

por Frederick Pohl y C. M. Kornbluth

¿Cómo le resultaría vivir en un mundo en el cual todas sus pasiones, sus deseos y sus preferencias le hubieran sido implantadas desde la cuna por las agencias de propaganda?

Esta novela desborda de acción, dramatismo e ideas. Ud. y sus amigos la discutirán por semanas enteras...

la tercera parte  
de

## **espacio sin fronteras**

¿podremos  
sobrevivir  
en el espacio?  
por Heinz Haber

Los apasionantes problemas de la medicina espacial, el organismo humano, deberá luchar contra el frío absoluto, el vacío absoluto, la soledad absoluta.

además:

- cuentos
- notas científicas
- ilustraciones
- correspondencia
- espaciotest